MARTÍN CAPARRÓS

Amor y anarquía

La vida urgente
de SOLEDAD ROSAS
1974-1998

NOVELA

La vida urgente de Soledad Rosas: una joven de Barrio Norte acusada de ser la terrorista más peligrosa de Italia.
En junio de 1997, cuando salió de la Argentina, Soledad Rosas era una chica de Barrio Norte, 23 años, licenciada en Turismo. Un año después, cuando la encontraron ahorcada en Turín, estaba presa y acusada de ser la terrorista más peligrosa de Italia. La suya fue una historia de amor y de anarquía y, también, la historia de cómo un Estado se inventa sus peores enemigos.

Martín Caparrós

Amor y anarquía

La vida urgente de Soledad Rosas 1974-1998

ePUB v1.0
GONZALEZ 21.09.11

más libros en espaebook.com

© 2003, Martín Caparrós

Editorial: Grupo Editorial Planeta S.A./ Booket
ISBN 987-580-128-3
Titulo: Amor y anarquía: La vida urgente de Soledad Rosas 1974-1998

A Horacio Amigorena,
por aquella charla veneciana
y tantas otras.

"Los argentinos aguantan muchas cosas, pero no toleran la anarquía."

Ex senador Eduardo Duhalde

"La Sole se fue de lo linda que era."
Los Redonditos de Ricota, "Esto es to-todo amigos"

Quiero reconocerlo: lo primero que me llamó la atención fue su muerte. Los diarios la contaban y decían que había sido por una causa o un amor: en los últimos días de aquel siglo, las dos razones sonaban tan extrañas. Morir por una idea o por una pasión son dos anacronismos diferentes, pero participan de la misma esperanza: que más allá de aquí y ahora existe algo mejor, sin lo cual todo esto es muy poquita cosa.

La muerte de Soledad me llevó a la de su novio, Edoardo: este libro podía haber sido la historia de dos muertes solitarias —y por lo tanto misteriosas. Un hombre y una mujer que se amaron aparecen colgados de formas semejantes en una celda y una granja del Piamonte. Allí quedaban sus vidas, sus misterios: cómo saber qué pasa cuando dos mueren solos, cuando no dejan notas que lo expliquen, cuando dejan enigmas. Toda muerte es una certeza que despierta infinidad de dudas —y algunas, muchas más. Es verdad: sus muertes me llevaron a buscarles la vida. A primera vista sus muertes cambiaron sus vidas por completo: las

hicieron dignas de alguna forma de la historia. Quizás, en esta historia, sus vidas puedan cambiar sus muertes: prestarles un sentido, darles vida.

Quería conocer sus historias: quería saber cómo se crece en la Argentina contemporánea, cómo el futuro que nuestro país no ofrece puede ser reemplazado por otros. Cómo una fugitiva se armaba una vida nueva en otro país —europeo, prestigioso. Cómo se hacía una militante en tiempos de neoliberalismo y olvidos y renuncios. Cómo una chica de Barrio Norte llegaba, en pocos meses, a convertirse en el Enemigo Público Número Uno del Estado italiano. Y por qué un Estado moderno edificaba con tanto cuidado la figura de sus enemigos —la figura del terrorista— y cómo terminaba destruyendo los monstruos que inventaba —porque los inventaba para eso. Quería saber si Soledad se inventó un enemigo, si Soledad fue un invento de sus enemigos: precisaba enterarme.

Eso fue hace dos años: eran tiempos que parecían vacíos. Después las calles de la Argentina volvieron a llenarse de personas —y también de muertes. Y Soledad Rosas empezó a tomar otros sentidos.

LA IRRUPCIÓN

Soledad gritaba. Esa mañana la habían despertado muy temprano, todavía más que de costumbre. Fue violento: hacia las seis y media una guardiana con voz de odio le había ladrado que se levantara: —Rosas, arriba. Vamos, rápido.

Desde su llegada a Italia, ocho meses antes, Soledad había dejado de ser Soledad: allí todos la llamaban Sole. En Buenos Aires, antes, algunos la llamaban así, pero en Italia Sole era sol y le gustaba que su nombre se hubiera transformado en eso. Hasta la cárcel: en la cárcel no había sol y las guardianas la llamaban Rosas. Para ellas Rosas no era más que un apellido.

—Vamos, Rosas, no me hagas enojar.

Soledad pensó que le importaba tres carajos que la guardiana se enojara pero igual tuvo que levantarse. La mujer le dijo que la siguiera y la empujó suavito: no mucho, sólo para marcar que podía hacerlo. Soledad le preguntó qué pasaba, por qué se la estaba llevando y la guardiana le dijo que no sabía: quizás fuera verdad. Caminaron por un pasillo largo; todavía estaba oscuro.

La guardiana la llevó hasta una celda donde no había nadie, donde no había nada; Soledad entró y la otra cerró la puerta y la

siguió vigilando desde afuera. Fue entonces cuando Soledad empezó a gritar. Estaba sola y sabía que no servía para nada, pero quería gritar: por lo menos les mostraría a esos hijos de puta que no iban a hacer con ella lo que se les cantara. Soledad gritaba y pateaba y puteaba, esa mañana, todavía más temprano que de costumbre.

Al cabo de un rato Soledad se calló. Nadie parecía escucharla, y además Edoardo le había dicho que era mejor tratar de reírse. Por suerte no la habían revisado y tenía su última carta en el bolsillo del pantalón: "Yo también lloro, sabés, sirve para descargar las tensiones. Pero reír sería mucho mejor".

Soledad se prometió que ese día haría todo lo posible por reírse.

"Sole, recibí tu carta, me contás cosas muy lindas y la fábula de la tribu india me hace acordar un sueño de la otra noche. Vos y yo habíamos alquilado un bajo eléctrico, un redoblante y un charleston. Vos tocabas el bajo y yo el redoblante y el charleston. Tocábamos como nos daba la gana y nos divertíamos mucho. Después hacíamos una fiesta y venían nuestros amigos y tocábamos con ellos; algunos bailaban, otros tocaban y todos se reían felices. Después vos y yo nos íbamos en una bicicleta a dar una vuelta, pedaleando un poco yo y un poco vos. Era de noche pero se veía porque había luna y estrellas. El cielo estaba límpido y en un momento llegábamos a un bello prado florecido, nos acostábamos, nos abrazábamos y nos dormíamos.

"Cuando leí que pensabas en tener un chico me acordé que esta mañana, mirando un programa de la tele que hablaba de la adopción, pensé qué lindo sería adoptar uno. Pero enseguida

entendí, escuchando lo que decían, que era una cosa complicada, que la burocracia a menudo desalienta a los que lo intentan. (...) "Me mandaron unos recortes de diario con artículos sobre nuestro arresto. Me guardé una foto tuya, así si un día estoy inspirado me gustaría tratar de hacerte un retrato. Me gustaría hacerlo de memoria pero quizás sea demasiado difícil para mí. Quizás si un día un perro llegase a la casa donde vivamos podríamos tenerlo, si él quisiera estar con nosotros.

"Casi todos los días pongo el pan que hacemos en la ventana y los pichones vienen a comerlo. Algunos son muy lindos.

"Yo también lloro, sabés, sirve para descargar las tensiones. Pero reír sería mucho mejor.

"Te valoro tanto, querría abrazarte fuerte,

"tu Baleno".

Baleno era Edoardo, su hombre, y Soledad releyó varias veces el final: Edoardo no solía escribir mimos. Después se quedó callada, casi sin pensamientos, esperando algo que no conseguía imaginar. Pero la lectura la había reconfortado. En cuanto volviera a su celda le contestaría.

Ya debían ser las ocho, por lo menos: los rumores de la cárcel iban creciendo y una luz empezaba a filtrarse por la ventana alta. En la celda de aislamiento no había ni siquiera una manta, y hacía frío. Soledad pensaba en el retrato que quería hacerle Edoardo y se pasaba la mano por el pelo al ras: había tomado la costumbre de cortárselo todas las semanas y le gustaba el cepillito de su cabeza rapada, esa manera de rechazar el modelo de belleza de las publicidades. Ella había sido bonita como tantas, chiquita, bien formada, una cara agradable, y ahora había decidido cambiar su

forma de ser linda: la belleza era la diferencia, atreverse a ser otra y ser ella. Se volvió a pasar la mano por el cráneo y se miró la camiseta roja: grandota, alguna mancha.

—Rosas...

La interrumpió la guardiana, casi en un susurro. Su tono parecía más amable: extrañamente amable.

—Vamos, Rosas, te tengo que llevar a la sala de coloquios. Te está esperando tu marido.

—¿Mi marido?

—Sí, tu marido.

Por un momento se confundió: seguramente quería confundirse. Después se sonrió: su marido, claro, no era Edoardo sino Luca Bruno, el compañero anarquista con quien se había casado un mes antes para conseguir la residencia. Ya había hecho varios intentos para que la dejaran ver a Edoardo pero todos chocaban contra la burocracia de la cárcel y del tribunal: como no los unía nada legal no tenían derecho a una entrevista. Soledad no se desalentaba: insistiría hasta lograrlo. Luca, en cambio, por aquel casamiento formal, tenía derecho a visitarla y ya había ido una vez: al fin y al cabo era un amigo, le contaría cómo estaban las cosas afuera, la distraería por un rato.

La sala era grande: a veces se juntaba mucha gente y el ruido se hacía insoportable, pero a esa hora estaba vacía. Luca la saludó con un beso y bajó la mirada: parecía intranquilo, confuso. Le preguntó cómo estaba y casi no escuchó su respuesta. Pero ella estaba cabreada y quería contarle por qué: —Luchino, no sé qué les pasa a estos hijos de puta que esta mañana me agarraron y me pusieron en aislamiento. ¿Qué carajo están haciendo?

Luca seguía callado; los dedos se le trababan armando un

cigarrillo. Después supuso que era mejor decírselo cuanto antes: —Sole, no sé cómo empezar. Baleno está muerto.

—¿Muerto? ¿Cómo muerto? ¿Qué quiere decir muerto?

Balbuceó Soledad. De pronto el italiano se le volvía una lengua tan extraña: no entendía. O entendía demasiado. Luca no sabía si callarse o seguir hablando: —Muerto, no sé, carajo. Me acaban de decir que se mató esta noche.

Soledad soltó un grito.

Esa mañana Luca se había levantado demasiado temprano. No solía despertarse a esas horas, pero tenía que visitar a Soledad y no quería llegar tarde. Cuando salió de la casa ocupada que llamaban el Asilo, en la via Alessandria, recién empezaba a clarear. No tardó mucho en llegar hasta la cárcel de Le Valette: los sábados a esa hora los turineses todavía no atestan las calles con sus fiats.

La visión de los muros de la cárcel lo entristeció, como cada vez. Y después vinieron los trámites, las humillaciones: los guardias de Le Valette asumían que los parientes de los prisioneros formaban parte de los malos del mundo y se lo hacían sentir. Luchino ya había pasado los controles cuando un funcionario de la prisión lo llamó y lo llevó hasta una oficina. Ahí adentro estaban todos: los fiscales Laudi y Tatangelo, el jefe de la policía política Petronzi; mostraban caras graves. El funcionario de la cárcel no los presentó ni se perdió en preámbulos: —Mire, lo lamento. Edoardo Massari ha fallecido.

—¿Qué?

—Eso, que está muerto, se mató.

El tipo trataba de parecer emocionado o —quizás— estaba emocionado. Hablaba muy bajito, como en un velorio, y le dijo

que esa madrugada, a eso de las cinco, el guardia que hacía la ronda lo había encontrado moribundo. Todavía respiraba, le contó el funcionario, y que el guardia llamó al médico y le hicieron masajes cardíacos pero no consiguieron reanimarlo. Edoardo estaba en una celda individual con una cama de dos pisos: después muchos se preguntarían por qué Edoardo Massari estaba solo en una cárcel donde casi todos los presos comparten sus espacios. Las autoridades de la prisión dirían que él lo había pedido, como si eso fuera un criterio en ese mundo.

Edoardo se había ahorcado, dijo el funcionario, con su sábana: la había atado a los barrotes de la cama de arriba y se había dejado caer en el suelo sobre sus rodillas para asfixiarse. Cuando alguien se cuelga de una cuerda atada a un soporte alto y queda con los pies en el aire, la muerte llega por el paro respiratorio producido por la sección de la médula y es casi instantánea. Edoardo, en cambio, había tenido que hacer fuerza con su cuerpo hacia adelante durante unos minutos mientras la sábana atada a su cuello terminaba de ahogarlo: había debido sostener esa pelea interminable contra su instinto de supervivencia, reafirmar cientos de veces, en esos minutos, que quería morirse. Era, dijo el funcionario, una muerte trabajosa: era, no dijo, una muerte terrible.

Eso si todo había sucedido realmente como el tipo lo contaba, pensó Luca, y soltó una puteada por lo bajo.

—Usted va a encontrarse con su esposa.

Le dijo el tipo, con un tono que ni siquiera era de sorna, aunque no quedara claro de quién era la esposa.

—Sí, a eso vine.

—¿Prefiere decírselo usted, o le parece mejor que se lo

digamos nosotros?

Luca se quedó pensando unos segundos: imaginó a Soledad oyendo la noticia de boca de un guardiacárcel y pensó que tenía que evitarlo a toda costa: —No, déjeme que se lo cuente yo. Yo se lo cuento.

—¡¿Pero por qué me hizo esto?! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?!

Gritaba Soledad, en castellano, con todo el desgarro que una voz puede dar, y Luca la miraba sin saber qué hacer.

—¡¿Por qué me dejó así?! ¡Hijo de puta, por qué me dejó así!

Muchas veces, en los meses siguientes, Soledad se arrepentiría de esas puteadas iniciales. Pero en ese momento no podía pensar en otra cosa: Edoardo se había ido, la había dejado sola, la había dejado; se había separado de ella para siempre.

—¿Cómo pudo, carajo, cómo pudo?

Soledad seguía gritando, se agarraba la cara con las manos, se deshacía la cara como el que estruja un tomate muy maduro. El mundo de pronto le resultó un tomate demasiado maduro, a punto de deshacerse en chorros rojos. Todo le parecía un delirio, una ficción, pero al mismo tiempo era tan verdadero: era la vida haciéndose de pronto demasiado real, convirtiéndose en muerte. Luca intentó consolarla con un abrazo que Soledad no terminaba de aceptar. Ella hablaba con otro: —¡Me dejaste, amor, te fuiste, me dejaste acá sola, amor, la puta madre que te remil parió!

Gritaba, desesperada. Minutos antes la cárcel era algo terrible; de pronto se había convertido en un mal tan menor. Soledad gritaba, lloraba, se retorcía y seguía preguntándole por qué me hiciste esto, por qué me abandonaste. Hay preguntas que sólo se pueden hacer a los que ya no saben contestarlas.

Una hora más tarde, cuando se presentó el abogado Novaro, Soledad parecía más calmada. Había charlado mucho con Luca Bruno: entendido que no entendía muchas cosas, que no sabía bastantes. Quién podía asegurar que Edoardo se hubiera matado como decían ellos, por ejemplo. Quién podía decidir, si en verdad lo había hecho, sus razones. Por momentos Soledad se tranquilizaba; enseguida volvía a pensar que por más razones que tuviera había una razón que él no había contemplado: —Amor, ¿por qué, por qué tuviste que dejarme sola? ¿No pensaste en mí, mi amor no te alcanzaba?

Después pensaba que era injusta, que quizás lo habían matado; después volvía a la indefinición y otra vez los reproches. Novaro la abrazó: nunca se habían tocado pero Soledad se escondió en ese abrazo. Dos, tres minutos lloraba, sacudida, entre los brazos de ese desconocido que podía definir su futuro.

—¡Qué egoísta, carajo, qué egoísta que estuvo!

Dijo, ya más calmada. Y siguió, con los ojos extraños de quien no se convence de que ya no es posible: —Aunque lo condenaran, igual podíamos hacer una vida juntos; yo lo espero, yo puedo esperarlo.

Novaro la miraba como si tuviera miedo de hacer el menor ruido. Soledad se sentó: estaba agotada. Miró a su alrededor: todo parecía falso. Ese día era falso, la cárcel, ese idioma que hablaban esos brutos, los guardias eran falsos, las detenidas que la mirarían con esa mezcla de simpatía y curiosidad eran muy falsas, ella misma ahora, pensando que todo eso era falso, era más falsa. Nada de todo eso estaba sucediendo en realidad. Soledad no creía que todo eso le estuviera sucediendo en realidad. No hay lugares para enterarse de la muerte de un amor, pensó, pero la cárcel es

el peor de tantos imposibles.

—Se me ocurre una sola razón: si lo hizo, lo hizo para que no nos olvidaran acá en la cárcel.

Dijo Soledad y los cuatro señores se miraron sin saber qué decir. Pasquale Cavaliere, el consejero del partido Verde, había pedido verla. Junto con él estaban el escritor y senador de centroizquierda Furio Colombo, el subsecretario de Relaciones Exteriores Piero Fassino, el diputado verde Giorgio Gardiol, el concejal verde Silvio Viale y el vicedirector de la cárcel, Giuseppe Mazzini. Después Furio Colombo diría que creyó entender que Soledad decía: lo hizo por mí, para que me liberaran lo antes posible. Soledad no dijo eso. Soledad había decidido controlarse, no decirles casi nada a estos políticos burgueses que no conocía. Con Cavaliere quizás habría podido hablar, pero a los otros jamás los había visto. En todo caso no les daría el gusto de su dolor, de verla derrotada.

"Es una figura chiquita y frágil", diría después Colombo, "que parece mucho más joven, y eso contrasta con la forma en que controla su dolor, que en ningún momento se volvió emoción. Una persona fuerte, que se expresa con claridad".

—¿Dónde está? Dónde se lo llevaron ahora.

Dijo Soledad. No dijo un nombre, pero nadie dudaba de que había dicho Edoardo. Estaban en una habitación chiquita, las paredes de verde, un escritorio viejo, dos sillas baqueteadas. Todos parados, recelosos.

—Edoardo está en la morgue. Hay que hacerle la autopsia.

Dijo el funcionario. Se hablaban en susurros, como en cualquier otro velorio.

—Quiero ir a su funeral. ¿Me van a dejar ir, no?

Dijo Soledad, y enseguida empezó a pensar que eran todas mentiras. Por qué creerles a estos hijos de puta, se dijo, por qué aceptar sus palabras. Ella no tenía por qué creer que Edoardo se había suicidado. No porque lo dijeran esos hijos de puta, por lo menos. Hubo un silencio incómodo. Cuando se hizo evidente que ya no tenían más nada que decirse Soledad les dio la mano, seria: la mano, pero no las gracias.

—¡Mamá, mamá, me mataron a mi amor, me lo mataron estos hijos de puta!

Gritaba Soledad en el teléfono. "Fue la primera vez que conseguimos hablar con ella, justo ese sábado", dirá su madre, Marta Rey de Rosas. "Sole nos pudo llamar por teléfono desde la cárcel el mismo día que mataron a Baleno".

—¿Dijiste "lo mataron"?

—Eso piensa Soledad. Que lo mataron en la cárcel. Soledad me dijo por teléfono "me mataron a mi amado". Yo le dije "por qué no pensás que a lo mejor fue una decisión de él y respetásela". A mí no me interesaba mucho hablar de Edoardo en ese momento, cuando sabés que tu hija está presa y hacía tanto tiempo que no hablaba con ella. Pero a ella lo único que le importaba era decirnos "mirá lo que le hicieron". Lo primero que me dijo cuando levanté el tubo fue "mamá, están grabando la conversación, cuidado con lo que decís". Los abogados ya nos habían avisado que tuviéramos mucho cuidado con lo que decíamos, con lo que le preguntábamos y con lo que le contestábamos. Yo le decía que quizás fue una decisión de él, que no pudo soportar verse ahí. Y ella decía que no, que lo habían matado: que estaba segura de

que lo habían matado.

Soledad se sentía impotente, asustada. Poco después del mediodía una guardiana la había llevado a la celda de aislamiento. Pensaba que quizás la soltaran pero que ya nunca terminaría de salir de ese lugar: que algo se le había quedado para siempre ahí. Los habían usado, los seguían usando, y quizás la única forma de no dejarse usar fuera la que eligió Edoardo, pensó. O quizás no y el muy tonto se había apurado y la había dejado sola, sola, sola. Estaba sola, no tenía radio ni libros, pensaba sin parar y no terminaba de saber muy bien qué. Entonces se le ocurrió que tenía que escribir: frenar la mente y escribir, no permitirles que se quedaran con la última palabra, con esta historia, y escribir. No sabía qué: por el momento les escribiría a sus compañeros del Asilo. A esta altura ya debían estar en la calle protestando por la muerte de Edo, pidiendo su libertad, gritando, peleando con la policía.

Un rato antes le habían dicho que Edoardo había muerto a las 5 y 20 de la mañana. El forense había dicho que la causa de la muerte era "asfixia por estrangulamiento". Las causas de la muerte nunca son las causas de la muerte, pensó Soledad. Y pensó que a esa hora ella dormía: no podía creer que todo eso hubiera sucedido allí mismo, a unos cuantos metros, sin que ella sintiese nada. Era tan extraño. Todos decían que Edoardo se había matado y quizás fuera cierto: quizás realmente había elegido la forma más definitiva de escapar a esa cárcel, de burlarse de ellos una última vez. Y ella, pensaba ahora, no podía reprochárselo: tenía que entenderlo. Su obligación era entenderlo y lo iba a intentar. Soledad quería acordarse de su hombre, recordarle caras y

sonrisas, tonos de voz, caricias pero no: se hacía preguntas. La memoria es certezas; las preguntas le destruían cualquier intento de recuerdo. Y sabía que no sabía respuestas; intuía, incluso, sin decírselo, que prefería no saberlas. Que no le gustarían. Preguntas como una bola negra en la cabeza. Otra vez empezó con los gritos.

Lloraba. En verdad le parecía como si hubiera estado llorando desde siempre. Por suerte tenía unas hojas de papel y una birome negra. Para empezar fechó: era el sábado 28 de marzo de 1998 y pensó que de pronto esa fecha empezaba a ser tan importante: "Compañeros: La rabia me domina en este momento. Siempre he pensado que cada uno es responsable de lo que hace, pero esta vez hay culpables y quiero decir en voz bien alta quiénes son los que mataron a Edo: el Estado, los jueces, los funcionarios, el periodismo, el TAV ("Tren de Alta Velocidad"), la policía, la cárcel, las leyes, las reglas y toda esta sociedad de esclavos que acepta este sistema".

Escribía Soledad y las palabras se le agolpaban en el mismo italiano que poco antes le había parecido tan lejano: "Nosotros siempre luchamos contra estas imposiciones y por eso terminamos en la cárcel.

"La cárcel es un lugar de tortura física y psíquica, aquí no se dis pone de absolutamente nada, no se puede decidir a qué hora levantarse, qué comer, con quién hablar ni con quién encontrarse, a qué hora ver el sol. Para todo hay que hacer una 'solicitud', hasta para leer un libro.

"Ruidos de llaves, de cerrojos que se abren y se cierran, voces que no dicen nada, que chocan en estos corredores fríos, zapatos de goma que no hacen ruido para espiarte en los momentos menos pensados, la luz de una linterna que por las noches te

controla el sueño, correo controlado, palabras prohibidas. Todo un caos, todo un infierno, todo la muerte.

"Así es como te matan todos los días, despacio, para hacerte sentir más dolor, y en cambio Edo quiso terminar enseguida con este dolor infernal. Al menos él se permitió tener un último gesto de mínima libertad, decidir él mismo cuándo terminar con esta tortura.

"Mientras tanto me castigan a mí y me ponen en incomunicación. Eso significa no sólo no ver a nadie sino tampoco recibir ningún tipo de información, no tener nada, ni siquiera una frazada, tienen miedo de que yo me mate. Según ellos es un aislamiento cautelar, lo hacen para 'salvaguardarme' y así no se responzabilizan si yo también decido terminar con esta tortura.

"No me dejan llorar en paz, no me dejan tener un último encuentro con mi Baleno. Veinticuatro horas al día tengo una guardia a menos de cinco metros de distancia.

"Después de lo que pasó vinieron los políticos del partido Verde a darme su pésame, y para tranquilizarme no se les ocurrió nada mejor que decirme que 'ahora seguramente todo va a resolverse más rápido, ahora todos van a seguir con más atención el proceso, quizás hasta te den el arresto domiciliario'. Después de este discurso me quedé sin palabras, sorprendida, pero pude preguntarles si se necesita la muerte de una persona para conmover a un pedazo de mierda como este juez.

"Insisto, en la cárcel han matado a otras personas y hoy mataron a Edo estos terroristas que tienen licencia para matar.

"Voy a buscar la fuerza de alguna parte, no sé, sinceramente ya no tengo ganas pero tengo que seguir, lo haré por mi dignidad y en nombre de Edo. Lo único que me tranquiliza es saber que Edo

ya no sufre más.

"Protesto, protesto con tanta rabia y tanto dolor.

"Sole

"P.D.: Si meterte preso es un castigo, entonces a mí ya me castigaron con la muerte o mejor dicho con el asesinato de Edo. Hoy empecé la huelga de hambre para pedir mi libertad y la destrucción de todas las instituciones carcelarias. Mi condena la voy a pagar todos los días de mi vida".

Escribió Soledad, y se secó los ojos. Sería tan bueno si esa guardiana hija de puta dejara de mirarla. Sería tan bueno si pudiera dormirse.

UNA VIDA ARGENTINA

1. EL ORIGEN

El médico le había dicho que sería mejor que no tuviera ese bebé, pero Marta Rey de Rosas se empecinó: no lo abandonaría sin luchar. Además no había nada más enfrentado a sus convicciones cristianas que un aborto. No, decididamente pelearía —y que fuera lo que Dios quisiera.

Marta Rey había conocido a Luis Rosas cuando tenía 18 años y trabajaba como voluntaria en la Casa Cuna, muy cerca de su casa en el barrio de Constitución. Era el fin del año 1965: al gobierno del radical Arturo Illia le quedaban pocos meses, el pop local se llamaba Club del Clan y las polleras empezaban su ascenso incontenible, pero la revolución sexual de los sesentas era algo que nadie imaginaba todavía. Esa noche de Año Nuevo, Marta no tenía programa y una compañera de trabajo le insistió para que la acompañara a aquella fiesta. Ella, por supuesto, podría no haber ido.

Luis Pascual Rosas tenía 24 años, un padre suboficial mayor del Ejército Argentino, un empleo en una empresa de construcción y cierta prestancia: la palabra prestancia es de ese entonces. El flechazo fue casi inmediato; el noviazgo duró cuatro años. En 1969

la Argentina también ardía: el Cordobazo la había cambiado a fuerza de gritos y corridas. Marta y Luis se casaron en enero de 1970, por el civil y por la iglesia. Veinte días más tarde el padre de Luis, postrado por un accidente, deprimido, se tiró bajo un tren.

En aquellos tiempos un matrimonio joven de empleados de clase media podía tener ciertas aspiraciones: los recién casados pidieron un crédito en el Banco Hipotecario y se compraron un departamento de dos ambientes en Beruti y Austria. Todo el resto —heladera, juego de living, televisor en blanco y negro — también fue carne de cuota: Marta y Luis decidieron que, antes de tener hijos, tendrían que asentar su situación económica. Luis empezó a trabajar en el área comercial de un frigorífico.

En 1972 las cosas parecían encarriladas: María Gabriela Rosas nació ese 29 de noviembre. Nueve meses después, Marta comprobó que el saber común suele equivocarse: aquella idea de que una mujer que amamanta no puede quedarse embarazada también era falsa. Al principio Marta aceptó su llegada con resignación y alegría: hubiera preferido esperar un poco más pero, se decía, sus dos hijos crecerían tan juntos que podrían compartir muchas cosas. Sobre todo si llegaba otra nena. Y el aborto estaba descartado. Por eso cuando el médico le dijo que lo mejor sería cortar el embarazo, ella se puso dura: —Ni lo piense, doctor. De ninguna manera.

El médico volvió a explicárselo: le habían diagnosticado una fiebre reumática particularmente violenta y su embarazo impedía tratarla con penicilina. Los dolores podían ser terribles, tendría que pasar días y días en cama y, además, no había ninguna garantía de que el bebé lo soportara. Pero Marta se negó en redondo: ella sufriría los dolores que fueran necesarios para que

su hija viniera a este mundo. Y, por si acaso, se acostumbró a pasar por la iglesia de Santo Domingo para pedirle a San Ramón Nonato, el protector de las embarazadas, que la ayudara con el parto, que el bebé fuera sano.

—Y, si podés, que sea una nena, San Ramón, por favor.

María Soledad Rosas nació en la clínica San Camilo, en Caballíto, el 23 de mayo de 1974 a la una y media de la tarde: pesaba 3,450 y era una beba "grande, gorda, preciosa" —según su mamá. En esos días su familia se mudó a un departamento más amplio: cuatro ambientes en Beruti y Austria, a treinta metros del anterior. El país se despeñaba. María Soledad no tenía seis semanas cuando se murió el presidente general Juan Domingo Perón; sus enemigos festejaron poco, sus seguidores lo lloraron sin consuelo. Casi todos, en un momento u otro, lo habían considerado el continuador del brigadier general don Juan Manuel de Rosas. Por eso sus opositores hablaron de su gobierno como "la segunda tiranía". La primera, desde siempre, había sido la de don Juan Manuel.

Don Juan Manuel de Rosas, el Restaurador de las Leyes, gobernó la Argentina con mano que muchos dicen férrea entre 1829 y 1852, cuando lo derrocó una alianza confusa. Don Juan Manuel había nacido en 1793, hijo de una ganadera y un aristócrata —en una época en que esos dos términos todavía no eran sinónimos en la Argentina. Creció en el campo; mientras los abogados y coroneles porteños declaraban la libertad de la colonia, el muchacho correteaba vacas y maneaba potros: aprendió a hacerlo como pocos y, a sus 27, era el caudillo más respetado del sur de la pampa bonaerense —que entonces estaba

en el norte de la pampa bonaerense. De allí a la gobernación de Buenos Aires no tardó ni dos años.

Era muy rico; por educación y por cálculo político le gustaba mezclarse con los pobres. Había sido compañero de los gauchos desde siempre; cuando decidió que sería poderoso se hizo amigo de negros y mulatos —los hijos de los esclavos liberados por la Asamblea de 1813— y, ya gobernador, solía bailar en sus candombes. Era —fue durante su larguísimo mando— un patriarca conservador, cristiano y autoritario que se opuso a los progresistas elitistas acercándose al pueblo y defendiendo cierta autonomía económica nacional contra la apertura comercial a las grandes potencias europeas.

En 1832 don Juan Manuel terminó su primer mandato de tres años: no quiso renovarlo si no le otorgaban facultades extraordinarias —y no las consiguió. Pero tenía un plan alternativo: mientras esperaba el momento de volver al poder, se lanzaría a la "Conquista del Desierto". El Desierto era, en la Argentina del siglo XIX, el territorio poblado —y bien poblado— por los indios; su expedición lo pondría a disposición de la economía de los blancos y haría la fortuna de unos cuantos amigos que se convertirían en grandes hacendados.

La campaña fue grandiosa y triunfal: las tropas de don Juan Manuel corrieron indios hasta el río Colorado y llevaron la frontera de los blancos hasta la altura de Carmen de Patagones. El brigadier general se pasó más de un año en campaña; algunos días se aburría, pero una india mapuche solía amenizar sus noches. En aquellas circunstancias, matar y fornicar formaba parte de un mismo movimiento: los hombres a degüello, las mujeres a lanza. Don Juan Manuel era tan pródigo de su nombre como de su

simiente: cuando la india le parió una hija la reconoció y la bautizó Fénix Rosas, por aquello de los renacimientos.

Fénix Rosas vivió en Mendoza hasta bien pasados los cien años y tuvo varios hijos naturales —a los que, falta de otro apellido, pasó el suyo. Uno de estos hijos, Pascual Rosas, fue el bisabuelo de Luis Pascual Rosas. María Soledad Rosas descendía del hombre más poderoso de la Argentina en el siglo XIX y de una india mapuche que fue su barragana: el general y la querida, una curiosa alianza del poder y la ilegalidad, la potencia y el sometimiento, el centro del centro y el margen más extremo.

Pero el cuadro se presentaba tranquilo, demasiado tranquilo. Una familia tan normal, una casa sin sobresaltos aparentes, una infancia sin historias. A sus tres años María Soledad Rosas empezó el jardín de infantes en la escuela donde pasaría los quince años siguientes. El Colegio Río de la Plata está a tres cuadras de su casa, en pleno Barrio Norte, y es una institución privada bilingüe con orientación cristiana: sus dueños y maestros son laicos pero enseñan la religión católica y sus alumnos, en principio, deben practicarla en la iglesia del Redentor, en Beruti y Larrea. Es un colegio relativamente pretencioso, de uniformes grises con algún vivo azul, doble escolaridad, mujeres solas y cierto orgullo de enseñanza paga.

"El Río de la Plata era una mezcla de chicas con dinero y de chicas de clase media a las que, con mucho esfuerzo, sus padres mandaban a ese colegio; ése era nuestro caso", dirá Gabriela Rosas, la hermana de Soledad. "Mis viejos, con un esfuerzo enorme —vendieron la casa de Ranelagh— nos hicieron terminar en ese colegio. A ellos les importaba mucho que fuéramos ahí

porque se suponía que la enseñanza era buena y, además, porque ellos habían armado su círculo de amigos un poco alrededor de los padres de nuestras amigas. Y por toda una cuestión... no de aparentar sino de una especie de 'm'hijo el dotor' más aggiornado. Como que las nenas tenían que terminar el colegio privado y saber hablar bien inglés, cueste lo que cueste. Porque la escuela pública no, y porque todo nuestro mundo giraba un poco alrededor de... fueron quince años ahí adentro, que también fueron quince años para ellos ahí adentro".

A su alrededor, el Barrio Norte es esa zona de la ciudad que, en los sesentas y setentas, se llenó de edificios de ocho o nueve pisos para los que preferían una "buena dirección" a un poco más de espacio en la sombra de una calle sin prestigio. Es el barrio de la clase media porteña que habla con acento pretendidamente patricio, vota conservador, va a misa los domingos: que querría ser "clase media alta" —aunque el dinero a veces no acompañe. El Barrio Norte es el punto donde la ciudad se empieza a hacer burguesa. No rica, burguesa: un barrio sin árboles ni ostentación, cuyo orgullo más notorio estaba en que todos lo creían un barrio del que se podía sentir algún orgullo. Ahora el Barrio Norte sigue sin tener árboles, pero tampoco le queda mucha vanidad.

Soledad tenía una vida ordenada, casi cuadriculada. Cada día se levantaba a las siete menos cuarto, se lavaba meticulosamente —meticulosamente es la palabra —, desayunaba y se vestía para ir a la escuela. Allí se pasaba casi nueve horas: no salía hasta las cinco de la tarde. Era una alumna correcta, aunque le pesaba el prestigio de su hermana. Gabriela era la estudiante modelo, con premios y cuadros de honor, y Soledad se esforzaba por estar a su

altura.

"En la escuela le fue muy bien, aunque nunca fue como Gabriela", dirá Marta Rosas, su madre. "Le costaba mucho estudiar pero tenía mucho amor propio, nunca se llevó una materia salvo en tercer grado que se llevó inglés. Entonces se preparó todo el verano, y aprobó. Me acuerdo que el día del examen salieron la profesora, Fabiana, y las demás chicas, y ella no salía. Yo le pregunté a Fabiana qué pasaba con Soledad y ella me dice 'no sé, porque sigue leyendo y escribiendo'. Entonces le dije que le pidiera la hoja, porque yo le había dicho a Sole que antes de entregar la hoja la revisara y la leyera una y otra vez. Así que la tipa se podía quedar hasta las diez de la noche revisándola por miedo a no pasar. Y Fabiana me dice 'pobrecita, hace una hora que la está leyendo'. Entonces fue y le sacó la hoja y por supuesto que aprobó. Vos no sabés la sumisión de Soledad. Como tenía una hermana tan brillante..."

Cada tarde, Soledad llegaba a su casa a las cinco, se bañaba y hacía las tareas escolares: en general tardaba, porque le costaba mucho concentrarse. Después se tiraba en la cama a mirar televisión: La Familia Ingalls, Heidi, clásicos de la niñez serena. Fuera de clase no solía ver a sus compañeras, pero tenía varias actividades complementarias: zapateo americano y bailes escoceses en el colegio a contraturno, tenis o pileta en el club Gimnasia y Esgrima.

Soledad compartía su pieza con su hermana: en verdad, compartía casi todo con su hermana. La pieza tenía un balcón a la calle, con defensa enrejada, donde vivía la tortuga; la perra, en cambio, vivía por todas partes. La perra era una cocker spaniel

blanca y negra que se llamaba Lula, y las dos hermanas solían pelearse por el privilegio de meterla en su cama. La pieza también tenía un cajón amarillo donde las dos hermanas guardaban sus juguetes.

"Nuestra pieza era muy ordenada porque mamá nos torturaba con el orden", dirá Gabriela Rosas, su hermana. "Era una cosa de hacernos ordenar la pieza cuatro veces por día. Si estábamos jugando con las barbies y queríamos empezar a jugar con otra cosa, era 'no, tienen que guardar las barbies para empezar a jugar con otra cosa'."

"Soledad tenía una obsesión por la limpieza", dirá Marta Rosas, su madre. "No tenía problema en que te acostaras en su cama pero sólo si te habías bañado y cambiado la bombacha; si no, no. Por eso cuando tenían esas camas que se sacan ella dormía en la cama de abajo, porque no le gustaba que se sentaran sobre su colcha. Y había que ponerle perfume a las sábanas. Y después cuando aprendió a coser toda su ropa interior la tenía marcada. Una crucecita. A los seis años, una cosa así. Yo le enhebraba la aguja y le hacía el nudito y ella se hacía crucecitas en las medias, las bombachas, las camisetas, porque... como las dos tenían lo mismo, y del mismo tamaño, entonces ella quería distinguirlas. Cualquier hilo estaba bien, ella sabía donde lo había marcado".

Las hermanas solían jugar con sus barbies, pero más les gustaba ser sus propias muñecas: se pintaban, se disfrazaban, tenían un baúl lleno de vestidos y collares que les permitían convertirse en otras: gitanas, damas antiguas, cachivaches. Aunque Soledad nunca jugaba a lo mismo mucho rato: no se quedaba quieta, nada le duraba más que unos minutos.

"Y nos peleábamos un montón por la ropa", dirá Gabriela

Rosas, su hermana. "Nos peleábamos porque a mí todo me duraba años, porque yo era muy cuidadosa con mis juguetes y doblaba la ropa, y a las muñecas de Soledad les faltaba el pelo, tenían los vestidos rotos. Entonces, cuando se le acababan las suyas, ella quería las mías".

Cuando María Soledad cumplió siete años sus padres cambiaron los fines de semana en Gimnasia y Esgrima por una quinta que acababan de comprar en Ranelagh, al sur del gran Buenos Aires. Para las hermanas Rosas fue una pérdida: el club era su lugar de encuentro con amigas. Y Soledad no tenía tantas:

"Pobre, tenía mala suerte con las amigas que elegía", dirá Gabriela Rosas. "En el colegio, y más en un colegio de mujeres, se armaban grupitos: o eras de las vivas o eras de las tontas o no eras nadie. En algún grupo tenías que estar. Ella, para sentirse que era de algo, siempre se enganchaba como cola de ratón de alguna. Terminaban cagándola, peleándola o haciéndola sufrir. Siempre llegaba llorando del colegio. Pobre, siempre terminaba sufriendo. Era muy sensible y trataba de agradar hasta el punto en que se rompía las pelotas y mandaba a todos al carajo. Entre el amor y el odio había sólo un paso. Había una discusión por cualquier pavada y no había un intento de 'bueno, conversemos, vamos a ver cómo lo resolvemos' o 'me la como, está bien, la dejo pasar'. No; cualquier cosa era 'pum, bomba, estallo, a la mierda'. Hacía un esfuerzo por agradar, por pertenecer, por ser aceptada y en algún momento se daba cuenta de que todo su esfuerzo no servía para nada y entonces sufría un montón y terminaba mandándolas a todas a la mierda y seguía solita o conmigo. Los recreos se venía conmigo o salía con mis amigas, cosas así. Por un lado era muy

débil y tenía muy poco amor propio, ella no sabía cuánto valía. Y por el otro se defendía agrediendo. Creo que eso le pasaba porque no se valoraba a sí misma. Era una chica que vivía lastimada o rompiéndose los dientes. Cada dos por tres se caía de la bicicleta, se bajaba todos los dientes. Se caía en la bañadera, se rompía toda. Se cortaba los brazos, se lastimaba las rodillas. Estaba todo el tiempo con una cicatriz, alguna marca, algún rayón en la cara y cuando jugábamos a disfrazarnos ella se veía siempre fea, horrible. Era hermosa, mucho más linda que yo. Pero siempre se lastimaba o se tiraba abajo".

Los fines de semana en Ranelagh pronto se transformaron en el mejor momento. Las hermanas solían llevarse a alguna amiga del colegio para jugar a las muñecas, a las escondidas, a la mancha, para treparse a la casita del árbol o bañarse en la pileta. Pero nada se comparaba con las mañanas de domingo. Ansiosas, las hermanas se despertaban temprano y temprano despertaban a su padre para que las llevara a andar a caballo al parque Pereyra Iraola. Tenía que ser temprano: a las hermanas les gustaba estar allí cuando los caballos de alquiler llegaban a los palenques, mirar cuando los peones los cepillaban y ensillaban, combatir el frío con la excitación de la cabalgata por venir.

Luis Rosas aceptaba el sacrificio con placer: en la mitología del linaje Rosas el contacto con los animales, con el campo, era constitutivo. Gabriela andaba en un bayo, Soledad en un zaino colorado; a menudo terminaban en el suelo pero siempre se levantaban y volvían. El descubrimiento del caballo fue un corte para Soledad: una manera de encontrarse con un mundo distinto, con más cuerpo y con menos palabras, menos civilizado, pocas

reglas muy claras. Un mundo donde ella podía llevar las riendas.

"Ellos tenían una quinta en Ranelagh en esa época, en la década del ochenta", dirá Cecilia Pazo, su prima. "Íbamos en tren con mi mamá y mi hermano Diego. Yo tenía once años, Gabriela nueve, Soledad siete, Diego uno menos: la edad justa para disfrutar una quinta. Como no le dábamos pelota, mi hermano nos molestaba. Y siempre la que decía pobre Dieguito era Sole. Ella era muy compinche de Diego. Sole y Diego eran los más graciosos, los que hacían las cagadas. Gaby y yo acompañábamos pero los generadores de quilombo eran Sole y Diego. Me acuerdo de las macanas que nos mandábamos, groserías bien de varón, jugar con eructos y esas cosas. Y Marta decía 'tantos años del Río de la Plata invertidos para que terminen en esto'. Soledad era una señorita inglesa, pero cuando estábamos todos era una hecatombe".

"En nuestra infancia Soledad era la quilombera, la que se peleaba siempre con todo el mundo: con los primos, con los amigos, con el grupo del barrio", dirá Gabriela Rosas, su hermana. "Era muy linda, rubia, pelo largo. Siempre llamaba la atención por lo linda que era y por el carácter de mierda que tenía. A mi vieja se le iba un poco de las manos y yo empecé a hacerme cargo, no de la educación sino de la contenció n de Soledad. Ponerle bien los límites, sanamente. No encerrándola o pegándole o poniéndola en penitencia, que eran las medidas que mi vieja tomaba ya desesperadamente. No la sabía conducir, decirle 'comportémonos un poco mejor en sociedad, hay algunas reglas que tenés que aprender para conseguir las cosas de buena manera'".

Soledad no parecía entender las reglas. Era, entre otras cosas, incapaz de guardar un secreto.

"Se mandaba cada metida de pata que no sabés", dirá Marta

Rosas, su madre. "Vos no podías hablar nada adelante de Soledad porque después... No podías comprar un regalo con ella: por ejemplo, el cumpleaños de Gabriela: 'bueno, Sole, vamos a comprar el regalo de Gabriela'. Después por ahí faltaba una semana para entregarlo, yo lo escondía en un placard con llave, para que Gabriela no pudiera encontrarlo. Pero Soledad hasta que se lo decía no paraba: 'Gaby no sabés lo que te compramos, me parece que te va a servir, me parece que el color te va a quedar lindo'. Entonces la otra se ponía loca, y me preguntaba qué es, me decía 'mirá lo que me dice'. Hasta que al fin terminábamos diciéndole 'tomá, mirá, abrilo'."

Sin embargo las reglas abundaban. La quinta, por ejemplo, se acababa temprano: cada domingo, la familia Rosas emprendía la vuelta a media tarde, porque las nenas tenían que ir a misa de siete en el colegio.

Las fotos la muestran en todas las fases de la felicidad. Las fotos suelen mostrarla al aire libre y es raro que aparezca sin un perro, y es más raro que aparezca sin su cara redonda, su pelo rubio repartido en dos colas de caballo, su sonrisa confiada. Las fotos la muestran con piletas, amigas, tortas de cumpleaños, hermana casi siempre, más perros, padres, madres, abuelitas. Las fotos la muestran en algún campamento del colegio, en vacaciones en el Uruguay Bariloche Iguazú Mendoza o la Patagonia, en sulkies autos patines triciclos autitos chocadores, en disfraces de gitana o de cocotte, en pijama malla vestidito de fiesta con volados bluyín campera para nieve jumper gris del colegio, en el momento de pintarse unos bigotes falsos o zapatear americano o bailar escocés o comerse un chupetín inmenso. Son

fotos. Las fotos la muestran esperando un caballo, acariciando un caballo, domando un caballo, parada sobre un caballo, bañando un caballo, besando un caballo, pero enseguida viene el perro. Son fotos de una nena que parece contenta, fotos de grandes espacios y animales, de familia entusiasta. Se sabe que las fotos son recuerdos, que los recuerdos no se organizan para ser veraces. Cuando alguien decide qué fotos va a sacar y, más tarde, qué fotos va a guardar, está escribiendo esos recuerdos, censurando, construyendo un pasado feliz para el futuro casi impensable todavía. Las fotos, en cualquier caso, la muestran muy simpática.

Soledad entró en la adolescencia sin grandes alharacas. A sus doce un cambio en el espacio marcó el paso: su madre decidió redecorar la pieza que compartía con su hermana. Marta Rosas regaló los muebles infantiles y los reemplazó con dos camas anchas muy inglesas, muy femeninas, con colchas color crema y su muñeca encima. Y un espejo a juego, la mesita de luz entre las dos, un papel en las paredes de florcitas rosas: una auténtica habitación de señoritas.

Soledad solía quedarse en casa: ya no miraba La Familia Ingalls; ahora escuchaba a los Rolling Stones, los Redondos, Freddy Mercury, la Rock&Pop. Y no le interesaban las cosas que debían atraer a una chica de su edad: salía muy poco, no pensaba en ropas o peinados. Afuera la Argentina completaba la noche militar y entraba en las tinieblas económicas: los planes de Alfonsín no conseguían evitar una inflación cada vez más grosera. La democracia era el juguete nuevo que todos valoraban y el Ejército la amenazaba para salvar a sus héroes de la justicia criminal: cuatro alzamientos en tres años ponían la casa militar en orden.

Pero la calle no era ese espacio de riesgo que había sido antes, que sería después: ni dictadura ni inseguridad la amenazaban.

"A nosotros nos preocupaba que Sole no saliera, sí", dirá Marta Rosas, su madre. "Nos parecía que no era normal para una criatura de quince años. No quiso que le hiciéramos su fiesta de quince... ¿Cómo no íbamos a estar preocupados si todo lo que hacían las demás, ella no lo hacía? Digo: ir a bailar, salir, comprarse ropa linda, vestirse bien.

—¿Y qué pensaban?

—Yo qué sé, que se iba a hacer monja, que iba a hacer un disparate de esos, que era una aburrida, que algo no le funcionaba bien.

—¿Y hablaron con ella de esto?

—Sí, y Luis siempre se recriminó que no tenía amigas porque nos íbamo s a Ranelagh o a Villa Rosa. Y bueno, le decíamos que invite a quien quiera, que vengan, que hagan fiestas, que hagan lo que quieran. Pero tampoco le interesaba. Decía "no, para qué, si me aburro, si son facheras, si solamente les importa la ropa, si están en la pavada".

Soledad tenía pocas amigas del colegio: le molestaba su preocupación por cosas que creía banales. A Soledad, cuando tenía catorce años, lo que más le gustaba eran los caballos. Los Rosas ya habían vendido la quinta de Ranelagh, pero cada fin de semana iban a la casa de unos amigos en Villa Rosa —un barrio de Pilar que después harían famoso Fernando de la Rúa y sus vecinos. Luis Rosas le compró un caballo a Gabriela y Soledad se quedó con un potrillo que nació allí mismo: su madre era tan fea que le decían la Lancha, su padre un pura sangre. El potrillo les pareció

precioso. Lo llamaron Dos y Medio porque nació a esa hora, una tarde de agosto de 1987, y Soledad lo fue domando durante más de dos años con la ayuda de Omar, un vecino petisero de polo. Entre los dos lo fueron amansando: la tarea fue larga y más de una vez Soledad estuvo a punto de perder la paciencia: quería un caballo "que se pudiera andar". Pero lo esperó. Al final, ya domado, Dos y Medio era buenísimo con todos salvo con ella: Soledad era su dueña y la reconocía y la quería, pero la mitad de las veces la dejaba clavada de cabeza en el barro. Ella lo amaba igual. Muchos años después, encerrada en su celda italiana, Soledad le escribiría a su hombre encerrado en otra celda que "lo quería muchísimo. Lo conocí un día después de que naciera, yo tenía trece años, crecimos juntos. Durante mucho tiempo fue mi mejor compañía. Nos comunicábamos con el idioma de la naturaleza".

En esos días Villa Rosa era más campo que suburbio: circulaba cierto espíritu gaucho —o los restos de él. Omar fue el primer mentor de las hermanas Rosas en asuntos equinos y ellas lo seguían con devoción:

—Omar, ¿hay que bañar a algún caballo, hay que herrar, hay que hacer algo?

El petisero estaba encantado con esas dos chiquitas de ciudad que querían registrar cada uno de sus movimientos. Y Soledad, feliz en ese mundo: no era sólo la cercanía caliente de un animal que había que someter; también esos peones le gustaban: gente sencilla, que necesitaba pocas cosas y se reía de chistes simples, que le contaban historias de tropillas y arreos, que le enseñaban a trenzar una rienda o a calmar a una yegua, a perder a la taba o a cebar mate con la espuma debida. Con ellos no tenía que hacer

ningún esfuerzo: ni ponerse bonita ni hacerse la interesante ni tratar de gustarle a un tonto granujiento. Eso sí que era vida.

Al cabo de un par de años los Rosas pudieron construirse una casa en Villa Rosa; cada fin de semana Gabriela y Soledad se ponían bombachas y alpargatas y trataban de integrarse en el paisaje. A veces, en las fechas señaladas, Soledad se vestía de gauchita rubicunda y participaba de desfiles y paradas. Soledad podía hacer casi todo encima de un caballo: incluso subirse a un potro palenqueado y jinetearlo unos segundos con revoleo de espuelas y rebenque. Gabriela también: solían salir con sus caballos las dos solas, tiempo de largas charlas sobre la vida que las esperaba. En su futuro nunca había ciudades. Cuando fueran grandes, se decían, iban a vivir las dos juntas en una casita rosa en el medio del campo, con su chimenea y su cocina calentita, con sus gallinas, patos y conejos, y ahí iban a criar, las dos juntas, a sus hijos: —Y si es con marido mejor, y si no me chupa un huevo.

Sus perros las seguían: estaba Fatiga, una pastora catalana, y su hijo el Oso, que tenía sangre grandanés. En esos días, las hermanas Rosas solían creer que, en eso que llamaban el futuro, podrían hacer lo que quisieran.

2. VARONES

El mundo idílico empezó a agrietarse cuando brotaron los varones. Primero fueron unos vecinos con los que a veces salían a caballo; después Gabriela se consiguió su primer novio y el programa Villa Rosa dejó de interesarle: Soledad, al principio, se sintió traicionada. La ciudad tenía atractivos que la atraían apenas.

A veces su hermana la convencía de salir con ella: un poco porque quería, otro poco porque sus padres, preocupados porque la menor se quedaba siempre en casa, se lo pedían. A Soledad le resultaba más fácil salir con Gabriela: sólo tenía que acompañarla. Pero igual los bailes no le gustaban demasiado.

"Ya de chicas yo empecé a cargar con ella a todas partes", dirá Gabriela Rosas. "'Llevala con vos', me decía mi mamá si me iba a algún lado. Las primeras veces que Soledad fue a bailar era porque yo quería ir a bailar y ella tenía que venir conmigo. Por ahí era chica, trece, catorce años y se quedaba sentada en el boliche esperando que la hermana terminara de bailar para volver. A mí me gustaba que ella viniera conmigo, no me molestaba. Aunque a veces me agarraban ataques de celos porque ella llamaba mucho la atención y yo era más tranquila, más perfil bajo. Me ponía un

poco celosa, pero nada grave".

Después empezaron los recitales; el primero fue en Obras, con Gabriela y su chico: Ratones Paranoicos. Era una etapa nueva. Ese verano la familia se fue de vacaciones a Pinamar, y las hermanas se hicieron un grupo de amigos, chicos y chicas de Belgrano y Barrio Norte. La mayoría tenía la edad de Gabriela: Soledad seguía siendo el chinchorro.

Lo cual no le impidió hundirse en su primer amor. El pibe se llamaba Maximiliano y tenía un par de apellidos que sonaban patricios pero sus amigos lo llamaban el Vago: en ese grupo de muchachos más bien arregladitos, Maxi se destacaba por el pelo largo, por la ropa gastada, por su aureola de rebelde leve. Era el verano de 1990: en esos días la Argentina se hundía en la hiperinflación pero la rebeldía no encontraba maneras. Maxi tenía más de veinte años; Soledad ya había cumplido quince y no quería pensar que su amor era imposible. Dispuesta a todo, le declaraba su pasión sin mayor éxito: ni frases ni cartas ni caritas le daban resultado.

—Sole, yo a vos te quiero mucho pero sos muy chica para mí, yo no puedo salir con vos.

Soledad no se desanimó. Ya en Buenos Aires, el grupo siguió viéndose: cuando iban a bailar a Palladium la llevaban, cuando se reunían en alguna casa la invitaban —aunque ella no terminara de formar parte. Con ellos empezó a escuchar a Sumo —el grupo de Luca Prodan, que estaba en lo mejor de su retorno de la muerte—, a The Cult, Erasure, The Cure.

"Éramos un grupo de chicas más o menos chetas que salíamos con otros chicos más o menos chetos y que íbamos a bailar a lugares ni tan caretas ni tan oscuros: sentíamos que estábamos ahí

en el borde", dirá Gabriela Rosas. "Algunos fines de semana una de nuestras amigas, que tenía un yate, mucha plata, nos invitaba a dormir a su casa en el Boating de San Isidro. Hacíamos fiestas que eran más bien asaltos: cada uno llevaba algo y nos quedábamos hasta la madrugada. La casa de esta chica tenía un playroom enorme que daba al embarcadero. Hacíamos asados y pasábamos la noche escuchando música, viendo videos con nuestros amigos. Y al día siguiente nos íbamos a navegar. Era todo muy elegante. Y era sano, como mucho tomábamos cerveza".

Soledad era la benjamina y todos la protegían, la cuidaban: también Maximiliano. Ella odiaba ese trato pero tardó casi un año en aceptar que su asedio no le daría frutos, que su primer amor era imposible.

Un recital en Obras, un amor sin destino, un asalto en el Norte: me preguntaba qué importa en una ¿biografía?

Quizás sea cierto que escribimos o leemos una biografía para entender a una persona o un momento, para desentrañar marañas de una vida, mensajes de una muerte, por compararnos, divertirnos, reconfortarnos con los males del mundo si parecen lejanos. Y entonces qué. Me preguntaba: ¿qué importa si su padre tal, la madre esto o aquello, ese colegio, si aquella tarde no llovió? Y sospechaba que escribir una biografía equivale a rendirse ante la tentación de imponerle un sentido a algo que no suele tenerlo: que no se toma el trabajo de tenerlo. La vida es, antes de ser relato, una avalancha. Y, salvo unos pocos, raros pocos, nadie vive para construir el relato de su vida: solemos estar tan ocupados, sobrepasados de vivirla. Me preguntaba entonces, escribiendo estas páginas, armando este relato de esa vida: ¿con qué buena

razón? ¿Con qué derecho?

Soledad no estaba cómoda en el Río de la Plata. Más de una vez ella y su hermana pensaron en irse al Lenguas Vivas, pero nunca terminaron de atreverse.

"El Río de la Plata era un colegio muy familia y muy vigilante, de proteger a sus alumnas y de seguir todos tus pasos", dirá Gabriela Rosas. "Un microclima absoluto. Ahí adentro era como que las cosas no pasaban realmente. Era un colegio muy típico porteño, como el Keyserling. Sin demasiados matices. No era un colegio que aceptara mucho la pluralidad. Una vez una chica se quedó embarazada y fue el gran escándalo. Para que no la vieran caminando por la calle emb arazada con el uniforme del colegio la hacían ir vestida de civil. Soledad siempre se sintió fuera de lugar en el colegio: como que no encajaba. No tenía grupo de pertenencia, un grupito de amigos que la contuvieran o que la centraran en algún proyecto, en algún viaje, en algo. Siempre estuvo yéndose de todos lados. Del colegio lo único que quería era terminar e irse".

"Ella fue a un colegio que no le gustó nunca", dirá Luis Rosas, su padre. "No le gustaba el ambiente, ella decía que iba a un colegio de chetos y que ella no era cheta. Creo que tenía razón, ese colegio no era para su personalidad. Ella era una mina de una sensibilidad muy desarrollada, ya en su adolescencia le llegaban los problemas sociales con mucha fuerza, y sus compañeras estaban en otra cosa. Creo que la mandamos al colegio equivocado".

Ni siquiera con Josefina, su más amiga, su compañera de banco, hablaba de ciertas cosas. "Era jodona: una vez preguntó si

a los bárbaros les decían así porque eran buen mozos. Soledad siempre tenía una causa", dirá Josefina Magnasco. "Es loco que una persona que se crió en pleno centro, con todas las comodidades, salga así... Era muy idealista. Tenía un amigo enfermo y estaba 24 horas al lado tuyo. Era servicial, le hacía bien ayudar a los demás". Pero Soledad no encontraba su lugar y escribía mucho: su diario era el espacio de sus confesiones.

"Una tarde del verano pasado Marta se apareció con una caja gigante y me dijo 'Cecilita, ¿me ayudás?'", dirá Cecilia Pazo, su prima. "'Son todas las cosas que traje de Beruti de Sole'. Y yo dije guau, qué fuerte. Había cartas y cuadernos y me puse a leer una carta de enero del 91, cuando ella tenía dieciséis. Había todo un tema de depresión, de decir que las cosas no eran como ella quería; está bien que era en plena adolescencia. Decía que no le daba la cabeza, que no tenía ganas de estudiar. Siempre hubo competencia con Gaby. Gaby era brillante y Soledad se reventaba, pobre. La voluntad que tenía que poner era terrible. Gaby leía y se iba, y Sole estaba toda la tarde. Todo esto lo decía en ese papel. Que no podía, que no daba más. Ella era muy directa. Hablaba medio depre. Me acuerdo un pedacito que decía 'no, esto no es para mí. Me quiero desterrar de este planeta'".

Seguramente no era para tanto: la adolescencia es la época de la vida en que todo parece para tanto —y después pasa, o cambian los colores. En 1991 Gabriela empezó el Ciclo Básico Común: su llegada a la Universidad de Buenos Aires le abrió otros mundos, y Soledad empezó a conocerlos a través de su hermana. El cuarto de las Rosas en la calle Beruti era un termómetro: de pronto sus paredes se llenaron de grafittis con letras de canciones

de Sumo o de Sinead O'Connor, el corcho con fotos y postales, y los posters: uno de caballos, uno de los Stones, de Carlitos Chaplin, del Che Guevara. Aunque Soledad no tenía especial interés por la política: no estaba entre sus temas. En 1991 la Argentina entraba en un extraño período de decadencia sorda que muchos tomaron por bonanza y llamaron menemismo o convertibilidad. La política, es cierto, había dejado de ser una opción: los políticos la habían convertido en un espacio turbio, en el escenario de sus negocios y claudicaciones, y los chicos crecían con esa desconfianza.

"Mi viejo era muy lector y en casa había libros del Che y muchos libros de historia", dirá Gabriela Rosas. "Mi papá militó para el Partido Socialista y después para el peronismo, entonces había una cosa medio política en casa. Yo era sobre todo la que hablaba mucho de política con mi viejo y mi hermana era la que salía con '¿Y cuál es la izquierda? ¿Y cuál la derecha? ¿Y por qué? ¿Y quiénes son? ¿Y cuál es la diferencia entre el socialismo y el comunismo?'. No cazaba una. En esa época no le daba pelota a la política, jamás. Soledad era lo más apolítico. Era muy práctica para algunas cosas: sobre las cosas que no le interesaban ni siquiera daba lugar para la discusión. No le creía a la política, no le creía a los políticos y no hablaba del tema. Le chupaba todo un huevo. Ella vivía su vida, su mundo. Cuando yo terminé el colegio ya me había rebelado bastante a la religión y todo eso. Y entonces Sole se sumaba a mis rebeldías y habíamos puesto un poster con la cara del Che. Estaba dentro de los cánones normales de rebeldía todavía. Para una chica de clase media, el poster del Che no llamaba demasiado la atención. No estaba Bob Marley fumándose un porro. Mis viejos todavía no se habían espantado".

Últimamente la sonrisa de Guevara no es, queda dicho, una toma de posición política: es, más amplio, más difuso, el signo de que niños quieren empezar a ser jóvenes. Las hermanas Rosas también lo intentaban en las calles del barrio: buscaban nuevas compañías, por primera vez se mezclaban con chicos que no pertenecían al kindergarten Pinamar o colegio privado. Gabriela había empezado a salir con Claudio, un muchacho de pelo largo que cuidaba el parking de enfrente. Sus padres no estaban contentos y a veces la encerraban en su casa: entonces ella hablaba con su Romeo desde su balcón y se sentía de lo más transgresora. Claudio era amigo de los dos vecinos más repudiados del edificio de las Rosas: Alejandro y Fernando, "los drogadictos del segundo", dos tipos de más de treinta años con muchas historias que contar —o no contar. Claudio, Alejandro, Fernando y las hermanas Rosas empezaron a verse bastante: en esa esquina de barrio pretencioso las Rosas conocieron las delicias de los primeros porros, las cervezas de zaguán, las charlas iracundas.

"Una vez, cuando Soledad tendría diez años, fue a la quinta de Ranelagh mi bisabuela, que no tiene nada que ver con la bisabuela de ella, y se acostó en la cama de Sole a dormir la siesta", dirá Cecilia Pazo, su prima. "No te puedo explicar el quilombo que armó: decía 'no te puedo creer, esa vieja que tiene los pies roñosos me ensució la cama'. Marta le tuvo que dar vuelta el colchón, cambiar las sábanas, una pulcritud terrible y después en la adolescencia fue todo lo opuesto. Y de estas cosas en la vida de Sole hay cinco mil. Cuando Marta la peinaba y le quedaba una ondita le pedía que la peinara de nuevo. Y de adolescente usaba el pelo todo revuelto. Después si la cama no tenía sábanas no

importaba. Cosas que vos decís 'cómo esa misma persona puede llegar a ser tan diferente, no, cómo se puede cambiar tanto'".

Primero Soledad sintió terrible amor por Alejandro, que le llevaba veinte años: alguna vez se lo dijo y el tipo la puso en su lugar. Soledad sufrió unos días; después conoció a Juan Pablo en esa misma esquina. Ella tenía diecisiete; él un par más. Juan Pablo vivía a la vuelta de su casa y curtía onda dark: se vestía de negro, escuchaba The Cure y lanzaba declaraciones pomposas contra la pompa de esta vida de apariencias caretas. Juan Pablo era bonito: morocho de ojos verdes, sonrisa seductora. A Soledad le sorprendió que él la deseara: no tenía mucha conciencia de su poder en ese campo.

"La vida de Soledad tenía muchas dualidades", dirá Cecilia Pazo. "Todo el mundo la quería y ella no se sentía querida por nadie. Se creía el último orejón del tarro y en realidad adonde iba la miraban todos.

Siempre pensaba que nadie se fijaba en ella y al contrario, todos se fijaban en ella. Entre otras cosas, porque era una mina muy linda".

Cuando sus padres le reprochaban el estilo de su primer novio, Soledad se enfurruñaba, pegaba un par de gritos, se encerraba en el cuarto con grafittis. Empezó a vestirse de negro, a bucear en los restos del punk: ya desde el principio imaginó que querer a alguien era acoplarse a sus gustos, adaptarse a sus gestos; una amiga le dijo que parecía una esponja y Soledad le dijo que no dijera boludeces, que si no sabía lo que era querer a alguien se callara la boca.

"Soledad era muy vulnerable", dirá Josefina Magnasco, su amiga del colegio. "Influenciable, ésa es la palabra. Se dejaba

llevar mucho. Y la contracara era que tenía mucha fuerza. Le pasaba una aplanadora y ella resurgía. Tenía esas dos facetas: muy insegura, por un lado, y de mucha polenta por otro, muy positiva, que siempre va para adelante".

Muchas tardes Juan Pablo la pasaba a buscar por el colegio y la acompañaba hasta su casa; algunas, subía a tomar la leche con ella. Los viernes solían ir a casa de algún amigo o se quedaban un rato en la vereda o iban a un recital; los sábados a veces eran discoteca, pero a las cuatro de la mañana a más tardar Soledad tenía que estar en casa. Eran tanteos, borradores: para él ella también fue la primera, y descubrieron juntos.

Aquella noche de primavera el matrimonio Rosas no estaba en casa: se habían ido a un retiro espiritual. Gabriela pasaría la noche con su novio del parking en una de las habitaciones de la casa; Soledad pensó que era la ocasión que había estado esperando —y Juan Pablo estuvo muy de acuerdo.

"En realidad nunca hablamos ni de lo bien ni de lo mal que la había pasado", dirá Gabriela Rosas. "Nos lo tomamos como algo muy gracioso, una situación cómica, una aventurita de complicidad entre hermanas. Fue más graciosa la anécdota que lo que pasó realmente, si le importó o no el hecho de que hubiera sido su primera vez. Nos reímos durante años sobre esa noche del re tiro espiritual. A ella se le manchó la sábana y había que limpiarla: no podíamos cambiarla porque mi vieja registra todo, ella sabía qué sábana estaba y cuál no. Entonces tuvimos que lavarla y después secarla con el secador de pelo. Y escondiéndonos del portero, que era un botón infernal: le contaba a mis viejos quién entraba y quién salía cuando ellos no estaban.

'Mirá, salimos por un ascensor, no, por el otro. Yo bajo primero y me paro en la puerta, hago que paseo al perro y me fijo si está o no el portero y te doy vía libre'. Porque el portero empezaba a baldear a las cinco de la mañana, entonces había que ganarle. Era todo muy cómico: más que el hecho de que fuera la primera vez, se había dado todo como una situación graciosa".

Después se hizo más complicado. Algunas noches, al principio, Soledad decía que se iba a dormir a lo de una amiga, que tenía que estudiar, que una fiesta se terminaba tarde y lejos. Soledad no era buena mintiendo, y además se cansó: —Esta noche salgo con Juan Pablo y no vuelvo a dormir.

—¡Eh, pero cómo...! ¿Y me lo decís de esa manera!?

—Bueno, si querés te miento, igual lo voy a hacer.

—¡Pero qué te creés, nena, que podés hacer lo que se te dé la gana!

—Ya vamos a ver.

"Soledad no sabía mentir, era de terror para mentir", dirá Gabriela Rosas. "Yo era rementirosa y me salían todas bien, tenía culo para mentir. Y Sole, pobre, si decía que estaba en lo de una amiga, esa amiga llamaba por teléfono y la cagaba, o se le veía que estaba mintiendo. Pobre mina, no sabía mentir y un día dijo 'no miento más'. Empezó a decir la verdad y ahí llegaron los choques. Pero dejó de mentir y nunca más mintió. Se dio cuenta de que no era para ella y que además le traía un montón de problemas porque se contradecía, se olvidaba de lo que había dicho. Ahí dejó de mentir de una vez por todas, para todo".

El romance con Juan Pablo le duró varios meses. A veces se peleaban: Soledad lloraba, la pasaba mal, suponía que el chico no le prestaba la atención suficiente, se sentía abandonada. Hasta

que descubrió que su primer novio también tenía un primer novio —y le gustaba más que ella. Fue el final del principio.

3. LA PROPIA VIDA

Soledad tenía que empezar una vida. Ya había cumplido diecisiete años: había terminado el colegio, había terminado con su primer novio, dudaba de lo que sus padres y su medio habían querido hacer de ella. Muchas cosas se terminaban y no estaba claro todavía qué estaba empezando.

Ese verano trabajó por primera vez: era una forma de tomar distancias, de ir probando. La Tartine era un café pequeño y elegante en la esquina de Rodríguez Peña y Vicente López, en la zona más coqueta del Barrio Norte: allí Soledad servía las mesas y la pasaba bien. Pero no duró mucho; al cabo de dos meses una amiga de sus padres le ofreció colocarla en Berlitz, una academia de idiomas, como secretaria. Le pagarían más o menos lo mismo pero era un trabajo más descansado, de menos horas y más silla. Su madre estaba contenta: allí la nena podría practicar su inglés y tener cierto roce. De todas formas nadie imaginaba que no siguiera estudiando —ni siquiera ella. Soledad se anotó en el C.B.C. de la Universidad de Buenos Aires; no sabía bien qué carrera elegir y fue, casi por descarte, Psicología. No duraría ni tres meses.

—¿Vos siempre venís acá a pasear tu perro?

—Sí, bueno, sí, siempre que puedo.

—Relindo, tu perro. La verdad, se le nota...

Piltrafa, el pointer de Soledad, no se dio cuenta de que los piropos eran para él y siguió corriendo detrás de una ovejera medio renga. Empezaba la primavera y la gran plaza Las Heras florecía.

—...se le nota que está bien cuidado, que lo quieren.

Dijo Lorena, y Soledad se sonrió. Lorena Dussort tenía 20 años, el pelo rubio, los ojos muy claros, movimientos nerviosos y un acento con eses bien marcadas. Lorena llevaba jeans gastados, zapatillas con barro, una camiseta módicamente ranfañosa: el uniforme de la paseaperros.

En las últimas décadas la Argentina no ha hecho muchos aportes a la cultura mundial; hay quienes suponen que la idea del paseaperros es uno de ellos —junto con los laberintos borgianos y la palabra desaparecidos. En los barrios más ricos de Buenos Aires, muchachos aran las veredas con jaurías que pueden llegar hasta las dos docenas de ejemplares de todas las marcas y colores: son un subproducto de la industria del pet. Vecinos que viven en departamentos donde los perros se atrofian y que, tomados por sus obligaciones, no pueden llevarlos a pasear muy a menudo, contratan por una buena suma el servicio de quien le dará al can su merecida vuelta. Lorena Dussort era la primera mujer en un mundo de hombres y se había acercado a Soledad con la intención de siempre: para trabar una conversación que le permitiera ofrecer sus servicios. A primera vista Soledad le había parecido un buen punto: una chiquita rubia y atildada, bien tilinga del barrio con su vestido de secretaria de academia inglesa. Pero Lorena

solía sentirse sola: era tímida, había llegado de Mar del Plata un par de años antes, la gran ciudad se le resistía y Soledad le cayó bien. La venta de servicios se convirtió en oferta de trabajo: —Mirá, no es tan difícil. Te tienen que gustar los animales, claro, pero eso para vos no parece problema.

—¿Y cómo tendría que hacer para empezar?

—No te calientes, loca. Si tenés ganas yo te puedo pasar alguno de los míos, para que empieces. Total, la verdad que tengo demasiados...

—¿En serio? Sería genial. Ya no me banco eso de estar todo el día encerrada detrás de un escritorio. ¿Sabés qué? Me paso el tiempo mirando por la ventana, envidiando a la gente que pasa por la calle.

"Soledad siempre fue muy amante de la naturaleza, no le matés un mosquito porque era capaz de matarte ella a vos", dirá Josefina Magnasco, su amiga de la escuela. "Amaba a sus plantas, les hablaba a las flores, y le encantaban los animales, la fascinaban los caballos, a los perros los tenía redominados, los trataba como a sus hijos". Al día siguiente Soledad se había metamorfoseado: jeans gastados, zapatillas con barro, una camiseta módicamente ranfañosa, paseaba sus dos primeros perros.

Me preguntaba cómo se arma una vida. ¿Con qué pequeños datos y grandes decisiones se va trazando ese retrato que, alguna vez, será lo que quede de esos años? ¿Piensan los hombres, las mujeres en el dibujo de sus propias biografías cuando toman ciertas decisiones, determinadas vías? ¿O sus vidas más que nada les suceden, se transforman en su historia cuando ya son historia, cuando no hay mucho que se pueda cambiar salvo el relato? Me

preguntaba: ¿Quién arma cada vida?

Me lo pregunto sin saber la respuesta, sin saber si la respuesta me sirve para algo: sin respuestas.

"Y entonces vino la hecatombe", dirá Marta, su madre. "Cuando dejó de trabajar en Berlitz y se fue a la plaza vino la hecatombe, por la gente con que se rodeaba... Francamente, un desastre. Buscó gente en la calle, gente de la plaza, siempre había algún pobre infeliz que se aprovechaba de su bondad, y bueno, había que hacerle comida para que le llevara, y había que comprarle ropa, o darle ropa de Luis, esas cosas".

"Yo siempre tuve una pelea con Soledad", dirá Luis, su padre, "porque yo le decía sí, yo te entiendo, ayudá socialmente a la gente, pero no niveles tanto para abajo, no te mezcles a convivir con ellos: vos sos otra cosita, estás preparada para ser algo más".

Soledad olía irremisiblemente a perro. Al principio hacía el mismo horario que Lorena: desde la una hasta las siete de la tarde. Pero rápidamente se independizó: el trabajo fluía. La nueva paseaperros se mandó imprimir unas tarjetas de publicidad: "Soledad y su pandilla", decían, y tenían el dibujo de un perro de dibujos animados.

"Arrasábamos con todo el laburo", dirá Lorena Dussort, su amiga paseaperros. "Éramos chicas, no éramos villeras, los clientes podían hablar con nosotras más de tres palabras seguidas y nos podían dar sus llaves tranquilos. Cobrábamos 100 pesos cada perro, y no había rebajas. El que no podía pagar, no lo agarrábamos. Entonces se hacía un público un poco más seleccionado. Teníamos las llaves de todos los departamentos: la gente nos tenía confianza. Íbamos por Palermo Chico, había cada

departamento, unas casas... A Sole esa gente mucho no le iba, pero no era por la gente, era por la plata, y la entendió".

Soledad tenía dieciocho años y más de veinte perros en sus manos: los meses buenos llegaba a ganar unos 2.000 dólares. Era una suma increíble para una chica de su edad. Había cambiado de horario: paseaba a la mañana, así que se tenía que despertar todos los días antes de las seis, lavarse, vestirse y pasar a buscar a su primer perro, un siberiano, a las seis y cuarto. Soledad confiaba en su dominio de los animales y fue de las primeras en llevarlos sueltos, sin correa. La ronda de recogida podía durar casi dos horas: hacia las ocho Soledad y su jauría llegaban a la plaza Las Heras.

La plaza Las Heras es un gran espacio verde que aparece casi por sorpresa en medio de una de las zonas más caras de Buenos Aires. La sorpresa tiene su explicación: allí se levantaba, hasta los años sesenta, el presidio porteño; de hecho, los vecinos más viejos todavía llamamos a ese parque "la Penitenciaría". La Penitenciaría era un edificio de torres y almenares, sombras fuertes, la palmera que asomaba desde el patio interior; allí estaba preso, entre otros, el detective de Borges y Bioy, don Isidro Parodi; allí fusilaron, entre otros, al militante anarquista Severino di Giovanni. Soledad no lo sabía. Ahora la Penitenciaría es una plaza muy coqueta rodeada de edificios elegantes; alberga juegos, tres escuelas públicas, una escuela de fútbol, la calesita, docenas de cuerpos al sol en el verano y, todo el año, un persistente olor a mierda: los perros la han hecho su excusado. Es el único recuerdo de sus tiempos de cárcel, junto con una placa en un rincón que recuerda otra muerte: la del 10 de junio de 1956, cuando un pelotón militar —la fase pública de la Operación Masacre— fusiló allí al general

Juan José Valle.

Allí, todos los días, Soledad se encontraba con Lorena, se tiraban al sol si había sol, charlaban, se cruzaban con otros paseadores, recibían amigos, vigilaban sus perros. Soledad solía fumarse un porro: miraba cómo venía el viento para que el olor no la delatara y lo encendía; Lorena prefería pasar.

"Y si ella por ahí anduvo en el tema de la droga, jamás intentó meterme a mí en eso. Nunca", dirá Lorena Dussort, su amiga paseaperros. "Aparte tampoco era la razón de vivir de ella. Pero igual a mí me ponía los pelos de punta, yo ni siquiera tomo alcohol. Y yo veía que ella era súper inteligente, y me daba bronca que hiciera esas cosas".

A veces Soledad y Lorena tenían problemas: los demás paseadores, muchachos que las iban de duros, tenían envidia de su éxito:

—Nos van a hacer calentar, pendejas. Y si nosotros nos calentamos se pudre todo, viste.

El tipo parecía querer decir lo que decía: tenía un aspecto perdulario, tres amigos al lado y una navaja bailándole en la diestra. Eran los paseadores de la plaza de ATC, famosos por pesados, decididos a manejar la competencia. Ya habían intentado maniobras más sutiles: agarrar a un perro en la plaza y robarle el collar, soltar un par de hembras en celo para que los machos se escaparan detrás, llenar de barro un huskie reluciente. Pero el fracaso de esas técnicas los había decidido a la acción directa: —Escuchen, nenas. Nosotros llevamos quince años paseando perros y...

—Sí, se te nota. Ya ladrás.

Le dijo Lorena, amable. Soledad, al lado, se quedaba callada. Y

parecía, incluso, que sonreía a los agresores. Lorena pensó que arrugaba y se molestó. El tipo la miró con odio: —No te pasés, pendeja, tené cuidado. Por esta vez nos vamos, pero si siguen haciendo boludeces se pudre todo.

La variedad no era el fuerte de su léxico. Cuando se fueron, Lorena le preguntó a Soledad si se había vuelto muda: estaba indignada.

—No, Lore, pero me parece que es mejor transar. Si nos hacemos amigos se acabó el quilombo, ¿no? Si no se va a comp licar, no seas boluda.

Le habían insistido mucho en que aprendiera a negociar y, por una vez, decidió intentarlo. Soledad se hizo amiga de otros paseadores de ATC.

"Soledad era una mina súper normal", dirá Lorena. "Cuando yo me casé, me vestí en la casa de ella y todo... Cuando me fui de luna de miel le dejé todos mis perros a ella para que los siga paseando y no perderlos. Y en ese momento ella se cambió de parque y se pasó al Jardín Japonés y conoció a toda la banda de ahí que era de terror. De terror. Superfaloperos, hasta le daban falopa a los perros, yo cacé todo y me fui a la plaza Las Heras. A ella le copaba un grupo de gente y se iba y estaba todo bien, no había falsedad. Pero yo con ellos no podía ni hablar del tiempo, nada que ver... Un día viene Gabriela a la plaza y me dice 'boluda, Soledad no aparece por ningún lado, no vino a casa a dormir, no fue a buscar los perros...' Y yo ya sabía dónde estaba. Nos tomamos un taxi al Jardín Japonés: estaba ahí, había estado toda la noche con ellos. La recagamos a pedos. No por el hecho de desaparecer sino por no avisar. La cazamos de los pelos y la trajimos de vuelta. Y bueno, ella era de hacer esas cosas. No era

nada malo. A ella le gustaba estar, hablar con la gente. Pero yo tuve miedo cuando se juntó con esa gente porque eran muy pesados y no la querían bien. Ella era muy cariñosa, y eso tiende a confundir a los varones, por no decir otra cosa. Y ella no se daba cuenta, y muchas veces era la única mujer. A mí me parece que se metía en quilombos que ni se d aba cuenta, Soledad".

En circunstancias más normales las jornadas en la plaza duraban toda la mañana. Antes del mediodía Soledad se comía un pancho o una milanesa; después se volvía a repartir sus animales casa por casa. En muchas no había nadie y ella entraba con las llaves que sus dueños le habían dado. Por las tardes a veces iba a la facultad: se había matriculado en la carrera de Turismo de la Universidad del Salvador, pero allí tampoco duró más de un cuatrimestre. Soledad tenía mucho tiempo libre y estaba conociendo gente nueva. Estaba, en realidad, cambiando.

"No, la diferencia de edad no importaba porque ella era divina", dirá su amigo Fabián Serruyo. "Además era lindísima. Eso te atraía mucho. Era tan linda que te pegabas, con una onda de tener alguna historia con ella. Ese era mi caso y el de Alejandro también, que nunca se dio. No sé por qué, pero buena onda igual. ¿Viste cuando la gente tiene buena onda y te sentís querido? Con ella uno se sentía querido. Cuando te sentís querido te pegás, te pegás con el que más te quiere en la vida y bueno, fue eso. Eso que me dijo un día Soledad: 'vení que lo mejor que me pasaría en este momento es que vos estuvieras acá' y eso me mató. Uno estaba muerto de plata, no tenía ni para pagar un pasaje de colectivo y vos decís cómo hago para irme para allá. Nosotros salíamos de un centro de rehabilitación donde veníamos con una

apertura personal con la gente, de haber estado un año teniendo terapias grupales y todo eso. Soledad —y Gabriela también— eran muy abiertas, muy solidarias. La diferencia de edad quizás no se notaba porque ella era una mina muy inteligente. Había tenido una buena preparación de colegio y todo eso. Yo no sé si fue eso. Quizás la relación que tenían con los padres les sirvió para ser gente muy abierta, vaya a saber".

Fabián era el amigo de Alejandro: se habían conocido en algún tratamiento de desintoxicación. Fabián se entusiasmó; en esos días Fabián y Alejandro visitaban a Soledad en la plaza, la llevaban a tomar algo, a recitales —donde también iba Gabriela. En esos meses Soledad, Gabriela y alguno más fueron a ver recitales de Guns & Roses, Divididos, B.B.King, The Ramones, Santana, Fito Páez y los Rolling Stones. Algunas veces llevaban incluso al sobrino mayor de Alejandro, el hijo de su hermana Pilar, que vivía en el décimo piso del edificio de Beruti con su marido, Moncho, y sus otros dos hijos. El chico era un adolescente bonito que se pasaba el día mirándose al espejo. Hasta que su tío Alejandro le hizo sacar unas fotos, lo llevó a un casting y el muchacho, Iván de Pineda, empezó a trabajar.

"Sole se pegó con nosotros, que veníamos zarpados", dirá Fabían Serruyo, su amigo. "Siempre salíamos a caminar con el Alejandro. Un día que se enganchó Soledad nosotros veníamos tomando tranquilos pero ella se cazó un pedo bárbaro. No sé cuánto, pero la dejamos en la facultad y tenía un pedo... Después me contó Gabriela que llegó a la casa diciendo que le había caído mal la comida y la madre le dio una copita de fernet. Y ésa era la historia, se enganchaba con nuestros rollos y nosotros veníamos más locos que la mierda, ¿me entendés?".

"Una vez la llevamos a un psicólogo, porque nos preocupaba que estaba con la marihuana, y nos fuimos los tres", dirá su padre. "El tipo me pareció de lo más pelotudo: empezó diciendo que el enfermo era yo, que no le diera bola a esas cosas, que estaba todo bien, que ella no va a pasar de esto que está haciendo, que era una mina sana, fantástica... Claro, Soledad era un bombón de maravilla, una pendeja hermosa, sensible, dulce, inteligente, vos te enamorabas de ella a los dos minutos. El psicólogo se volvió loco: es una pendeja de la gran puta, el boludo es el padre".

Soledad y Fabián se hicieron amigos de verdad: alguna vez Fabián llegó a acompañarla al geriátrico donde estaba su abuela. Alguna vez Soledad los acompañaba cuando se afanaban un par de discos, alguna camisa. Solía invitarlos a su casa: sus padres la dejaban recibirlos a condición de que se quedaran en su pieza, que había vuelto a cambiar: ahora las hermanas tenían de nuevo las camas superpuestas, más espacio: "Ahí pusimos nuestro equipo de música, que habíamos comprado a medias con Sole en una liquidación de Musimundo", dirá Gabriela. "Teníamos todos nuestros discos, libros y cosas así: estábamos todo el día ahí adentro. Mi vieja nunca nos dejaba ir al living porque tenía esa cosa de que el living era para cuando venían visitas, siempre estaba cerrado. Al living íbamos para los cumpleaños o si venía alguien a cenar. Si no, comíamos en la cocina. Así que recibíamos a n uestros amigos en nuestra pieza: teníamos la cama contra la pared, con almohadones, tipo sillón, una alfombra, el equipo de música y un espejo muy muy grande en una pared. Era nuestro búnker".

Soledad empezaba a descubrir que ella también podía hacerse amigos, que podía gustarle a muy distinta gente. Y le encantó la

novedad.

—Che, loca, ¿y si nos vamos juntas?

Soledad había ganado dinero con sus perros y llegaba el verano: ésas serían sus primeras vacaciones sola, sus primeras vacaciones de persona grande. Y su prima Cecilia acababa de cortar con un novio militar. Soledad estaba contenta: con esa separación había recuperado a su amiga de la infancia. Así que le insistió y a Cecilia le gustó la idea.

—Bueno, por qué no. ¿Y dónde te parece?

Terminaron eligiendo Villa Gesell: ninguna de las dos lo conocía, pero siempre habían escuchado decir que ese balneario era el mejor lugar para un par de chicas con ganas de divertirse. Enero del 93.

"Para mí Soledad fue una sorpresa enorme, ese verano", dirá Cecilia Pazo. "Las dos habíamos crecido un montón: ya no éramos ni la nena Soledad ni la nena Cecilita. Agarramos dos valijas, nos tomamos el micro y aterrizamos en Gesell sin tener nada alquilado, nada preparado".

Al día siguiente encontraron una casita minúscula, estilo alpino, de un alemán que posaba de severo y les explicó que allí no podían dormir más de cuatro personas. El alemán les recomendó que cuidaran mucho la conducta; Soledad lo llamaba Papá Charles —por el padre de la familia Ingalls — y decía que ellas eran Laurita y Mary pero un poco distintas.

Lo eran, y también eran distintas entre sí: episodios del choque cultural. Para Soledad, Cecilia era "demasiado standard". Cecilia prefería el pibe lindo con su linda mallíta y Soledad buscaba pelilargos; Cecilia quería ir a bailar "a los lugares relindos de Gesell" y Soledad insistía con el Perro Dinamita, un boliche que

tomaba su nombre de una canción de los Redondos —y tenía cierta onda ricotera. Y, aún así, Cecilia pensaba que debía proteger a Soledad: insistirle para que comiera, intentar limitar sus supuestos excesos: Soledad solía inspirar esos arranques. No conocían a nadie, pero eso no era problema en Villa Gesell, y menos para ella: "Era increíble la capacidad de Soledad de revolucionar Villa Gesell en 48 horas", dirá Cecilia. "Por empezar tenía un lomazo, o sea que en la playa no había quien no la mirara. Yo trabajando con el rebote de Sole podía estar fenómena: era impresionante. Y además ella se interesaba por todos, hacía un trabajo como de periodista. Veía un pibe que estaba colgado de la vida y le preguntaba 'loco, ¿qué te pasó? Contame cómo fue tu infancia'. Ella tenía una cuestión siempre muy social, muy humana de rescatar a la gente. Pero también se metía con ellos: una vez le dije 'terminala con los novios de cuarta, todos vagos, cirujas, que no van a ser nada en la vida'. Yo me preguntaba por qué Sole se juntaba con estos pibes que no tenían nada que ver. Creo que te podés bandear por dos motivos: o por exceso o por defecto. La mayoría es por defecto, porque no tuvieron contención afectiva, porque no les dieron pelota. En el caso de Soledad tuvo sobreprotección, mucho afecto, mucha comprensión. La madre al lado toda la vida: '¿Te cambiaste la bombacha? ¿Te bañaste?'. Así. El aliento en la nuca".

A los pocos días Soledad y Cecilia habían llenado el chalecito alpino: dos o tres ricoteros de Lomas de Zamora encontrados en la playa, la hermana Gabriela, los amigos Fabián y Alejandro, la amiga Lorena con su marido muy reciente y todo tipo de sin techo que So ledad amparaba. "Era lo mismo que hacía con los perros vagabundos", dirá su prima. "Se conectaba con este tipo de gente

y trataba de rescatarlos".

Cecilia no estaba cómoda: la preocupaban los porros que solían circular, y cuando descubrió que Alejandro tenía sida se puso muy nerviosa. El tipo podía cortarse con la maquinita de afeitar, pensaba, y compartir un mate con él le parecía una aventura sideral. Quería lavar con lavandina cada vaso, cada plato que él hubiera mirado: Soledad se le reía y le explicaba que Alejandro era de ésos que te cuidan, no de los que te hacen daño, y le volvía a decir que cómo podía ser tan standard. Estaba descubriendo: el precio era la audacia y la confianza.

"Llegamos, y era el típico aguantadero de verano de Villa Gesell: por donde mirabas había flacos de pelo largo", dirá Lorena Dussort, su amiga paseaperros. "Creo que estaba todo Gesell ahí. Había cuatro camas y veinte flacos. Piso, bolsa de dormir, de a dos en cada cama. Y bueno, era ir a la playa y tener quilombo, eran barderos y refalopa. Se ponían a cantar. Nos mirábamos con Adrián, mi marido, con cara de qué hacemos nosotros acá... Y Sole decía está todo bien. Yo era la única rubia. Y los flacos nos decían 'nosotros les cedemos la pieza, ustedes están recién casados'. Nos fuimos a la pieza con los perros, nos levantamos temprano, hicimos la comida, y estaban todos tirados. Todos con todos, era un despelote... Entonces al segundo día le dije a Adrián 'ésta es la última noche que yo paso acá'. Le dije a Sole 'esto no es para mí, por una vez no coincido con vos'. Y nos fuimos".

Era un grupo de lo más variado y solían salir en dulce montón: a veces, con inclusiones e intrusiones, llegaban a las dos docenas.

"Íbamos a tomar: vivíamos tomando cerveza", dirá Fabián Serruyo, su amigo. "Yo en esa época ya no fumaba más marihuana. Me parece que ellos estaban muy enganchados. Sole

fumaba mucho. Ale no fumaba, ya estaba enganchado con la merca. Yo en esa época no estaba enganchado con nada, andaba limpio. Mi enganche fuerte vino después . Quizás uno está carente de muchas cosas que le gustaría tener y se anestesia con eso hoy en día. Como otros con el alcohol, como está pasando con mucha gente. Como toda esa gente que ves en las esquinas tomando cerveza, como Soledad que estaba carente de muchas cosas. A Soledad la reprimían mucho en muchos aspectos. Ella quería vivir de cierta manera y la madre en particular no quería que viva de esa manera".

Soledad solía terminar las noches con un martillero público que había decidido pasar sus vacaciones en el lado salvaje y Cecilia se había encontrado, entre tantos pelos, un estudiante de abogacía babyface que le pareció más conveniente. Pero se asustó mucho una noche, en un bar, cuando una integrante de la banda se puso a acariciarle la pierna con denuedo. Cecilia le pegó un par de gritos; Soledad se reía, como si hubiera pasado los mejores años de su vida en ese mundo diferente.

"Soledad quería escaparse de todo lo que tuviera que ver con la plata, el caretaje", dirá Fabián Serruyo. "Quería vivir de una manera más simple. En una playa y cagar atrás de un árbol y escaparse del consumo. No le cabía el consumo y todo eso, y eso que vivía en un barrio recontra cajetilla, Beruti y Austria. Hoy el barrio ya cambió completamente. Pero en aquella época era un barrio cajetilla y no le cabía nada. Habrá ido al mejor colegio de Buenos Aires pero había muchas cosas que no le cabían, a la loca".

"Ella siempre estaba buscando un lugar en el mundo", dirá Cecilia Pazo. "Sole era una búsqueda impresionante y siempre se equivocaba. En Gesell se enamoró de un pibe que tenía novia, que

le prometió el oro y el moro, se recontra enamoró, sufrió, lloró, pataleó, y el pibe cuando llegó a Buenos Aires volvió con la novia. De hecho la llevó a Pilar, a Villa Rosa. Soledad armó una reunión tipo encuentro viaje de egresados, todos los de Gesell, y el pibe llevó a la novia. Imaginate".

A veces me pregunto qué pasaría si me la cruzara, ahora mismo, por la calle, en un bar, en la plaza Las Heras. Ella solía caminar por estas calles: me pregunto qué pasaría si la viera pasar por la vereda, una desconocida enredada de perros, una molestia en el camino. Si miraría sus perros, si la miraría. Si volvería a mirarla, si me pararía a mirarla por la calle. Y me pregunto si hablaría con ella, si tendría de qué hablar. Si alguna vez habríamos podido sentarnos a conversar de algo, fumar un cigarrillo o un porrito, soportarnos más de quince minutos —me pregunto, ahora, cuando la vida de ella ocupa tanto de mi vida.

Se conocieron en la plaza: él era amigo de otros paseaperros. Ella nunca supo exactamente qué de él la atraía tanto; sí sabía que, por primera vez, se sentía enamorada de verdad. La juventud tiene, entre otras ventajas, la del descubrimiento permanente: uno cree que se enamora hasta los tuétanos sólo para entender, la vez siguiente, que aquello no era amor y que esto sí, sólo para entender, la vez siguiente, que aquello no era amor y que esto sí, sólo para entender, la vez siguiente —o la otra, quizás, según la suerte. Soledad no sabía bien qué era: sí que, frente a su amor por él, todo el resto habían sido escarceos de colegiala tonta. Soledad tenía diecinueve años cuando lo conoció, en la primavera del '93; Gabriel Zoppi ya había cumplido veinticuatro.

Gabriel Zoppi era del barrio; vivía, con sus padres, en Juncal y Billinghurst. Había cursado, con idas, vueltas y cambios de colegio, hasta tercer año nacional. Gabriel tenía una hija de una novia anterior, que vivía con ella, y había trabajado algunas veces: primero de plomero con su padre, después en una parrilla de la avenida Figueroa Alcorta. Pero no solía hacerlo: no era lo que más le interesaba. Su pasión era River: su padre lo había llevado al club desde muy chico y a los catorce años ya iba solo a la popular; pronto la barra brava de Núñez, los Borrachos del Tablón, lo aceptó entre sus miembros.

"A Gabriel en la cancha de River lo conocía todo el mundo", dirá Marta Zoppi, su madre. "Mi hija iba a la cancha y en la entrada decía que era la hermana de Gabriel Zoppi y le decían que pase sin pagar. Era muy conocido. Debe ser que había un grupo bien pesado, que él los conocía de ir a la cancha, y otro que era tranquilo: ahí estaba él". Las versiones maternas no siempre son las más precisas.

"Mi hijo era fanático. Si le hablás mal de River, te corta la cabeza", dirá Raúl Zoppi, su padre. "Está bien, la culpa fue mía porque yo de chiquito lo llevé a la cancha. Después empezó a ir solo y se enganchó en la barra brava. El club lo llevaba a todas partes, les pagaban: a Brasil, a un montón de lados. Cuando yo iba lo veía ahí arriba, pero él ya era grande y yo no le podía decir nada". Eran salidas bravas, y en una de ellas Gabriel estuvo muy cerca de la muerte: una tarde, en la puerta de una cancha cordobesa, uno de sus mejores amigos fue baleado por la espalda y por la policía: el muchacho quedó paralítico y Gabriel lo acompañó a lo largo de su recuperación.

No es seguro que Gabriel descubriera las drogas en la barra; sí,

que tuvo problemas de adicción. Dos veces estuvo internado en curas de desintoxicación. "Él probó todo", dirá Raúl Zoppi. "Después dejó. Un año, dos años andaba lo más bien y después le pasaba algo y...". Gabriel curtía look rollinga: zapatillas all stars, un jean negro gastado, la remera ajustada. Era medio petiso y solía llevar el pelo largo y su flequillo; en la mano derecha tenía una pulserita de san Jorge, blanca, roja y verde: hay quienes dicen que es el santo que protege a los ladrones. Gabriel hablaba reo y amenazaba mucho; a veces se ponía violento.

"Era una etapa en que Soledad estaba convencida de que no era inteligente, linda, nada", dirá Soledad Echagüe, su amiga Sole Vieja. "Y no era verdad, era un encanto de mina, pero tenía esa cosa de '¿quién me va a querer a mí?'. Y yo le preguntaba si se había mirado al espejo; era mu y insegura. Podía tener el mejor tipo, y tenía el peor. A Gabriel yo le decía el Uka: era un indio. La primera vez que vinieron juntos a casa, cuando se fue el pobre Gabriel, yo le dije '¿por qué, Sole? ¿Por qué este personaje que no puede hablar, que dejó la pluma y la lanza en la puerta y entró?'. Llegaba a tu casa, se sentaba y te miraba fijo, no te contestaba. No pasaba por las drogas que consumiera, es que era un tipo que llegaba a tu casa, se sentaba y vos le hablabas y no contestaba. Era una pared. Si le pintaba despertarse, se despertaba. Si le pintaba comer, comía. Si le pintaban las ganas de coger, cogía. Era 'un pesito para la birra, vieja'. A mí me flasheaba porque no podía entender qué tipo de conversación tenía con Soledad. Era un tipo jodido, un tipo de mierda. Yo creo que él estaba con Sole por esa cosa de 'loco, mirá la minita que me levanté'. Era un tarado. No pasaba por una cuestión social, sino por una intelectual. Me acuerdo que decía con orgullo 'yo soy de los que le pegaron a

Roberto Giordano'. Yo creo que ella no lo quería, aunque sí lo creía, pero me parece que necesitaba a alguien. Y él le servía para tapar un hueco. Aparte Gabriel era la clase de tipo que se fumaba medio porro y ya le pegaba mal. Estaba tan quemado que le pegaba mal. No necesitaba una sobredosis: era como el alcohólico que se toma una copita y se pone mal. Gabriel se tomaba dos pastas y ya se carajeaba. Nunca entendí cómo ni por qué tenía tanto acceso a los medicamentos, pero se ve que los conseguía fácil. Hacerse con una receta no es difícil, el problema es tener el dinero para comprar. Y Soledad la pasaba feo, él se pasaba de revoluciones y ahí le pintaba la agresividad con Sole, la envidia, que ella era una concheta, que tenía lo que él no tenía, la educación que él no había tenido. Y Sole, que echarse culpas no le costaba nada, enseguida se sentía culposa. Ella era la peor y tenía lo que no tenía derecho a tener. Él la había convencido de eso".

Soledad había conocido a Soledad Echagüe en el Instituto Superior de Educación Física, el ISEF. Seguía dudosa sobre su futuro: no abandonaba la idea de estudiar algo —tenía que estudiar algo—, pero no decidía qué. Soledad seguía paseando sus perros y sacando un buen dinero, y cuando su amiga Lorena le propuso que empezaran el profesorado de Educación Física la idea la entusiasmó. Lorena abandonó pronto: estaba recién casada y el tiempo no le alcanzaba; Soledad siguió todo el año. Nunca había sido una gran deportista pero tenía todo el tesón, toda la voluntad: como en la escuela, cuando algunas materias le costaban y les dedicaba las horas necesarias, hasta que terminaba por dominarlas.

A veces después de clase se iba a comer con otras alumnas a

La Farola de Belgrano. Esa noche, por primera vez, la profesora Soledad Echagüe las acompañó y le llamó la atención su tocaya menor: era la única que entendía sus chistes. Después hablaron de música: —Y sí, yo soy tan antigua que todavía me acuerdo de Supertramp.

Dijo la otra Soledad. Soledad Rosas le contestó que no era para tanto:

—No, si yo también los conozco, son unos maestros. Yo tengo discos de ellos, si querés te puedo grabar algo.

Soledad Echagüe estaba deprimida: su madre agonizaba. Cuando, unos días más tarde, su alumna tocaya se apareció en el velorio con un cassette de Supertramp, Breakfast in America, se emocionó hasta las lágrimas. Fue el principio de una bella amistad.

"Yo era su amiga vieja, la Sole Vieja", dirá Soledad Echagüe. "Ella llamaba cuando había tenido bardo con Gabriel y necesitaba un par de días de estar en casa para que los viejos no se dieran cuenta, y volver recuperada. Eran bardos de pendeja, una de esas típicas peloteras que te contaba. Gabriel pasado de pastas, ella que lo tenía que calmar. A veces los viejos estaban en la quinta y ella se lo llevaba a dormir a su casa y después tenía que sacarlo, porque el pibe no se iba. Entonces Gabriel se ponía agreta y ella se pegaba unos sustos bárbaros. Pensá que Sole era un palito. El otro no necesitaba ser un gigante para sentarla de un sopapo. Cuando pasaban estas cosas ella se asustaba mucho. Se venía a casa, dormía y comía bien. Eran boludeces. La cosa de sentirte querido, cuidado, que te preparen un baño, te den la cama, eso. Ella necesitaba eso".

Soledad le toleraba esos desplantes: tras la tormenta volvía con él. Le había pasado algunos de sus perros para que los paseara

y ganase algún dinero, a veces lo acompañaba al servicio de Toxicología del hospital Fernández para seguir su tratamiento. Su espíritu de samaritana funcionaba a pleno e incluso alguna vez se olvidó de que era fanática de Boca y lo acompañó a la cancha de River. Gabriel les decía a sus amigos que por fin había encontrado el amor de su vida y la presentó a sus padres. Para Soledad, es obvio, la relación se había hecho más y más difícil pero no dejaba de intentarlo: seguía sintiéndose enamorada, y la oposición de sus amigas y parientes, seguramente, la alentaba a no darse por vencida. Y siempre encontraba alguna razón, por pequeña que fuese, para pensar y decir que él estaba mejor, que estaba empezando a encarrilarse.

4. EL AMOR PERRO

El 3 de octubre de 1993 María Soledad Rosas votó por primera vez en su vida: eran unas elecciones menores, legislativas, en plena euforia menemista. La Argentina había decidido que su peso valía lo mismo que un dólar y, para sostenerlo, se endeudaba y vendía sus últimas posesiones, pero la clase media compraba televisores y coches y se sentía feliz. El resultado electoral estaba cantado: los peronistas ganaron sin problemas. Soledad no se interesó especialmente en la cuestión; ya en el cuarto oscuro eligió la boleta del Partido Humanista, una formación de izquierda semi-mística que se presentaba junto al partido Verde, ecologista. Fue la primera vez y sería la última: las siguientes elecciones la encontraron en Villa Rosa y prefirió no molestarse hasta la escuela de la Capital donde estaba inscripta.

"Soledad en esa época no tenía ningún interés particular por la política", dirá Gabriela Rosas, su hermana. "De los políticos de acá lo único que pensaba era que son todos una mierda, todos corruptos: no creía en ningún político. Estaba totalmente desinteresada de la política local. Creo que era un síntoma de tantos jóvenes de esa época que no creían en nada".

Ese verano el negocio de los perros se amplió. Luis Rosas se había quedado sin trabajo, y se le ocurrió que podían usar la quinta de Villa Rosa como un pensionado para perros —cuyos dueños no sabían dónde aparcarlos durante sus vacaciones.

Soledad ofreció el servicio a sus clientes y fue un éxito: durante un par de meses la quinta rebosó de animales que pagaban caro su hospedaje. Para ella era un placer especial: no había cumplido veinte años y ya podía ayudar a sus padres a salir de un mal momento económico: servía para algo.

"Uno de esos fines de semana, cuando tenía el pensionado, yo la acompañé a Villa Rosa", dirá su amigo Fabián Serruyo. "Soledad ya se había comprado ese jeep vejestorio que tenía y teníamos que llevar un rotweiler, o como se diga, y ella le había dado un sedante para que vaya más tranquilo, porque los perros se ponían locos en el viaje. Y de pronto el perro, que estaba medio groggy, saltó al asiento de adelante y se ahorcó: se estaba muriendo, no reaccionaba más. Era un garrón, un perro de 400, 500 mangos. Entonces Sole lo tiró en el asiento de atrás y no sé qué le hizo pero el perro revivió. Una maestra, Sole".

"Soledad cuando era chiquita era una cheta", dirá Cecilia Pazo, su prima. "Después cambió. No era una negra villera pero... vos la veías yendo a la cancha de Boca y te morías. Me acuerdo un día que fueron mi hermano, bostero de alma, mi papá, todos menos yo. Y ella se puso el sombrero de Piluso, con las lanas, y en realidad no sé si era la esencia, la piba era bardera. Sole más que nada era bardera".

"Soledad era tan desprejuiciada, se cagaba en todo, en las modas...", dirá Marta Rosas, su madre. "Para ella no había marcas, no había colores, nada. Me acuerdo de ir caminando por la

avenida Santa Fe y oír música de Musimundo, un rock o una cumbia, agarrarte y ya estábamos bailando. 'Pero dejate de embromar, Sole'. 'Qué carajo te importa. Dale, movete'. O ir caminando por la calle, darse vuelta y decirme 'qué culo que tenés' y me apretaba".

Uno de esos días, madre e hija caminaban por una calle de su barrio:

—Yo tendría que haber nacido varón.

Dijo Soledad.

—¿Por qué?

—Y, porque así podría hacer todo lo que quie... bueno, la verdad, ¿para qué quiero ser varón si igual hago lo que quiero, lo que me gusta?

—Y así además tenés el tremendo beneficio de poder ser madre, de llevar algo adentro tuyo, guardadito.

—Sí, ma, tenés razón. La verdad mejor me quedo así.

Era toda una decisión.

"Yo no entendía", dirá Gabriela Rosas, su hermana. "Yo le preguntaba '¿De qué podés hablar con un barrabrava de River? Soledad, por Dios, explicame de qué hablan, qué hacen, dónde está el amor ahí'. Y nos peleábamos, ella se enojaba muchísimo y me mandaba a la mierda. Gabriel era un personaje siniestro, yo lo odiaba. Un tipo agresivo, violento, desagradable. Vivía a la vuelta de casa. ¿Viste cuando decís lo peor del barrio?: 'Loca, te venís a enganchar con lo peor del barrio'. Era realmente lo peor: drogón, vago, chorro — porque andaba en el choreo chiquito, como afanarse pasacassettes de los autos. Se creía remalo: era un tarado total. Eran esos personajes que a mi hermana se le daba

por proteger. Esa cosa que tenía ella de andar recogiendo perritos de la calle. Gabriel era una cosa así, un personaje que mi hermana se dedicó a tratar de rescatar y de proteger y que al final terminó haciéndola mierda. Terminó depositando un montón de energía en una persona que no le devolvía nada. Pero sí, para bancarse lo que se bancó de alguna manera debe haber estado enamorada de él. O tenía un sentido de la autodestrucción mucho más grande de lo que yo podía ver, porque realmente él era un tipo muy autodestructivo y destruía lo que lo rodeaba, no es que solamente se arruinaba la vida a sí mismo sino que jodía a los demás. La fajaba, la tenía totalmente bajo control".

Las hermanas empezaron a verse mucho menos. Gabriela se había ido a vivir sola y no soportaba a los nuevos amigos de Soledad: tenía la sensación de que la usaban, que se aprovechaban de la generosidad de su hermana —y del dinero que ganaba trabajando muy duro con los perros. Porque Soledad siempre había sido capaz de entregar todo lo que tenía.

"Si hay algo que ella tenía era un corazón enorme", dirá Lorena Dussort, su amiga y ex colega. "Me acuerdo que cuidaba a algunos chicos de la calle. Una vez cayó a la plaza con una bolsa de nike y le digo 'che te compraste zapatillas, ya era hora...'. Y me dice 'no, no son para mí, son para él'. Le había comprado un par de zapatillas al nene que pedía en Salguero y Las Heras. El pibe estaba feliz. Y no sólo eso, también se lo llevaba a comer a la casa. Hacía esas cosas, que no las hace todo el mundo. Y era de ayudarte en todo, plata, otra cosa, lo que fuera. Era una mina buena, todo lo que hacía lo hacía de corazón, nada era falso".

Lo de las zapatillas no era casual: a esa altura, Soledad se había despreocupado completamente de su atuendo. Se había

comprado un jeep pero no gastaba nada en ropa: a lo sumo se compraba un pantalón en una feria de ocasión, y era raro verla sin su uniforme de jeans, zapatillas y una remera muy común. No se pintaba y se había cortado el pelo muy cortito. "Estaba muy errática", dirá Gabriela Rosas. "En esa época era una persona que andaba de acá para allá buscando qué hacer con su vida, que no encontraba su camino".

Me pregunto qué podemos llamar "un camino". Y me pregunto, ahora, ante estas líneas, cómo y para qué dibujar ese camino. Si tiene sentido cristalizar una vida si aceptamos —si es que aceptamos— que una vida está hecha de cambios como el tiempo está hecho de futuros. Y me pregunto, sobre todo, a esta altura, qué le preguntaría si pudiera —si la encontrara, si pudiera encontrarla, qué le preguntaría. Si, sentado frente a ella, me atrevería a preguntarle si Gabriel le pegaba, por ejemplo, si es cierto que se peleaba tanto con su padre, si le importaba de verdad, si coger le era un gusto o una forma de pagar el amor, si su madre la cuidaba o asfixiaba, si su hermana era en serio una amiga, si quería tener mucha plata alguna vez, si no le preocupaba pasarse tanto tiempo con sus perros, si pensaba a veces en su muerte, si alguna vez soñó con futuros heroicos: esas cosas que no me atrevo a preguntarle a casi nadie —y que, por momentos, contesto en su lugar.

"Es una edad muy fascinante esa en que a uno le gustaría que lo mataran para enterarse, después de muerto, de lo que dicen de uno", escribió hace casi un siglo Rafael Alberti.

Y después me pregunto si serían importantes sus respuestas. ¿Aceptaría que cada cual tiene sobre sí mismo derecho a la

respuesta? ¿Que el relato que vale es el que uno se inventa? Dudo: mi relación con ella es fatalmente unívoca. No habrá preguntas, sólo algunas respuestas lo bastante confusas. Pero hay algo más raro: con todas las dudas, con todos los reparos, terminaré por dibujar una imagen de ella que conocerán muchos más que los que la conocieron de verdad. ¿De verdad? ¿O debería decir en carne y hueso? ¿O debería decir en realidad, en la realidad? ¿O debería callarme?

En marzo de 1995 Soledad Rosas tomó un par de decisiones importantes. Por un lado, dejó el profesorado de Educación Física y empezó la carrera de Administración Hotelera en la Universidad de Belgrano. El tema no le interesaba especialmente pero tenía ciertas ventajas: era una carrera que no le exigiría mucho, y con ella tranquilizaría a sus padres, cada vez más preocupados porque la nena no parecía completar su educación; la carrera, sobre todo, era corta: en sólo dos años conseguiría un título que le daría la posibilidad de trabajar en distintos lugares, de viajar con un oficio en la mochila. La Universidad de Belgrano era cara pero ella podía pagar los 500 pesos mensuales con el dinero de los perros; estaba llena de nenas y nenes de papá pero ella pensó que no tendría por qué adaptarse a ese ambiente: que aun allí podía seguir siendo sí misma.

"Soledad era muy abierta, muy expuesta, una piba que parecía frágil", dirá Juan Gramático, su vecino de Villa Rosa. "Y Gabriela era más cool, más fría. Sole, en ese sentido, era más piola. Yo siempre la vi como una chica que no terminaba las cosas que empezaba. Ella me comentaba sueños que tenía y después era como que se frustraban. Era bastante soñadora, Solita. Lo que

pasa es que los padres son especiales. Son amigos míos, pero él es muy autoritario, la madre es una mina muy absorbente, el viejo también, por ahí no te dejan crecer, son bastante pesados. Y Soledad parecía más una piba que no había podido concretar cosas, sentía una deuda grande con todo. Y mucha carga de culpa con la relación familiar. Si hacía algo, lo hacía sin gusto. De repente hizo una carrera de hotelería que no le importaba ni ahí. No le gustaba, y lo tenía que hacer por las presiones. Ella paseaba perros, y eso lo había creado ella. Y levantaba unos buenos mangos. En un momento, a los viejos se les ocurre que ella podía armar acá en Villa Rosa aquel pensionado canino. Y ella lo hizo, y le fue bien, le tenían confianza. Y fue un éxito, pero como se metieron los viejos, ella le restó importancia".

Soledad decidió que ya era hora de intentar vivir sola. Estaba por cumplir veintiuno y nunca había salido de la casa de papá y mamá. Gabriel se entusiasmó: le parecía que era la mejor manera de asegurar su relación. Primero les pidieron a los padres de él la garantía necesaria para el alquiler: —Solita, no quiero que te enojes pero estoy dudando de la garantía porque no sé qué va a pasar con ustedes. ¿Y si después no cumplen? Nosotros económicamente no estamos para que nos pase nada, no tenemos resto.

Les dijo Marta Zoppi. Soledad se hizo cargo:

—No te preocupes, en serio, no te preocupes. Yo voy a hablar con mi papá y lo vamos a arreglar.

Un par de días después Soledad les dijo a sus padres que quería alquilar un departamento para irse a vivir sola.

"Soledad nos dijo que quería tener la experiencia de vivir sola, a ver cómo se arreglaba", dirá Marta Rosas, su madre. "Entonces

le preguntamos si quería uno de nuestros departamentos: en uno vivía mi madre y el otro estaba alquilado. 'No, prefiero otro, lejos, porque si estoy acá te vas a meter a lavarme la ropa, a limpiar la casa, quiero tener privacidad'. Es cierto: yo soy muy metida. Así que le alquilamos un departamento en Billinghurst y Charcas. De un ambiente, lindo, con una terracita. Con mucha ilusión la ayudamos en todo lo que pudimos".

—Mamá, ¿me vas a hacer la cortina del baño como se la hiciste a Gabriela?

—Sí, te la voy a hacer.

—Mamá, ¿me vas a hacer la cortinita de la cocina?

—Sí, te la voy a hacer.

Recuerda su madre, y que Soledad "se compró la heladera, se llevó el televisor, el equipo de música, un escritorio. Y el día que va Luis, mi marido, a conectarle los artefactos del baño, nos encontramos con que estaba todo invadido por cosas de Gabriel. Lleno de posters, un espanto, toda la ropa de él. Ella dijo que en ningún momento le dijo a Gabriel que fuera, pero que él se instaló ahí y después era un problema sacarlo... Luis se enojó mucho, se dio media vuelta y se fue. Discutieron un montón, él le dijo que lo había engañado, que él le había alquilado ese departamento pensando que era cierto que era para vivir ella porque quería probar cómo era estar lejos de papá y mamá...".

Era cierto que quería probarlo; también lo era que quería vivir con su novio —y no había sabido cómo decírselo a papá y mamá. Sus relaciones con su padre no eran fáciles: "Ella y él siempre se llevaron mal", dirá Gabriela Rosas, su hermana. "Se peleaban por cualquier cosa. Mi papá es un tipo muy agresivo y Soledad era muy sensible. Papá decía dos cosas y Soledad enseguida se ponía a

llorar y terminaba dando un portazo y yéndose. Se peleaban por cualquier cosa: porque le había encontrado un porro en el cajón o por el baño o los horarios. No se llevaban bien, nunca tuvieron una buena relación. Se querían mucho pero nunca pudieron entenderse. Era mutuo. Ella no era la hija que él había querido tener, ni él el padre que ella habría querido. Se amaban, mi papá la adoraba y ella lo quería. Pero ninguno de los dos respondía a lo que el otro hubiera querido que fueran. Sole en un momento empezó a ser distinta de lo que fue educada, de lo que se esperaba de ella, una hija de papá de clase media, de colegio privado. Empezó a diferenciarse de todo eso cuando terminó el colegio y ahí vinieron los problemas. Cuando se sacó el uniforme y empezó a vestirse como ella quería. Cuando empezó a elegir, cuando empezó a pasear perros, cuando empezó a hacer algo distinto a lo que supuestamente debía hacer empezaron los quilombos con mis viejos, sobre todo con mi viejo. Mi papá la insultaba mucho, Soledad lloraba. Las discusiones eran verbalmente muy agresivas, muy subidas de tono. Y Soledad se terminó convenciendo de que no servía para nada, de tanto que lo escuchó. Mi hermana tenía muy baja su autoestima. No se valoraba, no se quería, no se cuidaba".

La situación era insostenible. Algunas noches Soledad dormía con un cuchillo debajo de la almohada por miedo a los ataques de Gabriel. Estaba desorientada: ¿cómo podía ser que un amor tan fuerte incluyera semejantes horrores?

"Yo creo que ella, en el fondo, sabía que el tipo era un tarado, y además era un peligro", dirá su amiga Soledad Echagüe, Sole Vieja. "Una noche ella me llamó mal, él estaba muy sacado, le

había pegado mucho, y me la llevé a casa. Pero él la corría con aquello de 'te necesito, necesito que me ayudes'. Y así la historia duró mucho tiempo, era una relación muy enferma. Gabriel moría de envidia y de celos. Para él Sole era una concheta insoportable y él podía sacarle provecho. Gabriel era loco, no boludo. Te puedo asegurar que tenía toda la viveza del que sabe utilizar, eso lo tenía bien claro".

Gabriel le hacía promesas: que iba a terminar el secundario, que iba a dejar las pastillas, que nunca más le levantaría la mano. Pero nada le duraba nada. Uno de esos días Soledad apareció con cicatrices en una muñeca. Cuando su madre le preguntó qué le había pasado dijo que se había lastimado con un vaso, pero sus padres no terminaron de saber si era verdad.

La convivencia era imposible —y Soledad tampoco tenía una gran paciencia: al cabo de dos meses estaba de vuelta en casa de sus padres. Pero la separación tampoco duró mucho; días más tarde había vuelto con él: lo amaba demasiado —o eso creía, que no es lo mismo pero es igual.

Su habitación en la casa familiar se había vuelto un lugar impersonal, casi un cuarto de huéspedes con las paredes vacías, sus objetos guardados, su música exiliada en casas de amigas. Su verdadero lugar, en esos días, era una mochilita donde llevaba lo poco indispensable: ya había salido de su casa familiar, todavía no había llegado a otra. Muchas veces dormía en lo de su hermana —en Caballito— o en lo de Sole Vieja —en Martínez.

"Sole era un ser profundamente generoso", dirá su amiga Sole Vieja. " A veces ella se quedaba a domir en casa, entonces salía muy temprano y se iba a comprar facturas para los demás

paseaperros, que si no no desayunaban. Era muy generosa y eso hacía de imán para este tipo de gente. Y se vestía como ellos, discutía de fútbol de igual a igual, era una más".

Todos los días, más allá de lo que hubiera pasado la noche anterior, se levantaba a las seis de la mañana para salir a buscar su jauría; Soledad era seria y sus clientes seguían confiándole sus animales y las llaves de sus departamentos. Y por las tardes iba a la Universidad. En julio rindió su primer final: un ocho en Organización hotelera. Además de inglés, que sabía desde chica, tuvo que estudiar materias tan excitantes como Comunicación empresaria, Administración de personal, Estructura y Equipamiento hotelero, Gastronomía, Seguridad y Mantenimiento, Computación, Marketing hotelero. Nada que le interesara demasiado, pero cumplía sin problemas. Era, en esa facultad de jóvenes atildados y correctos, un bicho raro: alguna vez, desconfiado de su aspecto, el portero no la dejó entrar.

—Yo me cago en los compañeros que van vestidos de punta en blanco. Yo vengo de laburar, de pasear perros y voy vestida como estoy.

A Soledad no le importaba, pero a veces negociaba, jugaba el juego: cuando tenía que dar un examen, por ejemplo, se vestía con más cuidado.

"Entonces Sole me llamaba y me decía 'me voy a vestir a tu casa, porque yo no tengo nada, no tengo qué ponerme'", dirá Gabriela Rosas. "Era un problema para ella. Con todo se sentía mal. Nunca una pollera, jamás. Y terminaba con un pantalón de corderoy oscuro y una campera más o menos. Cuando tenía que comprar ropa me pedía que la acompañara: para ella era todo un esfuerzo el tema de vestirse. Sí, había una cosa de rebeldía en ella,

pero no era sólo la ropa. Era algo que se fue dando; ella no tenía un discurso claro sobre ella misma. Por lo menos yo no se lo percibí. No sé si ella sabía contra qué era rebelde en ese momento, qué era lo que le estaba pasando. Creo que sí lo encontró después, pero hasta ese momento era como un 'soy así, no sé por qué soy así'. Y se veía que estaba confundida porque andaba de acá para allá buscando dónde vivir, con quién sentirse bien, quiénes eran sus amigos y quiénes no. Se sentía incómoda pero no tenía muy claro por qué, ni qué la incomodaba o qué de ella misma le desagradaba. Porque tenía como un desagrado sobre ella misma, sobre lo que estaba haciendo, sobre su vida. Había una especie de nada, como un vacío en ese momento. Fueron dos o tres años, de los veinte o veintiuno a los veintitrés, ese vacío".

"Yo le demostré a Soledad que ese tipo era un cagón", me dirá Luis Rosas, su padre. "Un barra brava es un cagón, un tipo que trabaja de patota. Yo una vez tuve un problema con él, cuando Soledad ya se había peleado con él y yo me enteré que él le había pegado y la seguía jodiendo, entonces me fui a la casa de él, le toqué el timbre, lo agarré de la solapa, le dije de todo, lo traté de maricón de mierda y el pibe no reaccionó. Entonces le dije a Soledad ves que es un cagón, un patotero, que reacciona solamente cuando está en patota..."

Aquella primavera se le fue intentando separarse definitivamente de Gabriel, pero él no se dejaba. A veces se aparecía en la plaza Las Heras y le pedía perdón, le hacía nuevas promesas; otras la amenazaba, le ahuyentaba los perros, le tiraba las correas tras las rejas de la escuela. Alguna vez la pelea se hizo

tan violenta que un par de policías se acercaron a ver qué pasaba. Muchas mañanas su madre la acompañaba para tratar de disuadir a Gabriel, si llegaba a presentarse.

"Nosotros estábamos muy preocupados", dirá Marta Rosas. "Teníamos miedo de que el tipo la matara, que le hiciera algo. Entonces Luis, mi marido, fue a hablar con el padre de Gabriel. Y el padre le dijo 'es loco, no sabemos qué hacer con él, ojalá estuviera muerto', por los dolores de cabeza que le daba: imaginate vos lo que padecería esa familia".

"Mi marido nunca me dijo eso", dirá Marta Zoppi, la madre de Gabriel. "No, mi marido me lo hubiera dicho. Somos de confiar entre nosotros. Inclusive se lo voy a preguntar. Quizás fue así y mi marido no me lo dijo para que no me haga problema. Soledad y Gaby se peleaban y él estaba caído. A los pocos días yo bajaba de casa y me los encontraba en la puerta a besos y abrazos y muertos de risa. Lo que me dijo su amigo Martín, que después falleció en un accidente, es que, para Gabriel, María Soledad era el amor de su vida. Chicas había tenido muchas, pero el amor de su vida era ella".

Soledad no sabía cómo sacárselo de encima —y, a veces, no estaba convencida de querer hacerlo. Su entuerto con Gabriel se había convertido en una cuestión para su familia y sus amigos. Alguna vez su hermana Gabriela se lo cruzó por la calle y le dijo que la dejara en paz de una buena vez.

—¡Vos metete en tu vida, qué te creés, no vas a seguir controlando a tu hermana como si siempre tuviera diez años!

Otras veces sus amigas intentaban distraerla presentándole amigos. Tras una de sus variadas peleas, Lorena y Adrián, su marido, le propusieron una salida con un vecino: "Era el carnicero

de la vuelta. Era feo, y aparte tenía una moto con computadora, era un personaje", dirá Lorena Dussort. "Se lo presentamos porque una vez él la vio en una foto y le encantó. El tipo nos dijo que tenía un problema: 'es un lío; a mí cuando conozco una mina que me gusta me pongo al palo'. Y yo le dije 'está todo bien, con Soledad está todo bien'. Me acuerdo que cuando Soledad lo vio se le transformó la cara. Y me llamó y me dijo 'qué es esto, de dónde lo sacaste'. Yo le dije 'Soledad no te vas a espantar, que vos tenés cada amigo, dejate de joder...'. Y ella me dijo, yo voy con vos en la moto, ni sueñes que me voy a subir ahí. Yo en esa época tenía una motito. Entonces nosotras nos subimos en la mía y Adrián y el carniza en la otra. Íbamos por Libertador, y paramos a comer algo por Martínez. El flaco estaba que se derretía. Y la buscaba todo el tiempo, de toquetearla, ya se zarpaba... Y Soledad me dijo 'vos sos una zarpada, encima está muerto de hambre'. Y yo le dije 'Soledad vos lo estás provocando, ése es tu problema'. El pibe debe haber dicho ahora o nunca. Así que se rezarpaba, la toqueteaba por todos lados, la otra lo cagaba a trompadas. Y así y todo no era una mina que se te ofendiera. Al otro día me dijo 'yo con vos no salgo más'. Pero después nada".

La separación no se concretaba. Gabriel se deprimía, lloraba, recaía en sus pastillas, se desesperaba ante la psicóloga del hospital Fernández: un chantaje bastante completo. Cuando él se tuvo que operar de un menisco, ella aprovechó para alejarse; en esos días una amiga de la familia Zoppi la fue a ver para pedirle que no lo dejara: —Él es un buen pibe, en el fondo, y te adora. Si le tenés paciencia, si lo ayudás, vas a ver cómo sale.

—Yo también lo quiero, pero hace más de un año que estoy tratando de ayudarlo y no pasa nada, sigue igual. Yo así no puedo,

ya no consigo estudiar ni trabajar ni nada. No, así no puedo más.

Cuando él se curó y volvió a las calles del barrio los encuentros se hicieron frecuentes otra vez; entonces Soledad repartió los perros entre sus colegas de la plaza y aceptó la invitación de un muchacho que había conocido poco antes para reunirse con él en el Brasil: era una decisión tajante pero le pareció la única forma de cortar del todo con Gabriel. Y además ya se iba haciendo hora, se dijo, de empezar a ver mundo.

5. GOLPES

Nadie recuerda el nombre de ese muchacho. (Decir nadie recuerda es una convención; es decir: yo no he podido encontrar a nadie que recuerde el nombre de ese muchacho cordobés que Soledad fue a ver al norte del Brasil.) Sí sabemos que en esos días, verano del '96, Soledad salió de Buenos Aires con dos chicas que conocía de la plaza Las Heras: María y la India. Y que llevaba más de 1.500 dólares en traveller-checks porque pensaba quedarse varias semanas por allí y que con ellos y ellas llegó una tarde a Porto Seguro, estado de Bahia.

El cordobés la recibió sin grandes efusiones y le pidió que cambiara sus cheques: iban a poner juntos un chiringuito de venta de bebidas en la playa y necesitaban pagar los gastos iniciales. Soledad lo hizo y se instaló con sus amigas en una cabaña alquilada; ya se habían dormido, esa primera noche, cuando las despertaron los ruidos que hacían tres morochos con cuchillos: los locales las amenazaron con relativa calma y, sin más agravios, las desvalijaron. Habían tenido suerte, pensaron después, mientras empezaban a recuperarse del susto, de que todo se hubiera limitado a un robo, pero lo cierto era que estaban muy lejos y muy

pobres. El cordobés nunca más apareció: Soledad siempre dudó sobre su intervención en ese robo.

Soledad tenía recursos: un tío suyo, hermano de su padre, llevaba muchos años viviendo en San Pablo y, en ese momento, pasaba vacaciones en un hotel lujoso de Ilheus, a 200 kilómetros de allí. Soledad consiguió unas monedas para subirse a otro ómnibus y lo fue a buscar. El hombre se sorprendió: la última vez que había visto a su sobrina era una nena prolija y bien vestida y ahora se le aparecía una especie de hippie con el pelo cortajeado y la ropa en emergencia sanitaria. Pero le dio la plata necesaria: Soledad pudo pasarse más de un mes en campings y playas solitarias del norte de Brasil, con sus amigas porteñas y todo un grupo que se hacía y deshacía sin parar.

El 2 de marzo de 1996, 3.000 personas se reunieron en la plaza de Sant'Ambrogio di Torino, un pueblo del Piamonte, en el extremo norte de Italia. Sant'Ambrogio está a menos de 20 kilómetros de un pueblo mayor que se llama Collegno, a la entrada del valle de Susa, que comunica Italia y Francia a través de los Alpes. Esa sábado y todavía hacía frío en la montaña; los 3.000 se habían juntado para hacer pública su oposición a un proyecto que estaba revolucionando el valle: "No queremos terminar como los indios de las reservaciones", gritaban sin gran ritmo. Unas semanas antes los ministros de Transportes de Italia y Francia habían firmado el acuerdo para iniciar las excavaciones preliminares que llevarían a la construcción del TAV, un "Tren de Alta Velocidad" que correría entre Turín y Lyon. Los vecinos y la mayoría de los intendentes de los pueblos del Valle temían por la preservación de sus lugares, sus casas, sus cultivos, su cultura y

querían expresarlo.

Soledad Rosas no leyó esa noticia en los diarios argentinos: en principio porque no leía mucho los diarios y, además, porque los diarios argentinos no publicaron esa noticia —ni tenían por qué.

Soledad volvió flaca, cansada, contenta: había salido al mundo y descubierto que podía sobreponerse a sus peligros. Al otro día la llamó su amigo Fabián y le dijo que tenía que verla urgente.

—No sabés lo que pasó, loca. Ale se mató.

—¿Cómo?

—Se mató, se tiró abajo de un tren.

—¡Abajo de un tren!

La muerte de Alejandro nunca quedó del todo clara. Era seropositivo y solía deprimirse: esa tarde estaba cruzando las vías cerca de la estación de Flores con su sobrino menor. Alejandro se retrasó: lo único que vio su sobrino fue que el tren le pasaba por encima; nunca se supo si se había caído, si había tropezado, si se había tirado.

—No sé, Sole, la verdad que no sé si se tiró, se cayó, qué carajo. Todos dicen que se mató, pero yo sé que él no se quería matar. Tenía a su hija, la quería un montón... A veces hablaba de matarse, que ya no se la bancaba, pero yo sé que no era en serio... Ale no se quería morir.

Soledad patinó. Fue su primer encuentro cercano con la muerte y la sorprendió la violencia de ese choque. Había algo impensable en todo eso: últimamente no lo veía tan a menudo, pero la idea de que Alejandro no fuera a aparecer nunca más, que nunca más irían a fumarse un porrito a la plaza, a tomarse unas cervezas en el bar de la Reina, le parecía una aberración. Y no

terminaba de entenderla: la muerte es un aprendizaje complicado.

Soledad estaba desconsolada. Esa noche se fue a ver a Sole Vieja, que ya se había mudado a Caballíto: "Yo tenía una vecina que me obsesionaba porque le gritaba mucho a sus hijos", dirá Soledad Echagüe. "Mi departamento era chiquito, se oía todo, y yo detesto que se les grite a los niños. Creo que los niños, los animales y las plantas tienen que tener un cuidado aparte. Y ese día yo estaba tirada en la cama y Soledad se daba una ducha con la puerta abierta y me contaba, lloriqueando, de la muerte de este chico. Y en el medio se escuchaban las puteadas de la mina al hijo. De repente Soledad abre la ventana, la muy zarpada, se asoma y le grita 'callate, yegua, sos una hija de puta'. Yo me quería morir. La mina nunca más les gritó a los chicos. Fue un flash eso. Fue rara la situación; digo, que en el medio del lloriqueo, la tipa se ocupó de abrir la ventana y gritarle a la mina. Qué loco, ¿no?".

Aquella noche las dos Soledades se quedaron despiertas hasta muy tarde, con una botella de vino y muchas preguntas: —¿Vos creés en el infierno, Ma?

Sole Vieja tuvo un ataque de risa:

—No, nena, tampoco la pavada. El que cree en un Dios que te castiga no cree realmente en Dios, ni en pedo. Dios no es eso, nena.

Sole Vieja era su amiga creyente y, a veces, Soledad trataba de que le explicara ciertos misterios. Pero esa noche era especial: la muerte se había acercado demasiado. "Ella no decía que fuera religiosa pero lo era", dirá Soledad Echagüe. "Yo soy profundamente creyente y ella conmigo hablaba mucho de esas cuestiones. No era practicante, no iba a misa, pero creía un poco en todo eso. Hablábamos mucho de la encarnación, yo a veces le

leía algún párrafo de algo que había leído. A ella le hubiera encantado, por ejemplo, poder acordarse de sus reencarnaciones anteriores. Me acuerdo que yo había leído *Muchas vidas, muchos sabios* de Brian Weiss, un psiquiatra norteamericano que hizo un estudio sobre la hipnosis. Tenía una paciente que tenía ahogos y que no se le iban y decide probar con la hipnosis. Por medio de la hipnosis descubre que la mina, en vidas anteriores, murió en un maremoto. Y va contando las distintas sesiones. Y esa noche hablamos mucho del tema. Pero ella cuando llegábamos a cierto punto le daba miedo, yo le ofrecí prestarle el libro y ella me dijo que mejor no, ¿me entendés?".

La muerte de Ale no era lo único que la debilitaba en esos días. Una semana después seguía cansada, sin fuerzas, y fue a ver a un médico: tenía una hepatitis galopante. Su madre imaginó que se la había contagiado con el agua de esas playas semisalvajes. Pero no era seguro.

"Allá en Brasil Soledad conoció un montón de gente y vivían todos tipo tribu", dirá Cecilia Pazo, su prima. "Todos en carpa, en la playa, donde podían. Había toda una cosa de hermandad. Me acuerdo que le dije que la había sacado barata si se había traído solamente una hepatitis y ella se cagaba de risa. '¿Cómo le vas a decir a un pibe que se cuide? No, somos todos hermanos, todo bien y que fluya', me decía".

Soledad necesitaba cuidados, un poco de mimos, y se fue a pasar su enfermedad a Villa Rosa, a la quinta de sus padres. Sus amigos la iban a visitar. "Era un cachorrito, divina", dirá Fabián Serruyo. "Estaba tirada ahí en la camita, indefensa, con cuarenta y pico de grados de fiebre. Me acuerdo de estar ahí con ella. Yo tenía hepatitis crónica, así que tampoco me importaba si me iba a

contagiar. Muy cariñosa, era de acariciarte y yo de acariciarla a ella. Una cosa lindísima la relación que teníamos. Ahí estaba, indefensa, con hepatitis. Se comió como cuarenta días en cama, pobrecita".

Me pregunto cómo se empieza a delinear un personaje. Veo que van apareciendo por fin algunos temas y me pregunto qué tenemos, ahora, qué por el momento. ¿Una chica insegura, generosa, agresiva, bonita, tímida, atrevida buscándose un lugar en el mundo? ¿Buscando su lugar en el mundo? ¿Un tipico exponente clase media porteña barrio norte? ¿Un típico exponente aburrimiento juvenil sin horizontes? ¿Un típico exponente hija protegida tratando de romper? ¿Un típico exponente chica argentina chocando contra los muros de la patria? ¿Un típico un carajo, los exponentes son simplificaciones? ¿Una chica de la que nunca sabremos realmente nada, como de nadie, como siempre, aunque vayamos suponiendo, atribuyendo, dibujando perfiles que pueden, incluso, parecer posibles? Debe ser espantoso, imagino, caer en manos de un biógrafo aprendiz.

Fatiga no era un cachorrito: era la perra que había acompañado a las hermanas Rosas durante la mayor parte de su vida, y estaba muy cansada. Ya llevaba doce o trece años corriendo con ellas por zanjas y charcos, saltándoles de gusto cada vez que las veía, compartiendo su casa con los demás perros que las muy ingratas le traían sin jamás una queja.

Aquella noche de otoño María Gabriela y María Soledad estaban solas en Villa Rosa; hacía mucho frío y las dos se acurrucaban junto al fuego. Soledad estaba leyendo un libro que le había prestado Gabriela: el primer tomo de la trilogía *Memorias*

del Fuego de Eduardo Galeano. Silvia Gramático, su vecina, le había ofrecido participar con ella en la preparación de una obra de teatro; Soledad se entusiasmó y empezó a armar unas escenas sobre la conquista de América y el destino desgraciado de sus indios. De pronto redescubrió uno de sus orígenes: ella también descendía de esos indios mapuches que otro de sus ancestros, el Restaurador, había masacrado. Sole dad se basaba en el libro de Galeano para contar el choque, la violencia de los conquistadores, la miseria de esos primeros habitantes. Pronto la empezarían a ensayar en un ateneo radical de Congreso que Silvia había conseguido. Soledad no era una gran lectora, pero el tema la conmovía más que lo que hubiera imaginado.

—Che, eso que se oye debe ser Fatiga.

—Sí, andará dando vueltas por ahí.

Estaban cómodas y no tenían ninguna gana de salir, pero los aullidos de la perra se hicieron insistentes.

—Vamos, le debe pasar algo.

Tardaron en encontrarla: estaba echada contra un arbusto en la otra punta del jardín y respiraba muy difícil. Entre las dos la levantaron: la perra debía pesar más de 50 kilos. Con esfuerzo la llevaron para adentro: Fatiga se quejaba despacito. Llevaba semanas enferma y se la veía muy débil, moribunda.

—Está sufriendo mucho, Gaby. ¿Qué hacemos?

En el botiquín de la casa tenían unas dosis de valium que habían usado con un perro epiléptico en la época del pensionado.

—Si le damos una inyección de valium se va a quedar dormida, sin dolor, y se va a morir tranquila.

—Pero se va a morir.

—Sí, se va a morir.

"Y así fue", dirá Gabriela Rosas. "La perra se durmió ahí, calentita, con nosotras. Hasta movía la cola, no me olvido más. Estaba ahí el fuego, la perra tirada en el medio, nos miraba, movía la cola y así se quedó dormida y se murió. Al día siguiente hicimos un pozo y la enterramos entre las dos, mi hermana y yo".

En la noche del 23 de agosto de 1996 los descontentos del Valle de Susa —en el Piamonte italiano— inauguraron otros métodos: dos bombas molotov quemaron una perforadora de la Consonda —la sociedad encargada de los sondeos del terreno necesarios para la construcción del Tren de Alta Velocidad— cerca de Bussoleno, uno de los pueblos má s importantes del Valle. Los daños se calcularon en 50.000 dólares; unas pintadas firmaron el operativo: "Alto al TAV", "No al Alta Velocidad — No a Maastricht — No al presidencialismo", "Ahora y siempre, Resistencia".

Soledad Rosas tampoco había leído es a noticia en los diarios argentinos: en principio porque seguía sin leer mucho los diarios y, sobre todo, porque los diarios argentinos no publicaron esa noticia —ni tenían por qué.

Soledad seguía su camino con tropiezos que, a la distancia, parecen tan menores. En esos días una amiga suya, hija de unos amigos de sus padres, se casaba en Rosario: "Agarramos el auto y nos fuimos los tres para allá", dirá su padre. "Ella había trasnochado, durmió todo el viaje. Cuando llegamos al hotel en Rosario me puse a sacar las cosas de las valijas y me encontré con un paquete como de cien gramos de picadura de marihuana".

—¿Y esto qué mierda es?

—No, me lo encargó un amigo, se lo tengo que dar.

—Yo te creo que te lo encargó un amigo, pero vos me querés mandar en cana que yo ande por una ruta con esto.

Le contestó a los gritos. "La verdad que esa vez le dije de todo", dirá su padre. "No le pegué, pero la maltraté al máximo, y agarré la marihuana y la tiré por el inodoro. No porque me asuste, Soledad se habrá fumado todos los porritos que sea, pero que no sea pelotuda, si a mí me agarran con dos porritos no pasa nada pero si nos agarran con eso el pelotudo que va en cana soy yo. Ella se enojó muchísimo y después un día me dijo sí papá, tenés razón. Lo que pasa es que Soledad no sabía decir que no, era un grave defecto que tenía. Y creo que eso le costó muy muy caro".

En esos días Soledad pasaba mucho tiempo en Villa Rosa. Sus amigos solían visitarla allí: la quinta de los Rosas era un espacio muy abierto, donde casi todos eran bien recibidos, y los fines de semana se llenaba.

"Ella siempre trataba de llamar la atención, como si necesitara que le hicieran caso, que se dieran cuenta de algo", dirá Cecilia Pazo, su prima. "Todas esas cosas eran toques de atención. Estaban esos novios que llevaba a su casa, que me parece que no era necesario llevarlos. Podés estar con cualquiera pero no necesariamente presentárselo a tu familia. El modo de vestirse, de pensar, de hablar. Por la calle la miraban mucho porque andaba con todo suelto. Pero se ponía un vestidito, se pintaba un poco y era una diosa. Era una muñeca, las medidas todo. Petisita pero una modelito. Un sábado que fuimos a su quinta con todos los amigos de mi marido, Soledad se puso a tomar el sol en topless: los monos estaban todos desesperados. Pero ella manejó la situación; ¿te creés que alguno se animó a zarparse? Te aseguro que eran trece boludos y estaban todos atónitos porque ésta

estaba con un porte como diciendo '¿Perdón? ¿Pasó algo?' Y en vez de estar incómoda, incomo daba al resto. Y al que no le gusta que no me mire o que no venga. Estas cosas son las que te digo, de buscar siempre el desorden. Por eso te digo".

Soledad seguía sin tener muy claro qué quería; por el momento terminaría su carrera y seguramente después podría viajar un poco: "Sole estaba re enganchada conmigo porque su gran sueño era viajar", dirá Soledad Echagüe, Sole Vieja. "Y yo era la única del grupo que había viajado a Europa: en plena represión me fui a Inglaterra a vivir un año sola, no podía creer que había un mundo tan maravilloso y tan diferente. Siempre le contaba a Sole, y le decía 'vos, petisa, tenés que viajar porque se te va a partir la cabeza'. Siempre jugábamos y fantaseábamos con la idea de viajar juntas. Ella me escuchaba todos mis cuentos de mis viajes como yo escuchaba a mi abuela y le pedía que me los repitiera". Viajaría, sin duda viajaría, pero eso no terminaba de armarle una vida.

Aquel invierno Soledad empezó a charlar más con su vecino Ezequiel, el hijo mayor de Silvia y Juan Gramático. Al principio Ezequiel era mucho más chico —tres años más chico— pero ahora esa diferencia ya no era importante. Ezequiel era un jovencito muy inquieto, conectado por internet con grupos under europeos y enganchado aquí con gente de fanzines y del ecologismo radical.

—Sí, dice "no va a haber compromisos, no más negociación. Si te negás a cambiar entonces sos... sos culpable y tenés que ser destruido"...

—Heavy, los pibes.

—Re.

Ezequiel y Soledad estaban en la casa de él en Villa Rosa: escuchaban un cassette de un grupo americano, Earth Crisis, y ella

le traducía la letra: —Sí, y después dice "sos un diablo con sangre en tus manos, tu muerte traerá su libertad", dice "their freedom", no sé, "la libertad de ellos. Yo no puedo quedarme ahí parado y dejar que mueran los inocentes...".

—¡Guau!

"A Soledad empezaron a interesarle ese tipo de cosas", dirá Ezequiel Gramático, su vecino. "Y yo a veces la invitaba a alguna acción. Por ahí había un antiMcDonald's o una cosa así y la invitaba, porque me parecía una chica buena, de buenos sentimientos, inteligente, fuerte... Una persona muy sensible, parecida a los demás integrantes del grupo, que era toda gente muy humana".

Aquel invierno Soledad emprendió sus primeros intentos militantes. Una tarde de sábado Ezequiel y ella se subieron a su jeep y fueron hacia General Rodríguez: allí se encontrarían con más gente del GAPLAH — Grupo Autogestionario por la Liberación Animal y Humana—, dos docenas de pibes de Pilar y General Rodríguez con militancia ecologista y vagamente libertaria. Querían formar un piquete a la entrada de un circo que había llegado al pueblo y que, decían, maltrataba a los pocos animales que tenía.

"Ella estaba medio emocionada, era la primera vez que iba a participar en una acción de éstas", dirá Ezequiel Gramático. Pero la acción fue casi un fracaso: cuando se encontraron descubrieron que no llegaban a la media docena, que no eran suficientes para pararse frente a la entrada de la carpa, que si lo intentaban los del circo los correrían a guantazos. Así que se limitaron a repartir sus volantes en las calles de General Rodríguez y se volvieron a sus casas. Soledad no se desanimó: le había gustado hacer, por fin,

algo que se pareciera a sus ideas.

"Pero bueno, ella nunca estuvo muy involucrada en estas cosas", dirá Ezequiel. "Yo creo que habría podido meterse más, de a poco, si se hubiera quedado. Pero no tuvo tiempo". En esos días Ezequiel le grabó su primer tatuaje: el dibujo de un pájaro-dios azteca que Soledad había sacado del libro de Galeano para ponerse en el omóplato derecho. Era una forma de sellar que empezaba a ser otra.

6. AMOR Y PAZ

Aquel encuentro había tenido muchos prólogos. Pablo Rodríguez venía soportando el asedio de su hermana Laura para que conociera a su nueva amiga Soledad, y tantas veces Laura le había dicho a su nueva amiga Soledad que tenía que conocer a su hermano Pablo.

—Vas a ver, se van a entender bárbaro. Haceme caso, él es justo para vos.

La primera falló: Pablo no fue a la fiesta que Laura organizó. Después, cuando se enteró de que Soledad sí había estado y se había ido con otro pibe, le dio un ataque. Pocos días más tarde Pablo fue a ver a su hermana y, por casualidad, estaba Soledad: se quedaron conversando horas y horas, hasta el fin de la noche. El azar es una causa insuperable.

—Sí, para mí la gran boludez fue volverme. Allá me sentía tan bien conmigo misma... No sabés las ganas que tengo de irme de nuevo a Brasil y no volver, loco, quedarme allá, una playita...

—¿En serio? Yo estoy igual, che, me parece que si pudiera vivir allá sería feliz. Sabés, allá tengo como una familia que...

Hablaron del mar, de la naturaleza, de ciertos pajaritos, de

algunas decepciones y quedaron en llamarse pronto: quizás podrían ir juntos a un encuentro que se estaba preparando en Villa Ges ell, unos días después, a favor de los indios argentinos. Soledad, en esos días, compartía un coche, un Lada, con su madre: para viajar a Gesell tendrían que pasar a buscarlo por la quinta de Villa Rosa. Fueron, pero su madre no quiso dárselo: —Pero no, Sole, cómo te vas a ir en el auto con alguien que ni conocés, que lo viste dos veces.

Pablo Rodríguez tenía veintinueve años, rulos enhiestos, el cuerpo flaco y alto, ojos muy claros, aires de hippie persistente: trabajaba un par de días por semana con su madre, una psicóloga que hacía un programa sobre partos en la televisión por cable, y se estaba separando de una novia brasilera. Pablo, además, tocaba la batería en una banda que hacía flamenco, reggae, tango, rock&roll: lo que saliera. La banda se llamaba La Senda del Perdedor, por un libro de Bukowski, y Soledad pensó que el tipo no le daba tres vueltas pero parecía tan bueno y cariñoso que quizás valiese la pena intentarlo.

—No te preocupes, Pabli, se me ocurre otra idea.

Soledad se lo llevó enfrente, a la casa de los Gramático: Juan y Silvia no tuvieron problemas en prestarles una piecita para que pasaran su primera noche juntos. Corría octubre de 1996: su última primavera en la Argentina.

"A los dos días ella se apareció con un ojo morado", dirá Pablo Rodríguez, su ex novio. "Se había cruzado con Gabriel y él le había pegado. Ella había cortado la historia pero se veían por el trabajo, paseando perros, y había una situación de violencia y de tensión. El flaco ya se estaba curtiendo a una amiga de ella, María, una de

las que habían ido a Brasil con ella, y había todo un quilombo... Soledad también estaba un poco harta de hacer ese laburo; también había tenido unos problemas para cobrar y eso la tiró un poco abajo, porque se rompía el culo. Estaba todo un poco mal. Así que los dos pensamos en hacer otra cosa, cambiar de aires. Ahí fue que decidimos irnos a Brasil".

Era un proyecto: muy poco más que un sueño entre cervezas. Soledad entregó sus perros a varios amigos: lo que había empezado como un recurso para ganar algún dinero le había durado cuatro años, pero ya era tiempo de cambiar de vida. Y mientras tanto se fue a vivir a la casa de Pablo en Sáenz Peña, partido de San Martín. Él la trataba con una dulzura que la sorprendía.

"Al mes Soledad ya se había llevado su mochilita a la casa de él", dirá Gabriela Rosas, su hermana. "En esa época ella tenía una facilidad asombrosa para hacer la mochila e irse a vivir a la casa de un novio. Ella tenía dos o tres cosas nomás, las metía en la mochila, se iba a la mierda y chau. Siempre andaba buscando algo. La casa aquella estaba llena de gatos y de perros. Pablo era un estilo hippie colgado, estaba fumado todo el día, desde que se levantaba. Él la ayudó mucho a despegar de Gabriel y de todo ese tema. Comparándolo con todo lo anterior era un tipo bueno que la quería, estaba súper enamorado de ella. Ella estaba con él, supongo, para no estar con Gabriel. No sé si estaba muy enamorada de él, pero era un buen tipo".

Todos lo dicen, y algo falla, en general, cuando todos dicen de alguien que es muy bueno. "Sí, era un pibe muy tranquilito, muy buenito, muy lassie era el pibe", dirá Fabián Serruyo. "En la Argentina decir que alguien es buen tipo está muy cerca de decir

que es un pelotudo, también", dirá Luis Rosas. "Era un pibe que si Soledad no se ponía las pilas, él se podía quedar tirado en la cama mirando cómo se le venía abajo el techo. A nosotros no nos gustaba un carajo, porque realmente era un sorete. El pibe no tenía ninguna perspectiva, ningún proyecto. Era bostero y su única preocupación de lunes a sábado era conseguir la guita para irse el domingo a ver a Boca. Era un tipo muy vago, no servía para nada".

Pablo era vegetariano: Soledad empezó a interesarse en la cuestión. Leyó libros de macrobiótica, descubrió medicinas naturales, dejó de comer carne. Al principio no la impulsaba su habitual defensa de los animales: era, más bien, una forma de limpiarse el espíritu purificando el cuerpo. Siempre le había gustado cocinar: aprendió recetas con verduras, se enteró de qué comidas le curarían, supuestamente, un dolor de cabeza o un malestar hepático. Soledad comía mucha polenta, lentejas, pastas, una lata de arvejas por día — para aprovechar sus proteínas.

—Ayer leí qué significa vegetal. Decía que significa algo que crece, algo lleno de vida. ¿No es copado? Y nosotros matando vida para comer. Somos increíbles.

Soledad había empezado a leer un poco más, a interesarse por algunas cosas nuevas. Descubría el placer de ciertos descubrimientos, encontraba razones con las que podía estar de acuerdo. Y poco a poco se fue haciendo más radical: al cabo de un tiempo ya propagandizaba las bondades de la comida vegetal ante cualquier público presente. Algunos domingos el asado familiar en Villa Rosa se convertía en un motivo de conflicto.

—Pero cómo siguen comiendo carne, che, no sean animales. ¿No entienden que no es necesario matar a un animal para

alimentar a otros animales...?

El proyecto del viaje a Brasil avanzaba, pero hacía falta cierta preparación. Pablo tenía una novia en Ilha do Mel, la playa brasilera donde quería llevar a Soledad, y fue sincero: —Mirá, antes de irnos yo tendría que hablar con ella, ver cómo es la cosa. Si vos te lo bancás yo voy antes, la veo, veo qué me pasa con eso y después entonces podemos armar el viaje juntos. ¿Te parece?

Soledad lo aceptó y le regaló un colgante de cuarzo para que la tuviera muy presente. Pablo salió para Ilha do Mel, en el estado de Paraná, a principios de noviembre. Diez días después estaba de vuelta: la había extrañado tanto, le dijo, la quería, ya no tenía dudas. Decidieron hablar con los padres de ella.

"Yo les dije que por ahora nos estábamos conociendo pero que nos iba bárbaro", dirá Pablo Rodríguez, su ex novio. "Y que no sabíamos qué podía pasar pero que yo nunca le iba a pegar ni faltarle el respeto y que siempre que estuviera conmigo la iba a cuidar, iba a tratar de darle lo mejor. A ellos muy bien no les cayó. Por un lado sí, porque Sole podía apartarse un poco del quilombo, pero por otro lado nos decían 'por qué no se quedan y hacen el pensionado de perros, y se hacen de guita'. Pero bueno, a veces no importa mucho la plata, ¿no? ¿Qué vale más, un ananá en la playa o diez lucas en el bolsillo?".

Pablo repartió sus perros y sus gatos; Soledad rindió su última materia en la Universidad de Belgrano: Protocolo estaba llena de consejos que guiarían su vida. Se sacó un nueve y su promedio general fue 7,81. Estaba muy bien, pero el fin de su carrera no fue motivo de gran algarabía; era, más bien, el alivio de pagar una deuda, de terminar con algo que, suponía, les debía a sus padres. A mediados de diciembre Soledad volvió a prepararse la mochila

azul y roja.

Ilha do Mel era un lugar casi salvaje, con apenas algún coche y poca electricidad y mucha naturaleza desbocada y el mar turquesa y casas muy modestas. En esa isla Pablo tenía unos "parientes": una familia lugareña medio india de padre y madre y siete hijos, que lo había alojado un año antes. En diciembre uno de esos hermanos había abierto un barcito en la playa: Pablo quedó conchabado para atender las mesas, Soledad cocinaba con utensilios muy precarios y los dos dormían en un cuartito del fondo. Allí pasaron Navidad y Año Nuevo: todo sonaba idílico hasta que empezaron las peleas con la mujer del dueño y los problemas para cobrar sus sueldos. Al cabo de un mes lo dejaron: casi enseguida Soledad se consiguió otro empleo.

"Cuando llegamos a la isla todos me conocían, tenían la mejor onda conmigo. Pero después de un par de semanas toda la onda era con ella: Sole era increíble, afectuosa, divertida, todos la querían. Así que enseguida pegó otro laburito que era de limpiar y cuidar las plantas del quintal de la mina de al lado", dirá Pablo Rodríguez. "Yo le hice la cerca. Pero la mina que nos contrató nos quiso pagar menos. Yo esas situaciones las dejo pasar y trato de hacer otra cosa, apostar a cosas independientes, no pretendo vivir de ponerle una cerca a un rico. Pero Sole tuvo quilombo, porque ella lo había hecho a full, súper responsable, le gustaba hacer las cosas bien... Era muy buena onda, muy trabajadora, siempre buscaba tener un laburito, dar una mano. A mí a veces me molestaba un poco porque yo sentía que cuando vale la pena es copado, pero cuando no es reconocido, como con esta vieja, no sirve. Y la mina le quería pagar la mitad de lo que habían quedado

y Sole —mirá que no se rayaba nunca-le tiró unas bolsas de basura y la mina hizo la denuncia en la cana y tuvimos que hablar con el único policía que hay ahí... Igual el cana no hizo nada, son conflictos chiquitos. Creo que nos dijo que recogiéramos la basura. Fue una reacción de bronca juvenil. En realidad era una boludez, porque la mina podría haberse quedado en el molde, y nosotros peleábamos por 20 pesos y teníamos 500 en el bolsillo. Era más bien algo moral".

Pablo y Soledad se habían mudado a una cabaña en el morro, en una zona de reserva ecológica. Estaban contentos: ahora sí tenían un lugar propio y lo fueron arreglando, armando entre los dos. Se hicieron muebles, organizaron una huerta. Un poco más allá, en el medio del monte, un colombiano se había apropiado de tierras ajenas y las llenaba de basuras. Pablo y Soledad se unieron al pequeño movimiento local que intentó contenerlo: tras unos días de asambleas, trámites y amenazas, consiguieron desalojar al colombiano. Era un triunfo muy menor pero era un triunfo, y los llenó de placer.

—¿Viste que a veces sirve, Sole, juntarse con la gente?

Soledad se rió: no solía ser su estilo. Pero le encantaba ese lugar, esa vida silvestre.

"Lo que me contó fue que terminaron en una isla donde había sólo gente del lugar", dirá su amiga Sole Vieja. "Ella me los pintó como indígenas. Ahí saltaba la inocencia de Sole. Por ejemplo, decía que la mayoría de las personas que vivían en este lugar estaban en bolas. A Sole le parecería que lo más natural era estar en bolas con ellos. En bolas significa literalmente en bolas. De repente tenía peloteras terribles con Pablo porque él le decía 'loca, más allá de que sean indígenas y vos lo veas como algo

inocente, no dejás de ser una mujer'. Ella no lo veía así y se peleaban. A ella le parecería que era fashion, andá a saber qué pasaba por la cabeza de Sole. Después cuando llegaron seguía con la misma historia y yo les decía que no podía creer que se sigan peleando por esa boludez. Ella sentía como que Pablo no la podía ver con la misma pureza que la veían los indígenas, una cosa así".

Esas peleas menores no empañaban el bienestar general de esos días tropicales. Algunas noches hacían planes: quizás podrían comprar esa cabaña, quedarse para siempre.

"Habría sido tan lindo", dirá Pablo Rodríguez. "Hablábamos de quedarnos ahí, hacernos un lugar, tener una huerta, un par de caballos, hasta llegamos a hablar de tener hijos juntos. Pero después de que pasaron los carnavales yo tenía que resolver un par de cosas en Buenos Aires: el tema de mi perro y la cuestión de mi laburo, que yo quería ver si podía concentrarlo todo una vez por mes, para ir y volver. Entonces le dije que nos fuéramos por unos días a Buenos Aires; Sole no se quería volver. Me dijo que estaba bien a hí, que se quería quedar y yo le dije que no la iba a dejar sola ahí. Un poco entre los dos resolvimos dejar las cosas armadas allá, pero ella no estaba muy convencida: decía que tenía miedo que los viejos no la dejaran volver: 'Mirá, yo tengo miedo porque a mí siempre me manejaron y me es difícil salir de ese lugar'. Y yo, como un boludo, le dije que eso era algo que ella tenía que resolver hoy o mañana. Si ella de verdad lo quería, de últimas iba a haber un enfrentamiento, pero si es lo que querés lo defendés. Además estábamos muy bien, nada hacía prever el desenlace que hubo".

A fines de marzo Soledad y Pablo armaron sus mochilas, cerraron la cabaña y se volvieron a Buenos Aires por unos días. En

un mes, a lo sumo en dos, volverían a su playa brasilera.

En la noche del 11 de marzo de 1997 alguien tiró una bomba molotov contra el portal de la iglesia de San Vincenzo en Giaglione, en el Valle de Susa. La puerta sólo tuvo chamuscones; junto a ella aparecieron unos volantes firmados por una organización desconocida: Lupi Grigi, armata delle tenebre e vendetta dei poveri –"Lobos Grises, ejército de las tinieblas y venganza de los pobres".

Era el séptimo atentado en el Valle, y el primero firmado por los "Lobos Grises". Otros dos habían sido reivindicados por una organización "Val Susa Libera" y uno por un "Fronte Armato Val Susa"; todos ellos habían consistido en pequeños incendios de maquinaria e instalaciones de empresas ligadas al TAV o la SITAF, la concesionaria de la autopista que atraviesa el Valle. Una de las pintadas englobaba al "TAV, RAI, políticos = mafia".

Una semana después, el 18, también en Giaglione, el octavo atentado: desconocidos volaron con dinamita parte de la cabina desde donde se controlaba la iluminación y la ventilación de un túnel de la autopista. Los daños se calcularon en 50.000 dólares, y los diarios hablaron de un "salto cualitativo" de los saboteadores. La pequeña bomba fue detonada a distancia y los responsables "eligieron sin tardanzas entre las cuatro puertas de la cabina para dirigirse justo a la que contiene las conexiones de tensión media... Eran personas expertas o muy bien informadas. Antes de poner la bomba desactivaron el mecanismo automático que pone en marcha un generador de reserva, para estar seguros de interrumpir el servicio". Además era la única cabina de control de la autopista que no tenía ningún sistema de alarma. Nadie firmó la

operación.

El "salto cualitativo" tampoco llegó a los diarios argentinos: Soledad Rosas seguía sin enterarse de esa historia que, de todas formas, no le habría interesado en lo más mínimo.

Hay momentos en que todo se acelera: hechos se precipitan, arrecian las sorpresas. En abril de 1997 María Soledad Rosas estaba por cumplir veintitrés años y a veces les decía a sus amigas que ya le había llegado la hora de dejar de ser una nena. Lo estaba haciendo: tenía un novio con quien se entendía pasablemente bien, ese proyecto de vivir con él en una playa brasilera, algún dinero para ponerlo en marcha. Su vida parecía encarrilada.

—Todo bien, pero tenemos que conseguirnos un lugar para vivir, Pabli.

—Sí, seguro. Aunque sea por estos días, mientras arreglamos todo para volvernos.

—¿Y si nos vamos a Villa Rosa?

—Por mí, genial.

"Entonces fuimos a ver a los padres de Sole a la quinta y les dijimos que todo eso era provisorio, que nos volvíamos a Brasil, pero si mientras tanto podíamos vivir ahí, ya que ellos no estaban nunca", dirá Pablo Rodríguez, su ex novio. "Y de paso la cuidábamos, ellos siempre nos hicieron laburar, cortar el pasto, la tenían muy bien acostumbrada a Sole. Y ahí la vieja dijo que no aceptaba el concubinato. De hecho, un día que fuimos a dormir ahí nos quería poner en camas separadas. Yo no iba a coger estando los viejos ahí, no soy tan moderno, pero dormir en el living... Aparte era ridículo porque veníamos de meses de vivir juntos. Y además, ellos habían aceptado esa relación terrible

anterior con ese pibe que le pegaba, aunque no durmieran ahí".

—Yo querría vivir unos días en la torre del jardín, acá, con Pablo.

—No, Solita, para vos sola sí, claro, pero si te vas a venir con ese pelotudo no, ni lo traigas acá.

Le contestó su padre. "Por ahí yo soy muy bestia en mi forma de decir las cosas, está bien", dirá Luis Rosas, "pero es mi forma de ser y no la puedo cambiar".

"En parte era mejor porque no se nos mezclaban las cosas con los viejos", dirá Pablo Rodríguez. "Pero nos quedamos en bolas; Juan y Silvia Gramático nos apoyaron y nos propusieron ir a su casa. Dormimos un par de días ahí, no me acuerdo bien, y al final ellos averiguaron de un terreno con una casita, allá a la vuelta. Era de un tipo que iba los veranos con los amigos y tenía cancha de fútbol, pileta, un baño y un cuartito: como se venía el frío nos lo alquiló por cien mangos. La situación era muy ridícula porque alquilamos un lugar enfrente de la quinta de los viejos de Sole, que iba a estar vacía toda la semana. Pero empezamos a vivir ahí. A mí me quedaba lejos y teníamos que arreglar bien los horarios. Y la vieja se empezó a quedar todos los días en la quinta. Llegaba el viernes, se iba el miércoles, y cuando se iba le decía a Sole si no quería irse con ella. Pero la situación no era 'yo no quiero que estés con ese flaco'. Era 'hola, buen día, por qué no vienen a comer unas facturitas a casa'. Y Soledad para hacer sus cosas también iba a su casa. Cada vez pasábamos menos tiempo juntos, Sole y yo: nos estaban cagando".

"Pablo era macanudo", dirá Juan Gramático, su vecino de Villa Rosa. "La casa donde estaban era de un amigo mío. Y los viejos de Sole tenían el grito en el cielo. Iban y le rompían las bolas a ella,

'mirá dónde estás, cómo estás viviendo', y esas cosas. Pero yo a ellos los veía bien. El problema que tenía la relación eran los viejos, que no aceptaban al flaco. Ellos pensaban que ella se tenía que casar con un tío con guita, con un flaco cool. Pero no se les daba, porque a la piba le gustaba otro estilo de gente. Sole era una pendeja linda, inteligente, sensible, muy solidaria, copada. Y bueno, era una situación incómoda".

"Yo lo que quería era verla feliz", dirá Marta Rosas, su madre. "Me parece que Sole creía que era la madre Teresa, que le podía resolver los problemas a todo el mundo, y ni siquiera podía con los propios. Para mí habría sido suficiente ver a mi hija feliz. No me importa si tiene que trabajar veinte horas, si el tipo es un barrendero. Lo importante es verla a ella contenta, dichosa. Pero no con gente que ella tenga que estar mandándolos a trabajar o consiguiéndoles trabajo, comprándoles ropa, dándoles el coche para que vayan a hacer esto o lo otro. De todos modos tengo que reconocer que, de todos los personajes que yo le conocí a Sole, éste era el que mejor la trataba. La trataba con afecto. Pero Sole no era la mamá. Tampoco podés estar enamorado de una persona que... es lo que ella decía: 'le tengo que decir que tiene que hacer esto, que vaya a buscar tal cosa, que haga tal otra, a mí ya me tiene podrida una cosa así'".

"Para mí era un buen tipo", dirá Soledad Echagüe. "La cuidaba mucho. Yo notaba que él le tenía mucho amor, de mimarla, cuidarla. Él se agarraba muchas broncas porque sentía esas interferencias de los viejos de ella. Eso traía quilombo. Quizás yo los entiendo a los viejos de Sole, porque ellos esperarían algo mejor. Sole, justamente por esa cosa de su autoestima tan baja, se enamoraba de todos como si fuera el último. Creo que a los viejos

les daba pánico eso, que se enganchara definitivamente con un tipo como Pablo, y se enroscaron mal con él. Es como esa amiga mía que cuando habla de la novia del hijo le dice la chirusa. En realidad todos los padres tenemos una cosa así de que la novia del nene siempre es una chirusa. El novio de la nena siempre es una basura, ella siempre se merece algo mejor. Creo que uno se merece lo que tiene, al menos en el momento en que lo tiene. No te olvides de que Sole era una nena. A los veintidós años estás un día enamoradísimo y al siguiente no te lo bancás y a los tres días no podés vivir sin él. De hecho, le pasa a gente mucho más grande. Creo que en ese aspecto los viejos, en su afán de protegerla, no la dejaron probar sola. Tenían mucha influencia sobre Sole, y Sole aparte era muy influenciable. Todavía no estaba muy formada en su carácter, aunque también era una pendeja con ventajas muy notorias para su futuro. Cuando la conocí, lo primero que pensé fue 'ésta es una mina que nunca se va a cagar de hambre'. Era una busca. Súper laburadora. No le gustaba tener que pedirle nada a los viejos. Al revés: ella estaba preocupada si llegaba el cumpleaños de la vieja, del viejo, el aniversario, qué había que comprarles, qué había que regalarles. Era una mina muy generosa, creo que eso es algo que se les ve a los seres humanos desde que son chicos y es algo muy importante. Sole tenía todas esas cosas que iban muy a su favor. Pero por otro lado también era una niñita que había vivido con sus viejos toda la vida, muy cuidada. Por eso todavía era muy maleable. En muchas cosas todavía le faltaba crecer. Era una adolescente, todavía".

La casa era tan simple como aquella cabaña brasilera: chiquita, precaria, su lujo era una cama de bronce, muy trabajada, antigua, que les había regalado Sole Vieja, pero el baño era confuso y había

que cocinar en la parrilla al aire libre. No era grave: la querían por poco tiempo, hasta que pudieran arreglar todo para volverse a su playa tropical, y no importaba. Todavía no importaba.

Pablo no conseguía solucionar sus cuestiones de trabajo: *Hacia un parto con amor*, el programa de su madre, estaba en peligro y los tiempos se le alargaban. Sin esa fuente de ingresos no tenía dinero para irse a Brasil. Había alternativas: Soledad compartía aquel coche con su madre y pensaron que lo podían vender para bancar el viaje. Soledad estaba de acuerdo pero quería que él también aportara su parte. Y eso los complicaba.

"Él la jodía para que se volvieran a Brasil, a quedarse", dirá Gabriela Rosas, su hermana. "Sole no estaba muy convencida de vivir con él, aunque nunca decía nada porque ella siempre parecía muy enamorada de sus novios. Era muy buena, muy dulce, recariñosa, esas personas que están todo el tiempo abrazadas, besadas y colgadas. Después venía a hablar conmigo y pasaba el libro de quejas: 'no hace esto, no hace lo otro, no se pone las pilas'. Soledad era muy pilas, cuando se le ponía algo en la cabeza sacaba todo adelante. Si quería juntar guita para viajar laburaba de lo que fuera. Para la casa también: vivían en un ranchito de dos por dos y ella lo tenía relindo. Tenía un parque grande y Soledad lo cuidaba, cortaba el pasto, limpiaba la pileta. Se ve que Pablo era más colgado, más de sentarse bajo la palmera y ver cómo Soledad cortaba el pasto. Y ella venía y se quejaba. Ahí ya te dabas cuenta de que no iba a durar mucho la historia".

En la casita de Villa Rosa, la burbuja brasilera empezaba a romperse. Soledad tenía sus actividades: le enseñaba inglés a Silvia Gramático, preparaba con ella otra obra de teatro, ayudaba

a bañar o pelar o castrar perros para hacerse unos pesos, visitaba en un geriátrico de Parque Patricios a su abuela, en la cárcel a su amigo Claudio —que había caído por un robo ingenuo: una tarde dejó su moto en la vereda de una remisería, se tomó un remise, lo llevó hasta un paraje solitario y lo asaltó. Después se volvió a la remisería a buscar su moto y lo agarraron de las pestañas: se pasó varios años en la unidad penitenciaria d el Borda.

Soledad hacía muchas cosas, Pablo muchas menos, y tenía la sensación de que la iba perdiendo día tras día. "Cada vez teníamos menos tiempo para estar juntos", dirá su ex novio. "No sé cómo se fue dando todo pero fue una mierda. Sole me decía que me estaba esperando a mí, que cuando yo dijera nos íbamos de nuevo. Y yo no podía resolver las cosas y también quería que se diera cuenta de lo que estaba pasando, y que me apoyara. Yo manejé la situación como un boludo. Entonces un día salió todo mal, ella esperaba que le dijera que nos íbamos la semana que viene y yo no podía arreglar lo del laburo ni la guita ni nada. Entonces agarré y le dije 'la verdad es que con todos los quilombos que tengo siento que no me entendés, me parece que así no vamos a ningún lado, mejor veamos qué nos pasa a nosotros'. Y ella se puso mal y empezó a ver que el viaje ya no estaba tan seguro. Y ahí vino todo un laburo de los padres de hablar con Silvia y las convencieron a las dos de que se fueran juntas. Entonces Soledad vino y me dijo 'mi papá me regaló el viaje a Italia'. Y yo le dije 'cómo puede ser si vos no vas a Italia sino a Brasil conmigo, y aparte te lo regala con tu guita, si tu viejo no está laburando...'. Era una situación loca: se empezaba a cumplir lo que ella me había dicho en Brasil. No podía controlar la presión de los viejos. Es como si te estuvieras por casar con una mina y tus viejos te regalan una semana con Moria

Casán en Tailandia. Puede estar bueno, pero no tiene nada que ver con tu proyecto: de golpe te lo cambian todo, te revientan la vida".

Me pregunto de nuevo qué le preguntaría —si la encontrara, si pudiera encontrarla, qué le preguntaría. Que es como preguntarme: de todas las ignorancias, ¿cuál es la que más fuerte me amenaza? Porque sé que mis blancos serán los blancos de ella: mis ignorancias, vacíos en su vida. Temo ese azar: el descontrol de lo que pueda saber o no saber, la casualidad escribiendo no sólo una vida: también el relato de esa vida. Aunque me consuele pensando que llegaré a saber lo decisivo, aunque lo intente, me queda todo el tiempo aquella duda: ¿cómo saber que no se esconde, en alguna ignorancia, una clave perdida, la que le daría por fin a todo su sentido? Y me río al ver que sigo pensando, todavía, sin querer, que todo tiene uno.

7. LA PARTIDA

Fue una tarde de principios de mayo. Soledad estaba en la casa de su hermana Gabriela, dos ambientes al final de un largo corredor en un PH en Caballito. Las dos hermanas, su madre y Silvia Gramático, la Gringa, tomaban mate con facturas; Soledad y Silvia habían estado charlando de una obra que pensaban hacer y ahora Soledad esperaba que Pablo la pasara a buscar. Él le había dicho que llegaría a las seis pero ya eran las ocho: Soledad se dejaba ganar por el cabreo. Su madre vio una oportunidad: —Sole, ¿por qué no te tomas un tiempo para pensar un poco esta relación? Si se ve que no estás bien, nena, pensalo.

—Mamá, ya se va a pasar, no te metas.

—Se me ocurre una idea.

Dijo Marta Rosas y sus dos hijas la miraron curiosas: sabían que ese prólogo presagiaba algo serio.

—Bueno, viste que la Gringa se va a Italia el mes que viene. Nosotros te queríamos a regalar un viaje por tu título. ¿Por qué no te vas con ella a Europa? Estoy segura que papá está de acuerdo.

Marta ya lo había hablado con su marido. Soledad se quedó callada unos minutos: las otras tres mujeres la miraban y el mate

había dejado de correr. Silvia se sumó: —Dale, Sole, venite. La vamos a pasar genial, en serio, vas a ver.

Soledad siguió callada. Después dijo que por qué no, que podía ser, pero que primero tendría que solucionar el tema de la jura en la Universidad y un par de asuntos más.

—Eso se arregla, Sole, no te preocupes. A mí me parece que te vendría bárbaro. España, Holanda, Italia, imaginate. Europa, Sole, imaginate.

"So ledad no sabía, estaba muy indecisa entre irse y no irse", dirá Gabriela Rosas. "Y entre todos la convencimos. Ella estaba en uno de esos momentos en que se paralizaba. Cuando no sabía qué hacer se paralizaba y se deprimía. Dejar al novio era como traicionarlo: ella se comprometía mucho con las personas, y después le costaba dejarlas, aunque la hicieran sufrir, ella siempre era un poco madre. Tenía ese rol de cuidarlos, protegerlos, consentirlos. Con Pablo le pasó un poco eso. Y el otro lloraba: 'yo sin vos no soy nadie'. Parecía una novela venezolana. Y además tenían ese proyecto de irse a Brasil. Finalmente el argumento que le dije fue 'no perdés nada, cuando quieras te podés volver, el pasaje lo tenés abierto; si ves que lo extrañás y no aguantás, te tomás el primer avión y te volvés. Tenés la posibilidad, te regalan el pasaje. Andá, conocés, paseás un poco con Silvia'. Soledad la adoraba a Silvia, siempre le decía 'si yo hubiera podido elegir una mamá, te hubiera elegido a vos'. Yo realmente creía que ella no tenía que perderse esa oportunidad. Y me dijo 'sí, tenés razón' y ahí empezó a averiguar por el pasaje. Lo mío no era para separarla de Pablo porque, la verdad, yo no tenía nada a favor ni en contra de él. No, eso lo pensaron mis viejos".

El 3 de mayo fue el cumpleaños de su madre, fiesta familiar:

los Rosas comiendo empanadas en Villa Rosa, conversando, riéndose, comentando el próximo viaje de la nena.

"Nos vimos ahí, en Villa Rosa, y ese día yo le recriminé por esa vez que me había dicho que yo era standard: ella ni se acordaba", dirá Cecilia Pazo, su prima. "Eso me había dolido mucho. Yo no creo ser así y si soy, no creo que esté mal tampoco. Pero me pegó porque me pregunté '¿y si tiene razón ella y la verdadera vida es la alocada de ella, y no la mía?'. Me acuerdo que me vino a abrazar y yo le dije 'salí de acá. ¿Para qué querés estar conmigo si soy una mina standard?'. Me hice la estrellita. A mí me había pegado pero ella ni se acordaba. Se lo recordé y ella no podía creer que me hubiera dicho eso. Me dijo '¿sabés cómo me gustaría ser standard, a mí? No sabés cómo me gustaría'".

"Entonces nos planteamos qué hacíamos, si seguíamos o no", dirá Pablo Rodríguez, su ex novio. "Ella estaba más con toda la historia de irse a Italia y yo no sabía qué hacer. Yo la quería mucho a ella. Me sentía presionado por la situación, y tampoco estaba bien. La amaba pero no me gustaba bancarme estas cosas. Empezaron los desencuentros. Una noche habíamos tenido una discusión, yo le decía que nos estaban separando. Ella no me dio bola y yo no dormí en toda la noche. Después vomité sangre. Me sentía remal. Ahí sentí un corte. Ella estaba como envuelta, protegida en otra situación pero tampoco era un corte de rostro: ella dormía conmigo, ella me amaba. Al día siguiente tenía que ir a la cancha con un amigo pero al final me desmayé, no pude ni ir a la cancha ni ver a mi amigo. Me sentía mal pero quería estar con ella y me volví a la quinta. Ella estaba con los viejos y le dije que habláramos. Ella estaba como dura, como los viejos. Hablamos,

me puse a llorar, le dije que la amaba, que tenía miedo de perderla. Ella no reaccionaba. Después estuvimos con los viejos hasta tarde. Nos fuimos a dormir juntos. Hicimos el amor. Toda una situación muy mezclada, de pelea-reconciliación. Un par de días después yo llegué como a las once de la noche y ella no estaba, entonces toqué timbre en la quinta y no me atendió nadie. Para mí era una trampa porque no era tan tarde. Me fui a dormir solo: ella me había dejado una nota diciendo que me amaba, que tenía miedo de que nos separen. Vino a la mañana. Me despertó. Hicimos el amor. Después no sé por qué carajo vino la hermana a hablar conmigo, a decirme que Sole me quería pero que ya tenía todo armado para irse a Italia, que para ella era difícil decírmelo. Ella insistía en que yo tenía que dejar que Sole haga su vida. Pero yo la amaba. Siempre había actuado bien con ella y siempre quise lo mejor. Y ese día teníamos que dejar la casa porque había que devolverla y yo me tenía que llevar mis cosas y encima era el cumpleaños de este pibe Ezequiel, que lo iban a hacer en la casa de sus padres, de Juan y Silvia, ahí nomás. Yo la llamé a Sole, no me querían pasar el teléfono y me mandé para allá. Quería estar con ella".

"Fue una fiesta muy linda", dirá Gabriela Rosas. "Estaba Pablo, el novio de Sole, había ido una bandita a tocar. La casa de Silvia es muy abierta, si hay una fiesta parece más un bar que una casa. En esa época Ezequiel tenía una banda de músicos y habían ido a tocar. Habían hecho empanadas vegetarianas o pizzas, algo así. Había mucha gente. Pablo lloraba, no sé si estaba en pedo o qué. En un momento le agarró una depresión tremenda... Le había dado por el llanto y le decía 'no te vayas, Sole, no te vayas'. Soledad lo consolaba y le decía 'pero me voy por un tiempo, voy a

volver, no te preocupes. Vos hacé todas las cosas que dijiste que ibas a hacer. Nos va a venir bien, porque así vos te ponés las pilas'. Había mucha gente. La mitad estaba en pedo y todos refumados, que el tipo estuviera llorando era un detalle".

"Cuando llegué a la fiesta, a la casa de Juan, entro y ahí estaba Sole pintada, radiante", dirá Pablo Rodríguez. "La situación era medio engañosa. La hermana le había dicho que no se ponga mal. Fui a hablar con ella y me encontré con ese cuadro, un montón de gente careteando. Después logré que venga a hablar conmigo, en el medio de toda la gente. La cuestión es que le dije que nos dejáramos de joder. Le pregunté si había conocido a alguien, qué pasaba. Le pregunté si me amaba y ella se quedó callada. Ahí se me vino el mundo abajo. A veces las palabras sobran. Fue como decir 'no sé', pero yo lo tomé como 'ya fue' porque tampoco dejás de amar de un día para el otro. Me acuerdo que me levanté y me desmayé. Un garrón porque quedé como el pelotudo del año. Encima que me cortan el rostro, me desmayo. Estaba hecho mierda. Intenté ser fuerte y buscar un lugar. Un amigo me invitó a su casa. Y yo con mi perro. No es fácil convivir, en un departamento de un ambiente, dos tipos y un ovejero alemán".

Desde agosto de 1996, los atentados en el Valle de Susa se sucedían a una cadencia más o menos regular de uno por mes, aunque sus objetivos, métodos y firmantes eran tan variados que nada permitía suponerles un origen único. El 8 de abril de 1997 una bomba muy rudimentaria dañó un nodo de comunicaciones de la Telecom: será la última acción reivindicada por los Lobos Grises. Que, el 20 de mayo, pegaron en la estación de tren de Meana un volante extrañamente pro-francés: "Mejor pagarles

impuestos a los franceses —pocos— que a estos tanos macarrones y mafiosos".

El 21 de mayo, desconocidos quemaron una perforadora en las obras de prospección del TAV en Mompantero y, a unos kilómetros de allí, la misma noche, hicieron saltar con dinamita los pilares de un repetidor de la televisión de Berlusconi. Nadie reivindicó las acciones: lo más extraño fue que los dinamiteros conocían la posición de una cámara de video pequeña y escondida que los carabineros habían instalado para filmar posibles agresores. Los dinamiteros empezaron por mantenerse fuera del radio de acción de la cámara; cuando se acercaron, la dieron vuelta para que no los filmara y la volaron de un escopetazo.

Soledad, por supuesto, siguió sin saber nada. En realidad, nadie se enteró del detalle de la cámara: la policía italiana, prudente, lo mantuvo en secreto. Meses después un volante de los Lobos Grises reivindicaría esa acción y diría que habían hecho saltar la cámara porque la vieron sobre un container y temieron que los hubiera filmado; visiblemente los que escribieron ese volante no habían estado allí: la cámara nunca estuvo encima de un container.

María Soledad Rosas juró su título de licenciada en Administración Hotelera en el anfiteatro de la Universidad de Belgrano el 27 de mayo de 1997: cuatro días antes había cumplido, sin grandes festejos, veintitrés años. Esa tarde se puso un pantalón y un suéter elegantes de su hermana Gabriela y sus padres la acompañaron y se emocionaron, pero Soledad tenía la cabeza en otra parte: el 22 de junio saldría para Milán con su amiga Silvia Gramático. Su padre le decía que se llevara su título,

que le podía servir; ella lo haría, pero no pensaba que su viaje sería de esos en los que un título así podía tener utilidad.

Su pasaje estaba abierto por seis meses: Soledad tenía que volver a Buenos Aires hacia mediados de diciembre y había planeado su viaje en consecuencia. Los dos primeros meses las dos mujeres trabajarían en los Alpes italianos: los parientes de una vecina de Silvia tenían una hostería en un pueblo llamado Alpe Devero y necesitaban personal para la temporada de verano. De allí se irían a Munich, donde se tomarían un avión hasta Londres y de ahí hasta París. También tenían escalas en Madrid y Amsterdam: un tour casi completo y, aun así, quizás no resultara suficiente.

"Soledad había vivido toda la vida con su mamá y su papá, que la cuidaban como a la luz de sus ojos", dirá su amiga Soledad Echagüe, Sole Vieja. "Cuando salía de la casa de mamá y papá, por más que hiciera bardo y se enganchara con lo que se enganchara, siempre volvía y ahí estaba protegida. Si no eran sus viejos, era yo o su hermana Gabriela. Era una niñita cuidada por todos. Creo que tenía una gran necesidad de cortar el cordón y el viaje era una posibilidad muy fuerte de cortarlo. Entonces yo siempre tuve esa idea de que iba a volver pero que iba a tardar más que lo que les decía a los viejos. Me parece que en ese momento había algunas rencillas con ellos pero no era nada importante: boludeces. Los viejos también en ese momento tenían una posición un poco contradictoria. Probablemente ellos no lo recuerden en su lugar de padres, pero tenían esa cosa de 'andate pero volvé, andate pero quedate, andate para olvidarte de Pablo pero no te olvides de mamá y papá'. Por otro lado, ojo que yo los adoro, pero ellos eran padres muy obsesivos. Y Sole era la eterna rebelde: ella tenía

que estar en contra de algo, no importaba qué. Por otro lado, ella muchas veces les decía a los viejos lo que ellos querían escuchar porque estaba en esa etapa en la que los viejos te hinchan las pelotas y no tenés ganas de que te manejen la vida. Por eso si los viejos querían escuchar que Sole volvía en seis meses, Sole les iba a decir que volvía en seis meses. Tampoco lo veo mal. Me parece que es parte de la edad".

"Soledad cuando se fue estaba buscando, no sabía qué quería", dirá Gabriela Rosas, su hermana. "No sabía hacia dónde ir, no tenía una conexión con el mundo más allá del cariño que sentía por las personas que la rodeaban. Estaba buscando. No sentía ningún orgullo ni satisfacción por su carrera, era como una obligación más que cumplió. No sé si buscaba conscientemente, pero el espíritu del viaje... No empezó a organizarlo entusiasmada. Pero cuando se iba acercando el momento le iba encontrando sentido y se fue pensando que algo iba a pasar. Como 'no esperen nada más de mí, ahora me voy, soy yo y que nadie me rompa más las pelotas, ni mis novios ni mis padres ni mi hermana'. Como que sabía en algún lado que era un cambio importante. Ella tenía una necesidad enorme de alejarse de la familia, de papá y mamá. Y quizá de mí también, porque yo en ese momento era muy papá y mamá".

Los primeros días de junio Soledad no paraba. Se despidió varias veces de sus amigas y amigos, tuvo que legalizar sus documentos, preparar los detalles de su viaje. Su equipaje tenía que ser ligero: su mochila sería la misma de siempre, la azul y roja, la que usaba para ir de casa en casa esos últimos tiempos. Y la fue llenando de lo mismo de siempre: calzas, remeras, un par de mallas, pantaloncitos cortos, dos jeans, una camisa de colores, un

pulóver a rayas, un buzo gris, las alpargatas. Gabriela la ayudaba: —Pero no, Sole, qué te vas a llevar esa remera. Si es un trapo de piso.

—Gaby, no me rompas.

—¿Y no te vas a llevar ropa de abrigo?

—¿Para qué? En cuanto venga el frío en el norte yo me voy al sur, al Mediterráneo. Ni en pedo voy a pasar frío, yo, allá. Yo no voy para eso.

Sí metió dos cepillos de dientes: Soledad se los lavaba varias veces por día. Y el cepillo del pelo y su walkman y varios cassettes con música étnica de indios del Amazonas y de México y de Mano Negra y los Redondos y el libro de Galeano y varias fotos de su familia y sus amigos y, enrollado en un tubo de cartón, su diploma. También tenía, en un bolsillo escondido, 2.000 dólares en traveller-checks que había comprado en la agencia Thomas Cook: lo suficiente para mantener cierta autonomía durante el viaje. Dejaba, en su caja de ahorros, otros 6.000, por cualquier cosa. Se los había ganado trabajando.

"A ella le encantaba viajar y además tenía facilidad con los idiomas", dirá Marta Rosas, su madre. "Sole no iba demasiado atada a tener que trabajar. Tenía disponibilidad económica como para poder tomarse los seis meses de vacaciones sin ningún problema, pero si podía ir trabajando a medida que conocía era bárbaro. A mí me parece que viajar es lo mejor que te puede pasar, cómo te relacionás, cómo te manejás aprendiendo idiomas, conociendo gente y lugares que realmente te enriquezcan. Para ella ese viaje iba a ser una oportunidad única".

Pablo Rodríguez la buscaba como un alma en pena. Pero cada

vez que la llamaba por teléfono alguien le decía que ella no estaba, que le dejara un mensaje, que ella lo llamaría. Hasta una vez en que escuchó su voz en el auricular. Su saludo fue confuso: estaba demasiado nervioso. Después le dijo que necesitaba verla.

—Yo te entiendo, Sole, te entiendo, pero me quiero matar. En serio, estoy reangustiado, no te lo digo para amenazarte. Tratemos de que esto sea de otra manera, que podamos vernos, charlar y que pueda encaminar mis cosas más tranquilo.

—Ahora no puedo hablar, hay gente. Pero si querés podemos encontrarnos el jueves, a la salida del geriátrico.

"Ella estaba divina", dirá Pablo. "La invité a comer una pizza, tomamos un par de vinos. Ahí charlamos bien, después de un montón de tiempo, sin familia ni historias de por medio. Le dije que no podía entender que nos esté pasando esto, que debería haber hecho algo terrible para que esté pasando esto, no podés ser tan hija de puta, decime qué pasó. Yo me quería matar. Ella se puso a llorar y me dijo que se había encontrado con Gabriel y se había dado cuenta de que lo amaba".

"Sí, parece que antes de irse se encontró un par de veces con Gabriel Zoppi", dirá Gabriela Rosas. "Él le pidió perdón por todo lo que le había hecho sufrir y ella le dio bola. Sole siempre dejaba todas las puertas abiertas. ¿Viste esas personas que no pueden decir que no a nada, que siempre están dispuestas a proteger, cuidar, atender? Le costaba mucho romper un vínculo con alguien. Generalmente cuando rompía algún vínculo era porque la cagaban a ella o porque sus amigas la peleaban. Si dejaba de ver a una persona era porque el otro había decidido no verla más, si no, ella siempre iba a estar, a volver, iba a llamar por teléfono. Y con Gabriel fue así. No sé exactamente qué se dijeron, pero sé que fue

así".

Son puntos de vista, versiones que difieren: "A mí me daba casi envidia, parecía que ella cortaba con un novio y nunca estaba mal", dirá Josefina Magnasco, su amiga del colegio. "Por ahí el que quedaba mal era el otro. Y ella le daba para adelante, y a la semana se enganchaba a otro. Iba pasando de uno a otro. No era una persona que se quedara lamentándose. Era protagonista, hacía que su vida cambiara. Y era demasiado buena. Por eso a veces la pasaban por arriba. Yo la pinchaba para que fuera un poco más mala, porque la gente no es tan buena. Ella si tenía uno, te daba uno. Te invitaba a dormir a la casa y dormía en el piso. Un corazón enorme". Un corazón enorme.

"Él fue el que me contó todo", dirá Marta Zoppi, la madre de su ex novio. "Todo, que ellos se habían prometido cuando se vieron un mes antes de que ella se fuera y como que hicieron las paces, Soledad y Gabriel".

"¡Con Gabriel, hermano, con ese hijo de puta!", dirá Pablo Rodríguez. "Si ella me hubiera dicho que había conocido a otro flaco, yo lo hubiera aceptado. Pero después de todas las movidas era terrible que haya pasado eso. Un poco pienso que ni ella se lo creyó. Le dije que no le creía, no creo que después de esa historia de vio lencia vos vuelvas con él. Tampoco creía que el tipo diera una vuelta atrás. A mí me sonó como una cosa armada desde la familia. Sentí que era por todo el tema de la familia. Le dije que yo había tenido unos sueños, que tenía miedo por ella, que todo en la vida es un ida y vuelta. Creía que indirectamente todo lo que ella me estaba haciendo lo iba a pagar, pero no porque le estuviera tirando mierda, porque yo la amaba. Pero tenía miedo de que a ella le pase algo. Aquella vez la cosa quedó medio inconclusa.

Habló por teléfono con la vieja delante de mí, le dijo que estaba conmigo y que ya habíamos terminado de hablar, tipo control. Yo la llevé hasta la casa. Esa fue la última vez que nos vimos. Le dije si quería que nos viéramos de nuevo y ella me dijo que ya íbamos a arreglar. La tenían muy controlada y le habían dicho lo que tenía que hacer. Nos dimos unos besos y no sé ni lo que le dije. Sí sé que intenté hablar con ella después, no hubo caso. Después no sabía si había viajado o no. La llamé a Gaby y no me decía nada. Me decía que hay unas pastillas buenísimas, unas Rivotril que son bárbaras para la depresión. Andá a la mierda. Yo estaba remal. Me quise matar un par de veces: la angustia que tenía era terrible. Y lloraba y pensaba en nosotros y en la isla. Lloraba todo el tiempo, no comía, me bañaba una vez por semana. Un día me decidí y dije que no aguantaba más ese dolor. Cuando lo llamé a mi viejo me dijo 'y bueno, si te pasa eso escribí un tango'. Me quería matar. Hasta pensaba las formas de matarme. Un fierro no tengo, tengo que hacer una movida para conseguirlo. Con pastas no me cabe. Bueno, me tiro debajo de un tren. Un día fui a la casa de una familia de mi barrio y les iba a dejar los documentos. Esas cosas locas. Y cuando iba para tirarme, pensé en mi vieja. Pero ella es adulta y lo va a superar. Mi hermana también. Van a entender que mi vida es mía, que lo que sufro no me lo calma nadie y no puedo vivir así. Tengo dos hermanitos que en esa época tenían nueve o diez años. Pensé en ellos y dije no puedo, les voy a dejar un agujero que no van a entender nunca. Pasó eso. Después me empezaron a decir que vaya a un psicólogo".

Me pregunto qué hubiera sido de ella en la Argentina. En la Argentina, entre tantos caminos que no hay, no hay caminos para

la diferencia: aquí sus diferencias pasaban por historias de locura ordinaria, de capricho, de inadaptación. No hay, en la Argentina, esas formas de sublimar la diferencia, de transformarla en ideología y en camino que a veces ofrece el primer mundo. En la Argentina esas maneras de la diferencia suelen llevarte despacito a algún modo de la destrucción personal o del olvido: alguna droga, alguna enfermedad, otros tropiezos, la renuncia y la entrada en el mundo "normal" —que también se cierra más y más. Por eso, entre otras cosas, muchos argentinos quieren irse. Aunque también eso, quizás, deje de ser cierto en estos días en que muchas cosas dejan de ser verdad en la Argentina. Me pregunto qué habría sido de Soledad en la Argentina. Pero me tengo que preguntar en qué Argentina.

El domingo 22 de junio de 1997, el presidente Menem estaba en Nueva York y anunciaba cambios de ministros por las repercusiones del caso Cabezas, pero su jefe de gabinete, Jorge Rodríguez, confirmaba que el martes recibiría a Alfredo Yabrán en la Casa Rosada. En Jujuy miles de personas marchaban para protestar por la represión al primer piquete realizado en la Argentina, unos días antes, y los maestros recibían adhesiones tras su paro y movilización del viernes: 50.000 personas en la Plaza de Mayo. En La Plata, José Bordón y Eduardo Duhalde se encontraban para armar una alianza con miras a las elecciones legislativas de octubre y declaraban su apoyo al modelo económico del gobierno menemista; Chacho Álvarez reforzaba su campaña con una serie de actos en el interior: "tenemos que consolidarnos como la segunda fuerza electoral del país". En las antípodas, Hong Kong se preparaba para pasar a dominio chino; en Hebrón, soldados

israelíes herían con balas de goma y plomo a cuarenta palestinos que los habían atacado con piedras. Los líderes de los ocho países más ricos —reunidos en Denver, Colorado—, aseguraban que la economía mundial estaba mejorando; una de las principales compañías alemanas reconocía que durante el nazismo había fundido oro de dientes judíos y fabricado gas para las cámaras de la muerte. En Sucre, Bolivia, la selección argentina de Passarella perdía 2 a 1 con Perú y se caía de la Copa América; en Toronto, Diego Armando Maradona se entrenaba con Ben Johnson para preparar su retorno a Boca Juniors.

Hacia las tres de la tarde, María Soledad Rosas presentó su pasaporte 23.952.443, expedido en la ciudad de Buenos Aires el 9 de mayo de ese año, en la ventanilla de Migraciones del aeropuerto de Ezeiza. En la foto de su pasaporte, Soledad llevaba el pelo hasta los hombros con su raya al medio, la frente estrecha despejada, las orejas chiquitas, la ojos decididos, la nariz respingada, la boca semiabierta juguetona: linda, desafiante, entre la sorna y la dulzura, la timidez y la certeza. La mirada muy clara: como quien cree que alguna vez verá. El empleado la miró y le dedicó una sonrisa exagerada; Soledad se la agradeció y respiró hondo: ya estaba del otro lado. Su madre y su hermana habían ido a despedirla; su padre dijo que a él no le gustaban las despedidas de aeropuerto. Su madre había llorado y le había hecho las últimas recomendaciones: —Nena, llamá cuando llegues para saber qué tal estuvo el viaje.

—Sí, claro, claro.

Ya del otro lado, Soledad y Silvia se reían:

—Che, hasta último momento te van a dar consejos.

Pero todo eso había quedado atrás. El free-shop no le ofrecía

nada que le interesara: Soledad miraba más bien a los demás pasajeros, el aire de ese embarque que la estaba llevando hasta otro mundo. Algo empezaba y, seguramente, sería mejor que lo que había pasado. Sin duda sería mejor que lo que había pasado.

"Cuando se fue, Sole no sabía lo que era ni lo que valía", dirá Gabriela Rosas, su hermana. "No sabía nada sobre ella misma, no conocía algo de ella que pudiera parecerle bueno. Tenía esa cosa de no valorarse, de no quererse, de estar perdida en ella misma, como cuando una persona no sabe lo que es. No había un aspecto de ella que valorara, ni el cultural ni el intelectual ni el emocional. No había nada de ella que la definiera. Y me parece que eso sí lo encontró allá, lejos de nosotros. Creo que en algún lado ella sabía que se iba para no volver. Acá no dejó nada, no dejó un lugar que fuera suyo. En su habitación no había una foto, no había nada. En el camino, entre tanta ida y vuelta, había ido perdiendo sus cosas, su ropa, sus libros, en lo de una amiga, en lo de un novio. Era como que había ido deshaciéndose de todo y acá dejó muy pocas cosas. No tenía un lugar donde volver. Quizás no era consciente, pero en algún lado ella sabía que acá ya no había nada para ella".

LA VIDA ITALIANA

1. EUROPA

Cuando su avión aterrizó en el aeropuerto de Milán, María Soledad Rosas volaba de fiebre. Le dolía todo el cuerpo y casi no se podía mover: apenas pasaron los controles, Silvia Gramático la convenció de que se fuera a acostar. Soledad se pasó sus dos primeros días "en Europa" acostada en una cama de pensión milanesa, tomando analgésicos mientras su amiga le hacía masajes en los pies. Se lamentaba por su mala suerte: cómo se iba a enfermar justo entonces, de movida nomás. Aunque por momentos sospechaba que no debía ser la suerte: seguramente estaba poniendo en escena el susto, los nervios de dejar por fin su mundo atrás.

Cuando Soledad pudo levantarse salieron a dar una vuelta por la ciudad. Milán no las impresionó particularmente: a primera vista no parecía tan distinta de Buenos Aires. En la mitología de la clase media argentina el viaje a Europa es un punto fuerte. Para empezar, existe "Europa": un concepto confuso que sólo algunos tours y los tratados comerciales se empeñan en sostener y que los argentinos, en general, intentan recorrer –"hacer"— entera en pocos días. Y, sobre todo, el viaje a Europa –"el viaje"— es una

ceremonia iniciática que marca claramente un antes y un después, de la que se esperan revelaciones que no suelen llegar: cualquier hermeneuta de café hablaría del retorno a los orígenes míticos de este pueblo de europeos expulsados. Pero ahora Soledad ya estaba "en Europa" y nada sucedía: la ciudad era quizás un poco más rica y más limpita, pero no muy diferente. O eso era lo que quería creer: Soledad oscilaba entre la desenvoltura y el miedo, la excitación y el temor de no saber dónde se estaba metiendo. "En Milán nos sacamos una foto", dirá Silvia Gramático, su compañera de viaje. "Yo estaba apoyada en un arco y ella a mi lado, en una postura temerosa. Y después la revelamos y Soledad escribió detrás: 'Estaba como una ranita encima de una piedra': asustada. Como quien todavía no sabe quién es, me pareció".

Al día siguiente se tomaron el tren hasta Domodossola, un par de horas al norte: allí los esperaban sus nuevos patrones para llevarlos hasta la hostería de Alpe Devero.

—Ya van a ver, acá la vida es de lo más tranquila, una delicia...

Alpe Devero es un pueblo casi inexistente en lo más hondo de los Alpes piamonteses, a dos kilómetros escasos de la frontera suiza y mil metros de altura. El pueblo vive del turismo de caminantes montañeses y pescadores con mosca: sus alrededores son de una belleza montañosa convencional y convincente. El hotelito donde Soledad y Silvia trabajarían, el Bar Pensione Fattorini, era una posada alpina clásica con su techo a dos aguas, unos pocos cuartos y un restorán sin pretensiones. Lo regenteaba un matrimonio de treintaypico: Luca era local; su mujer, Cecilia, había nacido en Buenos Aires pero llevaba mucho tiempo allí. Eran una pareja amable que empezó por mostrarles su cuarto y contarles sus obligaciones: —Bueno, ya ven que acá somos muy

pocos, así que todos hacemos de todo. Ustedes van a tener que servir las mesas, lavar platos, limpiar, todo.

—Yo además tengo un título en administración hotelera, quizás puede servir para...

—¿Ah, sí? Qué bueno. Bueno, ya veremos qué podemos hacer con eso.

En junio la posada estaba semivacía y Soledad se aburría mucho. Era decepcionante: no se habían ido tan lejos para quedarse encerradas en un pueblito, aunque les garantizaran 700 dólares por mes. Sole estaba sorprendida: imaginaba que en Europa los sueldos eran mejores. Al cabo de unos días Soledad y Silvia le dijeron a sus patrones que, ya que todavía no había tanto trabajo, quizás podían hacer un arreglo distinto: viajarían un poco por Italia y volverían dentro de diez días, cuando se juntara un poco más de gente. Y después quizás podrían trabajar los fines de semana y viajar en el medio. "Sabrán bien que no fui yo la que se animó a pedirlo", escribió Soledad a sus padres; "Silvia se puso firme, y yo aprendo de ella".

"A ella le encantaba estar tan lejos de su casa", dirá Silvia Gramático. "En su casa estaba todo muy controlado: todo era tan perfecto, tan limpio, tan organizado que no había espacio para la locura, para ninguna desviación. Cuando empezamos a viajar la conocí más profundamente. Yo la cuidaba como a una hija, imaginate. Sole era una nena, una new hippie, quería fumarse su porrito tranquila, relajada, buena. No tenía una idea muy precisa. Eran unas vacaciones y de pronto trabajar un poco, a lo mejor quedarse, si pintaba. Lo que noté fue que en cuanto llegamos se quiso liberar enseguida, hacía cosas más fuertes que las que suele hacer la gente. Por ejemplo, en un pueblo de montaña hay formas

que si las transgredís se nota mucho. Alpe Devero es un lugar para gente que quiere andar por la montaña, chiquito, donde no pasa nada y todos se la pasan hablando de la lluvia y del tiempo, que cambia a cada rato. Pero nosotras subíamos al ómnibus y ella se descalzaba y ponía los pies sobre el asiento. O se sacaba la ropa en una casa para darse unos masajes... Por fin se había liberado de su casa, estaba lejos. Pero había días en que se levantaba y lloraba, sin que apareciera ningún motivo, no había ropa que le gustara, yo tenía que ayudarla con eso, estaba triste".

Esos días llegaban sin avisar, sin que supiera cómo ni por qué, y se le hacían difíciles : "Hay días en los que no estoy bien", le escribió Soledad a Ezequiel Gramático, el hijo de Silvia. "Siento que me viene una nube negra y me aprieta el pecho muy fuertemente y me cierro y no puedo comunicarme con nadie. Supongo que es un poco de inseguridad y un poco de temor a decir lo que pienso, pero cada día trato de alejarlo un poco. Bueno, pero hoy me siento bien".

El 1º de julio Silvia y Soledad volvieron a Milán para tomarse un tren hasta Florencia: ahora, quizás, empezaría realmente el viaje.

"Querida Ma: ¿Cómo te va? ¿El invierno te trata con frío o la estás pasando en la camita como a vos te gusta y como yo extraño?", le escribía, el 4 de julio, a dos semanas de su llegada, Soledad a su amiga Soledad Echagüe, Sole Vieja. "Acá todo es hermoso, pero te confieso que extraño bastante, es que acá es lejos de verdad. Ahora hace 4 días que estoy en Florencia, es la ciudad más hermosa que conozco. Pero después de unos días me siento muy apretada, las calles son angostísimas y no hay un solo

árbol. Eso no lo sentí en los 2 primeros días en los que la belleza me impactaba. Pero hoy ya estoy cansada de los turistas y del humo de los autos. Ayer en una plaza conocí a una brasilera que vive acá, ella canta. Esta chica nos presentó a un escultor argentino que también vive acá. El pibe es macanudo y hoy trabajé para él posando para unas esculturas".

El pibe se llamaba Erman, era mendocino y le dio a Soledad la primera de las aventuras que ella estaba buscando: posar desnuda para un artista era algo que se podía contar a los amigos. "Ese chico es escultor y me ofreció trabajar para él", le escribió poco después a Fabián Serruyo. "Posé un día para unas fotos y todo bien, el tipo muy profesional y no se quiso sarpar nunca, al contrario". El contrario siempre es difícil de entender.

Florencia les duró cuatro días de caminar y caminar, comprarse pan y algún fiambre para comer en una plaza, seguir caminando, admirarse con las novedades, caminar, admirarse con las antigüedades, tomarse una gaseosa, buscar más posibilidades de admiración: el duro oficio del turista. Cuando se agotaron partieron hacia Roma para seguir haciéndolo. "A medida que nos cansamos de cada ciudad nos vamos", le escribió a Fabián. "Por acá todo va bene, la verdad que lo que vamos conociendo es hermoso y me resulta bastante fácil moverme por Italia. ¿Y a vos cómo te va? No sabés cuánto te extraño. La verdad es que desde tan lejos se extraña un poco más, sobre todo a los amigos del alma como vos".

Soledad descubría sin parar, pero la excitación de los des cubrimientos no le impedía seguir pensando en lo que había dejado en Buenos Aires: "Má, yo la estoy pasando realmente bien, este viaje no tiene comparación con nada y no tengo problemas

como para querer volver", le escribía a Soledad Echagüe. "Pero mi corazoncito está ahí en Bs. As. con todos mis seres que tanto quiero como a vos. Má, te recuerdo siempre y vos estás viajando por acá conmigo porque estás en mi corazón. (...) Má, cuidate mucho y tratá de ser feliz, lo más que puedas que la vida es una sola y muy corta. Y fúmense un porro en mi nombre, que ese humito nos una desde tan lejos. Má, cuando recibas mi carta llamala a Gaby y decile que estoy muy bien y que la quiero mucho.

"Por favor, si tenés ganas escribime. Calculá que las cartas tardan 15 días y yo me quedo en esta dirección hasta el final de agosto.

"Te quiero. Te mando un beso en las encías, el esófago, entre los dedos del pie, en el sobaco, el ombligo, atrás de la rodilla, la raya del culo, en la cutícula, etc, *etc.* Con cariño y amor, la Sole c hiquita para la Sole vieja!!!"

Soledad y Silvia se quedaron tres días en Roma. Soledad vio una ciudad que le parecía careta y demasiado monumental: no llegó a encontrar sus recovecos.

—Che, ma, acá hay demasiado ruina y poca onda. La verdad que nos podríamos rajar, ¿no?

"Con Silvia, la mejor, es buena compañera de viaje", le escribía a Fabián Serruyo. "Ella te manda un beso grande. Dice que le caíste bien, que se nota que sos una buena persona.

"Fabi, espero que te estés cuidando y que no gastes plata en boludeces, más vale guardala para venir para acá. Yo calculo que a fin de agosto ya termino de trabajar, así que en septiembre estaré por España. Fá, venite para acá, dale que te extraño. Mataría que vengas con Gaby.

"¿Quemaste mi auto? Mataría que no, porque en el verano

quiero hacer el pensionado de perros. Bueno, si mi auto no está lo podemos hacer con tu auto y así nos hacemos unos buenos mangos.

"Ay Fabi, cuando empiezo a escribir acerca de lo que me gustaría hacer en Buenos Aires es una señal fuerte de extrañar.

"No sé, Roma me hace sentir un sabor amargo. Hoy cuando vi el Coliseo sentí como el dolor de los animales y las torturas que hacían en ese lugar. Además hoy es domingo".

El viaje no empezaba a ser un viaje. Ya en Nápoles, las dos amigas tuvieron más acción. Para cierta mitología viajera, conocer una ciudad supone rebuscar en sus márgenes. Señores que jamás charlarían con su verdulero se extasían si pueden cruzar cuatro palabras con una panadera parisina: contacto con los aborígenes. Pero también es cierto que el viaje supone cierta libertad: la que viene de la falta de costumbres. El fulano en su propio lugar tiene un circuito con paradas ya trazadas; fuera de su lugar el fulano las pierde y debe descubrirse otras. Así se encuentran con los que viven fuera de los circuitos como los que ellos mismos, en sus propias ciudades, frecuentan.

"En Nápoli empezó la aventura", escribió Soledad a sus padres. "Cuando llegamos, la estación era tipo Constitución y nos fuimos a un hotelucho por ahí cerca. Hacía como 30° y yo no me bancaba más. pero pasaban las horas y empezamos a tomarle el tiempo al lugar. Tomamos un tranvía y fuimos a una playa. ¡Para qué! Todos hablaban dialecto y eran tan brutos que parecían de las cavernas. Para colmo el agua resucia y la arena negra. ¡Aguante el primer mundo! Silvia se durmió las dos horas que estuvimos ahí y yo pensaba en Brasil. Nos fuimos y tomamos un colectivo para dar

vueltas por la ciudad. Es la mejor forma de conocer y además no se paga. Finalmente llegamos al punto de la movida napolitana".

En la plaza Santo Domenico, Silvia y Soledad conocieron a un grupito de punks: Silvia, más directa, trababa conversación y Soledad, tímida, se plegaba después. "Yo a veces —casi siempre — soy muy tímida al principio y me cuesta encarar, pero la Gringa con su buena parla encara bien y entre las dos hacemos una buena dupla", le escribió Soledad a Ezequiel, el hijo de la Gringa Silvia. "La verdad es que nos llevamos de primera, tu vieja tiene luz propia, nos divertimos mucho juntas, hasta de nosotras mismas nos reímos. Tu vieja es como si no tuviera edad. Para mí es como una mamá espiritual, pero también es una hermana y una amiga".

Los punks de la plaza se ocuparon de ellas durante los dos o tres días siguientes. Eran un grupo bien mezclado: "Desde un ex combatiente de Malvinas (inglés), un viejo holandés de esos que andan en las motos tipo los Angeles, un par de chicas y chicos de mi edad y hete aquí don Nino, el viejo de la banda" escribió Soledad a sus padres. "Era un director de cine que hizo una película en una fábrica abandonada en las afueras de Nápoli. El film: Nápoli en Decadencia. Él era como un guía nuestro, nos llevaba a pasear y conocer. Hasta que llegamos a esta fábrica abandonada, era alucinante, de película mismo. Esta fábrica era de barcos o sea que teníamos nuestra playa privada. Y como fondo del paisaje teníamos este volcán tan famoso que ahora no recuerdo el nombre".

"En Nápoles estuvimos unos días viviendo con los punks en la calle", dirá Silvia Gramático, su compañera de viaje. "Con ellos nos íbamos a bañar a una especie de astillero abandonado y el mar completamente poluido, lleno de petróleo. Y también íbamos al

barrio de ellos, un lugar pesado donde tenía que ir a buscarnos alguien a una de las entradas, porque si n o te reventaban".

Una gatita perdida las siguió por las calles de Nápoles. Era negra y desvalida y Soledad insistió en recogerla: durante varios días la llevó por trenes, plazas y pensiones, hasta que le encontró un dueño y una casa. A mediados de julio las dos amigas estaban de vuelta en la posada de Alpe Devero: si antes del periplo el trabajo en el pueblo les parecía aburrido, ahora les empezó a resultar insoportable.

Aquel lunes Silvia y Soledad podrían haber ido a Venecia, a Milán, a Vicenza, a Verona, pero se fueron a Turín. Una vez allí necesitaron un lugar donde dormir: días antes, en Domodossola, una chica les había dado la dirección de la Federación Anarquista, como podría haberles dado la dirección de una pensión barata, una casa ocupada comunista, un centro de atención de jóvenes cristianos. Era tarde, más de las ocho de la noche: en la Federación Anarquista del corso Palermo podría no haber habido nadie o una chica preparando un volante o cinco miembros de un grupo de teatro o aquel señor mayor de barba. Aquel señor podría haber estado de un humor de perros por una pelea con su mujer y decirles que se fueran o tan contento por el sol del verano y hablarles de la resistencia antifascista o con ánimo de cooperar y decirles que no, que allí no se podía dormir pero que él podría indicarles donde sí.

El señor de barba podría haberles hablado, una vez más, de la pensión barata o de la casa de algún amigo con ínfulas sudacas que habría estado contento de alojarlas o de un centro social que conocía pero justo se le cruzó por la cabeza la idea de que en la

casa ocupada del Asilo quizás habría lugar para esas dos mujeres y les explicó dónde quedaba, cómo llegar hasta la via Alessandria. Y podría no haber notado sus caras de despiste y no haberles ofrecido llevarlas en su coche hasta la puerta de ese lugar, total me queda de paso, yo ya me estaba yendo a casa, vengan, suban.

Y ellas, Silvia y Soledad, podrían haber sabido que nadie va a una casa ocupada a pedir alojamiento así nomás sin conocer a nadie, pero lo ignoraban y no llegó a ocurrírseles. Y podrían haber tenido reparos o vergüenza o miedo de meterse en ese lugar desconocido pero estaban sobre todo cansadas. Y una vez frente al Asilo, en esa tarde de verano, con el sol ya cayendo y el calor en las veredas todavía y esa luz tibia rosa, podrían haberse encontrado con una puerta cerrada que las disuadiera. Pero no: la puerta del Asilo estaba abierta y el azar funcionaba a todo trapo.

2. EL ASILO

La puerta de la casa ocupada de la via Alessandria número 12, que llaman el Asilo, es verde y doble y está cubierta de inscripciones. Es la puerta de una vieja escuela: en italiano asilo significa asilo pero también escuela maternal, jardín de infantes.

Yo llegué a las puertas del Asilo cuatro años más tarde, poco después del mediodía de un sábado de septiembre 2001, pero había desembarcado en la ciudad la víspera: aquel viernes la ciudad se había muerto y todavía no la habían enterrado. Eran las nueve de una noche de verano: yo caminaba por calles limpísimas iluminadas de dorado, edificadas por burgueses satisfechos para que todos viéramos cuán satisfechos se sentían; no había nadie. De tanto en tanto una sombra cruzaba la vía Roma, la calle principal. Era extraño: todos se habían ido, ese ocaso, a otras partes. Turín es una ciudad que muchas veces parece estar en otra parte.

Turín empezó como campamento romano y tiene más de dos mil años, una universidad del siglo XV e iglesias de todas las semanas, pero sus días de gloria llegaron en 1861 cuando su líder político de entonces, el conde Cavour, consiguió que nombraran a

su jefe Vittorio Emanuele II, duque de Saboya, rey de Italia recién unificada. Durante cuatro años Turín fue la primera capital italiana: no hay rincón de la ciudad que se prive de proclamarlo. Sus espacios más monumentales le vienen de esa época —y de la posesión de su tesoro, el tan Santo Sudario. Turín tiene incluso un palacio real, pero aquí vivieron, entre otros, Nietzsche, Gramsci, Cesare Pavese: Dios ha muerto, dijo el intelectual orgánico, y vendrá la muerte y tendrá tus ojos.

Orgullosa y monarca, Turín era una ciudad de cien mil habitantes hasta que se hizo cargo de ella la verdadera reina piamontesa del siglo pasado: el 11 de julio de 1899, para dar por terminado el siglo XIX, treinta accionis tas formaron la "Società Anonima Fabbrica Italiana Automobili Torino" que, poco después, bajo el mando de un señor Giovanni Agnelli, empezaría a llamarse Fiat.

Turín es la cuna de ciertas tradiciones italianas como el Cinzano y el Martini, pero la Fiat es la cuna de la Turín contemporánea. A fines de la Segunda Guerra la ciudad tenía menos de medio millón de habitantes; a mediados de los cincuentas el coche —el pequeño Fiat "cinquecento"— se convirtió en una aspiración y una posibilidad para casi todos, y la industria explotó. Cientos de miles de meridionales —sicilianos, calabreses, napolitanos— se escaparon de la pobreza sudista para ir a trabajar en La Fábrica: eran las épocas en que la Fiat crecía incontenible y, con ella, el poder de su dueño, otro Giovanni Agnelli.

A mediados de los setentas Fiatópolis ya tenía más de un millón de habitantes, una municipalidad de izquierda y una población completamente diferente. Los primeros inmigrantes

chocaron con el racismo de los viejos piamonteses: cuando llegaron, los departamentos que se ofrecían tenían carteles que decían que "no se alquila a los meridionales". Ahora, sus hijos aburguesados ponen carteles que dicen que "no se alquila a los árabes". Las buenas costumbres nunca se pierden y la ciudad creció mucho más cerca de Francia y Suiza que de Roma, sofisticada y rica, proletaria, recelosa, izquierdista, reservada, ordenadísima.

A primera vista Turín parece una ciudad coqueta, pesada, satisfecha, edificada por burgueses coquetos, pesados, satisfechos. Una ciudad donde todo refulge de mármol y columnas hasta que aparecen, más allá de los fastos del centro, extendidos suburbios industriales. El barrio del Asilo está en un borde de la ciudad, muy cerca del mercado de pulgas del Balon y del mercado de frutas y verduras de Porta Palazzo, el barrio de la marginalidad. Aquella tarde, cuando llegué, a la vuelta del Asilo, entre dos contenedores de basura, un rubio y un árabe se pinchaban con una jeringuita descartable.

—Eh, boludo, qué carajo mirás.

Yo farfullé que no miraba nada y apuré. En los barrios periféricos de Turín la desocupación juvenil llega al 40 por ciento. Es el fin de un ciclo del capitalismo turinés: el apogeo y caída de la gran industria automotor, transferida a países periféricos. Hace veinte años la Fiat tenía 130.000 obreros; ahora se las arregla con 40.000 y siguen despidiendo.

"Turín es una ciudad desmembrada, insegura, llena de una inquietud que busca figuras que la encarnen", escribió el intelectual y diputado comunista Marco Revelli. "Aquí se vive una profunda crisis de identidad. Antes estaban las dos Turín de Carlo

Levi: la de la periferia proletaria, compacta, con sus códigos éticos, sus culturas, y la del centro burgués, las oficinas, los negocios. Eso duró hasta fines de los setentas. Era una ciudad muy conflictiva y al mismo tiempo muy ordenada, con lenguajes claros. En los últimos veinte años Turín se ha vuelto opaca. Sigue llena de obreros pero ya no es una ciudad obrera. La Fiat tiene un tercio de los empleados que tenía. Hay cinco millones de metros cuadrados de áreas industriales en desuso. Los códigos de comunicación entre los diversos sectores sociales se fueron deshilachando. Turín tiene periferias viejas e inquietas. Más aún: puede convertirse en una única gran periferia, marginalizada por las transformaciones socioeconómicas de los últimos tiempos". Todo eso, suponen los intelectuales progresistas, explica el surgimiento de un movimiento okupa anarquista y autónomo de una potencia singular. Los squatters no están de acuerdo: no se consideran a sí mismos como un fenómeno social; son hombres y mujeres que han elegido una forma de vida.

Eran las tres de la tarde cuando toqué la puerta del Asilo. Alguien me abrió y le pregunté por Luca Bruno, por Luchino: —No sé, debe estar en su pieza. Es ahí al fondo, andá y fijate.

Para llegar hasta ese fondo había que caminar metros y metros de un pasillo muy ancho; contra las paredes descascaradas había muebles rotos, pilas de diarios viejos, carritos de supermercado, pintadas y dibujos.

—¡Luchino, Lu chino!

La primera vez que lo vi sólo alcancé a distinguir su cabeza: fue todo lo que sacó de entre las sábanas cuando toqué la puerta, grité que lo buscaba y me dijo que pasara nomás. La pieza era un

caos de cositas diseminadas por todo el espacio pero no se veía nada como una cama. Desde arriba una voz me dijo ciao; le dije que era Martín, un argentino, que tenía que hablar con él, que le traía una carta de Gabriela Rosas. Dijo "ah, pero ahora estoy durmiendo la siesta". Su cama estaba a dos metros del suelo, en un entrepiso hecho de tablas; él asomaba la cabeza despeinada. Desde esa cama llegaban otros ruidos: le deseé buena siesta y le prometí volver más tarde. Esa misma noche, después de charlar un rato, me invitó a buscarme una pieza allí con ellos.

—Tenés suerte, estamos en verano y hay bastante gente afuera, así que seguro que te podemos encontrar un lugar.

Luca tiene los pelos siempre revueltos como recién despierto, los ojos chicos vivos, una semisonrisa que a veces se le escapa; es flaco, sus pantalones suelen tener cuadros. En el Asilo cada cual tiene su cuarto, que va arreglando como puede; hay una biblioteca, una computadora conectada a internet y dos más desarmadas, un baño no muy limpio al fondo, detrás de la cocina, una cocina grande y luminosa llena de cacerolas y de plantas.

—Capaz que puede ser ésta, había unos franceses pero se fueron la semana pasada.

La pieza que me encontró era enorme y estaba muy vacía: una cama, cantidades de revistas apiladas, frazadas viejas, sillas de tres patas, viejos aparatos de gimnasia, grandes ventanas con los vidrios rotos. Yo le agradecí su entusiasmo; al día siguiente me mudé al Asilo.

—¿Y acá quién hace la comida?

—Alguno. Alguno va y la hace.

—¿Pero se fijan turnos, se organizan?

—No, de ninguna manera. Si hubiera turnos tendría que haber algún tipo de autoridad que los hiciera respetar.

—¿Y cómo están seguros de que alguien va a cocinar?

—No estamos. Pero casi siempre sucede. ¿Nos ves muy desnutridos?

No lo estaban. Cada noche, en el patio enorme del Asilo , todos los presentes —ocupantes, amigos, invitados— cenaban juntos lo que algunos habían preparado: son las cenas comunes, la base de la sociabilidad okupa y son, se jactan ellos, un invento italiano.

Alrededor, en el patio, en el viejo edificio, todo tipo de restos: pedazos de autos y de motos, más carritos de supermercado, más muebles en retazos, televisores descompuestos, pilas de libros, máquinas sin nombre. El Asilo está lleno de restos y quizás signifiquen: allí se recupera todo lo que la sociedad de consumo no consume, o ya consumió: capitalismo desechado, para hacer otra cosa. Los okupas tratan de armar con los restos del capital otros engendros. Para empezar, construirse una vida fuera de las normas y las leyes.

"Esto es la búsqueda, a través de la negación del principio de propiedad privada y pública, de la construcción de un ambiente donde no amenazan los estertores asmáticos de los numerosos pulmones sociales: la familia, la escuela, el trabajo, la discoteca —que no es más que la metadona del trabajo para el tiempo en que no se trabaja—, la droga —o sea el trabajo que sirve para soportar la familia, la escuela, la discoteca, etcétera", decía un folleto okupa hace unos años. Yo viví veinte días allí, con ellos, buscando los rastros de una historia, y fueron conmigo tan amables, absolutamente solidarios.

—Tengo que ir hasta el centro. ¿Puedo agarrar una bicicleta?

—¿Hay?

—Sí, ahí hay un par.

—Entonces no preguntes, dale.

No es fácil acostumbrarse a que nadie te mira, nadie te controla, nadie piensa en juzgar lo que hacés. Al principio trataba todo el tiempo de dar explicaciones: al fin y al cabo eran mis anfitriones, los dueños de casa. "Dueños de casa" es una expresión demasiado cargada; de a poco fui entendiendo. Muchas tardes trataba de pensar en todo eso: mis ideas no siempre eran muy claras. Algunos de ellos trabajan en hospitales, escuelas, restoranes, obras en construcción; algunos no trabajan, otros trabajan en trabajos menos públicos. Pero su trabajo más activo es armarse sus vidas, no dejarse ganar por el sistema, instalarse en un mundo que ellos mismos controlan —en los límites de lo tolerado por el otro. Y lo hacen ahora, no mañana. La idea del aquí y ahora es como una versión en positivo del no-future punk: no es que no haya futuro, es que no hay que esperarlo.

—¿Y en qué consiste su militancia, sus actividades?

—Según, algunos hacen un volante, organizan alguna actividad, otros no, según cada uno quiera. Lo principal es mantenernos vivos y mantener vivo todo esto.

Quizás nada de lo que hacen sea muy extraordinario y, al mismo tiempo, todo lo que hacen es extraordinario —en sentido estricto: están inventándose un camino nuevo, lejos de los infinitos caminos ya trazados. Y eso es mucho, sea cual sea el resultado que esté dando.

El Asilo fue ocupado en 1994, pero la historia de sus ocupantes

viene de mucho antes. A principios de los años ochenta el paisaje social italiano estaba desértico: la represión contra el terrorismo de los setentas, los famosos "años de plomo", había acabado con la mayor parte de las iniciativas políticas autónomas.

Los anarquistas jóvenes de Turín no escapaban a esa condición: en esos días formaban un círculo que languidecía en un local de la via Ravenna; de hecho, el círculo estaba a punto de cerrar por falta de medios, metas e integrantes. Mientras tanto, a pocas cuadras, en la piazza Estatuto, se reunía un grupito de jóvenes punk: a veces los corría la policía, otras veces el frío. Algunos punks y unos pocos anarcos se conocieron, casi por azar: los unía la malaria, la desazón común, el rechazo por una sociedad que los rechazaba. Punks y anarcos pensaron en la posibilidad de hacer algo juntos: lo primero, faltaba más, fueron conciertos.

Turín tiene, desde hace décadas, una municipalidad de izquierda, comunista, producto del peso de los obreros de sus grandes fábricas: la Fiat, sobre todo. Punks y anarcos pedían —y solían conseguir— locales municipales para sus eventos, pero la transa tenía sus problemas: alguna vez las autoridades vetaron un grupo porque su nombre incluía la A anarquista, otras intentaron variadas formas de control y, más que nada, la obligación de pedir permiso cada vez que querían hacer algo entraba en contradicción con sus ideas. Punks y anarcos empezaron a pensar en la posibilidad de conseguir un espacio propio: de ocupar un espacio.

La idea tenía su tradición: el movimiento squatter había empezado en Holanda e Inglaterra a fines de los sesentas: en esos días el margen, la "contracultura" eran el lugar más apetecido por miles y miles de jóvenes occidentales. Lo más importante, para los primeros squatters, era encontrar un lugar donde vivir

autónomos, fuera del control de familias y otras instituciones, y no tener que pagar por ello. Las leyes inglesas, sobre todo, eran muy favorables: cualquiera que ocupara una casa durante más de tres meses sin que nadie se quejara o intentara desalojarlo podía conservarla. Algunos eran más explícitamente políticos —comunistas extraparlamentarios, anarquistas—, otros más culturales; en todos los casos, la actitud squatter suponía un desafío, una forma de colocarse fuera de la normalidad burguesa.

Squatter, según el señor Merriam-Webster, es "aquel que se instala en una propiedad sin derecho o título o pago de una renta": era muy amplio. El movimiento se politizó más claramente en Berlín y en Hamburgo en la segunda mitad de los setentas. Los squatters alemanes solían ocupar grandes espacios abandonados — fábricas, cuarteles, escuelas, depósitos, complejos de viviendas — y organizaban en ellos un lugar de vida más o menos comunitaria, con pautas y reglas que se oponían a la base mercantil de las relaciones sociales capitalistas. Y solían militar en grupos antibélicos, feministas, antinucleares o ecologistas radicales. Hacia 1980 había focos squatters bien establecidos en Ginebra, Amsterdam, Londres, Barcelona, Nueva York, San Francisco, Hamburgo, Berlín y otras ciudades europeas y norteamericanas.

En Italia el movimiento había sido algo distinto: en los setentas, algunos grupos de la izquierda extraparlamentaria fomentaron toma s de viviendas donde vivirían familias obreras. Pero esas ocupaciones habían desaparecido con la represión de los años de plomo. A mediados de los ochentas, jóvenes izquierdistas y anarquistas retomaron la tendencia, con características más parecidas a las europeas: las casas ocupadas

serían lugares de irradiación de una cultura y una política "antagonista", una forma de plantar, en medio de la ciudad enemiga, un campamento de batalla.

"En esos días los anarcos y los punks nos juntamos en un grupo que se llamó Avaria", dirá Mario Frisetti, uno de los históricos del movimiento, que venía del círculo de via Ravenna. A Mario todos sus compañeros le dicen Skizzo —esquizo— porque así firmó sus primeros escritos; Avaria significa avería, daño, deterioro: el grupo tenía algunas cosas claras. "Nos interesaba la síntesis de una práctica de autogestión de la vida cotidiana, donde experimentás tus ideas, junto con una práctica de lucha y de ataque. No queríamos rehacer los errores de las viejas comunas anarquistas, que se compraban un terreno en el campo y se iban a aislar allí, ni tampoco formar el grupo político dedicado solamente a la lucha. Ni la comunidad ni el grupo político, sino una síntesis de ambos".

Las discusiones y los preparativos fueron largos. En febrero de 1984 los anarco-punx estaban dispuestos a intentar su primera toma: un viejo cine abandonado, el Diana, fue el objetivo, y la ocupación duró tres horas: el desalojo fue rápidamente dispuesto por el intendente, el comunista Diego Novelli —a quien los anarquistas jóvenes llamaban Topo Grigio, ratoncito gris, "por su sintonía con el gris que los patrones habían impuesto a esta ciudad de trabajadores que se iban a dormir todos a la misma hora". El cine desalojado se derrumbó a los seis meses.

En abril de 1985 los anarco-punx volvieron a intentarlo, con otro mecanismo: ocuparon casi en secreto una fábrica abandonada a orillas del río Dora. Nadie lo notó: los ocupantes entraban y salían a escondidas, sin hacer olas. Y decidieron hacer

pública su ocupación con un gran concierto programado para el 2 de mayo: la Fiesta contra el Trabajo. Pero ese día los carabineros los echaron a mano armada.

Mientras buscaban la manera, los anarco-punx seguían manteniendo otros intereses: en la primavera de 1986, por ejemplo, participaron en una gran manifestación contra una usina nuclear en la llanura del Po: —Durante esta manifestación la obra en construcción se incendió: fue un momento de gran unión...

Dirá Mario Skizzo.

—¿Se incendió sola?

—No, la ayudaron. Era un delirio de fuego. La policía no estaba preparada, no consiguió bloquearnos y tampoco pudieron agarrar a ninguno. Fue una belleza.

Poco después los Avaria volvieron a la carga. Una noche de verano organizaron un concierto punk en los Jardines Reales, el centro de Turín. Durante el concierto hicieron una performance con máscaras del Zorro y después marcharon a ocupar un edificio vecino y vacío. La policía apareció enseguida; desde los balcones, los ocupantes les gritaban con megáfonos que estaban filmando una película y que su intervención era parte de ella: los policías no sabían qué hacer. Las acciones de los Avaria siempre tuvieron esa parte de juego, de desconcierto dadaísta. Pero duró muy poco; en cuanto superaron su perplejidad, los policías los echaron a patadas. Burlados, algunos policías decidieron darse un gusto: se llevaron a uno de los ocupantes a un baldío, lo pusieron de rodillas y le tiraron varios balazos a dos dedos de la nuca: el simulacro de ejecución más clásico.

"Mientras tanto, también los comunistas autonómos formaron un grupo, Espacios Metropolitanos, para hacer ocupaciones", dirá

Mario Skizzo. "Pero su objetivo era reunir gente, mientras que para nosotros la ocupación era una meta, que también podía abrir nuevas vías pero ya era una meta en sí misma. Una manera de llevar adelante nuestras ideas y experiencias: la música, la habitación, la autoproducción, comer, beber, discutir, escribir". Pero no lo lograban. En el invierno de 1987 el grupo, sin lugar fijo, se había reducido y no llegaba a la veintena. Estaban medio desesperados: se encontraban en plazas y bares y hacía frío. Era el momento de un intento final.

El 5 de diciembre de 1987 los anarco-punx decidieron ocupar una escuela que llevaba muchos años abandonada: estaba en la via Passo Buole y era un caserón de fines del siglo XIX en Mirafiori, el barrio más Fiat de Fiatópolis. La policía apareció a las pocas horas pero los sorprendió: no hizo nada por desalojarlos. El edificio tenía un estatuto legal complicado porque pertenecía a una entidad benéfica que lo estaba transfiriendo a la Municipalidad: la ambigüedad jugó a favor de los okupas. Pasaron los días. Los vecinos los ayudaban, les llevaban muebles viejos, los aceptaban en el barrio. Al cabo de una semana los okupas empezaron a limpiar la cuasi ruina, a poner en marcha los baños, la cocina; al octavo día estaban cenando a la luz de las velas —la única que había — cuando llegó la policía y los desalojó.

La policía se fue en un par de horas; los ocupantes volvieron al lugar. Al otro día, el Consejero de Juventud de la Municipalidad —comunista— les ofreció entregarles el uso del lugar durante seis meses. Los okupas discutieron mucho si tenían que aceptar esa negociación con el poder: había dudas, cuestionamientos. Los anarco-punx practicaban el derecho de veto: uno solo que se

negara podía bloquear cualquier iniciativa. Era una forma de darle una importancia central al individuo. Por aquella vez —y sólo por aquella— decidieron hacerlo. Después, durante muchos años, seguirían discutiendo si hicieron bien o mal.

"Éramos muy pocos, tuvimos que hacer un pequeño compromiso una vez para poder seguir adelante", dirá Mario Skizzo. "En cuanto no lo necesitamos más, dejamos de hacerlo: hacer un contrato con el Estado nunca es beneficioso. Tener que hacer un acuerdo para ocupar un espacio vacío es absurdo, implica reconocer su poder".

En esos días los okupas, por fin ocupantes, publicaron una revista del tamaño de un mazo de cartas para presentar la casa ocupada de El Paso en sociedad: "Prendete un vecchio asilo abbandonato. Riempitelo di *bandidos* e calienti *señoritas*", dice la tapa: "Agarren un viejo jardín de infantes abandonado. Llénenlo de bandidos y calientes señoritas...". El libelo explica que "El Paso es un lugar autogestionado donde se desarrollan las más variadas actividades políticas gráficas musicales culinarias, todas practicadas de forma antiinstitucional, todas autogestionadas. En pocos días se ha vuelto un punto de referencia para centenares de jóvenes y no tanto del área anarquista punk rebelde y libertaria, revitalizando muy agradablemente una zona que no ofrecía más que fábricas y heroína. Demasiado, evidentemente, para la autoridad y las instituciones, que prometen echarnos de un momento a otro...".

"La anarquía no es una ideología", dirá Mario Skizzo. "Ideología es el marxismo, el leninismo, que cuando se juntan se convierten en una trampa mortal. La anarquía, al no ser una ideología, se basa en la búsqueda de la libertad, a la cual nosotros le agregamos

la búsqueda del placer, que es algo que rompe con las tradiciones católicas o marxistas, acostumbradas a una idea del dolor, del sufrimiento. Una de las prácticas muy difundidas en nuestras casas son las acciones clamorosas, provocadoras, aun cuando las haga poca gente. Que pueden consistir en insertar ciertas prácticas digamos dadaístas en la práctica política habitual: las manifestaciones, el grupo que discute, la pegatina de manifiestos. Esto entra en esa lógica de placer y de libertad: la provocación, la irrisión, la ironía son cosas que derivan de una visión positiva —y no solamente destructiva— del mundo.

"Es una práctica del placer: te divertís haciendo lo que hacés, no es aquello de que lo que debés hacer es un tormento pero lo hacés en nombre de algo superior a vos. Yo no admito nada superior a mí. Los anarquistas que han leído a Stirner no admiten ninguna autoridad superior al individuo. El único juicio que puedo tolerar es el mío; el juicio de los demás me chupa un huevo. Si estoy de acuerdo conmigo me alcanza. Por supuesto que quiero ponerme de acuerdo con los que considero cercanos, pero no reconozco a nadie por encima de mí. Como decía Malatesta: no todos los individualistas son anarquistas, pero los anarquistas son todos individualistas. Nos importa el desarrollo máximo del individuo, ningún reconocimiento de ninguna forma de autoridad, la coherencia entre el pensamiento y la acción, la ruptura de la separación entre trabajo manual y el trabajo intelectual: eso ya lo decían los anarquistas en el siglo pasado; los situacionistas, que son comunistas retardados, lo descubrieron en 1950. Acá tenemos cierto gusto por dejar que el aspecto teórico se desarrolle como consecuencia de la práctica, y que la práctica sirva también como propaganda. En las casas ocupadas la gente hace todo: pueden

hacer trabajos de albañilería y también discutir o escribir o salir a la calle, y eso te produce un desarrollo mucho más rico que el que te ofrece la vida de separación, de especialización que tratan de imponernos".

El Paso funcionaba. Había brutos conciertos punk: la escuela ocupada se convirtió en el gran lugar turinés para la música más o menos alternativa. Mano Negra, Henry Rollins, Dead Kennedys, The Toast tocaron allí. Era un lugar prestigioso y las bandas conocidas iban gratis por el solo gusto de decir que habían estado: les daba prestigio. Y para los grupos locales era La Meca.

Después empezó la autoproducción musical: un pequeño estudio donde algunos grupos grababan sus cassettes o hacían ediciones piratas de música conocida y la vendían por dos con veinte: entre los pirateados estuvieron Tom Waits, B-52, las canciones de la Guerra Civil Española, Fred Buscaglione, Psychic TV, Carmina Burana, Mark Stewart, Killing Joke y Carlos Gardel. También tenían una librería que venía material anarco, libros, revistas, fanzines punk. Organizaron trabajos colectivos para mejorar la casa: albañilería, pintura, plomería. "Recuperaban" material de las obras en construcción, generalmente municipales o provinciales: bolsas de cemento, ladrillos, tejas, caños, lo que fuera. También, a veces, comida en un supermercado: aparecían de a muchos, una masa cromática de fulanos con sus crestas, sus pelos de colores, sus docenas de aros. Una de las funciones de El Paso, decían, era garantizar que hubiera comida para todos, y emp ezaron con la tradición de la "convivialidad": todas las noches los okupas que quisieran se juntaban para cenar en una larga mesa compartida los platos que todos preparaban.

"Pasan un par de meses durante los cuales se rompen lanzas se cambia de año se organizan conciertos de grupos torineses italianos extranjeros proyecciones de video bailes espectáculos teatrales y una infinidad de reuniones", contaba el libelo. "Para los ocupantes es un verdadero tour de force porque además de la organización de las actividades, los problemas son realmente muchos: de la calefacción a las reparaciones para que no llueva adentro a las relaciones humanas e inhumanas con el vecindario el barrio la ciudad las instituciones la cana los demás grupos y el mundo entero para no inventarse sólo un magnífico ghetto, pero también. ¿Tenemos un lugar? No tenemos nada. Estar dentro de El Paso, haberlo ocupado, haber conseguido quedarnos no nos hace sentir más lindos más grandes o más arriba. Seguimos siendo bandidos sin posesiones que reivindican el derecho de existir de reunirse de habitar. Tomamos un lugar que nadie consideraba suyo. Si no podemos estar aquí significará que la próxima vez ocuparemos sus casas". El préstamo estaba pactado por seis meses, y nunca se renovó. En junio de 1988 la ocupación de El Paso volvió a ser ilegal —y así dura hasta ahora.

"Nosotros no queremos inventar una vida perfecta; sólo una vida donde no haya quien te diga dónde está la perfección y dónde no", dirá Mario Skizzo. Ahora Mario es un petiso cuarentón cara de gnomo divertido, un rulito en el mentón a modo de barba interrogante. "Pero no existe que te encierres en tu lugar ocupado y simules estar en una isla feliz, que tampoco es feliz porque en tu lugar recogés todas las contradicciones de afuera, toda la mierda de la vida que te toca vivir afuera. O sea que esto no puede ser el reino de la felicidad: sólo un cretino podría tener esta ilusión. Sin

embargo hubo un debate sobre esta cuestión. Es una especialidad italiana: la crítica de los que nunca hacen nada. Desde afuera grupos más o menos intelectuales nos criticaban diciéndonos que nos estábamos aislando, que éramos como los hipposos de las comunidades de los setentas. Nosotros teníamos una práctica de la autogestión cotidiana pero también teníamos una práctica de la acción directa cotidiana, en las calles, hacer quilombo en la ciudad.

"De todas formas, la meta de nuestras ocupaciones, su poder subversivo, consiste en poner en práctica aquí y ahora, sin esperar revoluciones mitológicas, lo más posible de una vida anárquica, una vida liberada. Está claro que no podés hacerlo por completo, porque la sociedad sigue estando bajo el imperio del capital, hay un poder totalitario que te enfrenta. Pero uno vive ahora: ¿qué hacés? ¿Te pasás la vida pensando cómo destruirlo o pensás también en hacer tu vida? ¿Te convertís en un monje guerrero terrorista o vivís tu vida aquí y ahora? Yo no quiero ser un monje guerrero. Sé que tendré que enfrentarme con el capital y con todo lo que he considerado invivible desde chico y me enfrento con eso, pero al mismo tiempo trato de vivir desde ya de la manera más coherente con mis ideas, aun sabiendo que tenés estas limitaciones-que te llevan al enfrentamiento. Pero el enfrentamiento se produce porque vos sos distinto, porque vos llevás el mundo nuevo en tu corazón y lo ponés en práctica. Lo primero debe ser un núcleo no de teorías abstractas sino de ideas y de propuestas practicadas, vividas, concretas que te llevan a chocar contra esta realidad".

Por esos días los anarco-punx sacaron una primera revista que se llamó *Selavi* —como quien dice c'est la vie. Allí opinaban, por

ejemplo, sobre una campaña de varios políticos socialistas para conseguir leyes más duras contra el uso de ciertas drogas: "Nosotros, anarquistas, afirmamos que es un derecho inalienable del individuo elegir si hará uso de 'sustancias estupefacientes' y todo lo que eso implica para su persona, incluida la pérdida de la salud y la vida, como sucede cada vez más cuando se usan drogas duras. Si se quiere 'poner un freno' a las muertes por heroína, debe venir de una nueva conciencia individual y social que ahora es sofocada por el Estado, y no por la imposición de nuevas leyes llegadas directamente de la central de distribución. El Estado no es el patrón de nuestra vida y nuestro cuerpo, como quiere hacernos creer con leyes como la extracción obligatoria de órganos de los cadáveres. Es un deber de cada individuo que quiere ser libre defender la propia libertad —de vivir, de morir, de drogarse— contra las amenazas estatales. Su ideal es una grey de drogodependientes, intoxicados desde chicos con la idea de la inevitabilidad del Estado, una penosa manada de asistidos que no puedan hacer nada por sí mismos, que hagan uso indiscriminado de sus 'servicios', siervos no menos corrompidos que sus patrones, sólo que menos afortunados".

En esos días había elecciones, y *Selavi* daba dos listas. La primera indicaba "Para qué sirve votar": 1. Producir argumentos de discusión/polémica en el bar, en el tranvía, en la oficina.

2. Descargar las exiguas reservas de la propia "conciencia social".

3. Legitimar a los capos de los partidos en su función de guías de las masas.

4. Confirmar la propia incapacidad para tener una opinión propia sobre todo.

5. Considerar a otros más apropiados para decidir por uno —y por los demás.

6. Seguir haciéndose tasar, explotar, reprimir por las leyes que nuestros elegidos se apropian.

Y la segunda, "Para qué sirve no votar":

1. Gozar de dos días libres sin obligaciones.

2. Ponerse en la situación de tener que encontrar soluciones alternativas a nuestros problemas, directamente.

3. No seguir echándole la culpa de los nuevos impuestos a los políticos sino a quien va a votarlos.

4. Tener una boleta de voto para quemar en el Balon durante la performance abstencionista de El Paso.

5. No reconocerse más como participante en el Estado italiano, mierdoso, mafioso, hipócrita y religioso. El voto es el único sistema seguro para no cambiar más. Nunca. El voto es la muerte de la iniciativa, la negación de la acción directa, la alienación del individuo.

No les demos a los partidos, politiqueros y mafiosos la posibilidad de decidir por nosotros.

El 8 de junio andate a pescar.

COLECTIVO TODOS AL MAR".

Y, sobre el mundo del trabajo, un artículo –"Profesión Imbécil" — empezaba diciendo: "Se trabaja. No sólo, pero se trabaja por poco. Para sobrevivir. Se trabaja por intereses que no son los propios, haciendo oficios agradables, cansadores, alienantes, insatisfactorios. A menudo perjudiciales para uno y para los demás. Pero no alcanza: la obscenidad del mundo del trabajo (léase explotación) no conoce límites morales y nos exige siempre

más, nos lleva más y más hacia la alienación. Las dos consignas ahora son: profesionalidad y especialización. El resorte que los mueve es principalmente la necesidad de ser reconocido socialmente, verdadera drogodependencia de la cultura dominante. (...) El primer y decisivo paso que hace de un individuo una persona que quiere cambiar, un revolucionario, uno que quiere vivir mejor, es el reconocimiento del rol que juega en la sociedad, de las propias cadenas. Esta es la única posibilidad real de cambiar, de revolucionar ante todo la propia persona, realizar la propia felicidad, contra la interiorización de los modelos de comportamiento suministrados/imp uestos por el Kapital. Para ser individuos completos, para poder tener una visión completa y orgánica de nosotros mismos, tratemos de asumir una instrucción y una experiencia completas, para no dejarle espacio a oligarquías y jerarquías. Sin esclavos no hay patrones".

"Eran días de entusiasmo", dirá Mario Skizzo. "El Paso estaba repleto, faltaba lugar para dormir, las reuniones de los martes juntaban a sesenta, setenta personas que ya no conseguían discutir nada: eran asambleas enormes donde se hablaba de tanto que ya no se podía hablar de nada. Todo se debatía: desde cómo poner los clavos en la pared hasta los fundamentos y objetivos de la anarquía a través de su historia. Las reuniones no terminaban más y eran la ocasión para enfrentamientos entre grupos que se iban definiendo diferentes, amontonados en el mismo lugar. El Paso se volvió una carreta difícil de gestionar. Se hizo indispensable ocupar nuevos lugares. La idea tomó cada vez más cuerpo porque ya no cabíamos, éramos demasiados, había habitaciones con cuatro o cinco personas. Yo ya lo decía antes, pero me decían 'no, por qué, acá estamos bárbaro'. 'No, pero

estamos aislados, nos estamos ablandando'".

Desde esa vieja escuela saldrían todas las demás ocupaciones anarquistas de Turín. A mediados de 1990 un primer grupo intentó la toma de una vieja iglesia en la via Barocchio, en las afueras de la ciudad. Los desalojaron al cabo de tres meses. Los okupas no se dieron por vencidos: tres veces más lo intentaron y fueron expulsados; a la cuarta, en octubre de 1992, consiguieron quedarse. Y enseguida vinieron las ocupaciones del Prinz Eugen, de la Delta House y el Kinoz, exitosas, y varias más, fracasadas. En 1994 otro grupo de anarco-punx de El Paso ocupó, finalmente, el Asilo de la via Alessandria.

El movimiento se demostraba andando. Organizaba manifestaciones, actos relámpago, bailes, cenas, conciertos, más ocupaciones, apoyo a los presos, batallas campales con la policía, proyecciones de video, campeonatos de fútbol, jornadas contra el trabajo, defensa ante los desalojos, acciones contra el ejército o festivales anticlericales. Y hablaba también a través de una nueva emisora, Radio Blackout FM 105.250, "uan stescion egheinst de nescion". A mediados de 1994, las okupas anarco-punx de Turín armaron una Coordinadora de lugares ocupados y empezaron a editar una revista: *Tuttosquat*, el diario malandrín de los squatters de Turín. La vendían por las calles, en las librerías de las casas ocupadas y en el Balon: el Balon es el mercado de pulgas de Turín; el lugar de encuentro, cada sábado, de anarquistas, okupas, marginales variados. El lugar donde también se juntan todos esos objetos que la sociedad de consumo ya ha descartado.

En su número cero publicaban un editorial: "AHORCAREMOS A BAMBI (con sus propias tripas)". Allí se defendían contra los

intentos de la Municipalidad y los "demócratas sinceros" de integrarlos: la Liga derechista estaba ganando popularidad y los partidos de izquierda que —decían— al principio los trataban como "belicosos prototerroristas, forajidos, drogones", ahora los consideraban "buenos muchachos que hacen tareas voluntarias reemplazando las miserias de un Estado mafioso asistencial, haciendo espectáculos, asistiendo perros gatos drogones inmigrantes, produciendo arte cultura, todo lindísimo políticamente correcto".

"Pero no estamos acá para asistir a nadie ni para sustituir a un Estado que queremos hacer desaparecer —en primer lugar, de nuestras vidas. (...) Como anarquistas y libertarios sólo estamos dispuestos al diálogo con los que comparten estos principios fundamentales y el rechazo de un mundo dominado por las ideologías de derecha e izquierda, las religiones y el dinero. Estamos por la subversión total de este estado de cosas y partimos de nosotros mismos como individuos para liberarnos a través de la autogestión."

"Sabemos que, frente a la imposibilidad de usar la violencia ciega de sus brazos armados —en este caso la Municipalidad no podría soportar una imagen de represor brutal—, el poder ofrece regalías a sus ciudadanos más turbulentos, los cuales se jactan de 'conquistas' y 'victorias' que son, al contrario, la expresión de la pérdida de la carga subversiva y la adhesión al espectáculo del dominio. En Turín la Municipalidad está utilizando negociaciones y tolerancia para reducir la subversividad de los squatters a un espectáculo, a una gestión de lo alternativo, a un diálogo democrático".

Los okupas terminaban diciendo que no se iban a convertir en

"buenos muchachos" sólo para conservar sus casas y que por eso se oponían tanto a los desalojos como a la legalización de las ocupaciones: que no querían permitir que "las instituciones corrompieran el carácter genuino" de sus proyectos, que querían seguir decidiendo por sí mismos sin delegación y "sin preocuparse por la frontera entre lo legal y lo ilegal. Es mejor volver a la calle que vivir en un lugar obtenido vendiendo parte de nuestra libertad individual, o toda ella", decían. Aunque exponían un peligro: si algunos ocupantes aceptaban el diálogo con las instituciones, los que seguían negándose quedaban "como los malos de la película, expuestos al peligro de una represión militar legitimada frente a la opinión pública 'democrática'". La visión era acertada, pero tardaría unos años en terminar de confirmarse.

Aquel verano del 97 los okupas turineses estaban de lo más ocupados. En la mañana del 17 de septiembre del año anterior unos trescientos efectivos del Ros —Raggruppamento Operativo Speciale—, el grupo de elite de los Carabineros, encapuchados y armados hasta las bolas, habían llevado adelante una operación especialmente compleja: la detención simultánea de varias docenas de anarquistas en todo el territorio italiano. Cumplían con el plan del juez romano Antonio Marini para acabar con una gran organización subversiva anarquista tan clandestina que nadie la había escuchado nombrar nunca.

En su comunicado de prensa, al día siguiente, el Ros explicaba que "dentro del movimiento anarquista existe una organización con finalidad subversiva y contactos incluso internacionales, estructurada en dos niveles: el primero, público y notorio, con sus actividades políticas en el ámbito del movimiento, sus así llamados

centros ocupados, sus manifestaciones, publicaciones y reuniones; el segundo, oculto y compartimentado, orientado al cumplimiento de actividades ilegales con atentados, robos, secuestros de personas y otros hechos para el autofinanciamiento, incluidas la localización de armas, explosivos, lugares de depósito y cuanto es necesario para las exigencias operativas". La idea era de una simpleza casi perfecta: nadie conocía el segundo nivel porque era secreto, pero todo lo que sí se conocía —el primer nivel— dependía de los clandestinos de ese segundo nivel, los nutría y era, por lo tanto, criminal. Gran parte del movimiento anarquista quedaba criminalizado por la tesis Marini que, poco antes, había dicho: "Antes de jubilarme voy a arrestar a una banda de terroristas".

La banda en cuestión —el segundo nivel— se llamaba supuestamente ORAI —Organización Revolucionaria Anarquista Insurreccionalista—, tenía unos setenta integrantes y era acusada de todos los delitos irresueltos de los últimos años. Nadie la conocía, no había firmado ninguna acción, ni siquiera un volante: su única huella eran las declaraciones de una arrepentida, Mojdeh Namsetchi, que nadie en el movimiento anarquista decía conocer. El proceso Ros-Marini, como se lo llamó, fue un paso importante en la escalada represiva: las condiciones de vida de los okupas se hicieron más difíciles, el enfrentamiento más brutal. Pero los anarco-punx turineses no perdieron el sentido del humor.

"Nosotros, FLNG, declaramos iniciada la campaña de liberación primavera-verano 97 con las siguientes condiciones", decía el comunicado número 1 del FLNG, Frente de Liberación de los Enanos de Jardín. "Liberación indiscriminada de todos los enanos. Las condiciones de detención inhumanas nos llevan a acciones

cada vez más audaces a riesgo de nuestra integridad. Cada enanito encarcelado será una barricada. Golpear a un carcelero para educar a cien. Diez, cien, mil enanos liberados. Golpear en el corazón a todos los dueños de enanitos. Todo el poder a los espíritus libres de la selva: enanos, gnomos, elfos y brujitas. Que cada cual decida en qué sitios irrumpir para liberar a los compañeros enanos. Ahora y siempre: enanos libres y salvajes".

El Frente no se limitaba a los comunicados: en la noche del 3 de junio, una acción perfectamente coordinada había logrado la liberación de veinte enanitos de jardín —sin sufrir ninguna baja. Varios grupos de okupas los habían retirado de sus prisiones jardineras y, en sentida procesión, llevado hasta las laderas del monte Musiné, un sitio de antiguos ritos mágicos. Allí uno de ellos, Silvano Pelissero, larga túnica blanca, recitó unas plegarias y todos cantaron y bailaron hasta el alba para festejar esa liberación. "Libres de corretear por el bosque", informaba otro comunicado, "los enanitos ya no cantan ay ay ay vamos a trabajar, sino que se dedican a pasatiempos mucho más nobles a la sombra de los mejores hongos". Desde ese día Silvano sería, para muchos de sus compañeros, el Druida.

No todos sus actos eran tan festivos. Unos días después, el 20 de junio, una de sus compañeras del Laboratorio Anarchico de Milán, Patrizia Cadeddu, era detenida y acusada de haber llevado dos meses antes al edificio de Radio Popolare un volante reivindicando una bomba de estruendo que había estallado bajo las ventanas de la Municipalidad milanesa. La prueba era la filmación de una videocámara ubicada a la entrada de la radio: las autoridades decían que en esas imágenes confusas Patrizia Cadeddu era "reconocible al 97,83 %". Y, gracias al arresto, la

Digos —Divisione Investigazioni Generali e Operazioni Speciali, la policía política— encontró la excusa para cerrar el Laboratorio Anarchico, una casa ocupada en la via De Amicis: el mecanismo Ros-Marini funcionaba.

El 11 de julio, cincuenta militantes anarcos de Turín se vistieron de carteros y se tomaron el tren a Milán: allí desfilaron frente a la radio Popolare. Llevaban un paquete cada uno y se acusaban d e los crímenes más variados: el corte de la oreja de Van Gogh, el aluvión de 1994, la derrota de Italia en el mundial '90.

—Ustedes la detienen al 97,83 por ciento. Nosotros la queremos libre al 100 por ciento.

Decía una de sus consignas. Pero Cadeddu siguió presa y el Laboratorio clausurado. Esa noche, de vuelta en Turín, los carteros organizaron un baile en el Asilo: necesitaban juntar fondos para los abogados de su compañera. El clima era festivo y preocupado. Pero los anarco-punx del Asilo de la via Alessandria estaban en un momento de optimismo: el movimiento seguía activo e imaginativo, la casa estaba llena, la estaban arreglando bien y, en esos días de verano, recibían muchas visitas de otras ciudades italianas y europeas. Pocos días después, el lunes 21 de julio, cenaban con ellos cuatro o cinco chicas de una casa ocupada de Berlín. Una noche de tantas: risas, porro y pasta bien al dente.

3. LA REVELACIÓN

La puerta del Asilo solía estar cerrada pero aquella noche de verano estaba abierta. Silvia y Soledad se pararon allí: no sabían bien qué hacer. Soledad tenía un poco de vergüenza y estuvieron a punto de no entrar. Pero no se les ocurría otra opción para pasar la noche.

¿Qué transforma las vidas? ¿Qué hace que de pronto todo cambie? Minucias, supongamos: un viejo barbudo que dice vayan a tal parte porque acaba de recordar que justo allí, la mirada de un chico que hace temblar las piernas de una chica, la espera de una palabra que no llega si otra la reemplaza, la lluvia que te cambia los planes poco antes y entonces sin ella nunca te habrías cruzado con aquel, un libro que te destella con sus tapas rojas, el coche que dobla donde no debiera, el terror de que nada está trazado: la sucesión de los azares, las tentativas laboriosas de darles un sentido, la tontería, la cobardía de precisar que tengan un sentido. Las decisiones que se toman, después de los azares. Más azares.

"Nos fuimos a comprar un par de cervezas para llevar algo, por no entrar con las manos vacías, y después cuando volvimos del bar todavía nos quedamos un rato sentadas en la puerta: todo el

tiempo salían y entraban punks", dirá Silvia Gramático. "Pero de últimas la puerta estaba abierta y yo pensé bueno, es un centro social, pensé que era abierto para todos. Yo recién después me enteré de que en general había que ir con alguien, pero entonces no lo sabía; creo que si lo hubiera sabido no habría entrado. Entramos: la cocina estaba llena de gente comiendo y nosotras nos sentamos en una punta de la mesa, calladitas. Ellos estaban en plena cena, charlaban, y nadie nos dijo nada, el ambiente estaba ya formado; al cabo de un rato uno nos acercó un helado, empezamos a charlar y nos quedamos".

Después, unos minutos después, sabrían que el del helado se llamaba Stefano, un okupa con varios años en la brecha. "Esa noche había mucho movimiento", dirá Stefano, ex ocupante del Asilo. "Había varias chicas alemanas que estaban de visita. Al principio, cuando entraron estas dos pensamos que serían un par de alemanas más, que estarían con las otras, y no les dijimos nada. Tardamos un rato largo en darnos cuenta de que habían venido solas". Después, unos meses después, Soledad diría que aquella puerta abierta le hizo entender que ése era su lugar. "Por casualidad el primer día en que llegué al Asilo la puerta estaba abierta, no necesité tocar el timbre. Es de locos: todo un océano de distancia y llegué al lugar indicado. Pensar que el mundo es tan grande, pero ahí un lugar para cada uno, y yo creo que encontré el que me corresponde", escribiría ya desde su celda.

Soledad alucinaba: ese lugar se parecía a sus fantasías. Era un espacio sin domesticar, siempre cambiante: nadie era dueño de nada, uno podía apropiarse una habitación, arreglarla y quizás después abandonarla; la propiedad es una forma de la

permanencia y en el Asilo nada parecía sometido a la duración. Estos tipos, visiblemente, tenían otra idea del tiempo y del espacio, de las costumbres, de lo que significaba convivir. Nadie le pedía ninguna explicación, nadie le preguntaba nada que no quisiera contar, pero le sonreían y trataban de entender si ella les hablaba en su cocoliche incomprensible. Y veía que hacían todo lo que se les ocurría para pasarla bien en la vida: sobre todo, no juzgar a nadie.

"Cuando ella llegó la casa estaba a pleno", dirá Ita Primavera, ocupante del Asilo. "Éramos como veinte, y se veía que estábamos bien. Acá estábamos todos los que la habíamos ocupado, éramos tantos, todos amigos, habíamos pasado cantidad de cosas. Se notaba que teníamos un proyecto juntos y que nos hacía muy felices llevarlo adelante".

Aquella noche les prestaron una pieza, colchones en el suelo y unas mantas viejas. Pero Silvia y Soledad se quedaron hasta muy tarde en el patio enorme charlando y fumando y bebiendo y cantando con una docena de personas que no conocían y que las trataban como si las conocieran de siempre. "Nos cayeron bien, hubo un buen feeling", dirá Luca Bruno, ocupante del Asilo desde el primer día. "Nosotros teníamos experiencia en esto de ver aparecer gente por acá; algunos te gustan, otros no. En principio si nos piden refugio no los rechazamos, pero estamos muy atentos para ver cómo se arman las relaciones. Si se deteriora rápido la cortamos... Soledad casi no hablaba italiano, pero hablando español no era tan difícil: nos entendíamos, no era como si llegara un turco, ¿no?".

Soledad se sentía en su elemento y esos dos días le resultaron fascinantes. Y también fue fascinante uno de los okupas: Dennis

tenía veintiún años y una novia Giorgia con quien justo había discutido en esos días.

—¿Qué es ese tatuaje? Es genial.

—Nada, un pájaro sagrado, un símbolo de los indios americanos.

—¿Cómo? Contame...

Soledad se sorprendió al ver cómo Dennis se interesaba por sus vagas historias aborígenes. Esa noche, casi sin darse cuenta, empezó a descubrir que su identidad latinoamericana la individualizaba, la hacía distinta de las otras. Y, sin proponérselo, empezó a jugar con ella. Soledad pasó su segunda noche con él en una cama altísima: una plancha de madera instalada a más de dos metros sobre una estructura tubular. Era su primer romance en italiano y estaba encantada. Aunque se le notara el susto.

—¿Qué, no te gusta la cama? La construí yo. Así me queda más espacio abajo, en el cuarto.

—Sí, está bien. Pero me impresiona un poco la altura, me da miedo.

"En una casa ocupada vive mucha gente y todos tratan de llevarse bien", dirá Stefano, ex ocupante del Asilo. "Pero siempre hay subgrupos, gente que tiene más afinidades entre sí, que además de vivir juntos se hacen amigos. En esa época acá vivíamos tres que hacíamos muchas cosas juntos —Dennis, Marco y yo. Y enseguida Silvia y Soledad nos cayeron bien a los tres. Nos cayeron simpáticas, nos fascinaba que fueran argentinas y había un buen feeling cultural: a ellas les parecía bien toda esta cuestión de la autoorganización, el hecho de ocupar espacios vacíos como éste para darles un uso social y hacer experimentos de vida autogestionaria sin jefes, sin reglas superiores. Así que nos

pasamos esos dos o tres días juntos acá en Turín. Al final las acompañamos a la estación, porque tenían que volverse a trabajar". En ese tren, mientras subían hacia el pueblo de cuentito alpino, Soledad se prometió que pronto volvería a Turín.

Soledad nunca había estado muy feliz en Alpe Devero, pero el contraste con el deslumbramiento del Asilo terminó de oscurecer esa rutina pava. Igual trató de conformarse: según el arreglo original, todavía les quedaban varias semanas de posada. El problema —uno de los problemas— era que se aburría bastante. Así que escribía cartas.

La versión para los padres todavía incluía el reloj cucú: "Acá parece un cuento de hadas, pero trabajamos bastante", le escribió Soledad a su familia. "Yo empiezo 8:30 y mi labor específica es la cocina, estoy aprendiendo a cocinar italiano. También hacemos los cuart os y eso. Después del mediodía es bastante tranquilo y tenemos 2 o 3 horas libres. Nosotras nos vamos a caminar y hacemos gimnasia todos los días".

La versión para Sole Vieja era más cruda: "El matrimonio de la posada es buena gente. La minita tiene 32 años pero es súper careta, no careta de faso y todo eso, pero sí de cabeza. De todos modos nos tratan rebien. Tenemos un cuarto para nosotras, comemos rebien y todo lo que queremos. El marido de ella me hizo la onda para pegar jash. Pero, ¿sabés qué, má? No me pega. Será porque se mezclan una mínima pelotita de jash con tabaco, y no me gusta, quiero conseguirme una pipa para fumar sola, pero mientras tanto no tengo ganas de fumar".

Dennis y Stefano les habían dicho que irían a visitarlas, pero Soledad sabía que esas cosas se dicen mucho más que se hacen.

Por eso se sorprendió, la semana siguiente, cuando los dos okupas se presentaron en el pueblo. "Fuimos y acampamos, ellas vinieron a visitarnos a la carpa", dirá Stefano, ex ocupante del Asilo. "Había cierta atracción entre nosotros, Soledad con Dennis, yo con Silvia, y eso también jugaba. Pero fue sólo el motor, la chispa, porque enseguida todo eso se transformó en una amistad; a veces pasa, conocés a una persona y capaz que dos o tres días te acostás con ella, porque te gusta; después te vas conociendo un poco más y te das cuenta que no es la gran historia, hay simpatía, tantas otras cosas lindas, pero no el amor —y queda la amistad".

(Después, varios años después, le preguntaría a Luca si tenían un discurso sobre la sexualidad, si había algo de eso. Luca me dijo que no: —No, no hemos pensado nada particular sobre el asunto. Ahora nos vamos haciendo grandes y tenemos parejas cada vez más fijas. Algunos no son así, pero...

—Pero no hay un discurso sobre la moral sexual...

—No, no hay. Eso queda librado a la decisión individual, no hay decisiones colectivas al respecto. La única vez que hablamos un poco entre nosotros fue en encuentros con los españoles, con los berlineses. Ellos hablan más de feminismo, eso entre nosotros no existe...

—¿No?

—No, pero no porque seamos machistas... Probablemente no existen las condiciones por las cuales las mujeres deben llevar adelante este discurso.) Al cabo de unos días, cuando Dennis y Stefano se volvieron a Turín, los cuatro quedaron en verse de nuevo en un par de semanas. Era lo más intenso de la temporada turística y Silvia y Soledad no podían irse así como así. Pero la situación en la posada empezó a degradarse. Soledad ya no tenía

ganas, y además había cierto maltrato.

"En el hotel no nos trataban bien, y Soledad se rebelaba: era difícil seguir trabajando", dirá Silvia Gramático. "En realidad ellos eran medio miserables; nos pagaban menos que a las italianas que trabajaban con nosotras y cuando lo supimos hubo una primera discusión. Era todo una onda, una energía negativa. Soledad se enojaba porque no la dejaban comer pan fresco, nos lo daban duro. Los padres del dueño también comían pan duro, cómo íbamos a comer pan fresco nosotras. Entonces Soledad hacía mal las cosas. Un par de veces la dueña me dijo que no habíamos limpiado bien y yo le dije que de ninguna manera pero ella me mostró y era cierto. Así que un día salimos a caminar y yo le dije 'Soledad, para estar así nos vamos, no vale la pena, no fue para esto que nos vinimo s hasta acá'".

—No, miren, no se lo tomen a mal pero la verdad que así no vale la pena seguir. Nos vamos. Todo bien pero nos vamos.

—¿Y el contrato, los papeles?

—¿Los qué?

Aquella tarde de mediados de agosto Silvia y Soledad agarraron sus mochilas y empezaron a caminar montaña abajo: querían llegar hasta Domodossola, la estación de tren más cercana. Decididamente en Italia había cosas mucho más interesantes que pasarse los días haciendo camas y lavando platos. Soledad caminaba cantando, feliz por la decisión que habían tomado. Hasta que un muchacho las levantó con su coche y las llevó hasta la estación.

"Pero perdimos el tren, el último tren ya había salido", dirá Silvia Gramático. "Así que nos invitó a la casa de unos amigos en un pueblito. Estaban todos fumando, nos invitaron a tomar unas

cervezas y esa noche nos quedamos ahí. Total, daba lo mismo, ¿no?". A la mañana siguiente llegaron a Milán.

Varios militantes del Asilo estaban, en esos días, en Milán, ayudando a reocupar el Laboratorio Anarchico de la via De Amicis. Silva y Soledad lo sabían y fueron a verlos. Los okupas milaneses y sus compañeros de otras ciudades acampaban en un jardín detrás del Laboratorio. La situación era muy distinta de lo que había visto en Turín: en vez de la fiesta del Asilo, era gente esforzándose, trabajando en la reconstrucción de su casa. La policía había tirado abajo las escaleras interiores y, para vivir allí, era necesario volver a hacerlas. Los okupas se preparaban también para resistir los ataques de la policía: necesitaban, sobre todo, poner barrotes en puertas y ventanas para conseguir unos minutos de ventaja cuando llegara el desalojo. "Si la policía quiere desalojar, con las puertas reforzadas tarda diez minutos más", dirá Luca. "Esos diez minutos son los que nos permiten subirnos al techo, que es la forma de resistencia que solemos usar. Una vez que estamos en el techo la policía en general no se atreve a venir a sacarnos".

Silvia y Soledad daban una mano en lo que podían: no tenían especial habilidad para esos trabajos. Entre los más eficaces había dos militantes piamonteses un poco mayores, más serios que los demás, Silvano y Edoardo: tenían años de trabajar el metal y las diversas herramientas. Silvano Pelissero era el Druida, el que había arengado a los enanos. "Yo era casi el único que hablaba español, por el tiempo que había pasado en México, pero esa vez hablé muy poco con ellas", dirá Silvano Pelissero. "La primera vez que la vi a Soledad me pareció una hippie, una trotamundos, una que fumaba marihuana: nada que me interesara mucho". No era una

gran opinión; parece que la de Edoardo Massari, el amigo de Silvano, fue más o menos parecida, pero nadie se acuerda.

—Chicas, ustedes a Dennis lo conocían, ¿no?

—¿Cómo que lo conocíamos? ¿Qué querés decir?

—No, nada, nada. Todavía no sabemos muy bien qué pasó. Pero está muy grave, tuvo un accidente y está muy mal.

Soledad estaba recién levantada, legañosa, y se quedó un minuto sin entender gran cosa. Estaban en el jardín del Laboratorio, entre carpas y botellas vacías, restos de la noche recién terminada. Silvia se acercó a preguntar qué pasaba.

—No sé, ni idea. Parece que está en coma.

"Después nos dijeron que cuando fue el accidente apareció la policía", dirá Silvia Gramático. "Soledad cuando lo escuchó le dio un ataque, que era la policía la que le había hecho eso, un ataque, pateaba las paredes, gritaba contra la autoridad. Pero después nos enteramos que era una historia más tipo Icaro, ¿no?".

Dos días antes, el 22 de agosto, Dennis se había ido a dormir tarde y solo. En mitad de la noche se cayó de su cama en las alturas: se golpeó la cabeza pero no le salía sangre ni parecía grave; se volvió a trepar a su cama y se durmió hasta la mañana. Cuando se despertó la cabeza le dolía demasiado; un par de compañeros le recomendaron que fuera al hospital y, al rato de llegar, cayó en coma. Esa tarde la policía fue al Asilo: so pretexto de estudiar el asunto revisaron casi todo el edificio, sin mayores hallazgos. Dennis se murió el lunes 25, temprano a la mañana.

Soledad estaba desconsolada: quería volver a Turín, aunque fuera estar allí para el entierro, hacer algo donde ya no se podía hacer nada. Silvano y Edoardo también decidieron volver y tenían un coche: les ofrecieron llevarlas. El viaje duró menos de dos

horas: los dos italianos y las dos argentinas charlaron con intermitencias, en medio del dolor por la muerte del amigo. Fue el primer rato que Soledad pasó con Edoardo Massari: el tipo le pareció un poco brusco, entre ensimismado y enfático, tímido y presuntuoso. Incluso pensó que si lo hubiera encontrado en otra situación quizás le habría gustado, pero seguramente no ese día, cuando su primer italiano acababa de morirse.

Pocos días más tarde, Soledad se había instalado en el Asilo.

La imagino —la sospecho, la esbozo— como una adolescente buscando algún sentido de la vida: alguien que supone todavía que hay algo más que lo que el plan vulgar ofrece. La adolescencia —la juventud— es la época en que se supone que la vida debe —puede— tener un sentido. La vida no está hecha todavía, parece como si fuera necesario —fuera posible— hacerla. La imagino como una adolescente tardía esperanzada que se encuentra por fin con un mundo que trata de seguir adolescente —en el mejor sentido de la palabra: un grupo de gente que ha decidido rechazar ciertas convenciones que conforman lo que llamamos adultez.

(Adultez suele ser el nombre de la resignación: así es la vida, esto es lo que hay, dejate de soñar con pajaritos, ocupate del presente, nena. O, a lo sumo, el nombre de una pelea presupuesta: algo hay que desear, así que te definen qué —criar una familia, avanzar en el trabajo, engrosar una cuenta, creerse algún modo del éxito.) La Argentina cada vez más estrecha impone, entre tantas otras cosas, la adultez inmediata para todos: la noción de que el único tiempo es el presente. Antes la Argentina estaba llena de futuros: estaba, incluso, plagada de futuros. Pero cuando María Soledad Rosas los empezó a buscar ya no quedaban.

En esa Argentina no había caminos que llevaran a ninguna parte.

Queda dicho: en la Argentina —entre tantos caminos que no hay— no hay caminos para la diferencia, para la rebeldía. No hay —no había, al menos, en 1997— opciones orgánicas para la diferencia, políticas de la diferencia, ideologías que la sostuvieran con cierta convicción. Y, apartada la posibilidad de diferencia, lo igual es igual al desastre: con suerte, la menguada supervivencia individual —que tampoco resulta, muchas veces. Por eso, entre otras cosas, tantos que marchan hacia Ezeiza: el futuro, en la patria, fue reemplazado por el aeropuerto. Ahora empiezan a aparecer otras maneras —tímidas, vacilantes, otras. Aunque todavía —como en la Argentina de 1997— para muchos, la única salida es la salida: Soledad decidió lo que miles y miles. Ahora, quién sabe, habría sido distinto. O no.

"Eze, cómo te explico", le escribió a Ezequiel Gramático, el hijo de Silvia. "Acá todo es tan diferente en realidad. Supongo que tiene mucho que ver que acá no hay tantas necesidades y conseguir las cosas es más fácil. y esto te permite gastar energía sólo en lo que quieras y en lo que te interesa". Toda una teoría de la marginalidad en las sociedades opulentas: lo que permite su existencia es la satisfacción de las necesidades básicas, el aprovechamiento de la amplitud de un espacio social agrandado por la riqueza, cargado de excedentes. Y el deslumbramiento de ver que la diferencia podía ser otra cosa, un proyecto, una manera de vivir.

"Yo estoy aprendiendo cosas nuevas todo el tiempo", escribía. "Yo sentía de una forma y en Buenos Aires no encontraba el canal, no entendía bien lo que era, y ahora estoy viviendo eso que allá sentía. Pero no sabés todo lo que me falta, no te digo que allá vivía

en un termo (o frasco) porque siempre fui sensible a lo que pasa. Pero siempre estuve en una posición pasiva, desde otro lado lo vivía. Pero no más pasiva, ahora quiero formar parte de todo esto y aportar lo que tenga y de mí lo mejor".

Ella buscaba —hacía años, buscaba— una razón, una causa, y la topó de pronto, donde quizás no la esperaba. Pero estaba preparada —por sus años de búsqueda— para reconocerla donde la encontrara y no dudó. No hay nada más excitante, más cómodo e incómodo que tener una causa: un paquete que justifica, ordena todo, un paquete que impone reglas sin excepción posible. Soledad había dado, de golpe, con esa causa que la explicaría.

"No, si alguien quiere quedarse acá no tiene que hacer ningún pedido formal", dirá Ita, ocupante del Asilo. "Es algo que va sucediendo poco a poco, casi sin que se note. Alguien se siente bien, los ocupantes también, y se va dando. Sole había entendido cómo funcionaba la casa sin que nadie tuviera que explicárselo. Si venís y la ves de afuera te puede parecer un quilombo, pero tiene su orden, que nadie explica pero que funciona. Y ella era como uno de nosotros, como si siempre hubiera estado acá. Sole aprendió el italiano muy rápido, muy bien. Quizás porque había decidido quedarse acá, entonces se esforzó, no sé. Es lindo cuando a alguien le gusta la casa, la aprecia. La casa es algo que hicimos nosotros, le pusimos un toco de amor, de todo. A ella le gustaba la casa, le gustábamos nosotros, ella nos gustaba... La verdad que nos entendimos bien desde el principio".

—Ti piace lavorare l'orto?

Le preguntó el grandote y Soledad soltó la carcajada. Empezaba a entenderlo cada vez mejor, pero había veces en que

el italiano le hacía mucha gracia. Sobre todo cuando alguna palabra resultaba demasiado próxima al castellano pero significaba algo tan diferente. Como la palabra anarchico, por ejemplo, que en italiano es tanto más rotunda que el anarquista castellano: los italianos no son anarquistas —los que están a favor del anarquismo—; son anárquicos —los que lo son y lo ponen en acto.

—Sí, certo, me piace.

Sí, le gustaba lavorare l'orto: siempre le habían gustado los trabajos de la tierra y el pequeño huerto en el jardín del Asilo estaba bien cuidado. Se notaba que el grandote lo trataba con cariño.

—Sí, me piace tanto.

El grandote era un habitante del Barocchio —un caserón en el límite del campo que sus ocupantes habían arreglado con gusto notable y muchísimo trabajo—, pero a veces trabajaba el huerto del Asilo. Todos lo llamaban Tarzán: Andrea tenía 30 años, era alto, forzudo, serio, el pelo largo desatado sobre los hombros anchos. Aquella tarde trabajaron juntos en el huerto; aquella noche Andrea la invitó a acompañarlo a su refugio de los Alpes, en un valle lejano de la Val Chiusella, a casi 2.000 metros.

"Hoy es martes, son las cinco o cuatro, no sé", escribió Soledad en su cuaderno, para nadie, para sí misma. "Afuera está gris pero en este sitio hay luz y música. Nosotros limpiamos todo con Andrea. Ayer volvimos del refugio y el domingo me llevó a la punta de una montaña. Estábamos entre el cielo y la tierra, en el medio, suspendidos en la nada o en todo. Cuando volvimos de esa punta bajamos por una ladera muy empinada, muy verde. Yo me tiré en culopatín y me deslizaba suave. Qué azul estaba el cielo esa tarde,

limpio, grande, todo nuestro y de nadie. Lo pienso y lo siento, la piel se me eriza. Ahora no escribo más, Andrea está en el huerto trabajando y quiero ir con él, quiero ver sus manos y sus brazos. Es tan bello y no puedo dejar de mirarlo, me impresiona".

Pocos días después se lo contó a su amigo Fabián en una carta: "Ahora tuve una semana de amor con un ragazzo que cómo te explico... Mucha montaña, ríos, agua, sol, naturaleza... y locura. Pero vos sabés que cuando uno viaja todo dura como un rayo. Poco pero como un rayo, fuerte y luminoso".

Soledad todavía no sabía que rayo, en italiano, se dice baleno.

Soledad se había instalado en una habitación del primer piso del viejo jardín de infantes ocupado. Su ventana daba al huerto; su cama seguía siendo un colchón en el suelo y había pegado en las paredes algunos afiches de los okupas de Turín; alguien le había prestado un pequeño radiograbador para sus cassettes argentinos: tenía, por primera vez en mucho tiempo, una casa que casi consideraba propia —si la palabra propia no hubiera tenido aquel viejo sentido que la molestaba, la idea de ajena a todos los demás: alguna vez Soledad dijo que su pieza era su pieza propia pero era también de todos, de cualquiera. A veces Andrea dormía con ella allí; otras, ella se iba a dormir al Barocchio.

"Yo me acuerdo de una chica jovencita jovencita, jovencita e ingenua", dirá Ita. "Era alegre, íbamos juntas a bailar a las fiestas del Barocchio, le gustaba divertirse, tomar, como a todos. Era entusiasta, toda energía, y decía que este lugar le daba buena energía. Muy dulce, pero también muy severa —sobre todo con ella, un poco rígida".

"Soledad era muy sociable, simpática, muy buena para hacer

masajes de relajación: te daban una energía muy positiva", dirá Ibrahim, ex ocupante del Asilo. "Ella cantaba tanto, muchas veces con Maurizio, el brasilero; hacían unas caipirinhas con la licuadora y cantaban *Aguas de março*, era su hit".

"Ella llegó ahí y se sintió bien con la gente, se sintió lejos de su familia, libre", dirá Silvia Gramático. "Y empezó a leer cosas, libros, revistas, y fue adhiriendo. Estaba como sobresaltada, muy atenta a todo. Pero al principio la historia no era política, o no tan política. Le importaba más todo eso de la vida con ellos. Aunque a veces se ponía en una situación peligrosa. Por los curros en los supermercados, en cualquier momento los podía agarrar la policía. En un supermercado hay tantas cosas que es justo llevarse algunas, pero a mí me parece que era más bien cosa de chicos. Lo hacían más por hacerlo que por necesidad. Porque además ella era muy activa, si se ponía a trabajar lo hacía, no era una lumpen".

El espectro de sus actividades se había ampliado tanto: "Si estoy contra la cárcel no puedo quedarme en casa, entonces organizamos manifestaciones y escribimos manifiestos y gritamos ante la policía", le escribió en esos días a Ezequiel Gramático. "Si estoy en contra del capitalismo no puedo vivir de cierta forma que lo alimente, no quiero trabajar para nadie que se llene los bolsillos con mi sacrificio, entonces no trabajo y en la medida que más puedo les saco a ellos la parte que me hace falta, no es robar, es tomar aquello que me corresponde, más roban ellos a la gente con su sistema mentiroso. El problema es que la gente se deja explotar y sigue el rebaño. Al menos conmigo que no cuenten, prefiero ser una oveja negra. Así me siento mejor. Te cuento que esta ciudad es muy decadente, tantas fábricas abandonadas, tan gris. Pero me gusta, también me gusta entrar a esas fábricas

abandonadas donde se encuentra mucho material que nosotros 'reciclamos', sobre todo los cables, que dentro tienen cobre y eso se vende bien, y en casa todo lo que tengo también es encontrado, no compro nada. Y lo que no se encuentra se autoproduce".

"Me parece que su presencia acá fue decisiva para su interés por la política", dirá Stefano, ex ocupante del Asilo. "Acá se encontró con un grupo de personas que teníamos cierta actividad política pero la vivíamos también en nuestras vidas cotidianas, nos dábamos la posibilidad de experimentar de inmediato en el terreno un cierto tipo de vida y, al mismo tiempo, de anudar relaciones humanas verdaderas. Acá, me parece, se encontró con gente que tenía, en las grandes líneas, ideas parecidas a las suyas pero, a diferencia de lo que debía pasar en la Argentina, acá esas ideas se podían poner en práctica: ocuparse de la casa, autogestionarse...".

La diferencia con la Argentina era central: probablemente no porque Soledad haya tenido, en su país, esas ideas y no haya sabido cómo ponerlas en práctica; parece, más bien, que lo poco que intentaba poner en práctica no encontraba las ideas que lo organizaran. La gran novedad de Turín fue, más que el encuentro de una práctica, el descubrimiento de que todo eso podía corresponder a unas ideas. Y que podía inscribirse en un marco que superara lo estrecho de la búsqueda individual: que le diera un sentido general a su insatisfacción, una compañía a su aislamiento.

"Acá Sole encontró un ambiente de gente con la que compartía ideas, pero también una práctica", dirá Stefano. "Pero no una práctica en el sentido de la célula clásica. Esto es una vida,

no un discurso. Entre nosotros la idea es que no haya relaciones de dinero —por lo menos con tus compañeros—, que te autoorganices para hacer todo tipo de trabajos de manutención o mejoramiento de la casa, que tomes iniciativas con respecto a presos o perseguidos, conseguir plata para ellos con fiestas o cenas o imprimir un volante o un folleto o reunirse para discutir y tratar de entender por ejemplo el tema del tren de alta velocidad o cualquier otro que se plantee. Así cada boludez toma un sentido: si tenés que ponerte a cocinar pero esa cena la estás preparando para todos, es otra cosa. Y si encima de pronto a esa cena vienen de otras casas ocupadas para ver cómo hacen para organizar la ayuda a los presos, digamos, por ejemplo, entonces todo toma un sentido distinto. Es la vida autogestionaria típica de las casas ocupadas. Pero no con la mentalidad de los militantes clásicos: no se trata de reunirse en un cuarto, hacer el volante y tomárselas. Se trata de vivir de acuerdo con lo que estás planteando: ahí está toda la diferencia".

También descubría otras cosas: músicas, grupos, estilos que no sospechaba: "es bueno ver que acá la gente no se agrupa según el palo. Hay SXE, punks, posmos, etcétera. Todos juntos, se comunican y se defienden entre ellos. Los ambientes son diversos y eso lo hace interesante porque escuchás muchas cosas diferentes", le escribió a Ezequiel. Como el Drum & Bass, que era "fuerte muy fuerte y si te entrá en el cuerpo vibrás hasta el último pelo" o el Tecno Trance, "una música muy loca que cuando la escuchaba sentía que estaba como en un ritual, entrando en trance". Soledad se había entusiasmado con la posibilidad de aprender a tocar un instrumento: si puedo aprender el italiano, decía, por qué no el bajo.

"Sole participaba en todo lo que hacíamos, volanteadas, manifestaciones en la puerta de la cárcel. Ya de movida entró en esta vida... nueva, ¿no?", dirá Ita Primavera. "No, no era de esos que hay que ir a golpearles la puerta de la habitación. Era muy activa. Era una militante. Bueno, una militante en nuestro estilo, no aquello de ir a repartir volantes a las puertas de la fábrica a las cinco de la mañana. Pero enseguida se mostró muy dura, en algún enfrentamiento con la policía, en sus juicios sobre ellos, sobre los jueces. Sí, era una dura, la recuerdo como una dura".

Silvia Gramático también se llevaba muy bien con la gente del Asilo pero no tenía ninguna intención de quedarse en Turín: quería seguir su viaje. Soledad y Silvia discutieron: Silvia hizo un último intento por convencerla de que la acompañara.

—Acabás de salir, Sole, recién saliste al mundo y ya querés parar...

—Vos no entendés, Ma. ¿Cómo me voy a ir ahora? ¿Nunca te pasó de pensar que de pronto encontraste tu lugar en el mundo?

"Ella estaba encantada", dirá Silvia Gramático. "Descubrió que se podía vivir distinto, lo opuesto a todo lo que le habían transmitido, y no lo quería dejar por nada del mundo. Y yo tenía que irme, mi parte ya estaba cumplida. Yo le decía 'Sole tené cuidado, vos no tenés documentos, si te agarra la policía te raja, si querés quedarte lo que tenés que decir es que te encontraste unos chicos y te trajeron a la casa, que vos no sabés ni siquiera que está ocupada'. Ella me decía que sí, pero... yo tampoco era su mamá, ¿no? Tengo una última foto de ella abrazándonos en la estación de Domodossola, que vino a despedirme y se quedó unos días".

—Solamente te pido que me prometas una cosa, Sole.

—Lo que quieras, Ma, decime.

—Tenés que cuidarte con el tema de la heroína. Eso no es joda, nena. Ahí sí que si te enganchás no te saca nadie.

—No te preocupes, Ma, no te preocupes.

—¿Me lo prometés?

—Sí, claro.

"Cuando me fui estaba tranquila", dirá Silvia Gramático. "Yo sabía que ella ya tenía amigos, que no se iba a enganchar con la heroína, que era lo que más miedo me daba. Ella me lo prometió y no se enganchó. Pero la muerte se encuentra de muchas maneras, de tantas formas raras...".

Soledad estaba, por una vez en su vida, extrañamente en paz. Justo cuando vivía con el riesgo permanente de la expulsión, en una situación nueva y precaria, sin ningún recurso claro en caso de problemas, se sentía tranquila: tenía la sensación de que sabía lo que estaba haciendo y que hacía lo que quería.

—¡Gingo, venga para acá!

Soledad no sabía vivir sin perros y Gingo era su amigo en el Asilo. Gingo había sido el perro de Dennis; ahora lo cuidaba Giorgia, su novia, pero Soledad también se ocupaba de él.

—¿Viste qué bien que está Gingo, Ibra, qué tranquilo? ¿Sabés qué? Me parece que él se da cuenta de que Dennis está acá con nosotros.

"Soledad siempre trataba de tranquilizar a los demás con esas cosas, con esa creencia", dirá Ibrahim, ex ocupante del Asilo. "Nosotros hablamos de eso muchas veces, porque es algo que a mí también me interesa mucho: ella estaba convencida de que el

alma seguía viva, que una persona no se puede morir así, no es sólo materia, no puede desaparecer así en un momento". Y esa idea le servía para consolarse de la muerte de Dennis, entre otras cosas. Porque a veces se sentía un poco sola: "Acá es un poco extraño. Porque familia no tengo y amigos sí, pero no esos de siempre, no los hermanos", le escribió a Ezequiel Gramático. "Es tan diferente acá la gente. Es tan fría que ahora que es invierno y hace mucho frío siento que me congelo.

"Acá no estoy sola, estoy con Andrea (un chico) pero en estos días me estoy dando cuenta que entre nosotros dos hay mucha diferencia. Él tiene 10 años más que yo y lo que yo creo que todavía podemos cambiar en este maldito mundo, él ya no lo cree.

"Yo todavía, y más que antes, creo que se puede cambiar este mundo sucio de poder y de dinero, creo, y lo hago, en vivir fuera de las normas que establecen otros y pretenden que cumplamos. Y me rebelo ante cualquiera que quiera imponérmelas. Y esto me lleva a actuar de cierta manera cada día. Y claro que esto implica un riesgo, pero prefiero no transar por comodidad, porque de lo que hago y lo que pienso estoy convencida. No sé si me equivoco o no, pero sólo puedo hacer lo que siento".

—Odio que vayas a robar a los supermercados. Si querés estar conmigo no lo sigas haciendo, ¿me entendiste?

—¿Ah, sí?

—Sí, me da vergüenza cuando hacés esas cosas. Me parece que no entendés que lo que importa son los placeres de la vida. Irse a la montaña, tranquis, bañarse en el río, fumarse un porrito...

—Yo lo entiendo, claro que lo entiendo. Entonces dame plata para ir al supermercado...

—¿Sabés que sos, vos, Sole? Sos una ladrona de gallinas. Eso

es lo que sos.

—Sí, una ladrona de gallinas. Pero bien que te las comés, vos, las gallinas que yo robo.

Sus problemas con Andrea/Tarzán no eran sólo ideológicos. "Tarzán era un tipo particular: una buena persona, pero tenía un carácter de mierda", dirá Stefano. "Era rencoroso y tenía accesos de rabia realmente exagerados. Era bastante taciturno, encerrado, aunque podía ser muy simpático y sociable cuando estaba de fiesta. De esos que no les gusta decir lo que piensan sobre cierta gente o ciertas situaciones, se lo guardan y después, cuando lo sueltan, lo hacen con demasiada violencia porque no entienden que si pudieran ir diciendo las cosas de a poco todo sería mucho más fácil. Con Soledad él era muy celoso, le gritaba, la trataba mal cuando se cabreaba. Seguramente en otros momentos era dulce y amable, si no, ella no habría estado con él, pero tenía a menudo estos accesos de furia que...".

Que provocaban pelea tras pelea. En esos días, tras el primer entusiasmo, Soledad tuvo un golpe de desazón. Nadie sabrá nunca exactamente qué pasó. Sólo queda, de ese desasosiego, el borrador de una carta que Soledad nunca mandó, unas pocas líneas garrapateadas en un cuaderno con un Pato Donald en la tapa: "Chau a todos. No pensaba irme así pero me doy cuenta de que no tengo la madurez para estar en este lugar. ¿Qué puedo decir? Creo poder llevarme el mundo por delante pero esto me hace dar muchos golpes y hoy estos golpes me duelen. No los aguanto. Lo siento mucho, me dispiache tanto porque los quiero a todos y me dieron tanto. Dejo esta carta porque no me gusta despedirme", dice y, al final, en una posdata para Francesca, otra ocupante: "Fra, amiga, relajate y disfruta. No hagas como yo, que

querés hacer todo por la aceptación de los demás. Se paga muy caro". Soledad nunca mandó esa carta. Y poco después, cuando decidió dejar el Asilo, sus razones fueron muy distintas.

Esa hojita complica mi relato: por qué, cómo fue que pensó en irse. No encuentro más indicios, al contrario: la tenemos encantada con su vida en el asilo, con su nueva vida, internándose cada vez más en su elección y, de pronto, una carta anuncia su partida. Quien escribe una historia la tiene a su merced: yo podría elegir obviar aquella hojita, pero al final decido incorporarla: supongo que me cohibe todavía cierto mito de lo que llamamos la verdad —aun sabiendo que la verdad es una construcción siempre ladeada, una torre de Pisa que ni siquiera sirve para que algún Galileo derrame plumas sobre el mundo.

La hojita quedó ahí, en su cuaderno Pato Donald. En cambio, en esos días, Soledad llamó a sus padres para pedirles que le mandaran unos papeles que precisaba para tramitar la extensión de su visa de turista. Los Rosas se sorprendieron: "Yo tenía la imagen de que a ella allá le iba bárbaro. Ella me lo decía y yo le creía todo", dirá Marta Rosas, su madre. "Que le iba bárbaro, que tenía amigos fantásticos, que le iba muy bien con el trabajo, que se manejaba perfectamente con el italiano y con el francés. Me escribía y me decía que estaba bárbaro, que estaba trabajando, las cosas que se había comprado, lo que no se había comprado. Y todo eso me parecía tan normal, tan bien; y además que estaba trabajando en un restaurante, que estaba haciendo un montón de cosas. Y yo, honestamente, convencida de que estaba haciendo eso. Además, la escuchabas tan contenta, tan bien que no podías dudarlo".

—¿Qué era lo que no te decía?

—Que estaba viviendo en una casa ocupada, que estaba con este movimiento anarquista, que participaba en manifestaciones. Todo lo que después les sirvió para armar esas acusaciones contra ella.

Soledad solía llamar a su familia los domingos a la hora del almuerzo. Uno de esos días —mediados de octubre, primavera — su hermana Gabriela le dio la gran noticia: —¡Sole, vas a ser tía!

—¿Qué decís? No te escucho bien.

Gabriela estaba eufórica:

—¡Sí, boluda, que vas a ser tía, que estoy embarazada, estoy embarazada!

Hubo un silencio. Soledad no pudo contestar con la misma alegría:

—¿Y pensás tenerlo?

—Claro, cómo no lo voy a tener. Sí, quiero tenerlo.

—Pero cómo vas a traer un hijo a este mundo de mierda... A este mundo de mierda, Gaby. No entiendo qué es lo que querés hacer, si además estás sola...

Gabriela enmudeció: la respuesta de Soledad le cayó piedra. Se quedó unos segundos sin saber qué decir y lo único que se le ocurrió fue la puteada. Después, por semanas, las hermanas no volverían a hablarse. Mientras tanto, sus padres se preocupaban por el nuevo cariz de ese viaje que les había parecido, unos meses atrás, tan oportuno, y Luis Rosas se lo escribía en una carta: "Nuestra muy querida picolina Soledad:

"Bueno luego de dos largos meses por fin te podemos escribir y poner en un papel unas ideas con respecto a tu viaje y el giro que tomaron los nuevos acontecimientos.

"Solita, nos preocupa un poco el tema de que quieras ver un abogado para solucionar tu estadía en Italia. Creo que sólo con un contrato oficial de trabajo y por alguna empresa que lo cubra es posible y por supuesto trabajando en blanco, esto me imagino que estarás bien asesorada y recordá que en todas partes tenés truchos que te pueden engrupir con algún papel que no tenga valor...

"En principio lamentamos con mamá que no uses el itinerario del viaje como era al principio y te quedes sin recorrer los países marcados, y que te separaras de la Gringa, esperamos conocer la causa por vos y no esperar que la Gringa nos cuente, en realidad no queremos saber por saber pero en tus llamadas por teléfono se te nota muy feliz, queremos compartir esa felicidad y nos planteamos las dudas o los interrogantes lógicos de tus viejos.

"Hija, quiero que sepas que estar en forma ilegal en un país a la larga es un gran problema y tu viaje fue planeado para ser gozado de otra manera, pero por lo visto en Torino encontraste algo que te hizo dar un cambio en todo. (Contanos un poco cómo es ese algo).

"Quiero recordarte que si no usás el pasaje de regreso en la fecha máxima de los seis meses automáticamente perdés la condición de turista y pasás a ser infractora a la ley de inmigraciones para la comunidad Europea y luego de esa fecha salís sólo por un tramite realizado con el consulado y para un futuro reingreso se te plantean problemas dado que bloquean el pasaporte, y como se dice en nuestro país anda a cantarle a Gardel.

"Si tu idea es quedarte y pasar a ser un inmigrante ilegal, es una de las situaciones más difíciles, por mi parte creo que es una

barbaridad.

"Creemos que tenés que regresar en la fecha máxima de diciembre y luego viajar nuevamente si querés. Sabemos que el tenor de esta carta no te gustará, pero como siempre lo hacemos con la mejor intención y pensando que no es para nada bueno que pases a estar como ilegal en Italia. (...) Hija querida cuando reciba tu carta te sigo con esta historia, pero te ruego que me mandes fotocopia de la solución que te puede dar el abogado en Italia. No hagas las cosas mal, es igual hacerlas bien y te hacen dormir tranquilo. Con todo nuestro amor...".

Era un intento. Que, a esa altura, ya no podía tener el resultado que los Rosas querían. Soledad estaba decidida a buscarse una vida en Italia. Una vida distinta.

4. LA VIDA NUEVA

A principios de octubre Soledad decidió dejar el Asilo, pero su partida no fue renuncia a su causa tan nueva: era, al contrario, una forma de abrazarla mejor. En esos días otro lugar ocupado de Turín había quedado desocupado: los habitantes de la Casa Okupada del corso Pastrengo, en Collegno —tomada un año antes — la habían abandonado por variadas razones. Por un lado, el lugar: Collegno es un suburbio muy alejado del centro de la ciudad, aislado, sin transporte público, y la Casa formaba parte del ex manicomio municipal: un conjunto de construcciones semiabandonadas en medio de un parque medio salvaje, donde iban a dormir muchos sin techo.

Por otro, un debate en el movimiento: ciertos anarquistas empezaban a criticar las ocupaciones. "Estaban todos estos que decían que la ocupación de casas ya no era un espacio de subversión sino un escape tolerado", dirá Luca Bruno. "Decían que era como si estuviéramos construyendo un ghetto, una isla feliz que, por nuestras contradicciones internas, ya no era capaz de llevar ninguna energía al exterior. Me parece que no tomaban en cuenta los aspectos materiales, prácticos. En una casa ocupada te

organizás la vida como querés, tenés una experiencia riquísima de vida en común, y están las ventajas materiales: no pagás un alquiler, se gasta menos, vivís con mucha menos plata y por lo tanto no estás tan obligado a vender tu tiempo por la guita. Pero ellos insistían en que esa inoperancia se veía porque el Estado ya no intentaba desalojarnos, que no consideraba que esas ocupaciones fueran una amenaza, que no estábamos cumpliendo con ningún papel subversivo, revolucionario y que nos toleraban, y que nosotros al ocupar no hacíamos más que administrar nuestras miserias y buscarnos una vidita, pero que no jodíamos a nadie. O sea: que la ocupación así entendida nos distraía de los verdaderos objetivos de la lucha anarquista". Los okupas de Collegno habían argüido estas razones para irse: algunos pensaron que en realidad estaban hartos de las incomodidades del lugar.

—¿Y si vamos y nos instalamos allá?

Le dijo, aquella noche, tras la cena en el Asilo, Soledad a su amiga Francesca.

—¿Te parece? Mirá que es un desastre, está lejos, no tiene luz, no tiene agua, y ahora en invierno va a hacer un frío espantoso.

—Bueno, por eso. Si no vamos el movimiento pierde una casa, un lugar. No podemos permitirnos eso. Es una oportunidad que tenemos de ser útiles, de hacer algo más.

"Soledad habría podido quedarse en el Asilo, sin problemas: estaba cómoda, le gustaba, se llevaba bien con casi todo el mundo", dirá Stefano, ex ocupante del Asilo. "Pero estaba al tanto de la historia de este lugar, Collegno, que nadie quería ocupar; un lugar ocupado, si no hay nadie, desaparece, y ella, que quería empezar una nueva vida acá en Turín, decidió ir a ocuparla. Y se fue con Francesca".

La casa de Collegno era una especie de chalet pesado y cuadrado de dos pisos, cien años, no muy grande: tres habitaciones en el primer piso y, en la planta baja, la gran cocina y una sala grande y levemente siniestra: la sala de los muertos. "Era la cámara fría donde guardaban los cadáveres", dirá Luca. "En el medio, un mesón de madera maciza donde se hacían las autopsias". La Casa había sido, en su primera vida, la morgue del manicomio de Collegno.

"Eso de que fuera una ex morgue a mí siempre me resultó incómodo", dirá Stefano. "No sabés la energía negativa que había ahí adentro. Porque encima no era una morgue de gente muerta bien, si es que se puede morir bien. Eran muertos que habían muerto mal, que habían vivido una vida de mierda en un manicomio, que quizás después de muertos los usaban para hacer experimentos —como los habían usado cuando estaban vivos. Alguna vez, con Pipero, habíamos pensado en ocuparla, porque no nos gustaban estas casas ocupadas donde cuatro veces por semana había conciertos, fiestas, quilombo, tanta gente. ¿Por qué uno, porque ocupa una casa, tiene que hacer fiestas todos los días? No es humano, yo no quiero hacer fiestas todos los días, no es humano, se vuelve un trabajo. Entonces pensamos que podíamos ir a vivir ahí y venir a las fiestas cuando de verdad quisiéramos. Pero el lugar me tiraba mala onda. Quizás sea una sensación mía, aunque también lo hablé con otros amigos. Pero lo cierto es que yo en esa casa nunca me sentí bien, ni siquiera me acuerdo de una fiesta donde haya estado bien, aun cuando la gente que vivía ahí me gustaba, los quería. Yo sé que los fantasmas no existen, pero que los hay, los hay. Yo no soy supersticioso, pero, por si acaso, una morgue..."

Durante todo ese verano no había habido más explosiones en el Valle de Susa. El 4 de noviembre, en Borgone, alguien hizo saltar los transformadores de dos repetidoras, a cincuenta metros de distancia una de otra: una de la Mediaset de Berlusconi —con una garrafa de gas de camping— y la otra de la radio de los carabineros —con un caño lleno de pólvora negra. Nadie reivindic ó los atentados. Dos días antes, en la puerta de la iglesia de Vaie, aparecieron otros volantes de los "Lobos Grises por una Valsusa Libre: Sentimos el deber ineludible de continuar nuestra misión desesperada contra una tiranía omnipotente que está aplastando al mundo en una morsa de brutalidad y de abominable injusticia. Dirigimos nuestra plegaria a las diversas divinidades arcaicas de nuestras montañas...", decían, y después: "Si en Italia trabajaran todos los que pueden, vos trabajarías una hora por semana (...) El clero, como el capitalismo, te quiere pobre, necesitado y sufriente", decían, y terminaban invitando a todos a una guerra contra las instituciones.

Y el 10 de noviembre, en Rosta, una garrafa de gas de 25 kilos no explotó junto a las vías de la línea Turín-Modane. Fue el último de la serie. Después, tan misteriosos como habían aparecido, atentados y atentadores se disolvieron en el aire.

Soledad, ya en Turín, quizás tuvo alguna noticia de todo esto. No es imposible: los diarios locales le dieron cierta difusión. Pero sabemos que no tenía la costumbre de leer la prensa.

Los primeros días en la Casa Okupada de Collegno Soledad estaba un poco perdida. No era lo mismo vivir en un lugar en pleno funcionamiento que poner en marcha una casa donde no había casi nada.

"Este squater está ocupado hace poco por lo que hay mucho trabajo: blindar puertas, barricadas en las ventanas, instalación eléctrica, H2O, tirar paredes, levantar otras", le escribió en esos días a Ezequiel Gramático. "Así que aprendí mucho de construcción, soldadura, taladro, corriente. Nuestra casa es chica, pero tenemos sala de conciertos, biblioteca, sala de video".

En realidad lo que tenían eran espacios donde instalarían esas cosas: la Casa todavía no funcionaba y, sin embargo, ya tenía problemas con la policía: "Como es la única casa ocupada de este sector de Torino, la policía molesta mucho", le escribió a su amigo Ezequiel. "Nosotros no estamos en Torino sino a 20 kilómetros, en las afueras. Y siempre damos de qué hablar y nosotros contestamos. El problema es que la Digos, más fuerte que la policía, sigue a toda la gente del movimiento anárquico, y nos sigue muy de cerca. A mí ya me agarraron un par de veces. La próxima me deportan. Pero la única solución que tengo es casarme, y es lo que voy a hacer".

Unos días antes los punx-anarcos de Turín habían ido a las puertas de la cárcel de Le Valette a tocar música para los presos: era una de sus formas más habituales de manifestar su solidaridad con ellos. Esa tarde un agente de la Digos agarró a Soledad y se la llevó hasta la esquina: —Tené cuidado, vos. Lo único que nos falta es que vengan de la Argentina a rompernos las pelotas. Quedate tranquila porque si no, te pongo en la frontera y acá no te vemos más el pelo.

"Ya conseguí marido, es un amigo de otro squater", seguía su carta a Ezequiel. "Y nos resulta a todos muy divertido. Otra razón para hacer una gran fiesta. Siempre hacemos fiestas, conciertos, cenas, cine, reuniones. Y todo sin $. Se llama Bella Vita —que es

por ejemplo organizar un concierto sin cobrar entrada, sin cobrar el bar; o juntarnos a comer en un squater y todos aportamos de beber y comer y tratamos que aquello que cada uno cocina sea procurado sin dinero. El dinero que manejamos normalmente termina para los presos políticos o para los abogados o para imprimir material, etcétera".

"Finalmente desarrollamos el discurso de la gratuidad, que nosotros llamamos 'bella vita', porque estábamos hartos de reproducir dentro de las casas ocupadas la división entre gestores y consumidores, clientes que llegan y pagan", dirá Mario Skizzo, precursor okupa. "Yo estuve a cargo de la librería de El Paso durante nueve años y me rompía mucho las pelotas discutir con gente que venía a comprar libros anarquistas y me pedía que le hiciera un descuento porque no tenía plata y yo le decía 'no, mirá, yo lo pagué tanto, no puedo'. No, eso es el almacén, las calles están llenas de almacenes, el mundo ya está hecho de almacenes. Así que empezamos con esta práctica de la gratuidad, en las cenas, en las fiestas, en todo lo posible. Esto se hizo sólo en algunas casas: el Barocchio, el Asilo, un poco en Collegno...".

En Collegno Andrea la visitaba algunas noches; otras, Soledad lo iba a ver al Asilo: él se había mudado del Barocchio tras una pelea con varios de sus ocupantes. "Una vez entró la policía en Collegno y vio unos cables robados —Sole estaba con Tarzán todavía, con Andrea", dirá su amiga Silvia Gramático. "Afanar cables es un laburo tremendo. Los cables son pesadísimos, después hay que limpiarlos, ir a vender el cobre: es todo muy sacrificado. Y ahí en Turín podés vivir con lo que se recicla. Ahí se tiran tantas cosas. En el mercado de Porta Palazzo a última hora, la verdura y la fruta no cuesta nada: o te la venden muy barata o

directamente te la regalan".

Andrea se estaba poniendo cada vez más difícil, y una noche la tensión se hizo insoportable: "Sole se peleó con Tarzán en esa cena en el Barocchio", dirá Silvano Pelissero, el Druida. "Era una fiesta y se pelearon, después se pelearon de nuevo en la casa. No sé cómo pasó, pero me parece que incluso se pegaron. Ahí ya dejaron de verse definitivamente, Tarzán no vino por la Casa nunca más". Soledad sintió más alivio que pena: por alguna razón, sus relaciones solían complicarse hasta terminar transformadas en trampas cuyo final era un respiro.

El otoño había caído sobre Turín, y Turín cambia mucho en otoño. La ciudad luminosa y serena del verano se convierte en un pozo de niebla y de gris; Soledad trató de no sentirlo. Se decía que era normal que la ciudad le resultara, por momentos, hostil; su compromiso no era con Turín, era con los que querían que Turín y el mundo fueran otros. Una de esas tardes de llovizna fue a fotocopiar materiales anarquistas a una librería.

—¿Pero vos por qué creés en todas estas cosas? ¿Tan mal te tratan, a vos?

—No, no es eso. Lo que pasa es que...

Intentó contestarle Soledad. El italiano le fluía cada vez mejor pero, por momentos, se le seguía trabando.

—Disculpame, ¿vos de dónde sos?

—De la Argentina.

—Ah, argentina. ¿Y qué venís a hacer, acá, a molestar a la gente? ¿Por qué no te vas a tu país a hacer quilombo?

"Fabiolo Carolo", le escribió a su amigo Fabián Serruyo. "Ayer 18.10.97 hablé por teléfono a Villa Rosa y, como siempre, por el

primero que pregunté fue por vos. Mamá me dijo que esta última semana habías estado en cama y deprimido, también un poco resfriado. Supongo que será un resfrío boliviano.

"Fabito, ¿por qué no te venís para acá? Descubrí un montón de gente que vive sin trabajar, sin pagar el alquiler y divirtiéndose siempre. Es verdad, existe, porque de hecho ahora elegí vivir así.

"Ahora estoy en mi cuarto de la casa donde vivo hace más de un mes. Es una casa ocupada, por lo que para mí es un poco riesgoso porque soy ilegal y acá de vez en cuando viene la yuta. Pero no pasa nada. En esta movida de los squatter (casas ocupadas) hay una consigna importante además de la revolución y la A y todo eso, que es vivir bien sin dinero. Esto se llama 'Bella Vita'".

Y, unos días después: "Fabito quisiera que pudieras venir. Acá hay mucha $$$ circulando así que si sos vivo algo manoteás. Fa, trata de venir con Gaby. Te extraño un montón. Lo que me piacce de piú es ir al supermarket. Compro leche y pan y todo lo otro me lo robo. Una vez me agarraron. Vení. Yo no sé si vuelvo a Buenos Aires".

Su padre se lo reprochaba. El tema reaparecía en cada charla telefónica: —¿Y, para cuándo tenés la vuelta?

—No sé, papá, todavía no sé bien. Lo que pasa es que acá estoy muy bien, estoy haciendo una cantidad de cosas que me interesan. El Asilo, las cuestiones de la ecología, ayudar a los que están presos, a los desocupados...

—A mí me encanta lo que hacés allá pero también lo podés hacer en tu país, que hace tanta falta. Si vas a hacer de Robin Hood hacelo acá, así ayudás a tu gente y encima no vas a tener que estar sin documentos, con el peligro de que te agarren en

cualquier momento...

—No, en la Argentina está todo podrido, no se puede hacer nada, papá, vos lo sabés mejor que nadie.

El vencimiento de su pasaje se acercaba, y cada vez era más claro que Soledad no volvería en diciembre. La idea de que podría quedarse mucho tiempo en Italia se le apareció con toda claridad pero, aun así, no imaginaba que fuera para siempre: "A mí acá me pasan cosas muy fuertes", le escribió a su amigo Fabián días más tarde. "Aprendo mucho y a veces tengo miedo, y me quedo muda por ejemplo en una conversación. En estos días no sé por qué pero me cuesta comunicarme con la gente. No puedo hablar y adentro exploto. Pero estoy bien. Todo cambio es bueno. Capaz tenga que ser la luna. Cuando hay luna llena estoy más sensible".

Quizás por eso extrañaba a los suyos y oscilaba; a veces pensaba que quizás sus meses italianos resultaran un paso: una forma de acumular experiencias que después podría aplicar en su lugar, con sus amigos de toda la vida: "Fabito, tengo un proyecto pensado y me gustaría que lo hagamos juntos. Quiero ocupar una casa. Todos tenemos el derecho de habitar un lugar, es natural. Acá vivimos en casas ocupadas y es tan distinto. Bueno, no te lo puedo explicar, pero quiero intentarlo. Supongo que por la zona Norte (provincia) hay alguna casa vieja abandonada. Pero no tiene que ser propiedad privada, tiene que ser municipal o estatal o algo así. Un colegio, una sala de primeros auxilios, un asilo. Cualquier cosa tipo así. Así se empieza, después de ahí podemos empezar una historia diferente. ¿Te imaginás? Vivir en una casa, un grupo de gente, amigos, mezcla, fuerza, con poca $...

"Fabito de mi corazón. Te quiero mucho y te recuerdo. Ojalá estés bien.

"No te quemes la cabeza, ni dejes que te la quemen. Aguante Vieja! Acá tengo ganas de cosas y cuando vuelva las quiero compartir con vos."

Para redondear su idea, Soledad terminó la carta con unos versos: "Nota sobre construcción de las masas Alguna gente es joven y nada más

Y alguna gente es vieja y nada más

Y alguna está en el medio y solo en el medio Y si las moscas usaran ropa

Y todos los edificios ardieran en fuego dorado Si el cielo se sacudiera en la danza del vientre Y todas las bombas atómicas abajo empezaran a gritar.

Alguna gente es vieja y nada más

Y el resto sería lo mismo

Y el resto sería lo mismo.

Los pocos diferentes
Son eliminados bastante rápido
Por la policía, por sus madres
Sus hermanos y otros por sí mismos
Lo que queda es lo que ves
Es duro.
Fabi: que nadie nos elimine. Te quiero. Sole."

Aquella mañana hacía frío en Turín y más frío en la Casa Okupada de Collegno. Soledad y Francesca estaban calentando agua en la cocina; ya tenían luz y solían tener agua, que traían con un caño de plástico que habían conectado a una canilla lejana varios cientos de metros. La conexión, por supuesto, no pagaba impuestos.

—¿Viste que está el circo éste, no me acuerdo cómo se llama?

—No, yo tampoco, pero ya sé, vi los carteles en el centro.

—Mediano, me parece: circo Mediano, o Medrano, no sé. ¿Y si hacemos algo?

El circo Medrano era una institución: noventa años antes, en París, sus payasos, saltimbanquis y arlequines habían sido los inspiradores de muchos cuadros de Pablo Picasso.

—¿Algo como qué?

—No sé, Fran, algo. No puede ser que esos guachos se aprovechen, que exploten a esos pobres animales que no pueden defenderse, ¿no? Los muy hijos de puta tienen tigres, leones, camellos, caballos... ¡Hasta un rinoceronte, tienen, y los explotan a todos!

En todo su viaje, aun en situaciones muy incómodas, Soledad había mantenido su régimen vegetariano; pero su compromiso

contra la matanza de animales, ahora, era un nudo de un tejido mucho más complejo.

—Y, capaz que se puede. Sí, estaría bien.

Esa tarde Soledad se pasó un rato largo redactando un volante para repartir a la entrada del circo. Se acordaba de su intento en Buenos Aires: le daba mucho placer poder aplicar algo de su vida argentina a esta nueva vida tan distinta. "A través de este manifiesto convoco a la gente a tomar conciencia, una vez más, de aquello que realizamos cotidianamente, que es la lucha contra el poder. En este caso, luchar contra el poder sobre otros más débiles, los animales, seres vivos igual que nosotros pero que no tienen voz para protestar. Concientizarnos de que mucha gente se aprovecha de los animales para alcanzar a satisfacer sus intereses económicos, sin importarles que se trata de seres vivos, que sufren y sienten igual que nosotros los hombres. Personas que utilizan a los animales del mismo modo que un objeto simplemente para tener poder y dinero, llegando a asesinarlos burdamente o sometiéndolos a torturas o experimentos. Se puede luchar contra eso, iniciemos grandes o piccolas acciones..."

Soledad paró y volvió a leer lo que había escrito en su cuaderno del Pato Donald. No estaba muy conforme: a veces tenía esa sensación de que las palabras se le rebelaban, que no llegaban a decir lo que ella quería que dijeran. Y tenía que traducirlo al italiano. Si no lo conseguía podía hacer otra cosa: imprimiría unas fajas que dijeran que la función ha sido suspendida y las pegaría sobre los afiches del circo ése. Pero también tendría que conseguir quien se lo tradujera al italiano. Quizás Francesca, pero ella no entendía el castellano. Quizás Silvano, que era el único que lo hablaba más o menos bien. Dos días antes Francesca y ella les

habían propuesto a Silvano y Edoardo que se vinieran a vivir a la Casa. Los dos las estaban ayudando mucho con los trabajos, parecían buena gente, eran serios, activos; también era cierto que eran un poco más grandes y no siempre compartían los mismos gustos, las mismas actitudes, pero estaba claro que la Casa de Collegno, para sobrevivir, necesitaba llenarse. Ojalá acepten, pensó Soledad.

"Después de aquella vez en el verano la volví a ver en noviembre", dirá su compañero Silvano Pelissero. "Soledad estaba en la casa de Collegno con esta chica Francesca, y necesitaban arreglar la puerta porque por las noches entraban albaneses. Entonces yo fui para allá para hacerlo y compré todo el material porque ella no tenía suficiente. Edoardo trabajó conmigo: les pusimos una cerradura especial porque ellas tenían un poco de miedo. Ella nos ayudó en el trabajo: no era de esas que se quedan mirándote. Entonces una noche me dijeron si quería ir a vivir yo también allí porque la casa estaba casi vacía. Yo acepté, porque me pasaba parte de la semana en el Valle de Susa, en Bussoleno, donde tenía mi casa y mi taller de herrería, y Collegno me quedaba bien porque estaba más cerca de mi pueblo, no tenía que atravesar todo Turín para salir, y además ellas me caían bien. Edoardo se sumó poco después".

5. BALENO

La primera vez que lo metieron preso, Edoardo Massari tenía veintiocho años. Había nacido el 4 de abril de 1963 en Turín; su padre, Renato, era un empleado de la Olivetti; su madre, Paola, se ocupaba de la casa y los chicos. Poco después la familia Massari se mudó a Ivrea, en el Canavese, a menos de cien kilómetros. Edoardo estudió allí y allí dejó el colegio; allí decidió aprender mecánica y conoció a los primeros anarquistas. Pero no se sintió parte del movimiento hasta 1987; en esos días y en Turín, en El Paso, la primera casa ocupada, Edoardo encontró sus compañeros y su nombre.

—Baleno, Baleno, lavoro meno.

El jingle era famoso: la propaganda de un detergente que decía que limpiaba todo más fácil y, por lo tanto, permitía trabajar un poco menos. Y sus compañeros de El Paso, que no eran precisamente obsesivos de la limpieza, se lo cantaban porque él sí, porque él limpiaba hasta los últimos detalles.

—Baleno, Baleno, lavoro meno.

A Edoardo le divirtió el mote; poco después su sentido triunfó sobre su origen: Baleno, en italiano, significa rayo.

Edoardo se pasó un par de años yendo y viniendo entre Turín e Ivrea, ayudando en las ocupaciones, poniendo sus conocimientos de mecánica al servicio de los anarquistas; a fines de los ochentas instaló una bicicletería en Ivrea. "Yo le llevaba a arreglar la bici y él siempre me recibía con una sonrisa, como a todo el mundo", dirá Irene, una cliente de Ivrea. "Era tan amable, uno de esos tipos que te parecen sobre todo buenos. Solía estar muy fumado, con la mirada un poco perdida, la sonrisa que le colgaba de los labios...". Si Turín es Fiatópolis, Ivrea es Olivettitown, una vieja ciudad romana, sede de un marqués y de un obispo que, desde principios de siglo, vive del gran fabricante de máquinas de escritorio: una ciudad provinciana, 30.000 habitantes que se conocen bien y se vigilan cuanto pueden.

No era el mejor lugar para un grupo de anarquistas. En la primavera de 1991 Edoardo y sus compañeros decidieron actuar: ocuparían la piscina de Arè en Caluso, un pueblo vecino. La piscina —con sus vestuarios y demás construcciones — había costado una fortuna pero nunca había sido inaugurada; los okupas la pusieron en funcionamiento y armaron un centro de actividades que duraría ocho meses. Cuando el desalojo se hizo inminente los anarcos canaveses intentaron oponerse; Edoardo y otros cuarenta ocuparon simbólicamente la municipalidad de Calusso. No consiguieron nada; unos días más tarde, Edoardo se encadenó a una reja en la plaza Ottinetti de Ivrea, una tarde en que el alcalde inauguraba una exposición. Al final la Municipalidad desalojó la piscina y la justicia acusó a sus ocupantes. La primera condena de Edoardo Massari fue a 7 meses y 15 días de prisión en suspenso.

La noche del 19 de junio de 1993 algo explotó en el taller de

Edoardo. Él siempre diría que estaba soldando el cuadro de una bicicleta cuando el calor hizo saltar la pequeñísima bombona d e gas que sirve para inflar las ruedas de las bicis. El estallido fue menor: los vecinos no se despertaron, los vidrios no volaron, pero Edoardo se lastimó la panza y un brazo. Eran heridas muy leves; después Edoardo se preguntaría tantas veces por qué no se las curó allí mismo. Pero decidió que, por si acaso, era mejor ir a la Sala de Primeros Auxilios y se fue solo, caminando. Dos horas más tarde, cuando volvió a su taller, la policía lo estaba esperando: el médico los había llamado.

Él insistió con su versión del accidente: les decía que si hubiera estado haciendo una bomba nunca habría ido al hospital y que, en el peor de los casos, tampoco habría vuelto a su taller. Y que si le hubiera explotado una bomba entre las manos le habría hecho algo más que esos rasguños. Todo muy lógico, pero los policías lo conocían como anarquista y se la tenían jurada. Se pasaron horas revisando el taller; al final encontraron, en un frasco, cuarenta gramos de pólvora negra: los necesarios para un par de petardos navideños. Satisfechos, lo llevaron a la cárcel de Ivrea y lo acusaron de tenencia de explosivos.

Al día siguiente los diarios nacionales no mostraron ninguna duda: "Para la policía preparaba un atentado contra la prefectura de Ivrea — La bomba le explota en las manos", tituló *La Stampa*, el cotidiano de los Agnelli; "Joven herido por el artefacto rudimentario que estaba armando — Bomba le estalla en las manos", tituló *La Repubblica*: "Quería construir una bomba artesanal para ponerla, probablemente, en la prefectura de Ivrea para vengarse de dos condenas: una al pago de 700.000 liras de multa y la otra a 7 meses y medio, que los jueces le habían

infligido días pasados": ya tenían incluso las razones. Y en el periódico local, *La Sentinella del Canavese*, un periodista Daniele Genco decía que una "Bomba le explota en las manos al líder de los ocupantes de Arè" y reproducía las palabras del subcomisario local: "Si lo hubiera utilizado, el artefacto habría tenido un efecto devastador". Sorprendente, visto que ya había explotado y su efecto había sido tan modesto.

En los días siguientes Edoardo Massari fue acusado de una bomba colocada en el acueducto de Ivrea tres meses antes y de otra que explotó en el Distrito Militar de Turín hacía seis meses: ambas acusaciones serían abandonadas semanas más tarde pero, mientras tanto, los diarios las reprodujeron como si hubieran sido hechos probados. De pronto, Edoardo se convirtió en una figura pública. Los okupas anarquistas de Turín lo defendieron en una pequeña publicación impresa en el Barocchio: *Historia de un montaje*. "Se afanan en explicarnos que las bombas las ponen los anarquistas y no se trata de un trabajo de rutina de los Servicios Secretos de la policía y los carabineros del Estado italiano, como se ha comprendido. Para enriquecer el asunto, le adosan al herido la responsabilidad de todos los atentados en un radio de 40 kilómetros en torno a Ivrea en los últimos diez años. (...) Para pintar con trazos fuertes la figura de un hipotético súper revolucionario los mentirosos de *La Stampa*, *La Repubblica* y *Sentinella* promueven a Edoardo Massari a líder de un inexistente colectivo anarquista que ocupó la piscina de Arè. Para desacreditar a los muchachos que autogestionaron brillantemente, durante meses, la escandalosa piscina millonaria de Arè, mal terminada y mal utilizada hasta entonces. Seguro que molesta mucho a patrones y botones que la gente retome lo que

les fue rapiñado por medio del Estado —en este caso la piscina— y que lo haga de forma autogestionaria, sacando del juego al aparato estatal de canas, jueces, políticos y bufones del papel impreso. Por eso se subraya tanto la colaboración ofrecida por Edoardo Massari a los ocupantes de la piscina de Arè. Los groseros montajes de policías y periodistas provinciales no alcanzan a enfangar la experiencia de autogestión que reúnen a cientos de jóvenes en el Canavese y a miles en Turín, Milán, Aosta, en la vecina Suiza y en todo el occidente europeo, desde Berlín a Barcelona. La práctica de la autogestión parte de la necesidad real de abrirse espacios y es compartida por todos los que no quieren ver aniquilada la propia dignidad, la propia libertad por la corrupción del Estado y el dinero. Periodistas siervos mentirosos, para el próximo linchamiento inventen algo mejor", decían, y terminaban con el llamado a una manifestación "en solidaridad con Edoardo Massari, rehén en las prisiones del Estado" y una consigna: "¡La bomba es la autogestión!".

Mientras tanto, Edoardo seguía preso.

Durante seis meses, Edoardo tuvo la clara sensación de que lo habían olvidado en la cárcel: ni juicio ni nuevas pruebas ni la posibilidad de libertad condicional. "Edo me contaba lo mal que había vivido en la cárcel de Ivrea", dirá Silvano Pelisserio. "Continuas vejaciones psicológicas y físicas de los guardias, provocaciones de otros detenidos. Para él la reclusión fue un verdadero calvario". Sus huelgas de hambre no mejoraron su situación: Edoardo se desesperaba.

Poco antes de Navidad, el obispo de Ivrea, Luigi Bettazzi, publicó un editorial en el semanario de la diócesis, *Il Risveglio*

Popolare; lo tituló "Feliz Navidad Massari" y decía que "la opinión pública, incluso sin compartir las opiniones de Massari, se da cuenta de que en un Estado de derecho todo ciudadano, aun el más discutible, si puede ser encarcelado por sospechas o por precaución, no puede permanecer en la cárcel si no se prueba su culpabilidad concreta y su peligrosidad efectiva. Por eso tomo a Massari como símbolo de tantas personas que sufren la cárcel bajo las acusaciones más variadas y que tienen derecho —ellos y la opinión pública— de saber el porqué lo antes posible. Los que cuentan —de los políticos a los industriales— están obviamente en condiciones de provocar presiones y protecciones, de presentar aclaraciones y compromisos, de obtener comprensión y rápidas excarcelaciones".

El 22 de diciembre una manifestación recorrió el centro de Ivrea: doscientas o trescientas personas pedían la liberación de Edoardo. La marcha era pacífica hasta que un comisario pretendió que le entregaran carteles y banderas: hubo corridas, enfrentamientos, detenciones, una joven herida. El juicio fue fijado para el 17 de enero: al cabo de varias sesiones Edoardo fue condenado a un año y 11 meses y, poco más tarde, a 4 meses más por un incidente con un guardiacárcel. Fueron casi dos años de prisión. Recién a mediados de 1996 Edoardo Massari conseguiría el arresto domiciliario, que cumplió en una casa comunitaria de don Luigi Ciotti —un cura que hacía campaña contra los narcotraficantes— en San Ponso Canavese.

Edoardo recuperó la libertad en diciembre de 1996 y fue a instalarse al Asilo de la via Alesandria. A poco de llegar empezó a compartir una habitación, justo detrás de la cocina, con Silvano

Pelissero. A veces la vida en la casa ocupada cumplía con sus sueños; otras no era tan feliz.

"Edoardo era una persona muy particular: muy cerrado, muy taciturno, muy original", dirá Stefano, ex ocupante del Asilo. "Y tenía la particularidad de decir siempre lo que pensaba, y hacerlo. Una persona muy coherente, muy radical. Incluso en la ropa, en la alimentación: era vegetariano, estaba en contra de la muerte de animales y de la transformación industrial de los alimentos así que evitaba los productos industriales, no bebía alcohol —una cerveza cada seis meses, en los grandes momentos. Era muy curioso, muy inteligente, casi un genio: una de esas personas que tienen formas de razonar muy distintas de las de la masa, uno que podía llegar, con los mismos elementos, a conclusiones completamente originales. Cuando hablabas con él se le ocurrían cosas que a vos nunca se te habrían ocurrido. En el movimiento lo veían como a una persona fuera de la norma: a algunos les gustaba más, a otros menos, algunos lo admiraban, otros lo tomaban en broma. Algunos decían 'ése está un poco loco'. A veces, si sos muy coherente con tus ideas, podés hacer cosas que les resulten incomprensibles a los demás, o inadecuadas para la situación".

Las mujeres no parecían contar entre sus intereses principales. "Había estado bastante en la cárcel, y no era uno que pensaba mucho en las mujeres, nunca había tenido una historia de verdad. Tenía sus encuentros, sus cosas, pero nunca una historia de esas que parecen realmente serias.", dirá Ibrahim, ex ocupante del Asilo. "Sí, Edoardo tuvo pocas mujeres", dirá Paola Massari, su madre. "Porque no quería mezclar a nadie en sus asuntos, por si acaso; él siempre decía que no quería tener mujer, pero era porque nunca había encontrado una que le interesara realmente".

Edoardo era un tipo inventivo, capaz de fabricar extrañas máquinas, como aquella especie de mortero para hacer tofu o el aparato que disparaba cal: una aspiradora invertida que en vez de aspirar escupía, y servía para combatir los desalojos. Su operador debía subir al techo de la casa y rociar con cal a los policías que trataban de entrar: así los mantendrían a raya, suponía.

"Edoardo era un tipo muy seco, flaco, musculoso, pura fibra. No era muy alto, un poco más de uno setenta; era nervioso, muy fijado con la macrobiótica, con el yoga, las plantas medicinales, las curas alternativas. Era vegano y ni siquiera comía azúcar o sal", dirá Ibrahim. "Las veces que me hablaba me contaba siempre la misma historia, de una vez que se había ido desde Italia a Marruecos en bicicleta, hasta Ketama, y el fumo que había allá y los viajes que se hizo en bicicleta por mi país. Pero era muy cerrado, parecía que sólo pensaba en sus cosas, a veces se calentaba y le gritaba a cualquiera. Eran raras las veces en que se lo veía alegre, solamente cuando fumábamos...".

Edoardo Massari había decidido que no le interesaba dormir ocho horas seguidas: suponía que el mejor sistema consistía en dormir dos horas cada cuatro, y muchas veces se ponía a trabajar a martillazos a las cuatro de la mañana como si fuera lo más normal: esas noches, sus compañeros del Asilo lo odiaban suavemente.

"Cuando se le ocurría una idea no aceptaba mediaciones, demoras: quería llevarla a cabo de inmediato", dirá Pipero, ocupante del Asilo. "Era explosivo: cuando pensaba algo lo hacía, sin reparar en lo que pensarían los otros. Cuando se ponía a trabajar en su taller a la madrugada y despertaba a todo el mundo te daban ganas de matarlo".

Pero lo respetaban por otras cosas: su generosidad, su disposición, su entrega: "Edo era muy bueno para hacer todo tipo de trabajos", dirá Silvano, su amigo. "Era un tipo siempre dispuesto a ayudarte en lo que fuera necesario, te prestaba todo lo que tuviera, te hospedaba en su casa, iba con vos a recuperar materiales cuando era necesario: vos sabías que siempre podías contar con él".

Poco después de su salida de la cárcel, un grupo de anarcos turineses fue a Roma para manifestar su apoyo a los presos: tenían previsto desplegar unos carteles y gritar sus consignas frente a las paredes de la cárcel militar romana y después escapar, antes de que llegaran los carabineros. Edoardo había armado unas ristras de petardos para la ocasión; cuando sus compañeros decidieron retirarse él quiso quedarse hasta que detonaran: tuvieron que convencerlo a las puteadas de que había un plan y que era conveniente para todos que también él lo respetase.

A Edoardo Massari no le gustaba que le sacaran fotos.

6. AMOR LLEGÓ

Suele pasar: la felicidad no deja muchos rastros. Sabemos que en la segunda quincena de diciembre Edoardo Massari y otros diez amigos y amigas de la movida turinesa decidieron ir a pasar el fin de año al calor español. Sabemos que entre ellos había una chica que solía dormir con Edoardo; sabemos que Soledad se sumó al grupo. Es curioso: he encontrado gente que me contó pormenores de casi todo en esos meses —y ninguno que sepa casi nada de este viaje.

Quedan datos desperdigados, imágenes, fragmentos: una fiesta en la Casa de la Montaña, el centro de ocupas anarquistas de Barcelona; una playa en Fuengirola donde durmieron dos o tres noches; una playa en Tarifa, en la unión del Atlántico con el Mediterráneo y, sobre todo, un avión a Las Palmas de Gran Canaria donde Edoardo se negaba a ponerse el cinturón porque no quería aceptar órdenes de nadie —y Soledad se reía y se reía. Queda la imagen de un fin de año en una plaza, en un pueblo canario, donde Soledad descubrió que Año Nuevo no tenía por qué ser un asunto de familia.

Unos días antes, en esa playa de Tarifa, había empezado algo.

Ya al principio del viaje Edoardo y su amiga se pelearon; alguna de esas noches, el italiano y la argentina se miraron de otro modo —y después lo que importó no fue mirarse.

"Nos veo juntos en aquella playa, desnudos, tan juntos", le escribiría Soledad, sólo tres meses después, a Edoardo, de celda a celda. "Logro sentir el perfume del mar, el sonido de las olas que golpean en las piedras, el viento suave ligero, el sol caliente en nuestra cara. Yo agarro tu cara con mis manos y después las paso por tu espalda. Vos me agarrás fuerte, me apretás, nos besamos, reímos, somos felices, mi amor".

Tenemos, a lo sumo, suposiciones, rastros. Pero nunca sabremos en verdad lo que pasó entre ellos esos días, cómo fue que empezó ese amor que, tan corto, sería definitivo. En ciertos casos los detalles —me digo, me consuelo — importan poco. En los primeros días de enero Soledad estaba de vuelta en Turín con su nuevo novio. Los dos meses siguientes cambiarían su vida para siempre: la convertirían en eso que ahora es y no es.

"Mi hijo y Soledad tuvieron de inmediato una relación muy bella", dirá Paola Massari, la madre de Edoardo. "Aunque se llevaban diez años tenían... no sé, algo tan particular, se entendían con sólo mirarse. Ellos eran distintos porque Edoardo no había estudiado, hizo hasta la mitad del bachillerato, y ella había hecho una carrera. Y también en muchas otras cosas, pero se entendían como muy poca gente. Edoardo era una persona especial, algunos decían extraño, pero era normal".

Su romance no duró más de diez semanas: setenta días, como mucho, con sus setenta noches —y alcanzó, sin embargo, para definirles la vida: Soledad quedará inscrita en su pequeña historia

como la novia de Edoardo Massari. Pero ya desde el principio la pareja que se había constituido empezó a actuar, en muchos planos, como una pareja bien constituida. Casi t odos esos domingos, por ejemplo, Edoardo y Soledad fueron a visitar a los padres de él en la cabaña de Brosso, en lo más remoto de la Val Chiusella. El lugar es encantador: una colina en el final de un valle, intrincado entre montañas imponentes, puro verde y el blanco de la nieve y el azul de un cielo que no suele nublarse. Los padres de Edoardo se habían encariñado con esa chica de quien su hijo parecía tan enamorado: "Sole era una chica muy madura, con un nivel de sensibilidad y de personalidad muy alto; entendía muy bien a las personas y las cosas", dirá Renato Massari, el padre de Edoardo. "Para nosotros Sole era su mujer, y teníamos una bellísima relación con ella".

Y, además, a los Massari les daba cierto alivio que su hijo hubiese encontrado por fin una mujer que le importara: no querían juzgar su vida pero sin dudas preferían la idea de que intentara calmarse, formar una familia, tener hijos y, para eso, la primera condición era ese amor. "Edoardo tenía muy buena relación con sus padres y enseguida les hizo conocer a Sole porque ya desde el principio le pareció una relación importante", dirá Silvano, su compañero de la Casa. "Y sus padres estaban contentos de ver que su hijo estaba de novio con Soledad porque querían que su hijo se pusiera de novio y se casara con una buena chica, y la consideraban como una de su familia".

Aun cuando no la conocían demasiado bien; sólo lo que ella quiso mostrarles: "Sole tenía esta idea de que la vida no era plena si no hacía algo por los demás", dirá Renato Massari. "Esta idea la traía ya de la Argentina, me parece que había hecho alguna cosa

con las tribus indias, sobre sus derechos; los suyos no querían, le decían pensá en vos, pensá en vos, pero eso no era lo que Sole quería, y cuando se encontró con Edoardo y entendió que tenía las mismas ideas... más allá del vínculo de afecto, eso creó otro tipo de vínculo, más fuerte quizás, algo muy particular, algo que muy pocos alcanzan...".

"Por ejemplo, él siempre fue tímido", dirá su madre. "Entonces siempre le costó decir palabras afectuosas. Aunque se fue a vivir solo bastante pronto, siempre fue un muchacho muy unido a su familia, pero le costaba demostrar sus sentimientos... Decía una cosa pero pensaba otra, y Sole esto lo entendió enseguida. Entendió a través de lo que decía y hacía que él no era como se presentaba. Tenía un carácter muy tierno, entonces trataba de parecer duro, porque tantos se aprovechan de los que son dulces, tiernos. Y ella lo había entendido. Él era un impulsivo, un aries: soltaba de golpe todo lo que pensaba, lo que lo preocupaba y después se le pasaba. Sole había entendido y cuando él se desahogaba así ella no le hacía caso y después le decía lo que tenía que decir. Una vez en una carta él le dijo 'vos entendiste mi carácter mucho mejor que yo mismo'. Era verdad".

La Casa Okupada de Collegno era, queda dicho, la morgue de un manicomio. Es curioso pensar que en ese depósito de muertos desdichados María Soledad Rosas vivió los momentos más felices de su vida.

La vida en Collegno cambió mucho cuando dos de sus tres habitantes se transformaron en una pareja. Soledad y Edoardo se dedicaban intensamente a su amor y a sus costumbres ahora compartidas. "Cuando se metió con Baleno ella cambió

muchísimo. Baleno era muy serio, muy militante, uno que estaba convencido", dirá Ibrahim, ex ocupante del Asilo. "Cuando Soledad se fue a Collegno ya no la veíamos mucho. Y después, cuando se enganchó con Baleno, menos todavía. Estaban en el momento más fuerte de su romance. Algunas veces venían al restorán del Asilo, poco. Pero cuando los veíamos parecían muy muy felices".

Soledad ya era vegetariana: en esos días terminó de hacerse vegana, como Edoardo. No comían ningún producto animal, ni siquiera los no-violentos como huevos, leches, quesos. En verdad sólo podían comer ciertas verduras: ni papas ni tomates ni berenjenas. Sí ciertas harinas, gomasio, quínoa, mijo, alpiste, soja, quesos de soja, frutas, nueces. Tampoco se permitían el azúcar: debían endulzarse con miel o jarabe de arce —que era una fuente importante de energía. "Se pasaban horas para conseguir todo eso", dirá Silvano. "Lleva mucho tiempo encontrar estas cosas y llevárselas. Era un fanatismo loco, ése, era un trabajo increíble. Y también la marihuana tenían que conseguirla, no era tan fácil". Edoardo había convencido a Soledad de acompañarlo en la práctica de la urinoterapia: cada mañana juntaban en un frasco su primera orina para tomarse un par de tragos. Como no bebían alcohol y comían tan sano, sus orinas era un líquido leve, casi incoloro, que supuestame nte les lavaba el organismo y lo reconfortaba.

"Yo con Sole hablaba pero tampoco tanto, porque ella tenía su relación con su novio y yo no quería meterme en el medio", dirá Silvano. "Ellos estaban muy pegados, andaban juntos todo el día, hacían sus ayunos, sus huelgas de silencio —se pasaban sin hablar días y días, algo terrible para un italiano. Era una cosa muy extraña, yo no quería saber nada. Hacían yoga a la mañana, a la

tarde y fumaban mucha marihuana. Baleno tenía sus períodos de depresión y períodos de mucha euforia. La marihuana le servía para distenderse pero a veces después se ponía peor todavía. Y a veces nos peleábamos por tonterías. Él se enojaba porque yo cortaba el jamón sobre la mesa de la cocina donde él apoyaba su pan y entonces él decía q ue mi jamón, que era puro animal, contaminaba su pan".

Sus huelgas de silencio llamaban mucho la atención de sus compañeros: eran, decían Edoardo y Sole, una experiencia de autodisciplina y una manera de buscar formas de comunicación extraordinarias. "Nosotros les preguntábamos si estaban locos", dirá Luca Bruno. "Los cargábamos por estas cosas pero ellos se las tomaban muy en serio y nosotros al final las respetábamos".

"Baleno era un chico bastante triste", dirá Silvia Gramático. "Cocinaba muy bien, unos panes muy naturistas. Pero comía una comida triste, disciplinada, mucho arroz integral y esas cosas. Una vez me contó que se había encadenado a una plaza, no me acuerdo dónde. Tenía esa postura de mártir, del que sufre y se hace cargo por todos. Sole al enamorarse se debe haber enamorado también de todo eso, se había identificado mucho. Ellos eran como mártires, como gente que sufre por todos, que se hace cargo de todo el dolor de la humanidad".

Es una versión posible. Pero le faltan datos: el recuerdo, sobre todo, de la alegría continuada, la felicidad que los dos sentían esos días: por fin, después de tanta búsqueda, tenían la sensación de haber encontrado lo que tanto buscaron. El amor suele producir esos efectos.

"Habíamos vuelto a hablarnos por teléfono y yo la escuchaba muy bien, muy contenta", dirá Gabriela Rosas, su hermana. "Me

decía que estaba muy enamorada de Edoardo, me lo describió como un tipo muy fuerte, grandote, medio callado, que no hablaba mucho. Que desde el primer momento que lo vio, ella se había enamorado de él y que nunca pensó que le iba a dar pelota, pero al final sí. Y me lo pintaba como un tipo bueno, más grande que ella, que la cuidaba y protegía mucho. Me parece que debe haber sido el primer tipo que la cuidaba. Siempre había sido al revés: ella había sido la protectora. Me sentía tranquila, no veía ningún peligro... Además me decía que había encontrado no sólo ese amor; también algo que la llenaba, una ideología, un grupo de gente. Yo la veía bien, comprometida con algo, con un grupo de personas en el que era una más, que tenían objetivos, programas, acciones. Ella se sentía muy parte de todo eso. A mí me encantaba, la escuchaba coherente con ella misma. Estoy segura de que se sentía bien, que estaba contenta, que no extrañaba y que no quería volver. Y si lo que acá teníamos para ofrecerle era una vida medianamente cómoda y elegía aquello, es porque evidentemente aquello le hacía mejor. Creo que estaba feliz".

Mientras tanto la Casa progresaba. Entre Silvano y Edoardo la habían arreglado mucho —y Soledad también había contribuido con su trabajo. El edificio estaba bien asegurado contra los desalojos: los dos artesanos habían blindado las puertas y las ventanas para conseguir cierta ventaja ante un intento policial. En el hall de entrada habían instalado una barra y unos silloncitos, todo recuperado por ahí; las paredes de la cocina estaban revestidas de pedacitos de mosaicos, cantidad de colores; el salón antes morgue ya tenía un escenario para teatro y música; las habitaciones del primer piso estaban bien pintadas y el baño

funcionaba.

"Enero y febrero vivimos en esta casa y seguíamos arreglándola", dirá Silvano Pelissero. "Para eso de vez en cuando necesitábamos materiales y los recuperábamos de algunas obras en construcción". También, otras veces, recuperaban la comida en algún supermercado o la nafta sacándola de coches estacionados en la calle. "Edoardo se había construido, a su pesar, una vida de perseguido", dirá Stefano, ex ocupante del Asilo. "En nuestra cultura si no pensás como la mayoría y lo decís y encima actuás en consecuencia, te volvés un perseguido. Porque infringís las leyes, pero las infringís poniendo en discusión sus principios fundamentales: las infrinjo porque creo que no tendría que haber leyes ni jefes ni jueces ni tribunales. Así que le rompieron bien las pelotas".

Me he preguntado muchas veces si importa, para el desarrollo de esta historia —para la historia de la vida breve de Soledad Rosas— saber en qué medida ella y sus compañeros estaban fuera o dentro de la ley. De una ley que, de todas formas, no reconocían. Lo cierto es que después, cuando los detuvieron, nunca los acusaron de robar nafta en la calle o caños en una obra o comida en un supermercado. Ellos lo hacían: consideraban que toda propiedad es un robo y que vivir sin respetarla era su derecho y —de alguna manera — su obligación: parte de su compromiso militante. Es cierto que los robos no eran para "los demás"; los hacían en su propio, escaso beneficio. Pero también es cierto que su discurso suponía que tenían que hacer aquí y ahora aquello que su discurso les dictaba. Y es cierto sobre todo que, cuando los detuvieron, los acusaron de cosas muy distintas.

Soledad se cortó el pelo al ras: ya no era esa nena que salía en la foto del pasaporte. Ahora era una mujer, una mujer nueva, una ¿revolucionaria? "Cortarse el pelo le endureció un poco la cara, que era tan bella, tan suave", dirá Ita, ocupante del Asilo. "Cuando se metió con Edoardo se puso mucho más severa. Me daba la sensación de que se había hecho grande, creció muy rápido, tomó ciertas posiciones, se hizo firme". Aun así Soledad seguía yendo a fiestas del Barocchio, a cenas del Asilo, a conciertos de El Paso; Edoardo no siempre la acompañaba y, algunas veces, Soledad fue sola, bailó, se comió un hongo, se divirtió como antes, sintió una culpa moderada. Después volvía a la Casa y a su amor.

"Pero la historia de esta casa ocupada nunca fue feliz", dirá Silvano. "Los que venían a quedarse hacían poco y se iban rápido. Y en un cierto momento vi que había otra gente que venía a la casa a hacer otras cosas. Algunos la usaban como depósito para sus cosas, otros para poner sus carteles... nosotros buscábamos más gente para que se quedara en la casa y no encontrábamos; también es cierto que fue muy poco tiempo".

Pero tampoco tenían pensado quedarse mucho más. Tanto Silvano como Edoardo y Soledad la tomaban como un lugar transitorio, casi de paso: su verdadera intención era ocupar una casa en el campo o en la montaña. Solían decir que la sociedad urbana los oprimía y que necesitaban el aire, el espacio de afuera: la verdadera vida, suponían, no estaba en las ciudades.

Y sin embargo, no dejaban de trabajar para mejorar la Casa y a menudo aparecían nuevos problemas. Un día descubrieron que unos empleados del municipio de Collegno habían encontrado por casualidad la conexión trucha de agua que los abastecía y la cortaron. Necesitaban restablecerla cuanto antes.

"Esa noche éramos quince o veinte y me acuerdo que hacía un frío de perros, invierno, pleno enero", dirá Luca Bruno. "Tuvimos que excavar porque teníamos que conectar uno de esos tubos negros de poliestireno con una canilla que estaba lejísimos, a unos sesenta o setenta metros, pero todo bajo tierra, para que no se viera. Y la tierra estaba congelada, dura como una piedra, y teníamos que calentarla con un soldador de gas para poder cavar. Tuvimos que hacerlo de noche para que no nos vieran". Lo que no sabían era que los espías de la Digos —los servicios especiales de la policía— ya estaban vigilando la Casa: que aquella noche, seguramente, vieron todo.

Nadie recuerda ahora, exactamente, qué noche de enero fue esa noche. Todos dicen que debió ser alrededor del 15 pero nadie sabe precisiones. Sí sabemos que el 15 de enero de 1998, poco antes de las doce, desconocidos entraron en la intendencia de Caprie, un pueblo del Valle de Susa, a unos 30 kilómetros de Turín, y robaron un fax Olivetti, una impresora Epson, tres sellos con el escudo municipal y una máquina desbrozadora. Cuando se fueron, la planta baja del mu nicipio se incendió: es muy probable que los ladrones hayan prendido el fuego.

"Alguien se subió al balcón del primer piso del edificio, echó espuma sobre la sirena de la alarma, rompió el vidrio y entró", informó el semanario local *Luna Nuova* en un artículo titulado "Caprie, un incendio doloso devasta las oficinas municipales". "Una vez adentro intentó, sin conseguirlo, abrir la caja fuerte, forzó escritorios y bibliotecas, apropiándose de un fax y una impresora. Después, tras haber roto otra cerradura, bajó a la planta baja y después al garaje. En el garaje estaban estacionados

un Fiat y un motocarro. Por razones aún no aclaradas los ladrones cargaron un compresor en el auto, después lo rociaron con nafta y le prendieron fuego".

El incendio destruyó el coche —de la policía municipal— y cantidad de herramientas y máquinas, y dejó el edificio casi inutilizable. En un primer momento nadie entendió de qué se trataba. Los periódicos locales hablaban de que el incendio era el resultado del "despecho frente a un b otín tan magro" o de algún "malhumor frente a la administración municipal". De hecho, el intendente Pierluigi Giuliano recibió en esos días una carta que lo amenazaba: "Tenés que parar de robar la plata de los ciudadanos de Caprie y de arreglar todo en tu propio interés". El intendente prefirió la versión chorros menores: convocó a una asamblea donde dijo a sus paisanos que "el hecho de que hayan abierto todos los armarios y escritorios y que se hayan llevado el fax y la impresora nos hace pensar en el clás ico hurto con efracción".

En principio nada relacionaba este robo e incendio con el resto de los atentados contra el TAV en el Valle de Susa. Ni, mucho menos, con Soledad Rosas, Edoardo Massari y Silvano Pelissero.

"Silvano siempre decía que los estaban siguiendo", dirá Luca, viudo de Soledad. "Cuando venía al Asilo dejaba el auto lejos, tomaba un ómnibus o llegaba a pie, y la verdad que nosotros nos reíamos un poco, creíamos que era su paranoia, que estaba un poco pirado y veía canas por todas partes. Y al final resultó que tenía razón".

En esos días Silvano y Edoardo habían sido exonerados en el caso Ros-Marini, la gran investigación contra el movimiento anarquista italiano. La noticia debería haberlos alegrado pero los

preocupó: ¿por qué ellos, entre más de sesenta compañeros? ¿Qué se escondía detrás de esa exoneración? Algunos de los suyos llegaron a mirarlos con sospecha: ¿qué habrían hecho para conseguir ese privilegio?

"Y para colmo yo veía que nos estaban investigando, que nos seguían, que nos controlaban", dirá Silvano Pelissero. "Primero pensaba que seguían buscando pruebas para la Ros-Marini, pero cuando nos bajaron de ahí ya no entendí más nada. Igual yo le decía a Edo que nos fuéramos, que la policía nos estaba siguiendo. Pero a él no le importaba nada, él estaba en medio de su amor, todo el resto le daba igual".

El miércoles 4 de febrero, hacia las diez de la noche, Soledad y Silvano andaban por Turín en el Fiat de él cuando un patrullero les hizo luces para que pararan. Silvano trató de disimularlo pero se preocupó; Soledad se asustó porque seguía sin tener la residencia. Dos policías se acercaron, uno por cada ventanilla, y el que estaba a la izquierda les pidió los papeles.

—Está bien. Pero se pasaron un semáforo en rojo.

—No, agente, para nada.

—Sí, le digo que se lo pasaron, la última esquina.

—Le aseguro que no.

—Se lo pasaron, y nos van a tener que acompañar a la comisaría.

—¿Cómo a la comisaría? ¿Eso de dónde carajo salió? Yo no me pasé ningún semáforo, pero si quiere hacerme una boleta hágamela y listo.

Insistió Silvano: pagar boletas no estaba entre sus hábitos. Pero los policías no le dieron opciones:

—Nos van a tener que acompañar. Es la regla nueva, hay que

llevarlos para levantarles un acta.

Silvano nunca había oído hablar de semejante regla y se resistió. Los policías empezaron a impacientarse:

—Ya está, basta de charla. Manejá despacio, nosotros los seguimos de atrás. Y no hagas nada raro porque...

En la comisaría les volvieron a mirar los papeles y les hicieron las fotos de prontuario. Al cabo de media hora ya estaba todo listo pero les dijeron que se quedaran ahí, que faltaba un trámite.

"En la comisaría, mientras esperábamos, yo le decía a Sole 'ves lo que les decía a vos y a Edo, esta historia no es normal'", dirá Silvano Pelissero. "Me parece que ahí ella empezó a entender".

Los soltaron cinco horas más tarde. Después sabrían que los policías habían armado la detención para colocar un micrófono en el Fiat. Por lo pronto, al día siguiente, Silvano encontró un par de tornillos sueltos en el suelo de su auto.

Era muy tarde cuando llegaron de vuelta a la Casa de Collegno. Edoardo los esperaba despierto y preocupado.

—Edo, tenemos que irnos, cuántas veces te lo tengo que decir. Nos tienen controlados, nos van a hacer cagar, hay que rajarse.

—Pero dale, Silvano, vos siempre igual. No exageres, qué me estás diciendo.

"Ellos no querían convencerse pero yo empecé a comprar dólares, tenía el pasaporte preparado, todo, quería irme a México o a Albania", dirá Silvano. "Yo había conseguido comprarme 3000 dólares, pero quería llevarme por lo menos 4000. Estaba decidido a irme y les insistía, trataba de convencerlos. Si me iba solo pensaba volver a México; lo de Albania era por si ellos no querían alejarse demasiado. Albania está cerca y hablan italiano. Yo le decía a Edoardo que fuéramos allá, que no estaba tan lejos de su

familia, porque él no quería darle a la madre el disgusto de alejarse demasiado".

—En serio, pensá... piensen lo de Albania. Edo, de ahí los podés llamar por teléfono todo lo que quieras, estás cerca, nos quedamos ahí un tiempo y vemos qué pasa. Y además fijate porque tenés el coche lleno de micrófonos, andá al mecánico que te los saque, me cago en Dios, por favor.

"Pero ellos estaban en otra cosa, querían casarse, tener un hijo, irse al Canavese y vivir en una granja...", dirá Silvano. "Estaban enamorados y jugaban, hacían planes...". Si Baleno hubiera sabido que era un peligroso terrorista quizás habría reaccionado de otro modo, más acorde con su condición; en su ignorancia, se quedó en Italia porque estaba enamorado y porque no quería vivir lejos de sus padres.

—¿Y cómo hacías para seguir compartiendo un proyecto con ellos?

—En cierto momento todo se volvió una locura. Por un lado, era interesante seguir con la solidaridad con los presos, hacer vivir esa Casa porque era un punto donde podías llevar adelante iniciativas, distribuir materiales. Pero por otro lado se entendía que no podíamos avanzar: venía poca gente, y los que venían no querían hacer nada. Se tomaban un té o un café, fumaban su maría, pegaban un cartel en la pared y no hacían nada más; los trabajos no les daban ganas. Yo estaba un poco cansado, y encima esta cuestión del seguimiento de la cana. Era un momento raro, en que yo veía que la cosa no funcionaba pero lo seguía haciendo, me dejaba llevar. Y por otra parte, fue una situación que se desarrolló de forma un poco urgente. Los canas nos escuchaban, así que estaban al tanto de todo. Sabían que yo había entendido lo

que estaba pasando, que me quería ir y tuvieron que acelerar toda su operación para agarrarnos. Con Edoardo y Soledad era más fácil, porque ellos estaban ahí y seguían pegados, pero yo me quería ir lo antes posible.

7. CORRERÍAS

"Yo nací en una noche de violencia y sufrimiento extremo", escribiría, treinta y siete años más tarde, Silvano Pelissero: aquel día, 16 de noviembre de 1961, la fábrica de dinamita Nobel de Avigliana saltó por los aires y las víctimas terminaron en el mismo hospital donde él nacía. Después Silvano se iría convirtiendo en un campesino del novecento: un piamontés fornido, bien plantado, de cara ancha y ojos claros, el pelo partido al medio, las manos gruesas que fueron perdiendo algunos dedos en enganches diversos.

Sus padres eran campesinos en Bussoleno, un pueblo grande en el Valle de Susa, a mil metros de altura, 45 kilómetros de Turín y 20 de la frontera francesa: tenían una granja con vacas, chanchos y gallinas y vendían sus productos en los mercados de los pueblos de la región. Su madre, Jeannette, era la hermana de un resistente francés de Grenoble. Su padre, Bruno, había participado, muy joven, en la lucha contra los fascistas y conservaba, de aquellos tiempos, sus compañeros y sus escopetas. "Mi padre me enseñó que es preciso defenderse de la tiranía con las armas", diría mucho después Silvano. "Yo frecuentaba a sus

compañeros. Ellos me contaban episodios de la guerra partisana, las torturas, los sufrimientos, muchos de ellos habían estado internados en Matthausen. Todos tenían sus armas en sus casas o en sus coches".

Silvano siempre pensó que trabajaría en la granja de sus padres. Una noche de 1981, cuando volvió del servicio militar, el incendio de su gallinero se interpuso en sus planes: cuando los bomberos vinieron a apagar el fuego descubrieron una docena de viejos fusiles y pistolas y bombas de mano, el arsenal de su padre resistente, y un par de granadas que Silvano se había encontrado en el cuartel donde cumplía sus deberes patrióticos.

Padre e hijo fueron arrestados; dos días después el padre tuvo un infarto en la pris ión. Silvano supuso que la mejor manera de asegurar su liberación inmediata era hacerse cargo de todo y confesó ante el juez. En cuanto el padre se recuperó desmintió a su hijo: las armas, declaró, eran sólo suyas. Pero la confesión de Silvano ya tenía curso legal. Cuando empezó el proceso, tras seis meses de prisión preventiva, el abogado de los Pelissero demostró que el "arsenal" era un amasijo de fierros oxidados, inútil para todo servicio; el fiscal consiguió que los condenaran, aun así, a dos años y seis meses de prisión condicional. Los Pelissero salieron de la cárcel para encontrarse con que el pueblo los miraba de reojo: durante su cautiverio, los periódicos locales habían lanzado todo tipo de historias sobre ellos: que estaban ligados con la mafia, con los restos de las organizaciones armadas de la izquierda, con los neofascistas; había para todos los gustos. Silvano quedó marcado: era frecuente que la policía lo detuviera para interrogarlo, muchos lo señalaban, la fama de violento lo seguía. Aquellas llamas modelaron su vida.

Bruno Pelissero murió en 1983 durante una operación de hernia en un hospital público; Silvano retomó la granja familiar. Cuatro años más tarde también murió su madre. La granja, bajo impuestos e imposiciones cada vez más pesadas, le daba pérdidas; Silvano se buscó un trabajo de obrero en una fábrica cercana. "Recuerdo como una pesadilla horrible, quizás peor que la prisión, las ocho horas de trabajo en la fábrica", escribirá años después. "Contaba los minutos que faltaban para salir. Lo mismo hacía en la escuela. Y a la noche la paranoia de los retrasos y de no despertarme. Mi problema es que soy incompatible con cualquier orden social propuesto por estas democracias".

Hacia fines de los ochentas Silvano prefirió alejarse de Bussoleno y sus agentes de la ley —que no le daban tregua. En Turín encontró trabajo como herrero y empezó a frecuentar El Paso Okupado y los grupos anarquistas; allí también lo detuvieron varias veces, en manifestaciones y pintadas. En 1989 conoció a una mujer con la que se sintió ligado por auras alquímicas y destinos cósmicos; durante un tiempo vivió y creyó que moriría con Gloria.

En el verano de 1994 la Digos lo detuvo en Ivrea junto a su nuevo amigo y compañero, Edoardo Massari, por "pegatina ilegal" de carteles en un par de vidrieras. "La amistad que me ligaba con Edo ustedes la conocen bien", escribirá Silvano años más tarde. "Era mucho más que una afinidad política. Era seguramente una hermandad cuyas bases indispensables eran la ayuda recíproca y la sinceridad. Nos conocimos en el 1994 y entre nosotros apareció enseguida la afinidad. El vivía en una casa agrícola y ya buscaba la vuelta a la naturaleza. Como yo".

Poco después Silvano consiguió el pasaporte: hacía años que

se lo negaban por causa de sus causas. Hacía años, también, que tenía una idea fija: quería conocer América Latina.

El mito latinoamericano siempre estuvo vivo entre los militantes europeos. Más fuerte en ciertas épocas, en otras diluido, tiene que ver con las historias de guerrillas y revoluciones en países supuestamente abiertos a la historia: donde la consolidación de los poderes no les parece, a ellos europeos, tan sólida como la que padecen. En el otoño de 1994 Silvano llegó a México; allí vivió casi dos años con muy poco dinero y expediciones más al sur, a Guatemala, Nicaragua, Honduras. Al partir se había despedido de Gloria, su amor eterno, para siempre. En Real de Catorce, en el desierto del norte mexicano, una vieja bruja experta en cartas y hongos le aconsejó que de ahí en más viviera solo: que dejara de buscar su completud en una hembra.

En mayo de 1995 volvió a Italia por un par de meses y participó en la organización de un acto contra el proyecto de Tren de Alta Velocidad que iba a atravesar su región, el Valle de Susa. En marzo de 1996 volvió del todo: se estableció en Bussoleno, donde tenía un taller de herrería, y pasaba algunos días por semana en Turín, en las casas ocupadas anarquistas, o algunas semanas en Villa Freundier, una casa ocupada de Ginebra. Esa vida errante, decía, era lo suyo, pero también tenía problemas.

"En cuanto volví tuve un primer proceso por una pegatina junto con otros compañeros anarquistas de Ivrea. El segundo fue por una pintada en una pared, junto con otro compañero". Una noche de mediados de agosto de 1996 estaba en su casa de la via San Lorenzo, en Bussoleno, cuando oyó unos ruidos. Bajó despacio, sin hacer ruido, y llegó a ver a dos tipos jóvenes que se escapaban con cierta parsimonia: Silvano pensó que serían

policías, no ladrones. Unos días des pués se fue a Ginebra, donde tenía pendiente un trabajo. Allí estaba el 23 de agosto, cuando alguien tiró un par de molotovs contra una máquina perforadora de la Consonda, la compañía que había iniciado las exploraciones del terreno para la construcción del TAV, cerca de Bussoleno. Edoardo Massari, mientras tanto, estaba preso.

Silvano siguió yendo y viniendo entre Turín y Bussoleno, herrería y casas ocupadas. Durante el '97 tuvo su cuarto, junto con Edoardo, en el Asilo; antes de fin de año se fue, junto con él, a vivir a la Casa Okupada del manicomio de Collegno.

"Vivíamos de arriba", escribirá más tarde. "Es decir, al margen del sistema trabajá-consumí-morite. Trabajando poco, consumiendo nada, no colaborando con las instituciones, haciendo tareas políticas contra este sistema en todos sus componentes, viviendo nuestros días con emociones grandes, de forma muy intensa. Se vivía más allá de todo. Instantes maravillosos e irrepetibles porque únicos, siempre distintos unos de otros. Se organizaban fiestas todas las semanas, donde se recogían fondos para mandarles a los compañeros presos en las prisiones del Estado. Ejercitar la libertad total y fuera de toda regla de la así llamada vida cívica ya es, en sí mismo, un delito".

—El sábado te hago un regalo.

—¿Por qué?

—¿Qué, no lo querés?

—Ah, sí, por el día de los enamorados... Yo también.

—Vamos a quemar un cajero automático. ¿Sabés qué son los cajeros automáticos?

Le preguntó Edoardo, y Soledad dijo que sí: está grabado. A

partir de este momento parte de esta historia pasa a ser un relato policial: las grabaciones clandestinas que hizo la policía en el Volkswagen Polo de Edoardo, el registro de sus idas y venidas por Turín. Las fuerzas del orden debían estar muy aburridas o muy desesperadas: habían dispuesto para esas persecuciones medios que los muchachos seguramente no se merecían. Micrófonos en los coches, GPS —Global Positioning System, un seguidor satelital que permite ubicar un móvil en todo momento—, autos de seguimiento, micrófonos satelitales capaces de grabar sus conversaciones dentro de una casa, vigías con videos frente a la puerta de la Casa: un batallón, una fortuna de dineros públicos. A partir de ese momento, su historia se pone en escena con diálogos de ocasión: —Tengo una botella de una cosa especial que prendemos con un petardito especial... Se enciende y quema a más de 2000 grados y funde hasta el metal quizás...

—¿Y cómo se hace?

—Y, vas y lo ponés.

—¿Pero cómo se hace esta cosa especial?

—La encontré. No se encuentra fácil, tuvimos mucho culo de encontrarla, una botella. Una botella de plástico llena. Pero una botella llena pesa dos o tres kilos.

—Esa la queríamos hacer en el supermercado.

—No, ésa se quema pero no estalla... Esta tenés que prenderla con una mecha, cuando la prendés hace una llama de un metro y el calor que da te funde hasta el hierro.

—¿Y no es conveniente dividirla y quemar tres o cuatro...?

Dijo Soledad, según los policías, ese jueves 12 de febrero, 17 horas. Todos estos diálogos —las grabaciones de estos diálogos— provienen de una de las partes, la menos creíble: la que tenía que

demostrar que no estaba trabajando al pedo. Me pregunto —me lo he preguntado muchas veces— si es legítimo utilizar este material. Soledad, un mes después, le escribiría a Edoardo lo horrible que le resultaba "saber que esos bastardos escucharon todas nuestras conversaciones". Eso la hacía sentir "contaminada, sucia", dijo, y no dijo violada pero habría podido. Dudé. Me dije, finalmente: lo voy a usar, porque parece una aproximación inmejorable a Soledad y Edoardo en esos días finales, pero aclarando cuáles son sus fuentes y todos mis reparos. Edoardo le contestó que no: —No, porque si la dividís te queda muy poco, en cambio así hacés un buen daño. Cuando queramos damos una vuelta por Turín y buscamos un cajero automático que nos venga bien y la apoyamos... pero en una de esas la botella resbala.. quizás hay que meterla adentro de un bolso o algo así...

—Y se prende enseguida y tenemos que escaparnos.

—También podemos hacer que se prenda un poco después.

—Tenemos que fijarnos bien que no haya cámaras de video.

—Pero, dale. Te ponés una capucha...

—Un pasamontañas.

—No, porque el pasamontaña no podemos, es una cosa rapidísima, tac, se mete el petardito, se pone esta cosa en una bolsa, después el petardo se mete adentro por arriba, capaz que ya prendido con una mecha o algo que dure poco... esta cosa es polvo de óxido férrico, el óxido del hierro mezclado con polvo de aluminio...

—¿O sea que eso se puede hacer en casa...?

—Se puede, pero no sé las proporciones justas y además adentro hay que meter otra cosa que yo no sé bien que es...

—No sé si se puede llegar con el coche, porque a veces hay

cámaras donde menos te lo esperás, en una de esas hay un cajero y después a veinte metros una peletería...

—Pero si miramos bien...

—Casi todas las peleterías tienen cámaras.

—Sí, pero no estacionamos delante del cajero, como mínimo enfrente. Tenemos que estar atentos que no haya nadie que nos vea ponerla... porque si hay alguno que nos ve ponerla...

—Hay que ir vestidos de negro o de...

—De oscuro.

—De oscuro.

Dijo Soledad, pero no era tan fácil: los problemas operativos surgían en los rincones más insospechados. Edoardo no tenía pantalones oscuros.

—Pero yo solamente tengo estos pantalones, porque los marrones los puse a lavar.

—Tenemos que llamar a la Alcova para ir a buscar la ropa lavada.

—Sí, hay que llamarlos para hacerles acordar de la ropa. Capaz que se acuerdan pero... No, llamarlos y decirles si quieren venir a cenar, si vienen a cenar vengan a eso de las nueve, nosotros cocinamos, acuérdense de la ropa, bueno, chau... ¿Querés que vayamos a...? ¿Qué era lo que necesitábamos? Podemos ir a ver esa cosa para hacer la marihuana ahí abajo...

Febrero en Turín es invierno muy invierno; noche y niebla. Edoardo y Soledad se pasaban días y días sin mayores marcas, unas horas de yirar buscando algo, otro rato en la casa, el tiempo para el yoga y los arreglos, algún salto a la cama, a veces una fiesta o cena en las casas ocupadas. Una vida sin reglas ni obligaciones

pero tampoco grandes logros: una vida de ordinaria marginalidad.

—¿Pero vos robás siempre, Sole?

—Yo no quiero darles plata a estos hijos de puta, aunque tuviera no se la daría.

Las escenas de la vida en el auto espiado se suceden y no se diferencian demasiado. Los espiados se repartían entre el entusiasmo por alguna acción más o menos política, más o menos estrafalaria, que solía quedarse en el proyecto, y las discusiones sobre variados temas y la necesidad de algún pequeño afano que a veces llegaba a realizarse. Como cuando Edoardo y Silvano planeaban robarse documentos de identidad en Ivrea, aunque "por un documento en blanco no te pagan mucho, hay que encontrar quién te la compre y en una de ésas te dan 200.000 liras cada uno o ni siquiera". O cuando Edoardo estaba robando nafta de un coche estacionado y se cortó con su propia navaja, "porque no la abrí bien, no la bloqueé, se volvió a cerrar y me cortó, bruto tajo, ahora quema, me corté hasta el hueso". Soledad le dijo que se pusiera azúcar que es cicatrizante o pegamento para cerrar la herida o que levantase la mano así le salía menos sangre.

—La sangre no duele, igual, y si lo levantás así la sangre sale menos...

O cuando discutían largamente si les convenía robarse un par de sauces o de nogales para plantar en el jardín de Collegno: —Porque el sauce crece muy rápido, pero necesita agua todos los días. Por eso quiero poner una canilla afuera.

Dijo Soledad.

—El sauce llorón es débil, yo tenía dos y se murieron los dos.

Se opuso Silvano.

—Claro, claro que es débil, en mi casa hay...

—En cambio los nogales no se mueren nunca.

—Pero los sauces crecen más rápido, en un par de años los tenés. Si todavía estamos ahí...

Y otras veces eran sólo palabras de amor, confusas y tiernas, como las del miércoles 18 entre Edoardo y Soledad: —¿Cómo me queda esta boina? ¿Está bien? Porque quiero ir a ver a mi amor, es...

—¿Amores?

—Sí, porque tengo muchos, se llaman Edoardos Balenos Massaris.

—Menos mal, menos mal.

—Me acuerdo que cuando Andrea estaba en el hospital de Ivrea pensé quién carajo es este Massari libre. Estaba por todos lados, 'Massari libre, Massari libre'.

—Dale...

—'¿Cómo que no sabés quién es Massari? No, no sé quién es Massari. Es Baleno. Ah, Baleno'.

—Dale. ¿No lo sabías?

—No sabía que tu apellido era Massari, que eras tan famoso, tan conocido.

—¿Y qué decías de este Massari? ¿Vos qué decías

—Massari libre.

—No, pero vos ¿qué pensabas?

—Pero ¿quién es este Massari? Yo siempre decía Marzio libre, Salvo libre, Markus libre, ¿este Massari quién será? Uno más de estos. Y mirá lo que resultó.

Amor precisa juegos: cada amor se inventa el estilo de los suyos. "A veces Edo se paraba y dejaba pasar el auto de la policía y después lo seguía", dirá Silvano. "Sole los insultaba, jugaban, era

como si todo fuese un juego para ellos, esos días de febrero".

El día de la boina Silvano, más tarde, subió al auto. Soledad y Edoardo se iban a la montaña al día siguiente, a visitar a la familia, y Soledad dijo que quería salir temprano para que pudieran subir a esquiar. Entonces Silvano empezó a hablar de su odio por las estaciones de esquí. O, al menos, eso dicen las transcripciones policiales: —Yo siempre pensé en poner autos bomba en las estaciones de esquí.

—Claro. Voy a esquiar y antes de irme pongo una bomba.

Le dijo Soledad.

—Carajo, yo les tengo un odio a las estaciones de esquí, un odio... Carajo, pondría una ametralladora en la montaña con cinco, seis cajas de cartuchos y después, el domingo al mediodía, cuando hay colas, todos amontonados, porque el sol está caliente, empiezo a ametrallarlos, pam, pam, pam... Carajo, con una MG, mi sueño es una MG, me haría como cuarenta, cincuenta muertos.

Entonces Silvano empezó a hablar de un sabotaje hecho ocho años atrás en una estación de esquí con dos topadoras de 500 caballos. Y prometió: —Yo tengo todos los contactos para sabotear estas centrales, las visité varias veces...

—¿Las de tu región?

—Sí, de mi región.

—¿Del Valle de Aosta?

Le preguntó Soledad. Parece un detalle menor pero, a la luz de lo que pasaría poco después, no lo era: Soledad no sabía siquiera que la región de Silvano era el Valle de Susa. O, por lo menos, eso asegura la transcripción del acta oficial de acusación.

—No.

Le contestó Edoardo, y Soledad se acordó:

—Ah, Valle de Susa.

—Sí, y también sería justo ir a hacer algo ahí en el Valle de Aosta.

—Sólo que en el Valle de Aosta estoy fuera de base.

—Pero...

—Estoy fuera de base, en cambio en mi valle yo tengo las bases, los contactos...

Dijo Silvano. Pero todo —casi todo, en esos diálogos robados por los agentes de la ley— parecían sueños o proyectos o proclamas de intenciones lejanas.

—Yo digo uno de esos circos que tienen animales, acá, en Turín. Capaz que hacer una pintada... Pero vos tenés... ayer me hablabas de hacer algo en el McDonald's.

—¿En el McDonald's?

—Sí. Yo no puedo inventar nada, no sé preparar...

Dijo Soledad, modesta de repente. Algunas ideas persistían, aunque fueran cambiando de características. Hasta volverse casi tiernas. Edoardo se inspiró: —Sería lindo hacer una especie de bomba que cuando explote sólo desparrame colores, una pintura roja, por todas partes...

—¿Y eso lo sabés hacer?

—Sí, que no le haga mal a nadie.

La frase, después, sería usada por la acusación: "sería lindo hacer una especie de bomba", citaron los fiscales con el engaño del recorte. Y la frase, en realidad, era un chico jugando: "una especie de bomba que cuando explote sólo desparrame colores, una pintura roja... que no le haga mal a nadie".

—Pará, veamos dónde comemos. En el Asilo no; vayamos mejor a la Alcova. ¿Y cómo se hace eso que decías?

—Y, habría que probar, porque no sé... Nunca lo hice, se puede probar, habría que hacer... Agarrar un recipiente de plástico fino, una botella de plástico.

—Muy finitas, están esas que no cuestan un carajo que las hacen finitas finitas...

—Y después meterle adentro la pintura y agarrar unos petardos, yo tengo unos petardos, se ponen adentro de algo para que la pintura no los arruine... después se ponen junto a la botella con un tubo de cartón y le pasás la mecha por adentro... lo único que hay que conseguir es una mecha... y la mecha no sé, un tanto así, dos o tres minutos de mecha, después vas al McDonald's...

Le iba explicando Edoardo, y Soledad se entusiasmaba: —Qué grande, con toda la gente adentro...

—Pero tendrías que dejarla sobre una mesa y deberías...

—Sí, cuando me voy la dejo.

—Pero sobre la mesa...

—Están las cámaras de video.

—Sí, hay que ir primero a mirar.

—¿Sabés dónde la dejo? Donde están los tachos de basura, ahí arriba y chau. La dejo rápido, en un minuto...

Dijo Soledad, ya viéndose, ya saliendo, completando su acción. Pero Edoardo tenía algo que discutir: —Sí, sí, porque al McDonald's podés entrar también sin comprar nada, estás ahí, te sentás un minuto. Sólo que entonces es una cosa... violenta...

—No es violento eso.

—¿No es violencia? Pero...

—No es violencia.

—Pero...

—Es pintura nomás... Puede hacer daño, sabés, porque... qué historia sacarse toda esa pintura.

—Sí, si le cae a la gente, si le cae en los ojos a los chicos... hay que ver...

—Me fijo bien un horario en que no haya chicos. En un horario en que vayan todos estos conchetos de mierda.

—A la noche antes de que cierren, hay que ver a qué hora cierran y hacerlo a esa hora... hay que fijarse a qué hora cierran...

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y vos?

—Agarrada.

—¿Agarrada?

—Agarrada.

—Agarra...

Se reía. Soledad se reía:

—A vos, amor, a vos.

—Madonna... Noche y día, siempre juntos, eh...

—¡Qué lindo!

—¿Estás contenta?

—Si estoy bien sí, cuando venís a romper las bolas, bue, me quedaría sola, pero... estoy tan contenta, contentísima, sí.

—¡Pero no es mi culpa, me cago en Dios!

—Ni tuya ni mía. Lo que digo es que yo no sé nada, estuve hasta las dos y media... la una y media sentada sin saber qué carajo van a decidir... ¿Entonces qué hago? Si yo no sé un carajo.

—Yo tampoco sé nada, Sole, yo sé lo mismo que vos, me cago

en Dios. Disculpame... tardan dos meses para hacer una cosa... y después sí, no, sí, voy al Asilo, no voy al Asilo. Otra gente llamó, dice que no viene. Yo...

Estaban, dicen los espías, en el Polo de él, yirando como tantas veces. Era el viernes 21 de febrero de 1998, las dos de la mañana, consta en actas; Edoardo y Soledad llevaban la bomba de pintura que habían inventado y estaban buscando la manera de probarla, pero venían de mal humor: parece que tenían otro plan y se habían pasado horas esperando a unos compañeros que nunca terminaron de llegar.

—...lo que yo quería decirte es que no sé qué estaba haciendo, esperando, a ver qué deciden ustedes. Yo estoy en el medio, es cierto, no tengo una mierda que ver... No hago más nada, y vos hacés tus cosas tranquilo, carajo.

Se quejó Soledad.

—No, no es eso.

La atajo Edoardo, o lo intentó. La discusión siguió hasta que él le propuso que eligieran un blanco para su bomba de colores: —¿Adónde?

—Al centro. ¿Te tengo que decir el lugar preciso?

—No.

—No sé, en el centro, no sabía ni yo, en algún lugar municipal, yo qué carajo sé. A probar y poner esta cosa para ver cómo sale. Ahora la probamos nosotros en algún lugar que nos parece y al carajo.

—¿Qué lugar?

—Donde nos parezca. Si vemos un lugar que nos parece la ponemos y vemos cómo funciona. Esta vuelta es sólo para ver si funciona, después entonces se la puede usar para otras historias.

Suponen los espías que el coche siguió andando; ellos, mientras tanto, escuchaban. Y dicen que escucharon que Edoardo insistía: —Estoy buscando un lugar para ponerla. Demos una vuelta. Capaz que en la esquina, así, así podemos verla. La ponemos en la esquina y vemos cómo carajo sale.

—¿Qué es eso de ahí? Esas oficinas...

—Es el Palacio de Justicia nuevo, es un edificio donde quieren poner todos los tribunales desparramados por Turín.

—Ah..

—Me cago en Dios... Poné el freno de mano.

—¿Qué?

—Poné el freno de mano. ¿No tenemos ni siquiera un encendedor?

—No, me lo... Sí, lo tengo yo.

—¿Lo tenés?

—Sí.

—Dámelo.

Aquí la grabación pasa al silencio. El tiempo de pensar lo descuidado de todo esto, caserito, una auténtica chapuza: pasaban por ahí, decidieron tirar la molotov de pintura en esa esquina. Después se oía una explosión y de nuevo sus voces; él primero: —¡Me cago en Dios! ¡Qué fuerte! ¡Qué quilombo que hace!

—...acá en la zona se van a asustar todos.

—Y tiene su efecto.

—Fue muy rápido.

—Treinta segundos. Sí, sí, mirá cómo ensucia todo el suelo...

—El coche, el coche también.

—Mirá el suelo. Madonna...

—Mirá el coche.

Soledad y Edoardo se reían. Debían estar mirando el resultado, su obra.

—¡Qué quilombo que hace, genial! Pegó la pintura contra la pared... el petardo la tiró contra la pared. Eran tres en uno, tres petardos en uno... Buenísimo. Hay que probar con colores mejores en los lugares más estratégicos de Turín.

—Sí, ese color era un poco blando, no se veía tanto.

Dijo Soledad, y así termina la transcripción que presentó la acusación en el juicio. Pero en la transcripción completa se verá que la conversación seguía —y que no es inocente que el fiscal no haya incluido la continuación. No es difícil hacer que las palabras de otros digan lo que uno quiere que digan, o que callen lo que uno prefiere que callen. Como ciertos gestos de cuidado, de atención a los demás: —¿Sabés dónde habría que ponerla? Hay que ponerla más abajo, no en el aire, en el suelo, así la explosión... al máximo le da a la gente en las piernas, no en la cara.

Dijo Edoardo.

—¿Cómo, cómo?

—Ponerla baja, en el suelo, al lado... Abajo, sabés.

—Para que no le haga mal a nadie.

Seguía la grabación. Después Soledad insistía con su tema recurrente: que por qué no la ponían en una peletería, que así podían arruinarles unas cuantas pieles a esos turros. Y ahí sí se terminaba la intromisión de los espías. Que de inmediato se presentaron en el lugar, aquella noche, y constataron "que sobre la esquina del edficio sito en via Cavallí esquina via Casalis era presente una vasta mácula de sustancia líquida de color rojo cuyas gotas y salpicaduras habían alcanzado tanto la pared como la

superficie callejera adyacente como un móvil que se encontraba estacionado en las adyacencias inmediatas", o sea: una mancha de pintura. El coche se alejaba y las actas policiales hablaron de un "mecanismo explosivo" y de una "acción importante": no debían ser muy exigentes. Después las actas policiales dijeron que los agresores, controlados por el GPS, se fueron a la Casa de Collegno; en las actas consta que la autoridad no fue a buscarlos porque "en ese momento no estaba disponible un contingente de personal adecuado" —¿o porque estaban esperando descubrirlos en algo que realmente valiera la pena? La excusa de la falta de personal es debilucha: ¿de verdad las fuerzas de la ley se engañaban entre ellas o solamente simulaban engañarse?

—Qué bien hablás el inglés, Sole, como el italiano, qué bien.

—Sí, eso lo podemos usar para hacer algo... Yo me puedo hacer pasar por... cualquier cosa, puedo entrar en cualquier ambiente. ¿No te digo que me mandaron a una escuela privada, sólo de mujeres, religiosa...?

—Para aprender inglés.

—Sí, mi padre me decía "pero yo vendo todo para que vos vayas a esta escuela". Yo le lloraba, decía "pero papá, no me mandes a esta escuela"...

Cuatro noches después Edoardo, Soledad y Silvano seguían discutiendo sobre su bomba de colores. Aquella vez hablaban de pedir sangre de vaca en una carnicería para conseguir un efecto más realista en un McDonald's: —Hay un McDonald's acá cerca, a tres minutos de acá.

Dijo Edoardo.

—Sí, lo vi, pero también podemos buscar uno que está cerca

de la Universidad.

Dijo Soledad.

—Vamos a verlo, pero vamos de noche.

—¿Por qué?

—Cuando está cerrado.

—Yo quiero cuando... cuando hay gente adentro. Cuando están todos esos conchetos de mierda, hacerles una buena... Hasta pensé lo que podemos escribir.

Dijo Soledad, pero Silvano no estaba de acuerdo:

—Eso no es nada. Mi idea es que hay que... que la única forma de combatirlos es meterles terror, con bombas verdaderas.

—¿Pero sabés el terror que les da cuando están todos bañados de sangre?

—Todos bañados de sangre y dicen "carajo, acá estalló de verdad algo". Escuchan una explosión fuerte...

Dijo Edoardo y Soledad se entusiasmó:

—Hace bum, una bomba, una explosión, después se ven todos bañados de sangre...

Y Silvano ahora sí estaba de acuerdo:

—Dicen carajo, éstos sí que...

—...pueden hacer algo más y no lo hacen.

Completó Edoardo.

Otras veces el micrófono escondido en el coche se pone más grosero todavía, más obsceno: se dedica a registrar conversaciones tan íntimas, a demostrar que los problemas íntimos no suelen ser sofisticados, que por algo son íntimos: contarlos es, cada vez me parece más claro, guarangada. La noche del 25 de febrero, ya casi madrugada, la discusión empezó porque

Soledad se sentía mal; Edoardo insistía en que había comido algo que no debía en el momento equivocado. Parecía banal, pero fue derivando: —Pero hasta vos sabés que enseguida después de hacer yoga no tenés que comer, me cago en Dios, te lo tengo que decir yo...Pero bueno, hacé lo que carajo quieras, a mí qué me calienta...

—Mirá, mirá, dejame que yo haga lo que tengo que hacer... si te rompí las pelotas andá a cagar. ¿Por qué te rompí las pelotas?

—Me rompe las pelotas cómo ustedes se portan conmigo...

—¿Pero cómo? ¿Yo qué te hago?

—Me están gastando.

—¿Yo te gasto...?

—Váyanse todos a cagar.

—¿Pero yo te gasto?

—Todos juntos tratan de gastarme. Váyanse a cagar, yo trato de hacer cosas para ustedes...

—Pero mirá, sos un boludo.

—Con todo lo que tengo que hacer, me cago en Dios, perder el tiempo con esta gente...

—Yo hice yoga, vine a hacer yoga con vos, así que... callate conmigo, no me digas... si yo te rompí las pelotas andá a cagar. Pensá antes de hablar. Carajo, no puedo ir tan rápido como vos, a los pedos no puedo, yo, eh.

—A los pedos quiere decir comer enseguida después de hacer yoga, eso es ir rápido. Ir a los pedos no es lo que hago yo, es lo que hacen ustedes, me cago en Dios.

—Yo respeto...

—Eso es ir a los pedos.

—Yo respeto tus tiempos, vos respetá los míos, también. Yo

te...

—Todo el tiemp o vamos vamos vamos vamos, ya está, basta.

—Escuchame un poco. Yo te respeto a vos. ¿Vos por qué no me respetás a mí?

—Yo no hablo más, carajo, y hago todo lo que quiero, y si los demás me siguen bien, si no voy solo. Eso, solo.

—Carajo, yo a vos te sigo, voy con vos, no detrás, voy junto con vos, y vos me tratás mal a mí. ¿Por qué me tratás mal?

—¿Yo te traté mal? Me estoy hinchando las pelotas ahora por ciertas cosas, bueno. Vos sabés por qué.

—Carajo, por qué...

—Me rompen las pelotas todos ustedes, y me quieren gastar, dejenme tranquilo.

—¿Pero en serio creés que te queremos gastar? ¿Yo te gasto, a vos?

—No sé.

—Pensá bien antes de hablar, porque me estás ofendiendo vos a mí, ahora, eh. Porque yo a vos no te gasto, te tomo muy en serio, me parece que demasiado en serio, yendo detrás tuyo muy en serio, y en cambio vos pensás que te estoy gastando, pero vos no ves un carajo. Yo escucho todo lo que decís, te respeto, te sigo, te tomo como ejemplo, y venís a decirme que yo te gasto. Pero...

La discusión siguió y siguió. Si hasta dan ganas de solidarizarse con esos pobres policías que se dedican a escuchar tanta banalidad: no hay quien les pague el tedio de esas horas. Si hasta dan ganas de no reconocer que la vida es a menudo así, tontita, tan menor, aunque la literatura necesite presentarla de otro modo.

—Lo que te digo es que yo no tengo problema en adaptarme a

vos, lo hago porque lo quiero hacer, pero por qué vos no podés adaptarte...

—A mí no me parece bien que te adaptes, no tenés que...

—Sí, está bien adaptarse, porque estamos juntos, por eso, eso quiere decir adaptarse.

Decía Soledad, conciliadora, pero esa noche Edoardo no quería conciliar nada: —No, yo no quiero que nadie se adapte a nadie. No quiero que vos te adaptes a mí. Si hacemos cosas juntos es porque nos viene bien hacerlas juntos y no porque nos adaptemos, ¿eh?

—Sí, uno se adapta, uno se adapta.

—Vos te adaptás, yo no. Te estás equivocando.

—Está bien, está bien, no me adapto más.

—Te estás equivocando.

—No me adapto más a nada, sí, me debo estar equivocando.

—Si te adaptás te estás equivocando.

—Sí, me estoy equivocando, tenés razón.

—Porque mirá, te adaptás y después te sentís mal...

—Tenés mucha razón.

—Te sentís realmente mal.

—No, no entendiste. Porque si yo veo que vos hacés cosas mejor que yo, ciertas cosas, yo quiero... eso quiere decir adaptarse, dejar las malas costumbres que uno tenía antes de hacer las cosas mejor, eso quiere decir adaptarse. ¿Eso es equivocarse? No sé, eh. Pero cuando hablo yo, te lo juro, vos ni me escuchás cuando te hablo...

La pelea fue amarga y Soledad quedó tocada. Esa misma noche, en Collegno, se escribió una carta a sí misma en su cuaderno. Allí decidió que ella era la culpable: "Por qué tengo que aceptar su manera de jugar, no tengo ningún motivo para hacerlo,

tengo que meterme en la cabeza que mi palabra vale tanto como la suya. Ojalá cada día tenga más carácter para hacer valer mi palabra, si no la hago valer ante él menos valdrá ante esta sociedad cruel que quisiera tanto destruir. No es culpa suya de que no me escuche cuando hablo. Lo que sucede es que mi voz no es lo suficientemente fuerte para que la escuche un sordo.

"¿Acaso tengo miedo de que si no hago como él dice, no me quiera? Yo valgo y si él no sabe mirarlo pues que se ponga anteojos. Al final yo puedo ser beneficiada porque tengo la capacidad de escuchar y ver todo, y poder elegir lo que más me gusta.

"No quiero elegir el camino de la soledad, quiero hacer todo lo que tengo en mente y esto incluye sentarme en una mesa con amigos a comer y compartir una conversación; tener tiempo para mí, tener tiempo de leer un artículo, de escribir tres renglones sin que la persona que elegí como compañero me vigile. De qué libertad hablo si no soy capaz de hacer respetar mi propia libertad.

"Lo quiero mucho, pero más me tengo que querer a mí misma".

Terminó proponiéndose, y al final aclaró: "Miércoles 25 de febrero, ésta es la conclusión después de que tuve una discusión con él, ésta es mi sensación, mi sabor amargo".

Era una noche extraña: al día siguiente le tocaba ir de boda.

"Creo que lo que le pasó allá fue que ella sintió que había empezado a tomar el control de su vida, que había empezado a manejar su vida como ella quería, lejos de nosotros o lo que fuera, con ese grupo de gente que la valoraba", dirá Gabriela Rosas, su hermana. "La valoraban porque era activa, era linda, era distinta,

era latinoamericana; allá era valorada, cuidada y protegida. Era una de las más chicas del grupo. Ese día se había comprometido a muerte con todo lo que ellos hacían. Había decidido casarse para quedarse, había demostrado de alguna manera valor y compromiso. Ella se sentía valorada y querida por toda esa gente, como no se había sentido nunca acá, ni por sus amigos ni por su familia quizás. Ella había encontrado todo eso allá y lo perdió cuando fueron a la cárcel, cuando Edoardo se mató".

La invitación era un cartón chiquito doblado en dos que tenía en la portada las fotos de los cuatro; más adentro decía "Gentil Señor, Gentil Señora: obligados por este mundo erizado de leyes a formalizar legalmente nuestro amor no nos espantamos ni renunciamos a una ocasión para festejar". La invitación era confusa: supuestamente no se trataba de legalizar ningún amor.

Las parejas también eran confusas: una estaba formada por un brasileño, Maurizio, y una italiana, Chiara; la otra por un italiano, Luca, y una argentina, Soledad; las dos eran falsas. Sólo las unía la necesidad de los dos sudamericanos de conseguir los papeles de residencia. Las dos se estaban casando, jueves 26 de febrero, mediodía, en el Registro Civil del Parque de la Tesorería de Turín.

"Era mejor que no se casara con su verdadero novio para no mezclar el interés matrimonial con el amor", dirá su novio de ese día, Luca. Los padres de Edoardo, en cambio, todavía piensan que su hijo no pudo casarse con Soledad por un problema legal, porque había fijado residencia en una cárcel de Turín "para que nosotros no tuviéramos problemas", y que eso le impedía hacer los trámites correspondientes.

"Así que preparamos todas las cosas para hacer esta fiesta. Y

hasta vino mi madre", dirá Luca. "Ella me dijo 'yo sé que es todo un juego, pero por una vez que mi hijo se va a casar, yo quiero estar'". Y estuvo y se rió y algunos dicen que soltó una lagrimita. "Nos divertimos como locos", dirá Ita, compañera de Luca desde hace muchos años. "Luca y yo fuimos juntos a elegir los anillos nupciales para él y la otra, fue una risa".

Fue toda una fiesta y alguien la filmó: quedarán, de aquel día, treinta minutos de video. En el video se verá que la novia Soledad llevaba un traje de hombre oscuro que le quedaba un poco grande, una camisa celeste, una enorme corbata azul rabioso, los labios muy pintados, su flor en el ojal y casi ningún pelo en la cabeza, salvo la cola que le salía de la nuca hasta el cuello: se verá que la novia estaba rigurosamente vestida de varón. Se verá que su marido se había puesto un sobretodo marrón, un chaleco amarillo, su corbata morada, el pelo engominado, una botella de vodka en la lánguida mano. A sus lados, la novia de él era testigo de ella y el novio de ella era de él: Ita iba de negro -punk, Edoardo de campera verde, pantalones de corderoy marrón, borceguíes, y se notaba que la situación no le gustaba. Los demás —se verá en el video— estaban firmemente decididos a *épater* todo burgués que se cruzara.

Se verá que la concurrencia intercambiaba botellas, chistes, miradas, carcajadas. Se verá, en las sacudidas de la imagen, que el cameraman también se reía a mano suelta. Que el consejero municipal era un señor muy serio de anteojos con la banda italiana cruzada al pecho que les dio sin esperanzas sus consejos, porque sí, porque era su trabajo, y que después pidió a los novios que se acercaran y le preguntó a Soledad si quería tener a Luca por marido, que ella dijo que sí, que los dos se entrelazaron los anillos;

que Edoardo Massari miró insistente el suelo, incómodo, al borde del cabreo. Y que después el consejero llamó a la novia para firmar el acta de matrimonio y que ella fue, muy seria: —Por favor, señora.

—Señorita.

Dijo Soledad en el video y cuarenta anarquistas largaron las brutas carcajadas. "No, no era una concesión al Estado", dirá Luca, el novio. "Al contrario, era una manera de joderlo, porque entonces no podían expulsar a Sole. Y además les rompíamos las pelotas a los canas, ya no podían amenazarla más".

Después, a la salida, el video mostrará la algarabía: Silvano tiraba arroz, los novios cambiaban de pareja y los policías de la secreta filmaban encantados desde un balcón de ese mismo edificio. Era la mejor forma de hacerse un buen archivo. "Para burlarse hay que tener con qué", dirá Silvano, años más tarde. "Algún respaldo, porque cuando los jodés ellos contraatacan. Era un juego divertido pero trajo venganzas.

Sole y Edo podrían haberse ido a Brosso, al pueblo de Edoardo, se perdían unos meses, se casaban tranquilos, hacían una vida normalita por un tiempo. Pero eso no cuadraba con esta idea de espectacularizar todo que primaba en el movimiento —y entonces llamaron la atención y provocaron, pero para provocar hay que tener la fuerza suficiente para bancarse el contrgolpe. Y nosotros, ya vimos, no la teníamos".

Del Registro Civil las dos nuevas parejas y sus viejas parejas y todos sus amigos fueron al mercado de Porta Palazzo, el gran mercado al aire libre de Turín, que a esa hora ya había cerrado: el descampado estaba lleno de basura, cajones y más cajones tirados en el piso, tomates, lechugas, naranjas: todo medio podrido y en

medio de todo, los novios y sus fotos nupciales. Después la concurrencia fue a seguir la fiesta en el Barocchio, donde mimaron una boda religiosa: Soledad y Edoardo no quisieron ir; ya habían tenido suficiente.

"Lo del casamiento de Sole fue terrible", dirá Cecilia Pazo, su prima. "El día que lo contó por teléfono estábamos con Gaby y nos cagábamos de risa. Le dijimos '¿Cómo que te casaste?' y ella nos dijo 'sí, pero no me casé con el tipo que me gusta. Me casé con otro'. No podíamos parar de reírnos". Era, es cierto, un buen chiste. A Marta Rey de Rosas, su madre, no le hizo tanta gracia: —Fijate la ingenuidad nuestra, Soledad me manda a pedir una partida de nacimiento legalizada por el consulado italiano. Yo, como una idiota, salí, hice todo el trámite, tuve que ir al colegio de escribanos y tuve que pagar para mandarla por correo diplomático. Ella me había dicho que necesitaba eso para un contrato de trabajo por no sé cuánto tiempo. Después nos venimos a enterar que fue para casarse.

—¿No les contó que se casaba?

—No, para nada. Nos contó después de que se había casado.

—¿Los llamó por teléfono para contarles?

—Sí. No me lo dijo a mí, se lo dijo a Gabriela.

—Y Gabriela te lo contó a vos.

—Claro, la otra gritaba y decía tantas barbaridades que tuvimos que preguntarle qué pasaba. Nos dijo 'Sole se casó'. '¿Cómo que se casó?' 'Sí, con un amigo de un amigo, para tener la residencia en Italia'. Lo que no te perdonás es cómo no te das cuenta, cómo te envuelven en esas cosas y no sospechás. ¿Qué nos hubiera costado averiguar por el consulado si era posible que a alguien le dieran un contrato de trabajo por dos años? Me

parece que se casó el 14 de febrero. Tengo los papeles. Si no fue ese día, fue por ahí.

—¿Por qué no sospecharon?

—Porque le creí. Nada nos hacía sospechar que Soledad estaba mintiendo. Además, nunca en la vida nos macaneó. ¿Por qué no le iba a creer?

"Mi vieja, que es lo cristiano, se empezó a desesperar", dirá Gabriela Rosas. "Y mi viejo no: 'No, no, está bien, si tiene que hacerlo... mucha gente hace eso', empezó a justificar. Ahí papá empezó a cambiar un poco la actitud, era como que tenía que empezar a defenderla. Sus amigos empezaron a preguntarle: '¿Y Sole por qué no viene, qué hace, dónde vive, con quién?' Entonces él tenía que empezar a inventarse su propia historia para contarle a sus amigos, a la familia. Ahí empezó a justificarla y 'no puede ser, estos italianos de mierda son todos unos fachistas. Si se tuvo que casar, y bueno, que se case'. Entonces empezó a hablar del casamiento pro forma. Fue tan gracioso".

El humor policial siempre es involuntario: sus informes meticulosos informan, entre otras cosas, que se ve que sus tres perseguidos, "por cómo se expresan, tienen la obsesión de que los siguen y los escuchan" —decían los que los seguían y escuchaban. Silvano, de hecho, insistía a menudo en su certeza de que tenía un micrófono en el coche. Y, sin embargo, nunca tomaron la decisión más simple que tomaría, en esas circunstancias, cualquier grupo medianamente organizado: dejar ese auto para conseguir otro.

La noche de la boda Soledad y Edoardo no tuvieron una noche de bodas. O eso imagina la policía: sus escuchas los sitúan a eso de las 11 en el Volkswagen Polo junto con Silvano, en plena cháchara.

Edoardo se quejaba de su inactividad: —Ideas hay. Pero estamos demasiado controlados, los seguimientos, los micrófonos, no podemos hacer nada.

—Carajo.

Aportó Soledad y Silvano redobló:

—Y encima estamos distraídos por todas estas otras actividades, te distraen al 99 por ciento. Al final las acciones que conseguís hacer son sólo como un hobby, cositas en el tiempo libre. En realidad el tiempo principal se pasa o en curritos o en estas iniciativas, que de ésas sí hay una detrás de la otra, mirá el matrimonio.

—Porque si decidís hacer algo groso lo tenés que preparar...

—Claro, no son cosas que se puedan hacer de un día para el otro, eh, mañana a la ma ñana hagamos un...

—No, ya sé. La pensás, la estudiás. Pero si querés hacer una buena acción en grupo la hacés, ¿por qué no la podés hacer?

Dijo Soledad y Edoardo se puso serio:

—Sí, pero entonces hacés eso y ninguna otra cosa...

—Para hacer una acción de grupo tenés que tener un grupo organizado, y para organizar un grupo se necesita un año de aislamiento, organizar un grupo de diez personas...

Dijo Silvano: en la conversación estaba claro que no era su caso. Después hablaron —dice la policía— de la cantidad de asaltos, 2.400 en Italia el año anterior, el país más asaltante de Europa, y Silvano les explicó que cuando agarraban a un ladrón con armas sin haber disparado le daban entre dos y tres años. Soledad quiso saber más: —Pero yo hago una pregunta, ¿no? En el movimiento yo no sé quién hace y quién no hace asaltos, pero los que los hacen, los que se sabe, están todos en cana o hay otros

que lo hacen y no se sabe y están afuera, pero pienso que la gente del movimiento, que yo conozco, no hacen asaltos.

Silvano estaba de acuerdo:

—Yo también pienso lo mismo, sí. ¿Y entonces?

—Entonces quiero decir que los tipos del movimiento, los nuestros que hacen asaltos terminan todos en cana.

—Y sí, los encierran bien encerrados.

—Por eso me pregunto dónde están todos esos que hacen asaltos y que están afuera.

Insistía Soledad, e intervino Edoardo:

—No, esos hacen la suya, no se van a hacer ver en las casas ocupadas, ¿no?

Silvano aseguró que no:

—Seguro, los que yo conozco ni en pedo irían a un centro social y no quieren tener nada que ver con eso...

Después Soledad y Edoardo comentaron que en unos días tenían ganas de irse al sur de España para el juicio de los anarquistas arrestados por el asalto del banco de Córdoba: visiblemente no tenían planes demasiado claros. También pensaban irse a la Argentina, unos meses después. Soledad quería que su hombre conociera su país y sus amigos y estaban imaginando un largo viaje: atravesarían por tierra medio África y se tomarían un barco hasta Brasil. No parece el clásico proyecto de una célula de militantes terroristas. De pronto Edoardo tuvo un mal presentimiento: —No sé, vos y yo estamos juntos, pasa algo, algún hecho y a mí me meten en cana, me condenan, me dan cinco o seis años, digamos siete años...

—Uh...

—Vos te encontrás sola, ¿entendés? ¿Y qué hacés?

—Hago todo lo posible para sacarte de la cana.

Le dijo Soledad.

—Tá bien, pero ponele que después de hacer todo lo posible no conseguís hacer nada y...

La discusión siguió. Soledad le decía que entonces tendrían que cambiar el régimen penitenciario para que ella pudiera visitarlo porque no iba a estar casada con él —sino con Luca—, y él que qué carajo iba a cambiar.

—¿Qué vas a cambiar? Sacatelo de la cabeza que yo... yo no voy en cana, así que olvidate de eso de venir a verme a la cárcel. No, yo en cana no voy más.

Nunca sabremos si fue esa noche o la siguiente cuando Soledad escribió en su cuaderno una carta que después no mandó: "La policía está bastante caliente en estos días. Siempre hay alguien que da vueltas cerca de la Casa o autos que nos siguen o paranoia de micrófonos. Acá la represión es muy caliente, pero no como en la Argentina, donde te asesinan". Y Silvano, años más tarde, escribirá en el margen de la transcripción judicial de esas palabras: "¿Qué decís, Sole? ¡¡Si a vos te asesinaron!!".

PRISIÓN

1. LA CAÍDA

Sus sospechas aumentaban y tenía que hacer algo. Desde aquella vez en que se lo llevaron detenido junto con Soledad, Silvano Pelissero había notado que su coche no terminaba de andar bien —y estaba seguro de que la policía tenía algo que ver. Sin embargo se dejaba estar. Varias veces había buscado un electricista que se lo revisara pero era difícil dar con uno a quien pudiera decirle que creía que tenía un micrófono en el coche. La gran organiza ción terrorista que la policía estaba a punto de desenmascarar no tenía siquiera los medios de revisar un auto.

"Así que fui a ver a varios electricistas y les decía 'mirá, tengo un corto, hay una dispersión de electricidad, algo se come toda la batería, en cuanto lo dejo dos días parado se descarga; si podés encontrame la causa'", dirá Silvano Pelissero. "Uno me decía 'no, tu coche es muy viejo', otro que no tenía tiempo: tardé unos días en encontrar a uno dispuesto. El tipo hizo una prueba y no entendió nada, me dijo que era algo complicado, que volviera cuando él tuviera más tiempo y me dio una cita para unos días después. Era un taller cerca de Susa, en medio del campo".

Susa es el poblado principal del Valle de Susa, ya llegando a la

frontera francesa, y el día fijado fue el jueves 5 de marzo de 1998. Lucía el sol: la primavera se presentaba antes de tiempo. Ese día el gobierno de centro izquierda de Romano Prodi anunciaba que la cantidad de italianos bajo la línea de pobreza había pasado del 6,3 por ciento en 1994 al 7,5 en 1997: que ahora eran más de cuatro millones y que muchos de ellos tenían un trabajo regular; mientras tanto los sindicatos ferroviarios anunciaban una nueva huelga y los políticos se quejaban de la proliferación de "partiditos". En Rusia se vendía por primera vez en ochenta años un lote de terreno urbano, en China la crisis de la economía asiática favorecía reformas para profundizar la economía de mercado, en Europa los cancilleres se preocupaban por los asesinatos serbios en Kosovo y amenazaban a Milosevic con acciones más duras, en Washington la prensa americana revelaba detalles de la relación entre los puros de Clinton y las partes de Monica; la cotización del dólar y de las acciones puntocom seguían subiendo en todo el mundo. En Turín miles de voluntarios se reunían para recibir al medio millón de peregrinos que llegarían para la exhibición del Santo Sudario, otros tantos preparaban el gran desfile de carnaval previsto para el domingo, un estudio anunciaba que el 10 por ciento de los bebés nacidos en la ciudad eran hijos de un matrimonio interracial, seguían las colas para ver a Leonardo di Caprio en Titanic, las Spice Girls iniciaban su primera gira por Italia, el musical Hair se reponía tras 30 años y la economía local se regocijaba: las acciones de la Fiat en la bolsa de Milán superaban por primera vez los 7000 puntos. Era un día como tantos: hacia las cuatro de la tarde Silvano se presentó con su Fiat Ritmo en el taller del electricista de Villarfocchiardo.

"Entonces el mecánico se puso a buscar la pérdida de la

electricidad y la encontró en el techo del auto, del lado de adentro", dirá Silvano. "Cuando lo desmontó había un objeto grande como un paquete de cigarrillos lleno de cables e incluso una larga antena. El mecánico se preocupó, dijo qué es esto, le dio miedo. Justo en ese momento suena el teléfono; el mecánico fue a atender y se puso blanco. El tipo temblaba, casi no hablaba: escuchaba, decía sí, sí, por supuesto. Seguramente era la cana que le decía que no se metiera más en el asunto. Porque los policías debían estar escuchando que él toqueteaba el coche y lo llamaron para advertirlo. El tipo se puso muy nervioso, no sabía qué hacer, trataba de hacer tiempo. Un par de minutos después veo un auto de la policía de civil que da vueltas por ahí".

—Bueno, poneme el techo que me voy, ¿cuánto es?

—No sé, yo qué sé. 60.000 liras.

—Bueno, pero ponelo rápido, dale.

Silvano se subió a su coche, consiguió arrancarlo y salir del taller sin que lo viera el patrullero. Pero enseguida descubrió que había otros: se paró en una estación de servicio, unos cientos de metros más allá, y buscó un teléfono público. En tiempos de hipercomunicación, uno de los jefes de la gran organización terrorista que la policía estaba a punto de desenmascarar no tenía siquiera un celular para una urgencia.

"Quería hablar con mi abogado, Claudio Novaro, a ver si me decía qué hacer. Él no estaba; su secretaria me dijo 'bueno, venga a la oficina': no se preocupó nada por el asunto. Pero fue un error mío llamar al abogado, porque tenía el teléfono intervenido. Yo no tendría que haber llamado a nadie, tendría que haber dejado el coche e irme a pie, por el campo, esconderme. Y en vez de eso le dije 'bueno, trato de ir para allá'. Un error gravísimo".

—¿A vos te parece?

—¿Cómo si me parece? Tenía un micrófono así de grande en el coche, no es que me parezca.

—¿A ver? Dejame verlo.

Su viejo amigo Remo era un experto en armas, vivía a unos pocos metros y tenía una historia de militancia de derecha. Pero Silvano pensó que quizá s podía darle algún consejo útil y fue hasta su casa a contarle lo que estaba pasando. Allí pasó más de una hora; la charla fue crispada y Silvano tenía que hacer algo. Decidió volver a su coche y tratar de llegar hasta la oficina de su abogado, en el centro de Turín. Enseguida descubrió que tenía varios patrulleros detrás. Cuando pasó por el pueblo de Chiusa San Michele estacionó frente a un bar y entró a llamar de nuevo por teléfono. Los policías también entraron, las armas en la mano: —¡Quieto, Pelissero! ¡Estás detenido!

Y el peligroso terrorista se entregó sin intentar la menor resistencia. "Me agarraron, me esposaron y me metieron en un patrullero. Nadie me dijo nada", dirá Silvano. "Me llevaron a la comisaría y me dejaron ahí sentado, había uno que me miraba todo el tiempo pero nadie me decía nada: ellos ya sabían todo lo que querían saber".

Después, en las horas y horas y meses y años que se pasaría pensando sobre los hechos de esos días, Silvano Pelissero supondría que quizás los policías esperaron su reacción, su descubrimiento del micrófono, para tener una excusa que les permitiera arrestarlo. Si no, se decía, no tendría sentido que lo hubieran instalado tan mal, que la conexión fuera tan chapucera, que se hubieran olvidado incluso los tornillos tirados en su coche. Aunque aparentemente les habría convenido esperar un poco

más, a ver si conseguían más pruebas, más cómplices, alguna acusación más seria. O quizás lo hicieron mal porque no supieron hacerlo mejor, porque eran simplemente unos ineptos. Eso, pensó, sería más peligroso todavía.

Nunca lo hacía: esa mañana, Soledad Rosas tampoco había leído su horóscopo, que le auguraba "algunos contratiempos durante el fin de semana, que después serán superados si se remedian ciertos errores de juicio y de conducta".

Aquella tarde Soledad estaba tranquila: se había pasado un par de horas cuidando su jardín —que le daba mucho trabajo, que no terminaba de despegar— y estaba a punto de empezar unos ejercicios de yoga cuando escuchó los golpes en la puerta. Eran las ocho; la noche estaba clara.

—¿Quién es?

—Somos compañeros de Boloña.

Le contestaron, y ella abrió. Después lo escribiría: "Abrimos la puerta y treinta tipos con y sin uniforme irrumpieron en nuestra vida". Soledad tardó unos segundos en entender lo que pasaba; después, cuando lo entendió, no entendió lo que estaba pasando. Los policías y los carabineros empuñaban sus armas, corrían hacia todos los rincones de la casa, se tiraban sobre Edoardo y sobre ella, gritaban, gritaban todo el tiempo. Soledad se sentía en otro mundo.

"Era una investigación que venía de lejos. Largo trabajo, el suyo, el de espiarnos días y días, el de vigilar a sus sospechosos", escribirá Soledad desde la cárcel. "Tecnología avanzada, tanta plata —plata de la gente que paga sus impuestos, cómplices/víctimas de esta acción asquerosa—, micrófonos,

cámaras, relevamientos satelitales, seguimientos. Monitoreos sin pausa les habían permitido hace dos meses 'hipotetizar nuestra implicación en por lo menos tres atentados'. Están orgullosos de sus sofisticados medios de investigación. No pensaban arrestarnos todavía, aquella noche del 5 de marzo, querían esperar un poco, así agarraban a toda la 'hipotética' banda".

Edoardo y Soledad quedaron en un rincón, esposados, vigilados por varios policías: se miraban, trataban de darse ánimo con ojos tan desanimados. Soledad pensó que sería un error, que serían unas horas, que ojalá no se enteraran en su casa. Edoardo era más pesimista: ya los conocía. Mientras, dos docenas de agentes de la ley revolvían cada rincón de la Casa ocupada: tras un par de horas dijeron que habían encontrado unos volantes, 19 botellas molotov —que los okupas solían tener para resistir los desalojos—, un tubo de silicona, una impresora, una bengala, algunos libros.

—Ahora van a venir a la comisaría. Y despídanse bien de todo esto.

La Casa Okupada de Collegno había sido ocupada por la policía.

Era jueves. Los jueves a la tarde, en Radio Black Out, la radio rebelde de Turín, los okupas hacían un programa que se llamaba Tuttosquat —igual que su revista. Luca, el marido de Soledad, estaba frente al micrófono cuando lo llamaron para decirle que se había juntado mucha policía alrededor de la Alcova, otra casa ocupada en el corso San Maurizio, junto a los Jardines Reales. Así que decidió usar el poder de la radio: —Compañeros, hay mucha cana frente a la Alcova, tememos que traten de desalojarla. Compañeros, todos los que puedan vayan para allá, hay que

oponerse al desalojo. Compañeros...

Unos minutos después Luca también fue. Lo que vio lo sorprendió: los carabineros tenían rodeada la casa pero no entraban, como si estuvieran esperando algo. Frente a ellos un centenar de jóvenes también se mantenían expectantes: había gritos, provocaciones mínimas. Luca y otros tres se les acercaron para tratar de entrar y les dijeron que no, que tenían órdenes de que no entrara nadie.

—¿Pero qué es lo que pasa, oficial? ¿Qué está pasando?

—No sé, yo cumplo órdenes.

Luca también se extrañó porque no vio a ninguno de los policías habituales: a fuerza de enfrentarse con ellos, los okupas conocían a todos los que se especializaban en okupas, y esta vez no estaban allí.

"Mientras estábamos ahí alguien vino a decir que también estaban frente al Asilo: entonces algunos se vinieron para acá, para el Asilo, donde sólo quedaba uno de nosotros porque todos los demás se habían ido a la Alcova", dirá Luca. "Y acá en el Asilo había un ómnibus atravesado en la calle, cortándola, y policías adentro. Tarzán y yo les dijimos que vivíamos acá y que queríamos entrar para estar presentes en el procedimiento. Entramos, y habían roto vidrios, revuelto todo, despanzurrado muebles, meado los colchones... Después, cuando insistí, me mostraron la orden de allanamiento, donde aparecían las razones: asociación subversiva, armas... No encontraron nada, pero se llevaron cantidad de boludeces: libros, revistas de historietas, máquinas de escribir, una especie de bomba de utilería que estaba colgada en la pared. Hasta encontraron unos gramos de marihuana y no los consignaron: les importaba tres carajos. Era evidente que estaban

buscando pruebas para algo más importante".

—Muchachos, están haciendo mierda todo, se mearon los colchones, nos están reventando.

Gritó Luca: en la puerta ya se habían juntado unos cuantos okupas. El clima se caldeaba. Entonces llegó una cuadrilla de la Municipalidad con instrumentos para tapiar la entrada del Asilo: —¿Pero qué, nos van a desalojar?

—¿Y qué se creían, que les estábamos haciendo la limpieza?

"Mientras, nosotros, en la puerta, escuchamos que los canas estaban atacando la Alcova y salimos todos para allá", dirá Ita, ocupante del Asilo. "Eran como las doce de la noche. La policía ya estaba adentro y nosotros entramos, se armó quilombo: piñas, patadas, y después los carabineros se fueron. Parece que la Alcova no les interesaba; lo que querían era tenernos ocupados mientras revisaban y desalojaban el Asilo".

El Asilo Ocupado también había sido ocupado por la policía.

En la comisaría los mantuvieron separados. Soledad tenía hambre pero no quería pedir nada; pensaba que lo mejor era mantenerse desafiante, disimular cualquier flaqueza, no darse por vencida.

Mientras tanto, en otra comisaría, otros policías volvían a meter a Silvano en un furgón. No le dijeron adónde iba: tras una hora de viaje lo bajaron en la puerta de su casa familiar, en Bussoleno. No eran los primeros en llegar.

"Mi casa era muy grande, una vieja casa campesina, y estaba repleta de policías, carabineros con pasamontañas", dirá Silvano. "Estuvieron un rato haciendo su allanamiento y no encontraban nada: estaban tristes, abatidos. Hasta que de pronto llega Petronzi

contento y grita '¡miren lo que encontramos, el depósito de los Lobos Grises!'". Giuseppe Petronzi era el jefe del grupo antiterrorista de la Digos y, cuando lo escuchó, Silvano creyó que empezaba a entender —y lo que entendió le dio un escalofrío. Todavía trató de mantener cierta elegancia: —¿Qué está diciendo? Vamos, no me haga reír.

"Entonces todos empezaron a gritar sí, lo encontramos, lo tenemos, y se alegraron y seguían gritando, empezaron a llamar por teléfono, llegó otro camión lleno de carabineros", dirá Silvano. "Habían encontrado mis motos, un auto, libros sobre anarquía, el 'laboratorio de los explosivos' —que era mi herbolario —, mi taller de carpintero y herrero. 'Acá hacían los explosivos, acá hacían las bombas', decían, estaban como locos. No había ningún control: ésos pusieron ahí todo lo que quisieron —y ni así fue gran cosa".

A eso de las seis de la madrugada los policías y carabineros cargaron un camión con libros, herramientas, zapatos y las motos de Silvano y se llevaron al detenido con sus pruebas para internarlo en la cárcel de Le Valette. A eso de las seis de la madrugada, en otra comisaría de Turín, otros policías reunieron a Soledad y Edoardo, les leyeron una orden de arresto y los metieron en un celular para llevarlos a la cárcel. En Le Valette, la prisión principal de Turín, cada uno quedó encerrado en una celda de aislamiento. Soledad trataba de no ceder al pánico y se decía que era todo una tontería, un error o una minucia y que a lo sumo en un par de días volvería a la calle. Ni se imaginaba de qué la acusarían.

Los okupas turineses pasaban por el momento más intenso de sus vidas políticas: estaban excitados, no podían parar. Las crisis

son dolorosas pero son, también, el momento en que un movimiento puede sentirse vivo y los squatters, de pronto, habían pasado al centro de todas las miradas. Aunque el precio era alto: por el momento tenían tres compañeros presos y dos casas desalojadas. Pero la pelea recién empezaba.

Al día siguiente, viernes 6, un par de cientos se reunieron frente a la Municipalidad: la manifestación ya estaba prevista porque, ese día, la Junta Municipal discutiría su política hacia los centros sociales, pero su objetivo cambió por los acontecimientos del día anterior. Los okupas cantaron contra los desalojos y las detenciones, tiraron petardos, encendieron bengalas violetas e intentaron cortar una calle, hasta que la policía decidió que ya habían cantado suficiente y los cargaron.

Turín es una ciudad de orden. Habitualmente las autoridades turinesas hacen tales esfuerzos por mantener el centro de la ciudad tan limpio y reluciente que parece difícil imaginar la irrupción de las bestias. Pero por unos minutos algo se quebró. Hubo carreras , palos policiales, piedras anarquistas: los manifestantes dieron vuelta tachos de basura para bloquear el avance de la policía y empezaron a romper vidrieras. La primera en caer, a las cuatro de la tarde, fue la de la peletería Maluian Koko.

—¡Qué bueno, una peletería! Cuando se lo cuente a Sole le va a encantar...

"Tras la enésima provocación, cultura y creatividad metropolitanas explotan en las vidrieras del centro, y cada cual expresa lo mejor de sí", decía un volante anarco días más tarde; "aunque los comerciantes no supieron apreciarlo".

—Esta va a ser una primavera caliente en Turín.

Gritaba desde un parlante un locutor de Radio Black Out. Las corridas duraron media hora y terminaron con diez detenidos, una herida, veinte vidrieras rotas. Al otro día los diarios hablaron mucho de la violencia desatada.

"Algunos vidrios rotos, pintadas en las paredes, vidrieras destruidas y dicen que esto es violencia", escribirá poco después, en un artículo para *Tuttosquat*, Soledad. "Violencia es un desalojo, es un teléfono intervenido, un seguimiento. Violencia es una cárcel donde tratan de matarte todos los días. Violencia es la explotación humana y ambiental, violencia es un juez, un cana, el Estado, el poder".

Mientras tanto, en el Asilo, seis okupas habían entrado por el patio trasero y trepado hasta el techo sin que nadie pudiera detenerlos. Allí desplegaron un cartel que decía "Ocupación de Alta Velocidad"; los policías los miraban desde abajo sin saber bien qué hacer. "Radio Black Out contó lo que estaba pasando y empezó a llegar gente", dirá Luca. "Las puertas del Asilo estaban clausuradas y la policía cercaba la manzana, pero nosotros estábamos en el techo y nuestros compañeros alrededor. Estuvimos así varias horas. Al final, a eso de las doce de la noche, la cana levantó el cerco y pudimos recuperar el Asilo. No sabés el desastre que habían hecho ahí adentro".

—¿Ustedes a esa altura sabían qué había pasado con los tres detenidos?

—Vino el abogado Novaro y nos contó un poco la situación. Ahí todo se mezcla, un gran quilombo: tres amigos arrestados, la casa hecha mierda, grandes polémicas. Algunos dijeron que la represión no tenía que ver con las casas ocupadas sino por el tema de la TAV. A nosotros nos habían reventado la casa, no lo

podíamos creer. Y además esos tres eran ocupantes de casas, vivían en una casa ocupada, eran nuestros amigos, así que los defendíamos como tales, más allá del hecho de que fueran inocentes o culpables en la historia del TAV: eso no nos importaba. Después ellos nos dijeron que no tenían nada que ver con esa historia, pero nosotros, hasta entonces, los habíamos defendido igual. Aun si hubieran sido culpables habríamos estado en contra de su detención.

En la prisión de Le Valette, Soledad y Edoardo, cada cual en su celda de aislamiento, seguían sin saber de qué eran inocentes.

"Nuestro tipo de vida no le gusta al poder, le rompemos las pelotas", dirá Stefano, ex ocupante del Asilo. "Pero siempre dimos muy poco flanco para una represión definitiva. La forma en que vivimos, lo que hacemos, cómo intervenimos en la cuestión social, difícilmente puede ser condenado como violento, malvado... Ocupamos casas que están vacías: puede molestar a algunos pero no es para tanto. Escribimos cosas en las paredes: también puede molestar pero la mayoría lo entiende. En cambio, al interesarse por la cuestión de la alta velocidad y decir que la vía que les parecía mejor para oponerse era la acción directa, la lucha de las bases, ellos dieron un flanco a una serie de acusaciones más pesadas. Era una gran ocasión para los organismos represivos de darle un buen golpe a las casas ocupadas, acusándolas de cosas mucho más graves que las habituales. Aunque ellos no hicieron nada: no hicieron atentados, pero los acusaron de cosas que 'habrían podido hacer'".

A la mañana siguiente, sábado 7 de marzo, los diarios

nacionales y locales lo explicaron con grandes titulares. *La Stampa* daba una buena síntesis; los títulos eran varios: "Golpe en Turín, capturados los ecoterroristas. Los 'Lobos Grises' acusados de los atentados contra los trenes de alta velocidad en el Valle de Susa. Negocios dañados tras la irrupción en los centros sociales". Y el artículo de introducción, en la tapa, daba el tono de lo que diría la prensa en los meses siguientes: "Son anarquistas los 'Lobos Gris es', los ecoterroristas del Valle de Susa que en los dos últimos años se hicieron protagonistas de una serie de atentados contra la alta velocidad. La otra noche los carabineros del Ros y los hombres de la Digos arrestaron a tres de ellos. Se trata de Edoardo Massari, 38 años, un squatter experto en la construcción de explosivos. Con él terminaron en la cárcel el presunto basista valsusino Silvano Pelissero, 37 años. El tercer detenido es María Soledad Rosas, 24 años, argentina de Buenos Aires. Se les secuestró material explosivo. El arresto de los tres desencadenó la reacción de los squatters turineses. Una manifestación de solidaridad frente al municipio se terminó con la carga de la policía. Balance lamentable: los anarquistas destruyeron las vidrieras de una veintena de negocios del centro e hirieron a dos policías. Son siete los arrestados".

La información se desplegaba en las páginas interiores, pero en ese resumen ya había lugar para tantos errores. No sólo que no acertaron ni una edad —Edoardo tenía 34 años, Silvano 36, Soledad 23—, ni que no había expertos en explosivos ni que la reacción de los squatters fue desencadenada por los desalojos de sus casas, que ni siquiera se nombraban. Sobre todo, el diario se hacía cargo, sin el menor signo de interrogación, del discurso policial: "Son anarquistas los 'Lobos Grises', los ecoterroristas del

Valle de Susa...". Los periodistas, a veces, intentan confirmar lo que el poder les cuenta; no fue el caso de éstos, ni de casi ningún otro en Italia en esos días. *La Repubblica*, por ejemplo, titulaba: "Detenidos tres subversivos". No tres sospechosos, tres acusados, tres personas, no: tres subversivos.

Y el tono y las acusaciones se extendían al conjunto de los squatters: sus veinte vidrieras rotas de la víspera eran, según los títulos de los diarios, una "Guerrilla en el corazón de Turín" que consistió en "Dos horas de batalla contra las vidrieras" a cargo de "Malhechores dispuestos a todo" en "Turín a merced de los autónomos".

El clima de desamparo ya estaba creado. Los comerciantes declaraban que las autoridades de la ciudad eran incapaces de defenderlos y "mantener el orden público". Uno de ellos lo explicaba todo: —Tiraron con piedras y palos contra las vidrieras. Rompieron por el gusto de romper, sin ningún motivo.

Ese día el prefecto de Turín, Mario Moscatelli, salió a tranquilizarlos en una entrevista:

—La policía trató de dividirlos, dispersarlos, dejándoles siempre una vía de escape. No queríamos encerrarlos, embotellarlos; en tal caso el encuentro habría sido físico, muy violento. Podía resultar un muerto. Y eso nadie lo quiere.

—Los comerciantes protestan. Cincuenta contra toda una ciudad. Algunos temen que sea un desafío y piden intervenciones duras, capaces de aislar a estos malhechores.

Insistió el periodista de *La Stampa*. Y el prefecto:

—Seguiremos haciendo nuestro deber. Dentro de dos meses, en mayo, espero, instalaremos algunas cámaras de video en los puntos neurálgicos de la ciudad. Será un experimento piloto para

toda Italia. Sabremos dar una respuesta al pillaje, al vandalismo y a la delincuencia. Pero respetando la ley, sin caer en la emotividad.

Las cámaras, el control social reforzado, es cierto, no son reacciones emotivas: son pura lógica de Estado.

Ese sábado los responsables de la operación policial anunciaron, en una conferencia de prensa, sus éxitos antiterroristas. Los dos fiscales a cargo de la investigación, el adjunto Maurizio Laudi y el sustituto Marcello Tatangelo, explicaron que estaban seguros de que los tres acusados pertenecían a los Lobos Grises.

—Fue una investigación larga y laboriosa. No tuvimos ayuda de ningún colaborador y menos de infiltrados; usamos instrumentos extremadamente sofisticados, como grabaciones ambientales y seguimientos.

Dijo Laudi. Maurizio Laudi era un fiscal de origen izquierdista que se había reconvertido: Pasquale Cavaliere, el jefe del Partido Verde piamontés, solía quejarse de que cada vez que presentaba una querella contra un industrial que poluía o envenenaba a sus obreros con alguna sustancia, se chocaba con Laudi que conseguía exculparlos. Después Laudi dijo que la captura de los tres anarquistas estaba prevista para más adelante, pero tuvieron que adelantarla porque Pelissero descubrió aquel micrófono.

—Tenemos hallazgos de tipo documental que prueban su pertenencia a los Lobos Grises.

Dijo Laudi, aunque aclaró que no tenía "elementos para ligar directamente a los tres a la ejecución de los atentados". Y explicó que "dos centros sociales de Turín fueron allanados sólo por el

hecho de que eran habitualmente frecuentados por los tres arrestados y que en algunos casos partieron de allí para realizar los atentados" —aunque no aclaró cuáles, teniendo en cuenta que no tenía elementos para ligarlos. Al final, Laudi soltó la frase que todos retendrían: —No tenemos pruebas de que los arrestados hayan participado en los atentados más graves, pero tenemos la certeza granítica de su participación en los episodios menores.

Se refería sobre todo al incendio de la Municipalidad de Caprie, pero lo que quedó fue el carácter granítico. Al día siguiente todos los diarios titularon "Existen pruebas graníticas": la frase hizo fortuna y la certeza quedó establecida. Todos lo saben: el trabajo de los jueces y los diarios consiste en proclamar la verdad.

Todavía, a cinco años de su última supuesta bomba, nadie sabe quiénes fueron los "Lobos Grises" italianos. Ya desde el nombre, la supuesta organización era confusa: la referencia a los lobos suena más a fascismo que a anarquía, y el color gris no suele ser reivindicado por ecologistas o por ácratas. Para colmo ya existían unos Lobos Grises: el peor antecedente posible. Los Lobos Grises fueron un grupo neofascista turco formado a fines de los sesentas y liderado por un conocido colaborador de los servicios secretos, Abdullah Catli. Durante los setentas sus cachorros mataron a cientos de estudiantes, abogados, periodistas, sindicalistas y otros militantes de izquierda; siempre se los supuso protegidos por la CIA y el agregado militar americano en Ankara.

Los Lobos tuvieron un momento de gloria mediática. Su operación más conocida fue muy conocida: el 13 de mayo de 1981 uno de sus militantes, Mehmed Ali Agca, disparó contra el papa Juan Pablo II en la plaza de San Pedro. Ya entonces el nombre

Lobos Grises había quedado muy ligado con lo más bruto de la extrema derecha.

Pero si faltaba algo, la cuestión terminó de aclararse en noviembre de 1996, cuando un tal Husseyin Kocadag, jefe de la policía secreta turca, se mató en un choque de autos. Junto con él murieron Abdullah Catli, ya entonces buscado por asesinato y tráfico de drogas, y su novia Gonza Uc, una ex reina de belleza vinculada con la mafia. Saltó el escándalo: la policía dijo que su oficial estaba trasladando a dos presos, pero la mentira duró poco. Catli llevaba armas policiales, un paquete de cocaína y seis documentos de identidad con nombres diferentes. Su relación con el gobierno quedó clara: el ministro del Interior tuvo que renunciar y la historia se publicó en todas partes. No habría sido lógico que un grupo de anarquistas p iamonteses retomaran el nombre de esos parapoliciales para reivindicar sus acciones "ecoterroristas" en el Valle de Susa.

—Yo nunca pude saber si los Lobos Grises existen o existieron. Lo único que sabemos es que alguien hizo volantes y los firmó Lobos Grises...

Dirá mucho después Luca Bruno, viudo de Soledad.

—¿Pero ustedes supieron de alguna otra presencia de este grupo, los conocieron, supieron algo más?

—No. Nunca supimos nada sobre ellos. Además vos escuchás Lobos Grises y pensás ah, son fascistas. Y si leías sus volantes estaba claro que no eran anarquistas. Tenían detalles racistas: en uno de sus volantes, por ejemplo, pusieron "afuera los meridionales del Valle de Susa". No podían tener nada que ver con nuestras ideas, eso está muy claro. Muy muy cla ro.

El otro éxito mediático de la acusación fue la imposición de la palabra "ecoterroristas". La palabra parece, a primera vista, levemente contradictoria, y fue inventada por los enemigos de los grupos a los que supuestamente define: he buscado mucho pero no encontré ningún grupo que se llame a sí mismo ecoterrorista. De hecho juntar la palabra eco y la palabra terrorista es un gran argumento contra cualquier demanda ecologista.

Lo más parecido a un grupo ecoterrorista sería el Earth Liberation Front, una organización de origen americano que consiste en una serie de células totalmente independientes entre sí —sus miembros no se conocen para garantizar su seguridad. El ELF dice que el propósito de sus acciones es "infligir daños económicos a los que se aprovechan de la destrucción y explotación del medio ambiente; revelar las atrocidades cometidas contra la tierra y las especies que la pueblan; tomar todas las precauciones necesarias contra el daño a cualquier animal, humano o no humano". En los últimos cinco años —dice el ELF— sus células llevaron a cabo atentados por unos treinta millones de dólares contra este tipo de objetivos.

"Cualquier acción directa para parar la destrucción del medio ambiente que adhiera a nuestros estrictos parámetros de no-violencia puede ser considerada una acción del ELF. El sabotaje económico y la destrucción de propiedad privada están incluidos en esos parámetros. No hay forma de contactar al ELF de su zona. Cada persona consciente debe tomar su resposabilidad para detener la explotacion del mundo natural. Ya no se puede seguir pensando que alguien otro va a hacerlo. ¿Quién, si vos no? ¿Cuándo, si no ahora?".

Aquel sábado 7, en la cárcel de Le Valette, la jueza de instrucción Fabrizia Pironti le comunicó por fin a Soledad los mo tivos de su arresto. La acusación principal era la asociación subversiva con finalidad de terrorismo y de subversión del orden democrático —según el 270 bis del Código Penal, un artículo creado por Mussolini y eliminado tras la Liberación, que el Estado it aliano reflotó en los setentas para combatir a las Brigadas Rojas. Ese artículo dice que "cualquiera que promueva, constituya, organice o dirija asociaciones que se propongan el cumplimiento de actos de violencia con fines de subversión del orden democrático será castigado con reclusión de siete a quince años. Y el que participe en tales asociaciones será castigado con reclusión de cuatro a ocho". Soledad, Edoardo y Silvano también serían acusados de pertenencia a banda armada, tenencia de armas y explosivos y documentos falsos, del incendio de la Municipalidad de Caprie y de varios hurtos y tenencia de material robado.

Cuando Soledad conoció los motivos de su arresto empezó a entender, poco a poco, que no saldría en unos días. Aunque, al principio, la idea le sonaba ajena: era algo que le estaba sucediendo pero no parecía real. Ese mismo día escribió su primera carta desde la prisión a sus compañeros del Asilo: "Queridos amigos, disculpen por cómo les escribo, no sé si entenderán bien esta mezcla de italiano y español, ahora tengo tiempo de aprender bien, voy a pedir un diccionario, así por lo menos no me equivoco al escribir. ¿Cómo están? Espero que bien, me jodió tanto escuchar que quisieron desalojar el Asilo, pero ellos no saben que ese lugar no se toca, el Asilo tiene vida propia, esa cocina llena de sol y plantas. Son todos ustedes los que le dan esa cosa especial. Yo estoy bien, más fuerte que nunca, y llena de

paciencia. Me jode no poder concretar tantos proyectos lindos como tenía, quería tocar el bajo, ocuparme del huerto, llenar la casa de girasoles, la Casa empezaba a brillar, su corazón empezaba a latir fuerte, casi como el Asilo.

"Y ahora que empieza a hacer calor, qué lindo. Resistí todo el invierno, algunos me decian 'ya vas a ver que cuando emp iece a hacer frío te vas'. Imagínense si el frío me va a condicionar. Y ahora que hacer calor tengo que estar acá. Pero resistiré hasta la victoria, lucharé. Pero cuando veo el sol pienso que es el mismo que los calienta a ustedes y siento que así estamos en contacto.

"¿Escucharon de qué nos acusan? Yo no entiendo cómo es posible que por un taladro y unos tubos digan que somos ladrones, cuando ellos roban con corbata y guantes blancos. No entiendo cómo estamos acusados de banda armada, cuando son otros los que andan con pistolas y tienen licencia para matar, pero ellos lo hacen por 'el orden de la sociedad'. Ví una cosa que dice que somos terroristas, me parece que se equivocan. Aquí somos amantes de la libertad y luchamos por ella.

"No sé si esta carta llegará, o cuándo. Mientras tanto estoy completamente aislada. Pero los telegramas llegan. Querría tanto saber algo de Baleno, no sé si podré escribirle, si pueden diganle que estoy bien y que lo quiero mucho, pero mucho. ¿El Druida? A él también lo recuerdo mucho, tengo lindos recuerdos de él. No se preocupen por mí, todavía tengo un poco de plata, pero pienso que Baleno no tiene mucha. El problema es que nosotros dos tenemos que comprar casi toda la comida, acá todo tiene carne y atún, y las cosas personales tipo compresas, sobres, estampillas, todo es caro, la puta madre.

"Amigos, hagan cosas lindas y pasenla bien, no se preocupen ni

se peleen por estupideces, desde acá adentro les puedo decir qué linda es la vida y cuánto más linda la libertad. ¡Si tienen eso, tienen todo!", escribía Soledad y, después de los besos y saludos, pedía a sus compañeros un favor: "Nunca me gustó pedir nada, pero esta vez no me queda otra. Querría sólo dos cosas. La primera un libro de yoga, ahora nuestro profesor no está más por un tiempo. Y el yoga me hacía mucho bien. Y la otra cosa es un poco ridícula pero muy significativa para mí. Yo planté cuatro árboles en la Casa y parece que no va a llover por unos días. Dos árboles estaban a la izquierda de la casa, otro enfrente detrás de los pinos y otro en la esquina del fondo a la derecha. También había rosas y otras flores. Si es mucho trabajo no lo hagan, pero si pueden denles un poco de agua. Pienso que sin agua sufren mucho".

2. LOS MISTERIOS DEL VALLE

El Valle de Susa es un pasaje casi idílico que empieza unos kilómetros al norte de Turín, ancho, plano, y se va encerrando y escarpando hasta que llega a la frontera con Francia y las alturas de los Alpes. En su inicio, cerca de la ciudad, están las fábricas; en el final, cerca de las cumbres, una de las mayores estaciónes de esquí de Europa: entre ambos, unos 85.000 habitantes que se reparten en un corredor de prados, bosques, nieves por donde pasaron, de Aníbal en más, todas las invasiones: Alarico, Carlomagno, Barbarroja, Napoleón y siguen firmas.

El valle tiene, en el final del recorrido, menos de dos kilómetros de ancho. Visto desde el tren, Susa es un valle rebosante de muchas casas, cables de alta tensión, una autopista y un par de carreteras menores; visto desde la autopista, un valle saturado de un par de carreteras, muchas casas, cables de alta tensión y una línea de tren; visto desde una casa cualquiera, un valle atiborrado de cables de alta tensión, una autopista, muchas casas, una línea de tren y un par de carreteras subalternas. También hay, por supuesto, galpones, talleres, alguna fábrica pequeña. Dicen que solía ser un espacio campesino y salvaje:

ahora hay que esforzarse para imaginarlo. Esto es Italia y no hay, creo, en el mundo, ningún país donde la naturaleza esté tan llena de civilización como en Italia.

El valle de Susa siempre fue un lugar de paso, y los lugares de paso son confusos. Después de los grandes conquistadores llegaron los pequeños ventajeros: los pasos del Valle sirven ahora para los contrabandos más variados —desde drogas y armas y dinero sucio en tiempos de paz hasta partisanos y fugitivos en tiempos de guerra. El valle es un venturoso colador y, no sólo por eso, en Italia se lo ha llamado Valle de los Misterios.

En los últimos treinta años esos misterios fueron muy variados. A fines de los sesentas el Valle fue escondite más o menos público de varios campos de entrenamiento de los neofascistas de Orden Nuevo; a mediados de los setentas uno de sus pueblos, Bussoleno, produjo el grueso de Primera Línea, un grupo de la izquierda armada. Y todo el tiempo los servicios, los traficantes, los corruptos. Una de las comunas de la región, Bardonecchia, es la única del norte de Italia que fue intervenida por sus conexiones con la mafia: en este caso, los calabreses de la 'ndrangheta.

A principios de los ochentas, una compañía privada con participación estatal empezó la construcción de la bruta autopista que uniría Turín con Lyon a través del valle y el paso alpino del Fréjus. La Società Italiana Trafori e Autostra de Fréjus —SITAF— es un negocio opulento con cuentas poco claras. Las obras costaron unos mil millones de dólares —con gran parte de aportes estatales — y su administración ya causó quince investigaciones por corrupción, construcciones abusivas y espionaje.

La SITAF tiene una influencia comprensible sobre todo lo que pasa en el Valle: algunos dicen que los medios para mantenerla no

siempre son los más legales. Entre ellos un ex policía antiterrrorista y consejero provincial neofascista, Germano Tessari, que la denunció en 1992 para aceptar, en 1995, el puesto de jefe de seguridad de la compañía —tras el hallazgo, en un túnel de la autopista, de cien kilos de explosivos.

Uno de los amigos y colaboradores de Tessari se llamaba Gianfranco Fuschi. La primera vez que habló con la dueña de una armería del Valle, Luisa Duodero, le dijo que trabajaba en los servicios secretos civiles —Sisde— y que necesitaba comprarle centenares de armas "que, por supuesto, no quedarían registradas en ninguna parte". Le explicó —contó después la armera— que las necesitaba para darles a los carabineros algunas pistolas sin registro y, sobre todo, para tener armas que pudieran ser "encontradas" en ciertos procedimientos policiales. En el Valle de Susa siempre hubo mucha policía porque era una frontera muy permeable –"estratégica", según el gobierno italiano. Pero esa policía tenía que justificar su existencia con ciertos logros: hacer detenciones falsas que le permitieran no hacer las verdaderas.

La armera contó, en su juicio, que fue a consultar a Tex Tessari —todavía oficial de carabineros— y que el hombre le dijo que estaba todo bien. Y que después consultó a su cura confesor, el párroco de Susa, que le dijo lo mismo. Así que le entregó 397 pistolas truchas a Fuschi. Que, unos años más tarde, sería denunciado por su ex jefe y amigo Tex por una serie de homicidios: se habían peleado por un par de traiciones, nada grave. Fuschi, desolado, se disparó una bala de 38 en el baño de un tribunal de Turín, pero sobrevivió y empezó a hablar hasta por los codos: se hizo cargo de once muertes "ordenadas por los servicios" y, por si no le creían, contó una: cómo había matado —

para practicar— a un campesino con un tiro de un calibre 22 tan sutil que la muerte se había archivado como infarto. La exhumación probó que decía la verdad. Después el ex servicio se adjudicó un par de atentados "ecoterroristas" contra las líneas de alta tensión que traían desde Francia la electricidad producida por la central nuclear Superphenix: dijo que se los había encargado su jefe operativo. Las declaraciones de Fuschi terminaron de confirmar la rara maraña de servicios, mafia y ultraderecha que actuaba en el Valle. Todo esto para decir que el Valle de Susa no necesitaba un Tren de Alta Velocidad para llenarse de misterios. Pero la abuela tuvo cría.

El proyecto del Tren de Alta Velocidad —TAV— que ligaría Lyon y Turín a través del paso de Fréjus fue lanzado a fines de los ochentas en el marco de los proyectos de la Comunidad Económica Europea para llenar el continente de trenes velocísimos. En 1991 se constituyó la TAV, una sociedad con 40 por ciento de capitales estatales y 60 por ciento de privados: la Fiat, el IRI —Istituto per la Ricostruzione Industriale— y el ENI —Ente Nazionale Idrocarburi—. Unos años después, el Estado se haría cargo de todas las inversiones y dejaría a sus socios la administración de los trabajos y las ganancias correspondientes. La línea, de unos 250 kilómetros, debería costar alrededor de 7.000 millones de dólares.

Los argumentos oficiales eran tremendistas: "Es una obra vital para el desarrollo de Turín y el Piamonte", dijo el intendente turinés, Valentino Castellani; "sin ella quedaríamos fuera de Europa y el Valle de Susa sería cancelado". Sin el TAV, decían, se perderían cientos de miles de empleos. Su viabilidad y su

necesidad económica se discutieron y se discuten mucho. Críticos independientes dicen que el negocio sería inviable si no fuera porque las empresas participantes consiguieron que el Estado les garantizara con sus propios fondos unas ganancias imposibles. Y que el proyecto es de una oscuridad utilísima para repartir prebendas y donaciones a amigos y aliados. Pero, además, la mayoría de los valsusinos rechazó desde el principio esta nueva irrupción en su territorio.

Tenían, por variadas razones, mucho miedo. Los trabajos durarían más de una década, obligarían a demoler unas dos mil casas y perturbarían su vida durante todo ese tiempo: para terminar en una situación todavía peor, imaginaban. Parte del trayecto iría por la superficie: agregaría un tajo más al espacio repleto del Valle, lo cortaría en dos, lo poluiría y, sobre todo, lo llenaría de un ruido que los expertos consideran intolerable: unos 200 decíbeles, un batifondo semejante al de un avión aterrizando. "Es un ruido neurotizante", dijo el profesor Chiocchia, especialista del Politécnico de Turín; "si se cría a un chico cerca de una línea de alta velocidad seguramente será retardado".

El resto pasaría por un tremendo túnel bajo el monte Moncenisio: el más largo del mundo, 52 kilómetros, 3.000 millones de dólares. El túnel tendría menos influencia en el medio ambiente, pero su construcción —suponían los críticos— desviaría todos los cursos de agua subterráneos que alimentan el Valle y produciría sequías e inundaciones incontrolables. Además, esas profundidades montañosas son ricas en uranio radioactivo y los escombros extraídos contaminarían bosques y prados. Los lugareños también se quejaban de que no obtendrían ningún beneficio de ese "progreso" que acabaría con su hábitat: si

terminaban por construirlo, el supertren no haría más que pasar por ahí.

Por eso los municipios, asociaciones de vecinos, ciudadanos se opusieron al proyecto casi desde el principio. Los ecologistas, por supuesto, estaban a la cabeza, y algunos de ellos tenían críticas más ideológicas: decían, sobre todo, que era una nueva "falsa necesidad" creada en nombre del progreso y destinada a mantener en marcha la máquina capitalista.

"La desertificación del campo, el amucharse en las periferias sin nombre y en ciudades invivibles, la vida totalmente dominada por los imperativos económicos, el tiempo libre y la diversión transformadas en mercadería, el creciente sentimiento de la absurdidad de una vida semejante y la continua fuga hacia adelante para tratar de olvidarlo, son la suerte común de nuestra época. El transporte rápido de las mercaderías y los hombres era una exigencia esencialmente económica y se volvió un fin en sí: las exigencias funcionales de la vida estereotipada de los dirigentes, mediadores y cortesanos de esta movilidad mercantil se impusieron al conjunto de la población como necesidades dominantes. El único interés general que merece ser discutido en este fin de siglo es la tentativa de poner fin al saqueo de la vida, y no la de ganar unos minutos. Y el único crecimiento que vale la pena afirmar es el de la existencia humana, el único que permitirá salir de esta oscura prehistoria económica. Nadie se escapa del desastre. Aunque no todos vivamos junto al recorrido del TAV. Todos vivimos a lo largo del trayecto de la economía", decía un folleto que circulaba en los ambientes anarquistas italianos a mediados de los noventas.

Y otro suponía que "el placer de viajar percibido como un descubrimiento es una cosa, la obligación de desplazarse lo más rápido posible es otra. Los TAV no son más que la respuesta a esta falsa necesidad de recorrer el mayor espacio posible en el tiempo más breve. ¿Pero de qué espacio y tiempo están hablando? ¿De un ir y venir masturbatorio de Turín a París y de París a Milán, cada uno agarrado a su agenda, seguro de encontrar la misma comida trucha, la misma bebida insípida, el mismo aburrimiento que habría podido encontrar en la estación de partida? Con el TAV se podrá alcanzar, tras fastidioso viaje, la misma coca y la misma hamburguesa en cinco horas y no en diez (...).

"Los que lamentan que el TAV destripe las montañas, devaste los prados, seque los geranios en las ventanas y las tierras a su paso, tienen razón, pero hay mucho más. No se trata sólo de un ataque contra la vida de algunos sujetos, sino contra el sentido mismo de la vida. Progreso, economía y producción, 'optimizar' los recursos humanos, son versos que se mantienen para hacer funcionar el sistema, para una masa crédula, miedosa, que no se atreve a liberarse. Como el capitalismo nos lleva al precipicio, hay que hacerlo descarrilar".

No eran éstos, en general, los argumentos de los valsusinos que protestaban de tanto en tanto contra los avances —no muy efectivos— del Alta Velocidad: la cosa, por el momento, seguía en estudios y proyectos y los campesinos del valle se quejaban de la amenaza contra su hábitat y sus costumbres ancestrales y, de vez en cuando, organizaban una pequeña marcha o un petitorio muy civilizado que nunca pasaba a mayores.

Los diarios y noticieros solían dar, en cambio, bastante espacio a los trece atentados que tuvieron lugar en el Valle entre agosto

de 1996 y noviembre de 1997. Reducir la oposición al TAV a la colocación de algunas bombas era la mejor forma de criminalizar a cualquier opositor. Y, para eso, nada mejor que "descubrir a una peligrosa organización terrorista" y cargarla con el peso de esa oposición.

Es curioso: en las copiosas grabaciones policiales —en casi mil páginas de intensísimo espionaje — Soledad, Edoardo y Silvano no hablan casi nunca del tema del TAV y el Valle de Susa. Es más: ya vimos que en uno de esos diálogos Soledad Rosas no recordaba siquiera cuál era el valle de donde venía Silvano Pelissero, el valle cuya preservación pedía, a golpe de explosiones, su supuesto grupo terrorista.

3. LA PRISIONERA

El martes 10 de marzo a las siete de la mañana, tras cuatro días de detención, una guardiacárcel despertó a Soledad de un grito destemplado: —¡Rosas, arriba! Vamos, rápido. Vestite bien, que te llevan al tribunal.

—¿Bien qué quiere decir? ¿Como ustedes?

A esa misma hora, en la sección masculina de la misma cárcel, Edoardo se despertó con gritos parecidos. A esa misma hora, en la cárcel de Cuneo, Silvano era embarcado en un furgón policial que lo llevaría hasta el Palacio de Justicia de Turín. "Yo había estado incomunicado, no tenía ninguna información sobre lo que estaba pasando, no me dejaban escuchar la radio, ver la televisión, leer diarios, nada", dirá Silvano. "Nadie me decía nada. Lo único que supe fue que un guardia me dijo que en la radio estaban hablando de nosotros, pero yo no les preguntaba nada, porque sé que sólo te contestan mentiras, es mejor no preguntar, hacerse el indiferente, hacer un poco de gimnasia". Esa mañana *La Repubblica* informaba con su aplomo habitual: "Siguen en la cárcel los tres 'lobos grises'". Esa mañana Fabrizia Pironti, la jueza de instrucción, les tomaría la primera declaración: —¿Nombre?

—María Soledad Rosas.

—¿Nacionalidad?

—Argentina.

—¿Edad?

–23 años.

—¿Estado civil?

—Solt..., digo: casada.

El interrogatorio fue formal: en realidad, la jueza no quería preguntarles nada y se limitó a "establecer sus identidades". Pero después de las preguntas a cada uno debía comunicar oficialmente los cargos a los tres acusados. Para eso los convocó a su sala.

—¡Entran los detenidos!

Cuando vio a Edoardo, Soledad tuvo que reprimir un sobresalto: su primera reacción había sido correr hacia él, abrazarlo, besarlo, pero los guardias lo impedían. Se miraron y le impresionó la cara de su hombre: lo veía abatido, oscuro, desesperanzado.

—Sole, ¿cómo estás?

Le preguntó Silvano.

—Bien, estos mierdas no me van a asustar.

"Ella estaba dura, combativa", dirá Silvano. "En cambio, Edoardo no decía nada. Soledad iba muy mal vestida pero alegre, entera, y Edoardo estaba muy deprimido, casi al borde del llanto".

Soledad contuvo un gesto y la jueza empezó a leerles la acusación. Eran los mismos cargos que ya les habían adelantado, salvo el de banda armada: como no habían encontrado ningún arma de fuego, los fiscales no tuvieron cómo sustentarlo y la jueza no lo admitió.

"La Pironti, con esa cara de mosquita muerta, nos hablaba como si fuéramos unos incapaces, como si ella fuera un ejemplo de persona y nosotros unos pobrecitos", escribiría Soledad más tarde. "Siempre con esa sonrisa falsa, detrás de la cual se esconde la masacre". Ese día Soledad conoció también al abogado de los squatters turineses, Claudio Novaro: "Cuando hablaba con la jueza se reía y tenía la espalda curvada, parecía un nene chiquito delante de un monstruo, de un gigante".

El abogado Novaro estaba preocupado por los cargos, aunque rechazaba la asociación subversiva: "Incluso una asociación que, hipotéticamente, se propusiera hacer atentados contra el tren de alta velocidad no podía ser acusada de intentar la 'subversión del orden democrático', porque no pretendía de ninguna manera acabar con el Estado para construir otra forma de Estado, no quería subvertir o cambiar el orden democrático". Dos años antes Novaro había defendido a Silvano y Edoardo en un juicio por la rotura de unas vidrieras y consiguió la absolución: los policías denunciantes dijeron en su parte que los habían detenido in fraganti a las doce y media de la noche y después, ya en el tribunal, declararon que todo había sucedido a las cuatro de la mañana. Entonces el juez les preguntó si estaban seguros que era a las cuatro y el policía contestó que sí; pero usted escribió que era a las doce y media. Y bueno, me habré equivocado. El fiscal tuvo que retirar la acusación. Pero este asunto era muy otra cosa: —Creo que la fiscalía está agigantando una cuestión que presenta, como máximo, hechos individuales. Además, Pelissero sabía que lo tenían bajo vigilancia y no parecía preocuparse. Es un signo de que no tenía nada que esconder.

Dijo aquel día el abogado Novaro, que siempre pensó que la

detención y acusación de Soledad tenía una razón casi banal: la ley italiana, cuando define asociación subversiva, establece que se necesitan por lo menos tres integrantes para constituirla; con Edoardo y Silvano no alcanzaba. Y, aunque ella ni siquiera estaba en Italia cuando se produjo la mayoría de los atentados, tuvieron que incluirla.

A Soledad, por el momento, le importaba más ganar unos minutos para estar con Edoardo. Pero su encuentro fue muy breve: estaban rodeados de demasiada gente y no pudieron decirse casi nada. Cuando los policías los volvieron a esposar para devolverlos a la cárcel les permitieron despedirse con un beso veloz.

"Edo, ¿cómo estás, cariño?", empezaba Soledad su carta del sábado 14, con sus corazoncitos dibujados.

"Casi empiezo a escribir en argentino, disculpame, sucede que me mandaron carta de la Argentina, de mi mamá, y del Asilo me la mandaron acá. En casa por suerte no saben nada, esperemos, a menos que escriban algo en los diarios de allí. Por suerte hoy me han dicho que puedo llamarlos. Novaro parece que se mueve. Toda nuestra esperanza está en sus manos.

"Yo hago mucha fuerza, mucha visualización. Nos visualizo a nosotros tres libres paseando por algún lado, y a nosotros dos nos veo juntos en aquella playa, desnudos, tan juntos. Logro sentir el perfume del mar, el sonido de las olas que golpean en las piedras, el viento suave ligero, el sol caliente en nuestra cara. Yo agarro tu cara con mis manos y después las paso por tu espalda. Vos me agarrás fuerte, me apretás, nos besamos, reímos, somos felices. Yo tengo mucha fe en las visualizaciones, creo que funciona,

seguro que sí, esto sucederá, antes o después sucederá, el mar nos espera y nosotros debemos tener mucha fuerza, paciencia, paz y todo lo demás, pero también memoria. Esto no lo olvidaré nunca más ni quiero olvidarlo y después te explicaré por qué. Me vienen a la cabeza tantos recuerdos bellos pero cuando llegan prefiero dejarlos dormir porque si no, lloro. Sólo quiero pensar en el futuro. Espero que este presente pase rápido, muy rápido, pero hay muchos recuerdos bellos, mi amor.

"Una cosa buena: hoy me trajeron una sartén y la pasta integral. Pienso comer ensalada de zanahorias y pasta con aceitunas cortadas chiquititas y un poco de aceite. Acá no podemos hacer más que charlar y fumar algún cigarrillo, yo ahora fumo dos o tres por día. Fumaría más pero no quiero arruinarme. Ayer hice una hora y media de yoga, hoy también lo haré y así todos los días, incluso respiración. Trato de hacerlo a las dos o tres de la mañana, cuando nadie me rompe las pelotas. Sería genial a las seis de la mañana pero a esa hora hace mucho frío. Normalmente me despierto a esa hora, por el frío, pero me quedo en la cama hasta las ocho, ocho y media. Estoy escuchando la radio, la manifestación, dicen que hay 700 personas, ¡cuántos! Se ve que la gente está muy hinchada las pelotas. Se dice incluso que el intendente quiere pedir firmas de la gente para vaciar todas las casas ocupadas.

"Y decime, ¿tu mamá fue a verte? Espero que sí. Yo tengo mucha nostalgia de mi mamá, ahora que estoy acá adentro. Ojalá mañana pueda hablar con ella, sólo que se necesita un traductor, imaginate. Pienso decirle que estaré en la montaña por algún tiempo y que por eso no podré llamarla mucho en el futuro.

"Tanto amor tira abajo todas las paredes. Si la historia la

escriben los que ganan, eso quiere decir que hay otra historia, la verdadera historia, quien quiera oír que oiga", terminaba diciendo, en castellano, y unas palabras sueltas: "Fuerza, lucha, moral alta, dignidad, meditación". Y los dibujos de un solcito con un arcoiris —en italiano arcoiris se dice arcobaleno—, y un pronóstico final: "Y un día brillaremos mucho más".

Aquel sábado Soledad escuchaba en Radio Black Out el relato de la manifestación que pedía su libertad, junto con la de Edoardo y Silvano. Estaba aprendiendo un papel nuevo, tan inesperado: el de Enemigo Público Número 1.

Para muchos era la encarnación del mal: una extranjera, una sudaca, que se había implicado con esos terroristas. Un "Comité anti-squatter" —Comitato Spontaneo dei Cittadini per Torino Citta Sicura — recientemente formado con apoyo de los partidos de derecha explicaba sus razones. Lo comandaba el hijo del dueño de una gran tienda de electrodomésticos con muchas sucursales: —El hallazgo reciente de mecanismos explosivos ha confirmado la imposibilidad material de controlar esas estructuras ilegales. Es peligroso seguir tolerando su existencia.

En la ciudad los honestos comerciantes no paraban de quejarse de los squatters:

—Tenemos miedo. Ese adoquín que rompió la vidriera podía haber matado a alguno. ¿A quién tenemos que pedirle que nos cuide? Los políticos y las fuerzas del orden se tiran el asunto como una papa caliente.

Y los medios seguían el linchamiento: "Confirmado el arresto de tres ecoterroristas", informó *La Repubblica*; "Los tres estaban listos para nuevos atentados", tituló *La Stampa*; "En los centros

sociales están las pruebas de los atentados", reveló *Il Giornale*. Y el jueves 13, cuando aparecieron en Bussoleno unas pintadas pidiendo la libertad de los presos, *La Stampa* lo explicó: "Los Lobos Grises reaparecen en el Valle de Susa".

Los okupas intentaron un contraataque. El sábado 14 se juntaron en el Balon y salieron en manifestación por la ciudad: eran unos mil y, a su paso, los comerciantes cerraban ostensiblemente sus cortinas metálicas. Pero no hubo ningún incidente. Mientras marchaban repartían un volante: "Somos santos, pero no queremos mártires". El volante decía que la Municipalidad, propietaria de las casas ocupadas, había intentado "aprovechar las turbias operaciones policiales de estos días para cerrar tres de ellas. No lo logró, pero la vanguardia de la gente de pro sigue proponiendo una operación de limpieza ante la llegada de peregrinos, santopapa y sudario. O incluso del próximo circo. La magistratura vende buzones, la prensa — servicial y servil— los hace creíbles: corta y confecciona sobre los squatters un estereotipo idiota. ¡No crean en los medios! Toda nuestra solidaridad a Silvano, Edoardo y Soledad. Libres enseguida. Todos libres". La firmaban el Asilo, el Barocchio, la Alcova y otros lugares ocupados.

Soledad había seguido la manifestación por la radio. Encerrada en su celda, sin la menor idea de qué sería de ella, también aprendía otro papel aún más inesperado: el de heroína.

O algo así. Lo cierto era que todos esos anarcos y okupas gritaban por ella: ella —con sus dos compañeros— era la razón de que todos ellos estuvieran esa tarde en las calles de Turín, y era una situación que jamás se habría imaginado. En algún sentido, pensó, la cárcel era una especie de medalla: al tenerme acá

adentro me están diciendo que los molesto, que no pueden dejarme en libertad. El Estado italiano la había convertido en uno de sus enemigos más temibles; sus compañeros, en un estandarte. Aunque tampoco se engañaba: sabía que había algo más, que su amenaza no era tanta. Y, al mismo tiempo, ese nuevo papel la cargaba de responsabilidades: tendría que estar a la altura, aprovechar las miradas que se centraban en ella para hacer y decir cosas que favorecieran al movimiento; no podía desaprovechar su oportunidad, debía estar a la altura de los temores enemigos. No sería fácil, pero lo intentaría.

"Queridos amigos: muchas gracias por todo el amor que me dan. No tengo palabras para expresar todo lo que siento acá adentro, bronca, mucha bronca", empezaba la segunda carta de Soledad a sus compañeros del Asilo, la que escribió aquel sábado. "Bronca, pero también mucho mucho amor por todo lo que están haciendo por nosotros. En este lugar de mierda la policía te hace sentir chiquita, casi inexistente. Pero uno es tan grande como el enemigo que elige para combatir. Por eso todos nosotros somos grandísimos, somos gigantes. Y yo acá adentro me hago cada día más grande, más dura y, lo digo con todas las letras, cada día me hago más rebelde.

"Esta es la razón de mi vida.

"¿Y ustedes? ¿Cómo están? Sean fuertes, muy fuertes, porque la represión crece cada día, pero nosotros también crecemos, vamos siempre más adelante que ellos. Nosotros somos gente libre y estamos tanto más adelante porque somos capaces de vivir sin leyes, nadie debe decirnos qué debemos hacer, nosotros sabemos perfectamente qué cosas debemos hacer y qué cosas no.

Pero ellos hacen las cárceles porque temen que su imperio se venga abajo, entonces te encierran por la fuerza y gracias a todos sus cómplices. Bastardos.

"Amigos, ahora querría decir cosas que nunca les dije, ustedes son la primera razón por la cual decidí quedarme acá en Italia. Me dieron tanto, quizás ustedes no lo saben, pero para mí son todos muy especiales. Yo nunca había estado tanto tiempo lejos de Buenos Aires, de mis amigos, de mi familia. Pero acá encontré otras cosas más fuertes, y la voluntad de crecer, de conocer.

"Yo sé que a veces ustedes me veían y no sabían qué decirme, yo tampoco, pero las palabras no siempre son necesarias. La gente se siente en la piel. Al menos yo lo siento así. No por casualidad el primer día que llegué al Asilo la puerta estaba abierta, no tuve necesidad de tocar el timbre. Es de locos, todo un océano de distancia y yo llegué al lugar indicado. Pensar que el mundo es tan grande, pero hay un lugar para cada uno, y yo pienso que encontré el mío. Por eso tengo que salir de acá, esto no es para mí ni para nadie. Acá quieren torturarte, física y psicológicamente, pero no lo conseguirán, no nos vencerán. ¡A la mierda todos estos mierdas!".

El día anterior Soledad había tenido audiencia con su abogado, Claudio Novaro. Mientras salía vio, a lo lejos, a Edoardo: lo estaban llevando a alguna parte y gritó su nombre a voz en cuello. Edoardo no llegó a oírla. Y los guardías que la llevaban la metieron en una celda de castigo varias horas.

—Así aprendés que acá las reglas las ponemos nosotros, Rosas.

Soledad estaba preocupada por su familia: suponía que no sabían nada sobre su arresto y esperaba que mantuvieran su ignorancia. Pidió permiso para llamar a su casa: quería decirles

que se iba unos días a la montaña, que estaba bien, que los volvería a llamar en cuanto pudiera. Pero no se lo daban y pidió, en su carta al Asilo, que no dijeran nada: "Si ellos llaman desde la Argentina, por favor díganles que yo quise llamar antes de irme a la montaña pero no era posible comunicarse porque había problemas con Telecom para las llamadas internacionales. Por favor, no les digan nada más".

En Buenos Aires, los padres de Soledad empezaban a preocuparse: solían hablar con ella una vez por semana, pero ahora hacía más de dos que no tenían noticias. Así que llamaron al Asilo: "Llamamos varias veces. Llamábamos y no nos decían nada, nunca encontrábamos a nadie", dirá Marta Rosas, su madre. "Nos decían ahora no está, esperá que te comunico, busco, hola, chau, cualquier huevada y te pasabas quince minutos esperando hablar con alguien que te dijera dónde estaba Sole. Pero no había caso".

La primera noticia de su detención llegó por la puerta de atrás: la dueña de la posada de Alpe Devero llamó a su hermana en Pilar para contarle que la policía había pasado por su casa preguntando por su antigua empleada, y que había leído en los diarios que estaba detenida. Y la hermana llamó a su amiga Silvia Gramático para contárselo. En los diarios argentinos, por supuesto, no había aparecido la menor mención del caso.

"Cuando yo me enteré de que cayó presa no sabía cómo decírselo a los padres", dirá Silvia Gramático. "Así que primero hablé con Gabriela a ver qué podíamos hacer, sin pensar que la cuestión era tan grave".

"Esa mañana Silvia vino a tocar el timbre a nuestra casa de Villa Rosa", dirá Gabriela Rosas. "Entonces me llama y me dice

'vení, que te tengo que contar algo'. Yo voy hasta su casa y ella dice 'me parece que está pasando algo raro porque me llamaron de la pensión de allá para decirme que fue la policía a preguntar por Soledad'. Yo no quería que se enteraran mis viejos hasta que yo no supiera bien qué era lo que estaba pasando, para tranquilizarlos".

Silvia y Gabriela se fueron hasta un locutorio y llamaron al Asilo: alguien, allí, no cumplió con la consigna —o no la conocía— y les dijo que Soledad ya llevaba varios días arrestada. Pero no supo o no quiso explicarles por qué.

—Carajo, ¿qué puede haber pasado?

—La deben haber agarrado sin documentos, Gaby, a veces pasan esas cosas.

Entonces llamaron al cónsul argentino en Milán, a ver si sabía algo. "Le habló Gabriela, le dijo que era la hermana de Soledad y le preguntó qué había pasado", dirá Silvia Gramático. "El tipo no sabía nada, le dijo que lo llamara de nuevo en una hora, que iba a averiguar. Cuando volvimos a llamar fue un golpe: el tipo le dijo que estaba muy asombrado por la gravedad de la situación, que no era una pavada. No, dijo que era algo muy pesado".

Gabriela decidió guardarse el secreto, por el momento. "Fue por esa cuestión de protegerla", dirá Gabriela. "Hasta saber bien qué pasaba, de qué se la acusaba. Yo quería hacerlo bien, saber qué decirles. No quería ir a decirles 'Soledad está presa'. Quería tener el abogado, decirles 'Soledad está presa, pero no se preocupen que hay alguien que se está ocupando del tema'".

Aquel sábado Gabriela volvió a hablar un par de veces con el cónsul, que le explicó que su hermana estaba acusada de ecoterrorismo. Y el domingo llamó a un abogado muy amigo suyo

que se puso en campaña para ayudarla: el lunes a primera hora ya se había comunicado con un abogado milanés con relaciones argentinas, Ugo Pruzzo. El martes, Pruzzo les mandó los primeros faxes con precisiones sobre los motivos del arresto.

"Recién ahí, cuando me dijeron bien los cargos y ya tenía el abogado, hablé con papá", dirá Gabriela Rosas. Y los dos se pusieron de acuerdo en no decirle nada a Marta Rosas.

—¿Por qué?

—No sé. No teníamos huevos para decírselo, esperábamos un milagro del cielo, que pasara algo y Soledad saliera y ya está, fue un mal sueño, no hace falta que se entere. Yo esperaba que pasara algo así y no tener que decírselo a nadie, que fuera una pelotudez, que no pasaba nada, que no era nada serio, que se había afanado algo. Jamás me imaginé que la acusación era tan seria.

—¿Ni siquiera cuando te dijeron que era por ecoterrorismo?

—No, no caía. Pensaba que se habían equivocado de persona, no sé. Pensaba cualquier cosa, que en una semana ya está, que estaba detenida en una comisaría. Nunca me imaginé que estaba en una cárcel de alta seguridad en Torino. Yo esperaba sinceramente no tener que decírselo a mamá.

"Yo me acuerdo que cuando Sole cayó presa, un día Gabriela se va muy temprano con Silvia y me dice 'mami, quedate, Silvia quiere que la lleve con el auto a ver una cosa', era un sábado a las ocho de la mañana. Yo le creí", dirá Marta Rosas. "Y a la semana siguiente, no sé si estaba durmiendo la siesta pero sé que estaba acostada y que vino Luis con Gabriela, me despertaron y me dijeron 'te tenemos que contar una cosa de Sole'. Yo le digo 'bueno, ¿qué pasa? ¿Está embarazada?'. Y me dicen 'no, no está

embarazada; está presa, pero no te preocupes'; todo así como que ya se resolvía. Me dijeron que era un problema de documentos, nada grave. Es más, yo decía que cómo podía ser, que estaban violando los derechos humanos, que no se puede tener incomunicada durante tanto tiempo a una persona indocumentada. Porque ellos no me explicaban cómo era el asunto. No entiendo por qué no me lo dijeron desde el principio, son esas estupideces que hacen algunas personas pensando que te protegen cuando en realidad te hacen mucho más daño. Es el día de hoy que no lo entiendo".

Después los Rosas le pidieron a Silvia Gramático que no dijera nada: como el asunto no había salido en los diarios argentinos, aquí nadie se había enterado. "Ellos me pidieron que no se lo dijera a nadie", dirá Silvia. "Que si alguien me preguntaba por Sole yo dijera que ella seguía en Europa, paseando, todo bien".

"Amor, buenas noticias", escribió ese domingo 15 Soledad. "Hay una guardia acá que se llama Antonella, siempre fue buena conmigo, me resolvió muchos problemas acá adentro, y ahora me llamó para preguntarme qué día quiero hablar con mi familia. Este sábado parece que voy a poder. Estoy muy contenta, así no se preocuparán por mí. Acá adentro cuando encontrás a una buena persona le ponés todas tus esperanzas. Antonella me da consejos, también ella me dice que la mejor defensa es el silencio. Quedate tranquilo que ni siquiera con ella hablo más de lo necesario pero se ve en sus ojos que es buena. Ella me dice que me respeta porque yo la respeto y que si salgo de acá no me olvide de ella.

"Y la segunda buenísima noticia es que casi seguro puedo tener la entrevista con vos. Llené todos los papeles y ella hará

personalmente todo lo posible para que nos dejen.

"Amor mío, quedate tranquilo que nos vamos a ver pronto, estoy segurísima. Hacé visualizaciones de nosotros dos juntos y vas a ver cómo se hace posible. Y también ruego que no me den el arresto domiciliario. Debo ser la única persona del mundo que prefiere no salir de la cárcel. Claro que quiero salir, pero solo con vos, ya sabés.

"Chau, nos hablamos más tarde.

"Edo, hoy ya te escribí tres cartas pero ninguna me gusta y ahora empiezo otra porque quiero comunicarme con vos pero mis ideas están confusas, no consigo expresarme bien. Esta mañana me levanté y me di una ducha y lavé mi ropa. En el baño tuve un encontronazo con una chica, quería sacarme de la pileta, me dijo que ella la necesitaba. Después a la tarde, en el recreo, siempre hay cuatro que creen que porque hace más tiempo que están acá tienen más derecho a jugar, pero todas queremos pasar el tiempo. Mirá que pelearse por esas cosas. Esto es lo que me pone mal, tanta competencia, tantos chismes, celos, faltas de respeto, tantas conversaciones sin sentido, tanta obscenidad y ninguna solidaridad, o casi ninguna. No quiero contarte con detalle todo esto porque a vos también te pasa lo mismo, espero que no, yo pienso que las mujeres son peores que los hombres.

"Acá hay cinco que se gritan en el corredor todo el día, si no las mandás al carajo te aplastan, a mí me da lo mismo pelearme o no, no son mis amigas, estamos juntas por fuerza y no por elección. Yo sólo quiero estar tranquila y que me respeten, pero hasta son celosas. Ayer una me dijo que mis amigos hacían una manifestación por mí y yo le dije que sería mejor que pensara antes de hablar porque la manifestación era por todos los

detenidos e incluso contra la cárcel, pero ellas parecen contentas de estar acá. (...) "Al final este domingo no hablé con mamá. Pobre, va a empezar a preocuparse porque hace tres semanas que no la llamo. Le escribí una carta y le dije que estaba en la montaña con vos preparando la tierra para hacer un huerto biológico, a la fuerza tengo que ponerme mentirosa.

"¿Sabés qué? Ahora me siento un poco hinchapelo tas con vos (y te escribo cartas de una chica de 15 años) pero en lo que siento soy sincera.

"Si hay algo que no te va en todo lo que te escribo decímelo. Yo solo quiero hacerte compañía y también quiero que al menos a través de estas hojas sientas el amor que siento por vos. Quizás ya te lo dije demasiado y te rompo las bolas. Bueno ahora te dejo, espero que te llegue esta última carta. Acordate que si la celda donde estás da a la sección femenina, podés agitar una camiseta tuya, así te veo. (...) "Ahora son más o menos las nueve de la noche y terminé de leer toda esa mierda de hojas que nos dio el abogado, y todo eso me hace sentir mal y hasta me da miedo tomar conciencia de la gravedad del asunto. También me siento mal, casi sucia, de saber que esta gente de mierda se ha metido en nuestra vida. No sabés cuánto asco me da. Quiero saber de vos lo más pronto posible, decime qué pensás de estas hojas.

"Te quiero y te necesito tanto, siento que esto es una pesadilla, la cosa más horrible que sentí nunca. Esta vez te pido ayuda, por lo menos dos palabras que me hagan sentir bien. Espero que esto se termine pronto, no quiero más.

"Siempre, tu pequeña Sole".

La vida en la cárcel se le iba volviendo una rutina: es curioso

como casi cualquier cosa puede volverse una rutina. Soledad leía los libros que le mandaban sus compañeros, escuchaba la radio, se preparaba las verduras que podía conseguir, se lavaba la ropa, trataba de charlar con otras presas. Su relación con ellas no era fácil: muchas la consideraban una rara, una especie de caprichosa que ni siquiera había tenido que robar para vivir o acuchillar a un hombre porque no quería que le pegara más: una nena con veleidades revolucionarias. A veces se peleaba con algunas; con otras se iba haciendo amiga. Pero su actividad principal seguían siendo las cartas: "Hoy me desperté bien, al alba, cuando empieza a aclarar y me puse a hacer yoga, estaba lo más tranquila. Después limpié y me comí el desayuno, una naranja, una manzana y una zanahoria", le escribió a Edoardo el martes 17. "Después leí un libro de la guerra civil española. Lo que más me acuerdo de nosotros dos es cuando estábamos en España, el mar en Cádiz, qué belleza, y cuando estábamos en la casa rodante. ¿Te acordás de esa noche? Desde medianoche hasta las cuatro y me acuerdo de todo, amor mío, todo lo bello que vivimos juntos. Nuevamente me desperté romántica. ¿Te parezco demasiado infantil? Espero no aburrirte.

"Esta noche soñé que estaba en el supermercado haciendo las compras, estaba sin vos y no sabía qué comprar, hacía todo mal, hasta que en un momento ni siquiera sabía dónde estaba mi carrito. Al final lloraba porque te buscaba y no te encontraba".

Eran momentos: el desasosiego de quedarse sin el hombre que había adoptado como guía. Pero en esos días recibió una carta de él —que se ha perdido, que parece haberse perdido— donde Edoardo le contaba su mayor preocupación: se sentía terriblemente culpable "por haberla metido en este asunto",

responsable de su encarcelamiento, desconsolado. Lo mismo les había dicho a sus padres, que pudieron visitarlo por primera —y única— vez el lunes 16: —Yo lo que no soporto es que por mi culpa la gente que quiero está pasándola mal. Tengo miedo de que mi hermano tenga problemas en el trabajo por mi culpa. Y por ustedes, que se tuvieron que aguantar a todos esos hijos de puta por mi culpa.

Su padre trató de tranquilizarlo pero era cierto que la había pasado muy mal: al día siguiente de las detenciones en Collegno, dos docenas de policías se habían presentado en su cabaña de la Valchiusella para ponerlo todo patas para arriba. Dijeron que buscaban pruebas y se llevaron la mayor parte de sus herramientas —para ver si eran robadas. Y una impresora que Edoardo les había llevado un tiempo antes: los policías decían que era la que habían robado en la Municipalidad de Caprie.

—Y sobre todo me preocupo por Sole, tan jovencita, tan fresca, quién sabe cómo va a poder aguantar la cárcel, y todo por mi culpa.

Soledad no estaba de acuerdo: le parecía que esa culpa la menospreciaba y contestó aquella carta con un tono entre gracioso y decidido, casi peleador; era una discusión que ya habían tenido alguna vez: "Amor mío, ¿sabés una cosa muy importante? Decile al chico que duerme con vos que se está equivocando mucho. Vos a mí no me metiste en ningún quilombo. Yo soy un ser independiente y todo lo que hago lo decido yo, ni vos ni ninguno son responsables de mi arresto. Él dice que vos me hiciste arrestar y eso no lo puedo permitir. Nosotros dos nos encontramos bien juntos y por eso hicimos cosas juntos, y todavía otro motivo muy importante es que compartimos una idea. Ése no tiene nada de

razón. Vos no tenés ninguna responsabilidad y no tenés que sentir ningún tipo de culpa. Quedate tranquilo, amor, vos no me metiste en nada. Soy libre para decidir qué hago y qué no hago".

Quizás la alivió habérselo dicho. Ese mismo día, en otra carta, Soledad le dio una gran noticia: "Tres de la tarde: quiero darte una buena noticia. Hoy empecé a reír. Al menos así el tiempo se pasa más rápido y me divierto un poco. En el patio somos una decena de chicas, más o menos, algunas toman sol, otras juegan al calcetto. Hoy jugamos todas juntas al orologgio di Milano fa tic-tac. Me divertí, me armé un traje de baño y tomo el sol y me gusta mucho y me quedé dormida. A esta hora me llega el correo. Qué bueno, hay una carta tuya. Voy a leerla.

"Amor, gracias por esas bellas flores que me mandaste. Son tan lindas, mucho más lindas que las que estaban en la cocina. ¿Sabés una cosa? Sos más dulce que toda la miel del mundo, a tu manera tan especial. Sos especial para todo y eso te hace ser único. No hay nadie en el mundo como vos, estoy segurísima de eso, tan segura que tuve que venir hasta Italia para encontrarte.

"Las dos últimas noches soñé con vos. La primera entrabas en mi celda con el abogado y preparábamos una historia para hacerte salir. Al final yo te abría la ventana y salías. Y esta noche he soñado que volvíamos a la Casa. Todas mis plantas estaban todavía vivas, yo les daba mucho agua.

"¿Escuchás la radio, ahora? Han puesto tangos para mí, para todos nosotros, y no te podés imaginar lo que me hace sentir. Me da tanta fuerza, me hace salir por la ventana, me libera el corazón. Me permite volar, que es tan importante acá adentro. En este momento me siento mucho más libre, yo, que toda esta mierda de guardias que veo dando vueltas acá adentro, porque mi cabeza es

libre, cada día más libre".

4. MUERTE DE UN ANARQUISTA

En las calles de Turín los anarco-punx-okupas trataban de mantener vivo el asunto. Era, por supuesto, una cuestión de solidaridad, pero también de supervivencia: tenían la clara sensación de que la ofensiva les apuntaba y que si dejaban pasar sin más reacciones este intento de criminalización de todas sus actividades en poco tiempo más estarían dadas las condiciones para su destrucción definitiva. Varias veces, en esos días, grupos de veinte o treinta interrumpían una avenida con alguna puesta en escena o simplemente gritos y petardos; el miércoles 17 dos docenas de anarquistas entraron en la oficina de *La Stampa* en la calle más elegante de Turín, via Roma 80. Llevaban bengalas amarillas, serpentinas y gusanos, pintaron la A en la pared de mármol, filmaron todo con una video y dejaron volantes — firmados Moscas Blancas — que resumían su relación con la prensa: "Terroristas son los periodistas".

Mientras tanto, el abogado Novaro intentaba desentrañar la acusación, enroscada en un idioma delirante: "En los capítulos que prececden han sido referidas en orden las pruebas concretas adquiridas sobre la base de los hallazgos objetivos percibidos en la

Casa Okupada", decía, con creciente tacañería de comas el informe policial de la Operación TAV. "Con ellos se encuentran necesaria e imperiosamente relacionadas las ya importantes adquisiciones que han permitido hacer emerger bajo el perfil subjetivo la consabida determinación de los tres acusados de reunirse entre ellos con el fin de cumplir acciones delictivas incluidas en un mismo designio criminoso por realizarse en tiempo indeterminado o sea mientras subsistía entre ellos el común compartir ya sea de la convivencia, ya de la misma mentalidad de protesta contra el orden democrático del Estado por realizarse con los atentados demostrativos que programaban (gran parte no realizados por cuanto corresponde al período de actividad de la investigación técnica) o por aquellos que han sido cometidos en el Valle de Susa cuyas fuertes analogías objetivas se consideran seguramente adjudicables por lo menos al lugar donde los mismos habitaban".

O sea, en criollo: que en todas sus grabaciones no habían conseguido sorprender nada concreto sobre los atentados que estaban investigando —o sobre algún plan concreto para atentados futuros. "Ellos dijeron que nosotros estábamos en toda esta historia del Valle de Susa pero que nunca dijimos nada porque nos cuidamos perfectamente de hablar de eso en todas las grabaciones que tienen", dirá Silvano Pelissero, el único acusado vivo. "Ahí, según ellos, fuimos astutísimos. Pero después nos acusaron de cosas que sólo podría hacer un estúpido, como llevar la impresora supuestamente robada en la Municipalidad de Caprie a la casa de los padres de Edoardo o dejar los números de serie en la soldadora robada allí. Yo creo que tendrían que haberse decidido: o somos astutísimos o somos unos estúpidos".

Soledad no podía creer lo que estaba escuchando en Radio Black Out. En verdad no lo podía creer: primero pensó que estaba volviéndose loca, que oía cosas raras. Pero la canción estaba ahí: —Me dicen el matador, nací en Barracas;

si hablamos de matar mis palabras matan.

No hace mucho tiempo que cayo el León Santillán

y ahora se que en cualquier momento me la van a dar.

No quería, pero un par de lágrimas le rodaron despacio. Después agarró un papel y empezó otra carta: "¡Carajo! No esperaba esta canción de los Fabulosos Cadillacs, *Matador*. Me la canté del principio al fin. ¿Cómo sabían que me gusta tanto? Sentí como si me faltara el aire". Siempre le había gustado pero ahora, en su celda, la canción le hablaba de ella misma, de su historia, y era como pegarles a todos los guardias y reírse de ellos: —Viento de libertad, sangre combativa;

en los bolsillos del pueblo la vieja herida.

De pronto el día se me hace de noche,

murmullos, corridas, aquel golpe en la puerta, llegó la fuerza policial.

Mirá hermano en qué terminaste

por pelear por un mundo mejor.

"Esta música se llama murga, es música popular que se hace en la calle", siguió escribiendo. "Cada carnaval, que para nosotros es en verano, un grupo de gente de cada barrio se junta, unos cuarenta o más, y después de trabajar duro escribiendo las canciones y haciendo la música y practicando todo el verano, esta semana de carnaval van por toda la ciudad cantando y bailando. Las canciones hablan de protestas, de problemas sociales, de policía que mata, de gente sin proceso tras diez años de cárcel, de

30.000 desaparecidos por los militares de la dictadura. Ahora dicen que están en democracia pero nosotros ya sabemos que es la misma dictadura".

La Argentina, a la distancia, se le hacía distinta: a veces pasa. Su Argentina, ahora, ya no era ese barrio de perros y esos campitos de caballos sino un país amenazador oscurecido por el hambre y el recuerdo de una dictadura. Su historia en él, su futuro posible habían cambiado: "Allá la gente tiene miedo de salir a la calle porque tienen miedo de la represión, que es muy fuerte, y prefieren olvidarse de lo que pasa. Pero también hay gente que sale y grita fuerte y hace quilombo y protesta, aunque pienso que por ahora la revolución en la Argentina está muy lejos. Yo tarde o temprano volveré, y seguro que tendré mucho que hacer. Por eso a veces me pregunto qué hago acá en Italia, si sé que allá hay tanto que hacer, pero después me tranquilizo pensando que acá estoy aprendiendo tantas cosas lindas para hacer. Tantas formas distintas de luchar". La radio seguía sonando: —Me dicen el Matador de los cien barrios porteños.

No tengo por que tener miedo, mis palabras son balas, balas de paz, balas de justicia.

Soy la voz de los que hicieron callar sin razón,

por el solo hecho de pensar distinto, ay Dios.

"Yo, amigos, mientras tanto, tengo que esperar un poco, hasta que uno que piensa que tiene la facultad de juzgar decida cuándo tendrá ganas de dejarme salir. Pero estoy bien, y en estos días empecé a reír. Cuando llegué acá veía a las otras que reían y no podía entenderlo, pero ahora enitendo, así el tiempo pasa más rápido, te desahogás, y además es como reírseles en la cara a estos: ¿quién podrá sepultar una carcajada?".

La preocupación de su familia la preocupaba, por momentos, más que su propia incertidumbre. El miércoles 18 Soledad le escribió una carta a su hermana Gabriela y la mandó al Asilo pidiendo que la despacharan desde un correo cualquiera. En esa carta intentaba, todavía, disimular lo indisimulable: "Hermanita, sobrinito:

Ayer recibí una carta tuya linda, las dos fueron muy hermosas, y eso sí que me dan ganas de volver a verte.

Te aseguro que tengo bastantes ganas de verte y que viajar a Buenos Aires forma parte de mis proyectos, sobre todo para verte. El otro día le escribí a Fabián y justamente le decía cuántas ganas tenía de caminar perdidos por Buenos Aires los tres, como solíamos hacer. Te aseguro que se repetirá, no hay nada que pueda impedirlo".

No hay nada que pueda impedirlo, decía, y lo que su hermana leería como una alusión al destino era, en realidad, una forma de decirle sin decirlo que no podía ir ni a la esquina: que todo, por el momento, lo impedía.

"Tarde o temprano viviremos cosas mucho más lindas todavía, ahora que seremos uno más. A mí me gusta el nombre Diego, estoy casi segura que será varón. Yo no quiero imponerle mis ideas a nadie, no me creo la dueña de la verdad ni soy una dictadura para pretender que todos piensen de una cierta manera. tampoco quiero meterme dentro de un esquema, eso me limitaría. Antes de ser de cierta tendencia política prefiero ser una persona; por cierto así lo creo, soy Soledad y mi principal idea es aquella de la libertad, la libertad de las personas y todo lo que esto quiere decir. ¿Pero qué sucede cuando te cortan la libertad, cuando te la cortan de una manera u otra, cuando se acaban tus

sueños o cuando arrestan a alguien? De adentro sale una fiera que pelea de una forma u otra. Cuando vuelva a casa te contaré bien cómo se debe hacer cuando te imponen cosas, cuando te obligan. Yo quisiera vivir la vida de una manera, sin molestar ni hacerle mal a ninguno. Pero no te dejan, te imponen el poder de algunos pocos".

Otra vez: lo que parece una metáfora de la sociedad autoritaria no es más que la descripción que no describe su vida en esa cárcel. Pero Soledad había decidido mantener la mentira — que tampoco lo era; era, más bien, la narración de unos sueños que solía tener: "Bueno, perdoname este miserable pedazo de papel, no es fácil conseguirlo porque ahora estoy en la montaña y por eso no puedo llamar tan seguidamente. Estoy a mil metros de altura en una casa de piedra de unos trescientos años. Estamos acá haciendo el proyecto de cultivar la tierra orgánicamente, verduras biológicas, plantas aromáticas y medicinales. Por acá también hay vacas y ovejas pero yo no tomo leche, sólo disfruto de verlas y libremente pastorearlas. Puedo decirte que es hermoso. Quisiera ese libro de Foucault pero no lo conseguí en español. Si tenés ganas podés enviármelo y también una foto tuya. Tengo ganas de verte. Esta noche soñé con vos, estábamos en un campo muy grande y vos tenías al Tero y yo al Dos y medio. ¿Cómo están esas dos bestias? (...) Bueno hermanita se hace de noche y la luz de la vela no es buena para escribir. Podrás imaginarte que acá arriba no llega la luz".

Seguramente no podía imaginárselo, pero era tan cierto: allá arriba —allá abajo — no llegaba la luz. Para eso Soledad tendría que haber podido "bajar a la ciudad".

"Te mando la carta por medio de un amigo que baja mañana a

la ciudad. Mandale un gran beso a mamá y papá. ¿Quiénes son esos dos gatos nuevos? Gaby, me olvidaba, perdí la agenda y todas las direcciones. Escribiré todo a Berutti, en vos confío, pero por favor si el sobre dice Fabián es Fabián y así. Mandame la dirección de Claudito, todavía no sé por qué se pelearon tanto.

Te quiero mucho y te extraño, un gran beso".

El truco no funcionó: al día siguiente supo que su familia ya se había enterado de todo, por el llamado desde la pensión de Alpe Devero. Ya había mandado esa carta cuando recibió un telegrama de su padre, y se lo contó a Edoardo: "Me encuentro un poco confusa. Sucede que recibí un telegrama de Papá. Él y mi hermana saben todo, no sé cómo. Tenía un poco de quilombo porque primero les mandé una carta diciéndoles que me había ido a la montaña. No quería que se preocuparan, pero ahora se armó el quilombo porque se enteraron de todo. (...) No he podido hablar con ellos todavía. Ahora por culpa de mi última carta lo sabrá incluso mi mamá. Si ellos no sabían nada yo estaba más tranquila. Esto es mi asunto y me lo banco sola, sin mi familia, pero ahora pienso que ellos están mal por mí y gastarán la plata cuando no tienen mucha, yo no los quería mezclar pero una vez más, paciencia".

Tenía razón, quizás, Gabriela cuando decía que su hermana no sabía mentir. Soledad decidió escribir enseguida otra carta pidiéndoles disculpas y contándoles todo.

Al día siguiente recibió un nuevo telegrama: su padre y su hermana le contaban que le mandaban un abogado, Gian Paolo Zancan, recomendado por Ugo Pruzzo.

En esos días el abogado Ugo Pruzzo había viajado a Buenos

Aires para atender otros asuntos y se reunió con la familia Rosas: allí terminó de convencerlos de que aceptaran la defensa de Gian Paolo Zancan. Pruzzo era un argentino que llevaba muchos años en Milán, especialista en derecho comercial y se necesitaba, les dijo, un penalista turinés: Zancan era el más apropiado, el presidente de la Orden de Abogados de Turín.

"Pruzzo nos había conseguido a Zancan", dirá Gabriela Rosas. "Este Zancan es como un Cúneo Libarona de allá, está en todas. Si había alguien que la podía sacar, era él. Cuando lo mandamos, todos pusieron el grito en el cielo: Soledad, todos los chicos. Nadie lo quería".

Aun así, la familia insistió. "Lo que pasa es que Zancan tiene muy mala fama en el ambiente carcelario, se dice que es un tipo que hace todo tipo de arreglos con las autoridades, y eso Soledad lo sabía", dirá Luca, su marido.

La reunión con Pruzzo fue terrible para la familia Rosas: recién entonces terminaron de entender que la situación de Soledad era muy grave. "Él nos hablaba de estrategias, de deportación, de cuáles eran las posibilidades, cuáles los cargos. Intentaba explicarle a mi mamá el tema del ecoterrorismo, que era como una asociación ilícita con fines terroristas. Acá el ecoterrorismo no existe. Ni yo podía entender eso. Él nos decía que eran tres, los habían metido juntos y los acusaban en grupo de terrorismo, de organización terrorista con fines ecológicos: ecoterroristas. Nos contó que había grabaciones, escuchas telefónicas, habían puesto aparentemente micrófonos adentro de la casa. Había un montón de puntos en contra. Parecía una película de terror que cada vez te asustaba más, como Jurasic Park, que cada vez aparecía un monstruo más feo. A medida que pasaba el tiempo el asunto era

cada vez más feo. Y Pruzzo nos decía que Zancan y él estaban de acuerdo en que a Soledad lo que le convenía era desconocer todo, abrirse del grupo y ser juzgada como independiente, porque ella no tenía antecedentes y los otros sí. Si el juicio era a los tres juntos, ella iba a ser juzgada con el mismo peso que los otros dos. Nosotros no nos podíamos comunicar con Soledad en esa época, estaba incomunicada. Él empezó a tratar de que la dejaran llamar por teléfono desde la cárcel. Había que organizarlo porque había que pedirle una autorización al juez, tenía que atender el teléfono una persona determinada, era todo un quilombo".

Su familia confiaba en Zancan e, incluso, le pagaron un primer honorario: mucha plata. Pero Soledad no terminaba de aceptarlo: "Primero fue un quilombo que aceptara a los abogados que pusimos nosotros, porque es el preso el que tiene que aceptar al abogado", dirá Gabriela Rosas. "Ella tenía al abogado del grupo, que era este Novaro, y no quería saber nada con el abogado que le queríamos poner nosotros porque ella quería que fueran los tres juntos. Decía 'yo lo voy a aceptar si él también defiende a Eduardo y a Silvano'. Obviamente, nosotros no podíamos pagar también por la defensa de Eduardo y de Silvano. Se lo dijimos. Pero la convencimos de que lo que la beneficiara en su defensa iba a beneficiar también a los otros dos. Que no iba a ser una defensa para ella sola basada en el perjuicio de los otros dos. Había dos estrategias: la limpiamos a ella ensuciando a los demás o la limpiamos a ella y tratamos de limpiar a los demás también. La más sencilla era la primera, porque ella no tenía antecedentes. Jamás ni siquiera se la pudimos mencionar por segunda vez. En cuanto percibió que la defensa de ella podía perjudicar a los otros nos mandó al carajo".

Soledad terminó por aceptar, con muchos reparos, a Gian Paolo Zancan. No le duraría mucho tiempo. El asunto puede parecer menor pero era básico. En esa disputa por la elección de un abogado, en ese tironeo entre fidelidades contradictorias se jugaría, ahora sabemos, la suerte de su vida.

Cuando lo vio se le tiró encima: literalmente se le tiró encima. Los guardias que la llevaban trataron de detenerla pero no pudieron o no quisieron hacer todo lo necesario para poder. Él también se sacó de encima a sus propios guardias y, por un minuto o un año o diez segundos, Edoardo y Soledad se abrazaron con más que todo el cuerpo: se abrazaron. En silencio, sin querer decirse nada, sin mirarse, con los ojos cerrados, con un temblor y esas ganas de llegarse hasta los huesos se abrazaron. Hasta que los guardias recuperaron el control de la situación: —Rosas, Massari, basta, ya basta.

Ellos no hicieron caso; los guardias tuvieron que agarrarlos de los hombros y tirar para terminar de separarlos. Era martes 24 de marzo –24 de marzo— y Edoardo, Silvano y Soledad pasaban ante el Tribunal de la Libertad para pedir su excarcelación. La audiencia fue breve y formal: el abogado Novaro hizo su demanda, la jueza la escuchó y, sin decir nada más, informó que su decisión tardaría un par de días. Cuando salieron, Novaro les dijo que era pesimista: —En esta instancia no tenemos muchas esperanzas, no se hagan ilusiones. Esto va a haber que pelearlo más adelante, en el juicio.

Soledad estaba, de nuevo, preocupada: veía que Edoardo no era el de antes y que se dejaba atravesar por el desánimo.

—Amor, tené confianza, que al final vamos a ganar, ya vas a ver.

—Sí, sí, ya lo sé, no te preocupes.

Cuando les dijeron que se los llevaban intentaron besarse de nuevo. Pero esta vez los guardias estaban preparados.

—Caminen, vamos, no rompan las bolas.

Se lo llevaron primero a él. Soledad lo vio alejarse arrastrando los pies, con un policía a cada lado. Al final del pasillo Edoardo se dio vuelta, le hizo un gesto de adiós con los ojos y labios. Soledad gritó algo. No sabía que no iba a verlo nunca más.

"Te vi, te abracé, me quedé sin palabras de la emoción", le escribió Soledad esa noche. "Viste que fuimos tan fuertes los dos que ni siquiera los agentes consiguieron separarnos y por lo menos nos dejaron un minuto. Ahora estoy en mi celda y no oigo nada de lo que dicen en el corredor ni recuerdo nada de lo que me dijo el abogado. Sólo veo tu cara, sólo siento nuestro abrazo, mi dolor de cabeza se fue; el amor es más fuerte.

"En este momento estoy recibiendo tu carta del jueves 19. Quedate muy tranquilo que si yo salgo nadie encontrará una palabra en mi boca. He aprendido que es mejor no hablar y ser capaz de mandar al carajo a las personas, decirles que no me rompan más las bolas. Otra cosa importante que tengo que decirte es que yo de acá no salgo sin vos. Así que podés estar tranquilo y verás que no voy a hablar con nadie, también porque no tengo nada que decir.

"Mientras tanto, con las demás detenidas, todo tranquilo. De hecho, hablando de mandar al carajo, mandé a un par y están muy tranquilas conmigo, ninguna me rompe las bolas. Sé que vos quizás no me tenés confianza, pero vas a ver que sí podés confiar. No puedo decírtelo, sólo puedo demostrártelo, hacértelo ver.

"Querría tanto que tu presentimiento fuera que los tres nos viéramos de nuevo afuera; no imagines que alguien nos quiera hacer daño. Pero hablando de presentimientos, ¿te acordás que dos días antes de nuestro arresto me dolía la espalda y te dije siento que alguien me está haciendo daño y vos te reíste y me dijiste pero cómo podés creer en una cosa así? Lo que quiero decirte es que, como vos decís siempre, tenemos que escuchar esa voz interna, ese instinto que sale de adentro. Perdoname por la carta de ayer domingo donde estoy un poco celosa; no me hagas caso. Vos sos un hombre libre de sentir lo que quieras, no tenés que sentir ninguna culpa por tus sentimientos, sean lo que sean. Tus cartas del jueves y viernes me hacen sentir bien. No tenés que pedirme perdón por nada de nada, si sentís que no me has respetado no es tu culpa, soy yo la que debe hacerse respetar. Las personas tienen que hacerse valer por lo que son.

"Cariño mío, no te escribiré en español porque es mejor que lo aprendas cuando estemos en la Argentina. ¿Entendés mi italiano? Lo que me parece raro es que yo te escribí ese pedazo de canción en español pero después en la segunda página lo escribí en italiano. ¿Cuando te abren las cartas vos estás enfrente?

"Si la historia la escriben los que ganan

eso quiere decir que hay otra historia, la verdadera historia, quien quiera oír, que oiga.

"Esto quiere decir que la voz que se hace oír más fuerte es la de los poderosos, la historia que ellos escriben. Pero esto te hace pensar que realmente existe otra his toria, la nuestra, la de la gente, la del pueblo, y el que la quiera oír puede hacerlo, sólo tiene que sacarse las vendas de los ojos.

"Ahora te escribo en español, amor mío, te quiero tanto que

nadie ni nada podrá impedir que lo haga. Tu retrato es casi tan lindo como vos; lo que más me gusta es el corte de tu pelo. Es buena tu peluquera. ¿Será que la conozco?".

Su peluquera era ella misma; nunca sabremos si Edoardo llegó a leer esta carta.

El miércoles 25 de marzo el consejero regional y jefe del partid o Verde piamontés Pasquale Cavaliere recibió un telegrama inesperado: se lo había mandado, el día anterior, Edoardo Massari desde la cárcel de Le Valette y le pedía que por favor lo visitara. En los veinte días que llevaba preso, Cavaliere ya había ido a verlo un par de veces: su inmunidad parlamentaria se lo permitía.

"Cuando entré en su celda se largó a llorar", dirá más tarde Pasquale Cavaliere. "Me dijo que era víctima de un montaje, que no había relación entre lo que había podido hacer y la gravedad de las acusaciones de la fiscalía". Edoardo le insistió en que no tenía nada que ver con esos extraños Lobos Grises ni con los atentados contra el Tren de Alta Velocidad en el Valle de Susa. Y volvió a hablar de su culpa: no podía soportar la idea de que Soledad estuviera presa por él. Visiblemente su novia no lo había convencido de que no era culpa suya.

Cavaliere lo vio muy deprimido, y se preocupó: "Al salir fui a hablar con el director de la cárcel, para señalarle el estado de grave pesadumbre en que se encontraba el detenido. El director se dio por enterado y me dijo que se ocuparía de él y que le haría llegar los libros que había pedido. También me dijo que ya estaba bajo control médico". Remo Urani, el médico jefe de Le Valette, le había mandado hacer los exámenes físicos y psiquiátricos de rutina y había dado su informe: "Massari fue visto como un

detenido lúcido, orientado, bien dispuesto al diálogo, sin riesgos evidentes de patología psiquiátrica. A tal punto que, en síntesis, el juicio de los médicos que lo visitaron fue: 'No tiene ideas autolesivas y el riesgo de suicidio o incluso de violencia contra sí mismo o contra otros es muy bajo'."

A la mañana siguiente el Tribunal de la Libertad anunció su fallo previsible: Edoardo Massari, Silvano Pelissero y María Soledad Rosas no tenían derecho a la libertad condicional mientras se sustanciaba el juicio porque "ciertamente Massari, Rosas y Pelissero han consituido una estructura asociativa dotada de medios y de un programa determinado de comisión de delitos".

El tribunal aseguraba que "existe una fuerte contigüidad entre los tres procesados y los autores de los atentados" pero reconocía que no se les había probado "con el material probatorio recogido, la participación material ni concursal ideológica en los episodios criminosos que en realidad constituyeron la premisa de la investigación" —o sea, los atentados contra el TAV. Aun así consideraba que "es elevadísimo el riesgo de reiteración de los actos delictivos de naturaleza análoga" a los investigados. Por eso Edo, Silvano y Sole debían quedarse en la cárcel mientras se dirimieran las acusaciones en su contra: eran, en el mejor de los casos, muchos meses y, más probablemente, varios años.

Esa tarde Edoardo le escribió a Soledad su última carta.

Esa noche los okupas turineses decidieron llevar a la calle su descontento con la decisión del tribunal. En el cine Massimo, en el centro de la ciudad, el actor americano Harvey Keitel daba una especie de conferencia ante cientos de personas cuando apareció un grupo de dos o tres docenas llevando carros de supermercado

con trozos de granito: era una alusión muy directa a las "pruebas graníticas" del fiscal Maurizio Laudi. Los okupas desparramaron el granito por la sala y se subieron al escenario para leer un comunicado: sin entender qué sucedía, el actor más duro de Hollywood salió corriendo detrás de los telones.

—¡Volvé, Harvey, te perdonamos!

Cuando los okupas desocuparon el lugar, Keitel volvió a su lugar. Entonces explicó que su retirada no había tenido nada que ver con el miedo: que él había sido marine y cinturón negro y se había ido para tratar de contener sus instintos guerreros. Hubo sonrisas.

Mientras tanto, en la cárcel, Soledad releía unas cartas de Edoardo. Después —ya eran casi las ocho— salió al pasillo a charlar con alguna presa. Pero no encontró ninguna con quien le dieran ganas. "Ellas tratan de divertirse pero me parece que piensan demasiado en los hombres, lo entiendo porque hace tanto que no están con ninguno, pero me aburre un poco", le escribió poco rato después, ya en su celda, a Ita, ocupante del Asilo. "Yo veo el amor de otra manera. Quizás yo también después de seis meses o un año de estar acá pensaré lo mismo. Pero ahora estoy probando una manera nueva de amar, lo hago por medio de cartas. A Edo le escribo prácticamente todos los días. Él me escribe que está bien, pero otro chico que me escribe y que está con él me dice que está muy bajo, e incluso el consejero regional que vino a verlo me dijo que estaba bajo".

Era, en ese momento, lo que más la desesperaba: ver que su hombre estaba mal y que ella no podía hacer nada por ayudarlo. "Hoy recibí una carta suya y me dice que le doy mucha fuerza con mis cartas, y lo más lindo es que consiguió pasarme una piedrita

que se llama madreperla, yo tengo un pedacito y él tiene otro. Yo estoy segura de que el amor es mucho más fuerte que las paredes de esta cárcel", decía, pero también se descorazonaba: incluso sus cartas, si le servían para algo, tardaban en llegarle demasiado tiempo: "Acá lo horrible es que querría hablar con él o decirle algo lindo, pero las cartas llegan 2 o 3 días después". Si por lo menos la dejaran encontrarse con él, mirarlo, hablar un rato. Soledad estaba segura de que entonces sí podría ayudarlo. Aunque le daban ataques de pesimismo bien fundado: "Te digo la verdad, no sé cómo terminará todo esto. El fiscal es demasiado malo, y con toda la plata que se gastaron en nosotros, no creo que nos dejen ir así nomás. Hicieron tanta publicidad de todo esto que ahora no pueden quedar como boludos dejándonos en libertad. El abogado me dio las grabaciones de todas nuestras conversaciones. Después de leerlas he tomado más conciencia de la gravedad del asunto. No sabés qué horrible saber que esos bastardos escucharon todas nuestras conversaciones. Solamente escribieron lo que les conviene para esta historia, pero escucharon también nuestra vida privada. Ahora cuando hablo me siento paranoica. Me siento contaminada, sucia, todo es un abuso".

Pero no se dejaba vencer por la negrura: seguía los consejos de su hombre. "En la vida todo vuelve, lo malo que me hacen ahora volverá en felicidad cuando esté libre. Mientras tanto, ahora trato de convertir lo negativo en positivo. Edo me lo enseñó, y estudio mucho, leo libros... Quizás al final algo bueno saldrá de todo esto. Esperemos".

Al día siguiente, viernes 27, Edoardo recibió en su celda la visita del abogado Novaro: tenían que charlar de algunas

cuestiones procesales. Edoardo parecía de mucho mejor humor. "La negación de la libertad condicional no fue una gran sorpresa para él: en los días previos yo le había aclarado bien su situación", dirá Claudio Novaro. "No esperaba demasiado, en esa instancia. Así que la negativa del tribunal no fue un sacudón inesperado: ya lo habíamos considerado desde antes. Y me dijo que cuando vio a Cavaliere se había dejado llevar por el malestar, que había tenido un tropiezo nervioso. Pero que ahora se sentía mejor. No me pareció particularmente turbado; no al punto de poder prever lo que se venía. Después discutimos juntos los problemas del juicio".

Fueron quince, quizás veinte minutos. Después Novaro se fue y Edoardo se quedó solo en su celda. Nunca quedará claro la razón por la cual tenía una celda individual, cuando la mayoría de los presos compartían dormitorio. Esa tarde, pese a lo que había supuesto su abogado, Edoardo seguía deprimido. Ni siquiera tenía ganas de escribirle a Soledad y sólo le hizo un dibujo, un diseño que en yoga significa "armonía total". Lo metió en un sobre y le pidió a un guardia que lo mandara al pabellón de las mujeres.

Después siguieron sucediendo todas esas cosas que nunca terminaremos de saber. Esa noche Edoardo no durmió y en algún momento tomó la decisión definitiva. A eso de las cinco se levantó de su cama, sacó la sábana y empezó a atarla a lo s barrotes de la cama de arriba. Después se anudó al cuello la otra punta.

AMOR SE FUE

1. UN FUNERAL

Aquella tarde el sol era un exceso. En su cabaña del fondo de los Alpes los padres de Edoardo escucharon que se acercaba un coche: la cabaña cuelga de una pendiente que domina el camino y nadie puede llegar sin que lo vean. Es un lugar aislado: los Massari se instalaron allí en 1994, cuando la presión periodística contra su hijo, tras su primera detención, los forzó a abandonar su casa de la ciudad de Ivrea. Del coche se bajaron el alcalde de Brosso y el jefe de carabineros de la zona que venían a decirles que su hijo estaba muerto.

—¡Ustedes lo mataron, asesinos! ¡Ustedes lo mataron!

Gritó Renato Massari en cuanto los escuchó. Pero hoy, casi cinco años después, sigue sin haber certezas definitivas sobre la muerte de Edoardo Massari. Aunque ahora casi todos sus parientes y amigos creen en la hipótesis del suicidio. Hubo, por supuesto, una autopsia oficial, que determinó como causa de la muerte la "asfixia por estrangulamiento": miles y miles de casos en todo el mundo han demostrado que esas pericias suelen mostrar gran impericia. Sin embargo, sus padres no quisieron pedir una contraprueba.

—¿Ustedes tuvieron alguna sospecha sobre su muerte?

—Sí, no hay ninguna seguridad sobre lo que pasó. Nunca se sabe. Fíjese que hubo esta historia en Valle de Susa en que un hombre apareció muerto y declararon que había sido un infarto y después el asesino lo confesó y entonces descubrieron que había sido un tiro de 22 en el corazón. Es muy desalentador y nos parece que no sirve para nada seguir investigando, de ahí no saldría nada. Lo pensamos un poco, podríamos haber hecho denuncias, cosas, pero en ese caso tendríamos que habernos metido en procesos, en historias cada vez más oscuras. Y preferimos mantenernos distantes, no para no participar sino porque es un camino imposible. Y además nuestra salud no es buena, e incluso por nosotros y por nuestro otro hijo tenemos el deber de seguir adelante con la vida.

Aquel año, el año de las muertes, Renato Massari tuvo tres infartos y se pasó meses hospitalizado tras una operación de cinco bypass.

—¿Y no necesitaban saber qué pasó en realidad?

—¿Cómo podríamos saber cuál es la realidad? Porque incluso si hubiéramos sabido algo nos habríamos metido en un camino todavía peor, saber lo que realmente sucedió, ¿y después qué? Ir a pedir justicia a estos jueces, a los mismos jueces que decidieron que ellos eran culpables sólo porque lo dijo un policía... Parece mentira. Estas cosas pueden pasar en Argentina o en Chile, no en Italia.

Esa noche yo no les contesté, porque era su huésped, que lo que pasa en Argentina o Chile es que los padres de los muertos sí pelean por ellos. Algunas veces.

Otros también dudaron. Soledad, antes que nadie, que terminó convenciéndose de que Edoardo había tomado la decisión de matarse. Luca Bruno, ocupante del Asilo, que ahora también cree que se mató: supone que a la policía o la justicia italianas no les convenía matarlo, porque con su muerte perdieron parte de su caso y se les complicó mucho la instancia judicial. Aunque no termine de saber por qué fue: "No sé por qué se mató. Sé que recién había salido de una larga persecución: dos años de cárcel por aquellos cuarenta gramos de pólvora negra. Una cantidad ridícula: aun si hubiera querido hacer una bomba, con eso no podía hacerle mal a nadie. Y se había dado cuenta de que esta acusación era grave. Si por cuarenta gramos de pólvora se había pasado dos años en cana, por asociación subversiva y banda armada le podía caer una docena... El juez acababa de decidir que tenían que esperar el juicio en prisión, aunque no tenía ninguna prueba para sustentar las acusaciones principales, y sólo le quedaba el robo e incendio en la Municipalidad de Caprie. Pero se hizo evidente que iban a hacer todo lo posible para dejarlo adentro —aunque no tuvieran demasiadas bases. Y que con eso ganaban el tiempo suficiente para seguir armando la acusación por todo el resto. Y además porque Baleno estaba en el principio de una historia de amor muy intensa, una historia que tenía apenas dos meses, estaba en el momento de mayor intensidad... y estar separado y pensar que no iba a volver a ver a su mujer por quién sabe cuánto tiempo. En medio de un amor feroz, esa ausencia puede hacerse insoportable".

Mientras tanto, aquel día, en la cárcel de Cuneo, Silvano Pelissero estaba escribiendo una carta a sus compañeros de una casa ocupada de Turín, el Prinz Eugen, donde les recomendaba

tener los ojos muy abiertos: "Inviertan plata en instrumentos para descubrir micrófonos escondidos en las casas. Entre ustedes seguramente circulan espías o colaboradores. Tienen las casas llenas de micrófonos. Seguramente la Alcova, el Barocchio, La Cascina y el portón del Asilo están bajo control de cámaras de video. Luces apagadas. Ruido. Radio a todo volumen. En los autos los micrófonos están en los espejos retrovisores internos. Los receptores satelitales —que teníamos yo y Edo— son cajas colocadas entre el techo y el aislante. Los cables llegan desde la luz interna. A menudo las cámaras de video están en los faros o los espejos externos de coches estacionados. Autos accidentados y abandonados. Difundan estas informaciones con precaución, es mejor no crear paranoias y fobias".

Aquella mañana Silvano firmó la carta, la metió en el sobre y vio llegar a uno de sus compañeros con un gesto agitado: —Escuchá, hubo una tragedia, lo acaban de decir en la radio.

"Yo no supe qué pensar sobre la muerte de Edoardo", dirá Silvano ahora. "Me pregunté si lo habían matado, no sabía. En la cárcel yo hablaba con otros detenidos y me decían que en la sección 41 bis mataban prisioneros, lo sofocaban con un almohadón y después lo colgaban y el médico lo declaraba suicidado. Pero no sé qué pasó ahí. No hay elementos para decir que se suicidó ni para decir que lo mataron. No dejó una carta, perdoname Soledad, perdónenme compañeros, nada. Pero tampoco hay ninguna prueba que diga que lo mataron".

Pocos días después de su muerte, sin embargo, Silvano asumía en sus cartas que su amigo se había suicidado: "El poder constituido siempre aconseja a los perdedores que olviden el pasado. Baleno no olvidó y ganó la pelea. Le escupió en la cara al

mundo de los resignados al suplicio cotidiano de la muerte lenta", escribió y, una semana después: "Admiro a Edo. Tuvo un valor que yo no tengo. Mi huelga de hambre es un suicidio lento. Espero tener más fuerza alguna vez...".

El movimiento en general terminaría por aceptar la tesis del suicidio. Pero la explicaría por la violación del encierro y la desesperación que eso supone. Como en el comunicado de la Federación Anarquista Italiana: "Edoardo era víctima de una de las peores prepotencias: fue privado de la libertad, y prefirió la muerte". O el diputado verde Paolo Cento, que habló de un "homicidio de Estado consumado en un clima inaceptable de represión contra los centros sociales de Turín".

Stefano, ex ocupante del Asilo, fue más preciso en sus hipótesis: "Edo podía ser original, genialoide, taciturno, lo que quieras, pero estúpido no. Yo creo que él nunca se habría colgado por un momento de depresión. Yo estoy casi seguro, aunque nadie me lo pueda confirmar, que le dijeron 'o nos das nombres, apellidos y direcciones de toda la gente de esta banda armada o te quedás en la cárcel para siempre'. La institución del arrepentido es un invento italiano. Pero no sólo esta banda armada no existía; además, Edoardo no tenía la menor intención de hablar con la policía ni de fútbol: nunca lo había hecho y no estaba dispuesto a empezar a esa altura. Y entonces le deben haber dicho 'ok, si ése es el juego, lo vas a jugar todo lo que quieras porque te vas a pasar el resto de tu vida en la cárcel'. Lo acorralaron: le hicieron entender que si no hablaba lo dejaban en la cárcel para siempre — y Edoardo tenía buenas razones para creerles. Lo dejaron sin salida: o la traición o el encierro. Y la única salida que encontró fue un último pito catalán: el que decide mi vida sigo siendo yo".

Fue un día de decisiones. Aquel 28 de marzo, en la cárcel de Saluzzo, cerca de Turín, Luca Caire, 23 años —robos de autos, venta de marihuana— decidió suicidarse. Y no muy lejos, en Trani, una mujer, Teresa Massari —venta de drogas, la libertad en julio— también lo decidió. Sus historias no aparecieron en los diarios.

"Carniceros bastardos, ustedes son los responsables de la muerte de Baleno como de todas las que suceden en la prisión todos los días. ¡Asesinos! Los terroristas criminales son ustedes: periodistas canas criminales y especuladores del TAV. Nunca habríamos querido escribir este comunicado. Desde ahora la vida en esta ciudad de muertos nunca será igual, y la culpa es toda de ustedes", decía un volante que firmaron, esa misma tarde, "Todos los lugares ocupados y las individualidades rebeldes".

Aquel día, en cuanto salió de la cárcel de Le Valette, Luca Bruno corrió al primer teléfono para llamar a sus compañeros del Asilo y darles la noticia. El Asilo está a menos de un kilómetro del mercado de pulgas del Balon, el lugar de cita, todos los sábados, del otro Turín: árabes, anarcos, vendedores de ocasión, ladroncitos, marginales variados. Antes del mediodía todo el Balon estaba al tanto y organizaba su respuesta. Mientras tanto, Radio Black Out convocaba a los más lejanos: —Hay que manifestar, compañeros, hay que salir a la calle, hay que dar una primera respuesta. La muerte de nuestro compañero Edoardo Massari es una más en una larga serie de homicidios carcelarios. Pero no es una más, porque ninguna muerte es una más...

"Baleno murió pero estuvo vivo. Los poderosos de esta ciudad nunca lo estuvieron", decía una de las primeras pintadas en las

paredes del Balon: la firmaban los Ocupantes del Asilo. A eso de las tres de la tarde ya eran un par de cientos. Pintaron una tela con una sola palabra, que resumía sus emociones, y salieron en manifestación hacia el centro de la ciudad. El cartel decía Asesinos y sus gritos también.

—Y esta es la última carta que recibimos de Edoardo. Nos decía que "verlos frente al Tribunal de la Libertad me dio fuerzas. Estoy contra el esquema de esta sociedad: trabajá, consumí, morite. La cárcel es una tortura..."

Decía Radio Black Out y la manifestación avanzaba por el centro de Turín entre compradores de sábado a la tarde. De cerca la seguían varios coches y camionetas de los carabineros y la policía antidisturbios en uniforme de combate: un rato antes, el ministro del Interior, Giorgio Napolitano, había hablado con el prefecto de la ciudad para poner a su disposición todas las fuerzas necesarias para "prevenir incidentes". Frente al municipio la marcha se encontró con un concierto de rock. Un muchacho se subió al escenario y pidió permiso a los Max Oil de Pinerolo para leer su comunicado. Los rockeros le dieron el micrófono; su voz retumbaba con el poder de dos mil watts: —¡Asesinos! Los terroristas criminales son ustedes: periodistas canas criminales y especuladores del TAV.

El tránsito se enredaba. Los comerciantes bajaban las cortinas de sus negocios; un oficial de policía instruía a sus hombres a los gritos: —Si atacan, dos patadas en la cabeza y al carajo.

No atacaron. Un poco más allá, en la esquina de XX Settembre y via Garibaldi, una chica se subió al techo de un ómnibus para leer el comunicado: —Nunca habríamos querido escribir este comunicado. Desde ahora la vida en esta ciudad de muertos nunca

será igual, y la culpa es toda de ustedes.

Terminó la chica y sus compañeros la vivaron. Un cameraman de la RAI intentaba filmarlos: la chica desde el ómnibus le gritó que dejara de filmar. El tipo siguió; varios manifestantes lo atacaron y le rompieron la cámara. Tenían las caras enmascaradas con pañuelos y palos en las manos.

—Ustedes, periodistas, también son responsables de esta muerte.

Le gritaban. Otros pintaban "asesinos" en las paredes que encontraban a su paso. Aislados en la marcha, el consejero Pasquale Cavaliere y el concejal Marco Revelli, de Refundación Comunista, trataban de convencer a los anarquistas de empezar "un diálogo constructivo". Dos manifestantes le contestaron que ya era tarde para andar charlando: —Estos hijos de puta nos matan de a poquito o como hoy, de golpe. Nunca hicieron nada por nosotros y ahora se sorprenden si salimos a la calle, si les rompemos unas vidrieras... ¡Manga de hipócritas!

La marcha terminó sin más incidentes. Esa noche unos quinientos volvieron a recorrer el centro para gritar su indignación; treinta o cuarenta se fueron hasta Collegno y reocuparon la Casa donde Edoardo había vivido. El intendente dijo que no pensaba mandar una orden de desalojo "por algunos días. Después de lo que pasó no querría recalentar los ánimo s". El fiscal Marcello Tatangelo no tuvo ese prurito: esa misma tarde declaró: —Lo lamento mucho por ese muchacho. Pero los resultados de la investigación habían hecho inevitable la prisión preventiva.

Su compañero Maurizio Laudi pidió de inmediato una escolta policial. En los noticieros de la televisión nacional, la foto de Silvano Pelissero era exhibida como si fuera la de Edoardo

Massari. Y la prensa hablaba de la "muerte de un Lobo Gris". El Estado y sus grupos de poder necesitan enemigos que justifiquen su existencia, su control; los okupas —y su supuesto brazo armado — eran ideales para constituirlo. El squatter "se declara en contra de todos los poderes, rompe las vidrieras del centro cuando la policía lo ataca, rechaza toda definición y todo vínculo con la política oficial; es tan enemigo que se arriesga al aislamiento", escribió en el diario de izquierda *Il Manifesto* Paolo Griseri.

—Lo más irritante es leer quiénes somos y qué hacemos según periodistas que no nos conocen para nada.

Decía, esa misma tarde, un locutor de Radio Black Out:

—Nos pintan como cabezas huecas, extraviados que no tienen nada que decir, que se divierten rompiendo las vidrieras del centro. '¿Qué leen?' se pregunta un periodista, alelado. Mire, leemos de todo. Tenemos muchas ideas y quizás por eso quieren taparnos la boca. Y por lo de las vidrieras rotas en el centro, ¿por qué no dicen que la policía cargó con violencia inaudita contra una manifestación de protesta? ¿Por qué no dicen que las vidrieras fueron rotas como reacción ante esas cargas? La única justicia es la justicia proletaria. Los tribunales y las cárceles volarán por los aires. Ay, Sole, disculpanos que nos olvidamos de hablaaaar despaciiiiito. Pero seguro que vos nos entendés igual.

El sábado a la noche le habían devuelto su radio y un par de frazadas, pero seguía bajo vigilancia permanente.

El domingo 29 Soledad y Silvano empezaron sus huelgas de hambre. Cada uno por separado dijeron que la emprendían para homenajear a su compañero, contra el sistema carcelario y por su libertad; Soledad, además, le dijo a Pasquale Cavaliere —que

volvió a visitarla— que quería que la autorizaran a ir al entierro de su hombre, el jueves 2 de abril, en el pueblito de sus padres. Soledad pesaba, en ese momento, 47 kilos.

—El sistema nos oprime, quiere mantenernos dentro de su maquinaria. Pero Edo decidió morir, eligió su libertad. Y también lo hizo para que no nos olvidaran en la cárcel.

Le dijo al consejero verde. El abogado Novaro, mientras tanto, le pedía al Tribunal el arresto domiciliario para Soledad: —¿Cómo puede haber formado parte de una asociación subversiva si no hace ni un año que llegó a Italia y conoció a Massari en noviembre? Además, hay un marcado contraste entre los hechos específicos contenidos en la acusación —el hurto y el incendio en la Municipalidad de Caprie, la botella con pintura lanzada contra el Palacio de Justicia, un robo de nafta en una obra— y la acusación de que los tres formaban parte de una asociación para subvertir el orden del Estado. Sí, repito que había charlas, proyectos de atentados, pero es cierto que durante todo el tiempo en que fueron seguidos los vieron empeñarse sobre todo en hurtos en supermercados. En este sentido, los jueces han forzado los datos objetivos que aparecen en la investigación y los han encajado en el escenario más grande e inquietante de las actividades de los así llamados Lobos Grises.

"Ayer a la mañana vinieron a mi celda Pasquale Cavaliere con el director de la cárcel y otros funcionarios", escribió esa tarde Silvano Pelissero desde su prisión de Cuneo. "Me preguntaron si estaba bien. ¿Qué les podía contestar? ¿Está bien uno al que se le muere, colgado en su celda, un compañero y hermano? ¿Está bien uno que se prepara a vivir acá adentro, en la privación absoluta, por años? ¿Está bien un ser pensante que sabe que cuando saldrá

en supuesta 'libertad' se encontrará en una sociedad más mierdosa que antes? Les contesté con insultos, agravando así mi situación".

Que ya era grave.

En Buenos Aires la familia Rosas estaba al borde de la desesperación. La muerte de Edoardo Massari fue para ellos un choque de realidad: no sólo significaba que el novio de su hija acababa de suicidarse en prisión, que los diarios hablaban del tema, que su problema se había hecho público; también, y sobre todo, que ya no podían seguir creyendo que Soledad tenía un inconveniente menor, un patinazo que se solucionaría más o menos pronto. Esa misma semana Ugo Pruzzo llegó a Buenos Aires y volvió a reunirse con ellos: —El problema es que Soledad no está mostrando u na actitud de colaboración. Ahora se ha declarado en huelga de hambre: eso es lo peor, la indispone con los jueces. Es necesario convencerla de que deje la huelga, de que adopte una actitud más sensata. Y el problema es que por el momento no se ha confiado con Zancan tampoco. Las veces que él la fue a ver no le hizo mucho caso, no colaboró.

El abogado Pruzzo les volvió a decir que, por su falta de antecedentes, Soledad tenía la posibilidad de pedir la extradición: que la mandaran a Buenos Aires mientras seguía la investigación, con el compromiso de volver para el juicio. Que después podría cumplir o no cumplir. Era la salida más completa y los Rosas ya se la habían planteado por teléfono. "Yo creo que la mamá quería que se volviera y se olvidara de todo: que cerrara el paréntesis", dirá Silvia Gramático, su compañera de viaje. "No se dieron cuenta de que ella ya era otra. Ellos querían sacar a Soledad del problema

sin pensar en lo que ella quería hacer. Se pusieron muy enfrente, y ella siguió adelante sin poder parar". "Nosotros ya habíamos hablado con Sole de esa posibilidad", dirá su hermana, "y ella nos sacó recagando".

—Sí, lo sé. No podemos insistir más con esto porque si ella no quiere volver no va a volver. Es ella la que se tiene que defender, no podemos obligarla. Entonces, lo mejor que podemos hacer por ahora, hasta el juicio, es sacarla de la cárcel. Conseguirle el arresto domiciliario.

Les dijo Pruzzo.

—Pero para eso tenemos que convencerla de que cambie su actitud, que empiece a dialogar con el juez porque si no, no va a conseguir nada. Y esas cosas no se pueden discutir por teléfono, y menos por el teléfono de la cárcel, que lo están escuchando.

Soledad y su familia habían hablado por teléfono varias veces, y cada comunicación era un tormento. Cada sábado, los Rosas se reunían a esperar la llamada, que podía llegar o no llegar. Cuando atendían un guardia de la cárcel les decía que se prepararan para hablar: recién entonces les pasaba a Soledad. Las llamadas no podían durar más de tres minutos: los Rosas se anotaban en un papel lo que cada cual quería decirle, para aprovechar al máximo ese tiempo. Aunque sabían que no podían hablar de nada importante: las conversaciones eran escuchadas y grabadas por los carceleros. Cada vez que terminaban de hablar, la alegría se les mezclaba con el desaliento.

—Yo creo que es necesario que viaje alguno de ustedes, tendrían que hablar con ella, convencerla. Ahora es urgente: lo primero es sacarla de la huelga de hambre, que le puede hacer muy mal.

Dijo Pruzzo y los Rosas se miraron. "Mi papá dijo que él no viajaba porque sabía que se iba a terminar peleando con Soledad, que no iba a ser de mucha ayuda", dirá Gabriela Rosas. "Él creía que tenía que ir yo. Mamá no porque estaba muy mal, como en estado de shock, no estaba fuerte como para ir y ocuparse de eso. No era sólo ir a estar con Soledad sino ver a los jueces, a los abogados".

—Yo viajo. Tiene razón el doctor, desde acá es muy difícil intervenir, no se puede hacer nada. Yo soy la que puede irse más fácil, en cuatro o cinco días preparo todo y me voy para allá.

Dijo Gabriela Rosas. La facilidad era relativa: Gabriela estaba embarazada de seis meses y en plena reforma de su casa, pero esa misma tarde llamó a la agencia de viajes.

—Rosas, preparate para salir.

Las guardias la esposaron y la llevaron por el pasillo con un par de empujones: nadie le quiso decir adónde iba. Eran las tres de la tarde; la metieron en un furgón policial muy custodiado y arrancaron. Soledad imaginó destinos: el tribunal, un hospital, otra prisión, vaya a saber. En el Instituto de Medicina Legal de via Chiabrera la bajaron con tremendas precauciones y la llevaron, siempre rodeada, hasta la morgue. En el medio de tantos uniformes parecía todavía más chiquita. Hacía frío. En un costado de la sala, sobre una tarima de metal, bajo una campana de vidrio, estaba Edoardo.

—Amor, mi amor.

Gritó Soledad y empezó a llorar. Había pensado que quería mantenerse firme; cuando lo vio supo que no podría. Trató de taparse la cara con las manos: las esposas le lastimaron las

muñecas. El cuerpo de Edoardo estaba tapado por una sábana blanca: su cara ya no tenía mirada, la barba hirsuta, el color agrisado de los muertos. Soledad nunca había visto un muerto. Pensó: nunca antes había visto un muerto. Pensó: se parecen a los vivos demasiado.

Pasaron minutos. Soledad en silencio, los ojos clavados en el muerto. Ya no lloraba: era silencio. Toda ella era silencio. Después un guardia contaría que dijo 'hasta la vista, amor, nos vemos pronto'. Yo no la oí.

Le dijeron que tenían que salir. La escoltaban varios carabineros; aun así se las arregló para saludar a los fotógrafos con el clásico *fuck you*: esa foto de una chica rapada y esposada y desafiante recorrería el mundo. En la foto Soledad tenía un jogging adidas, un pulover gordo con su cierre relámpago y un policía de boina que la agarraba de los brazos; también tenía los labios apretados, la mirada hacia abajo para no tropezar en la escalera, la cara flaca por la huelga de hambre y esposas en las manos; en la foto Soledad levantaba las dos, unidas, esposadas, con el dedo medio de cada una en desafío. Era un gesto de amor y enfrentamiento: ella, después, contaría que lo hizo por orgullo anarquista y por su hombre.

"Los abrazo fortísimo con todo mi corazón y toda mi rabia", les escribió esa tarde, ya de vuelta en la cárcel, a los padres de Edoardo. "Es difícil encontrar una explicación a todo esto, aunque si lo pienso quizás no tanto: Edo era una persona demasiado libre como para estar en un lugar como éste. Este lugar no es para él, ni para nadie. Sólo me reconforta pensar que él es nuevamente libre, esta vez para siempre. Yo pienso que cuando una bella persona como él se va es porque acá ya no tiene nada que hacer".

Escribió Soledad, y no habló de lo que sí tenía para hacer en este mundo: seguir siendo su hombre, acompañarla: no habló de su terrible decepción. Seguramente no eran cosas para decirles a los padres del muerto.

"Pienso que la vida es sólo un paso para prepararse para ir a un lugar mucho mejor, donde somos realmente libres. Hoy fui a verlo al hospital y cuando lo vi sentí que eso no era él, que eso era sólo un cuerpo, demasiado material y me convencí de que él no estaba realmente allí sino en otro lugar. Pienso y siento que está entre nosotros.

"Me resulta muy difícil seguir adelante ahora, pero lo haré tanto por mí como por él, de alguna forma lo haré. Es muy difícil salir de la cama a la mañana, pero lo consigo si pienso que cuando me levante haré yoga: puedo continuar gracias a tantas cosas lindas que él me dio".

Esa tarde Soledad insistió en que quería que le permitieran ir al entierro de su hombre, al día siguiente en Brosso Canavese. La jueza Fabrizia Pironti le contestó a través de la prensa: —No, es imposible. Su presencia allí provocaría graves problemas de orden público.

Esa tarde los okupas de Turín decoraron el frente del Tribunal de la Libertad —el que había negado la libertad provisional o la prisión domiciliaria— con bombazos de pintura roja. En otras ciudades italianas — Roma, Bologna, Milán— anarquistas hicieron manifestaciones y actos de repudio. Y los turineses anunciaron una gran marcha de protesta por la muerte de Edoardo y la prisión de Soledad y Silvano para ese sábado 4 de abril. La convocaban todas las casas ocupadas de la ciudad: sería la última vez que todas ellas —anarquistas y comunistas— se reunirían en una

iniciativa común. Los manifestantes llegarían de toda Italia, las autoridades y los buenos burgueses se asustaban, grupos políticos que nunca se habían mezclado con los squatters ahora querían participar: —Cualquiera puede venir a nuestra manifestación, pero no queremos siglas de partidos políticos, los mismos que con sus manos blancas firman nuestros desalojos. No queremos que nadie use el escenario de la muerte de Baleno para ganarse un lugar en los diarios, lo que ya está sucediendo.

Dijo alguien en Radio Black Out. La marcha del sábado asustaba, pero antes había que enterrar a Edoardo.

En Brosso Canavese el sol brilla sobre todo en invierno. En Brosso, esa tarde de invierno, no había sol: amenazaba lluvia. Desde el mediodía unos doscientos squatters habían ido llegando al pueblito: casi dos horas de viaje de Turín por caminos que se hacen cada vez más estrechos, más sinuosos, que se enredan entre picos nevados. Brosso es un lugar encantador: calles angostas, varias docenas de casas sin ninguna estridencia, una vieja iglesia de piedra con su pequeño cementerio alrededor. La obra de generaciones y generaciones de piamonteses que nunca pensaron en producir ninguna obra: montañeses espesos, agricultores sólidos y romos. Es un lugar común: bajo la superficie tersa de cada paisaje deleitable se esconden los ronquidos de la bestia.

"Nosotros les pedimos a los muchachos que estuvieran tranquilos, que era un funeral, y los muchachos se quedaron tranquilos", dirá Paola Massari, la madre de Edoardo; los muchachos eran, por supuesto, los compañeros de su hijo. "Y queríamos mantener la privacidad del funeral y les pedimos a los

periodistas que no vinieran. No queríamos que convirtieran nuestro dolor en un espectáculo para vender. Pero algunos vinieron, provocaron". Que fueran era, para los deudos, una provocación: ellos habían sido muy claros en su reclamo de intimidad. Y los squatters se habían hecho eco, a su manera: —¿Ustedes son periodistas?

—Sí, bueno, en realidad...

—Toménselas de acá, rápido. Éste no es un lugar para ustedes. La familia lo dijo clarito, no quieren que haya periodistas. Ustedes también lo mataron a Edo, no los queremos acá, son unos chacales, váyanse.

Les decían tres o cuatro squatters en la plaza de Brosso a periodistas de *La Repubblica*, *Il Manifesto* y *La Stampa*. "Nosotros habíamos pedido explícitamente que no hubiera periodistas", dirá Luca, ocupante del Asilo. "Un entierro es un asunto privado, no queríamos tener por ahí dando vueltas a los mismos tipos que habían hecho tanto mal con sus difamaciones, que habían escrito que nuestros amigos eran terroristas peligrosos, lobos grises: que los habían declarado culpables desde el primer día, sin necesidad de pruebas o comprobaciones". Lo había dicho, también, Radio Black Out: "Los periodistas que quieran seguir el funeral de Baleno se atendrán a las consecuencias". Pero los periodistas también acarrean cierta mitología profesional: los periodistas creen que tienen que contar sobre todo lo que otros no quieren que cuenten y eso, que es respetable cuando los otros son los que suelen imponer sus normas, se vuelve discutible cuando los otros son de abajo.

El ataúd llegó a las tres de la tarde. Lo esperaban, en la plaza, sus padres y sus parientes y sus compañeros. Lo cubrían una

bandera negra con una A pintada en rojo, lluvia de flores blancas y una gran cruz de metal plateado; repicaron las campanas de la iglesia. Poco después aparecieron el obispo de Ivrea, Luigi Bettazzi, y el cura Luigi Ciotti, un sacerdote comprometido en la lucha contra la mafia, creador del Grupo Abel —que ayuda a drogadictos. Don Ciotti venía con su custodia: —¡Ahí viene el cura con sus tiras!

Gritó alguien, y él trató de explicar que no tenía más remedio que llevarlos porque estaba amenazado. La discusión fue breve. Antes de cargar el ataúd a hombros, los anarquistas le pidieron al padre de Edoardo que sacara la cruz: —Es una forma de respetar su ideología, sabe.

El padre aceptó: la cruz quedó en manos del párroco y la comitiva se puso en marcha, cuesta arriba, hacia la iglesia. Algunos vecinos los acompañaban. El silencio era extremo, los pasos arrastrados. La iglesia estaba a un centenar de metros; ya llegando algunas mujeres empezaron a recitar avemarías. El cortejo entró en la iglesia: muchos anarquistas se quedaron afuera.

—A Edo le pediría que no se ofenda si lo comparo con el Buen Ladrón. Aquel hombre era una especie de anarquista de su época, un opositor al poder romano que sin embargo usaba instrumentos de odio y de violencia. Ese hombre, en la cruz junto a Jesús, se sorprendía de ver condenado a un opositor que operaba con el amor y sin violencia. Y, al pedirle que lo dejara entrar en el Reino, mostró que había entendido las enseñanzas de Cristo.

Dijo monseñor Bettazzi en su homilía. Afuera su voz se oía entrecortada. Algunos anarquistas lo escuchaban; otros charlaban entre ellos, fumaban, miraban las nubes negras a punto de romperse. La mezcla era curiosa: —Jesucristo en la cruz entendió

al ladrón que le pedía su misericordia y su recuerdo. Hoy ciertamente el Señor tiene en cuenta la soledad que ha llevado a Edoardo a su trágico gesto y lo llevará consigo a la Resurrección.

Siguió el obispo. De pronto alguien, afuera, pegó un grito:

—¡Ése, ése que está ahí es Ge nco, el asesino!

Era Daniele Genco, el periodista de Ivrea que había empezado su campaña contra Edoardo cuando cayó preso en 1993. "El tipo lo había acusado de todo tipo de mentiras", dirá Luca. "Y eso en un lugar chiquito y cerrado es terrible, porque todos te conocen, conocen a tu familia: es muy eficaz. Es medieval: antes te ponían la cabeza y las manos en una picota; ahora lo hacen poniendo tu foto y tus datos en el diario y contando las peores mentiras. A Baleno este tipo le había jodido la vida y sus padres habían tenido que cambiar de pueblo por la presión de este individuo. Y el tipo se presentó ahí, a la entrada de la iglesia...".

Tres hombres se le acercaron y empezaron a pegarle. Después se les sumaron cuatro más: puñetazos, patadas. No había policía: los doscientos efectivos que había mandado la comisaría de Ivrea estaban a tres kilómetros: "Tenemos órdenes de quedarnos acá", dijo el jefe del operativo. "Si nos ven allá va a ser la guerra. Así que no nos acercamos". Los golpes arreciaron, hasta que otros squatters se interpusieron: —Está bien, déjenlo, ya está bien, compañeros.

Daniele Genco sería hospitalizado con muchas contusiones y una vértebra lesionada. Más tarde otros periodistas serían corridos a pedradas de los alrededores de la iglesia.

"El funeral fue un momento de gran tensión, de conmoción colectiva", dirá Ita, ocupante del Asilo. "No sabíamos si, al final,

iban a dejar venir a Sole. Que la dejaban, que no la dejaban, había cantidad de versiones. Estábamos por meter el cajón en la fosa y vimos que llegaba el camión celular: ésa debe ser Sole, la dejaron. Y finalmente la vimos bajarse rodeada de guardias de Le Valette: todos nos pusimos a llorar, ella y nosotros".

La jueza la había autorizado a último momento: es probable que haya influido la presión de un grupo de parlamentarios —Cento, Colombo, Gardiol y Valetto— que amenazaron con una huelga de hambre. En el cementerio de Brosso, Soledad se mezcló en un abrazo con Paola Massari: las dos juntas lloraron un rato largo. A su alrededor sus compañeros gritaban 'Libertad para Sole y Silvano'. Ya llovía.

"Entonces la aplaudimos, todos tratábamos de tocarla, de abrazarla", dirá Ita. "Al principio los guardias se asustaron y se pusieron duros, después se dieron cuenta de que queríamos tenerla entre nosotros y hubo tironeos, nos la disputábamos. Ella nos saludaba a todos, nos abrazaba, nos besaba. Un poco contenta de vernos, muy triste por la muerte de Edo. Después hubo un largo silencio y nos quedamos todos frente a la fosa, callados, muy emocionados".

Hasta que Soledad hizo un chiste. Dije: un chiste. Señaló a Luca, su marido por ley, y al ataúd y dijo: —Aquí mi marido, aquí mi amante.

Y todos se rieron; fue un momento de distensión extraña. El cajón seguía cubierto por la bandera negra y había, sobre ella, un cartel manuscrito por Soledad: "Vivir fuera de las leyes que esclavizan, fuera de las reglas estrechas, fuera de las teorías formuladas para las generaciones futuras. Vivir sin creer en el espejismo del paraíso terrestre, vivir para la hora presente y más

allá del espejismo de la sociedad futura. Vivir y palpar la existencia del placer, orgulloso de las guerras sociales, es más que un estado mental: es una forma de ser, ya mismo. Baleno".

Soledad lo miraba, lloraba, se enjugaba las lágrimas con el revés de las manos. "Cuando salí de la cárcel para el funeral", escribiría esa noche a sus compañeros del Asilo, "pensé cuánto me gustaría llevar algo para dejarle a Edo, pero me revisan 20.000 veces por día, era imposible, ni siquiera me dejaron una cartita que le escribí para llevarle. Pero cuando llegué, mágicamente vi que estaba con él esa frase. La escribí yo, ésa era mi letra. Me acuerdo del día que la escribí. Es una frase del '68, yo la había encontrado entre cosas que él había escrito y como me gustó tanto la transcribí en una hoja grande y la pegué en la pared al lado de la estufa. ¿Entienden? Qué bueno, siento como que ustedes entendieron mi deseo de dejarle algo importante, y era esa frase".

—Edo no está ahí.

Dijo Soledad, señalando el cajón al borde de la fosa. Un centenar de puños se levantaban hacia el cielo.

—Yo lo veo en las caras de todos ustedes.

Alguien le había dado un ramo de flores amarillas. Entre varios empezaron a bajar el ataúd: Soledad besó sus flores y las tiró en la tumba.

—Chau, Baleno, hasta la vista.

Dicen que dijo por segunda vez.

2. UNA MARCHA

"Qué lindo. Hoy pude abrazarlos a los dos y me sentí muy bien, si me puedo permitir decirles que ahora para mí ustedes son como papá y mamá", les escribió esa tarde Soledad a los padres de Edoardo. "Los míos están muy lejos y los necesito tanto, en este momento es bueno saber que ustedes están acá, me dan mucha fuerza. Siento que Edo está entre nosotros, libre, miro el cielo y puedo verlo, miro adentro mío y lo encuentro. Sólo no está materialmente, pero aparece en nuestros gestos, en nuestras acciones. Esta tarde había una mujer rubia con ojos azules y con su hija, también rubia, de ocho o diez años. ¿Ustedes saben quiénes son? No pueden imaginar la fuerza que esa nena me transmitió. Si ustedes la conocen díganle cuánto bien me hizo sentir, sus ojos se acercaron a mi corazón. ¿Saben qué me dijo la madre? Mi hija querría ser como Edo y como vos, y yo le dije que seguro que sería mejor".

A las siete de la tarde Soledad ya estaba de vuelta, escribiendo en la prisión, cuando escuchó la música. Se asomó a una ventana: allá abajo, en la calle, sus compañeros la saludaban con un concierto de rock, bengalas y petardos. "Nosotros estábamos

todos juntos, nos alentábamos y consolábamos los unos a los otros", dirá Ita, "pero ella estaba sola, tenía que volver a su prisión con todos estos guardias, una situación horrible, dolorosa. Por eso fuimos a acompañarla esa noche".

"Amigos, son las diez y todavía puedo escucharlos del otro lado del mu ro. Esta noche no hay muros. Para mí estos muros son sólo un símbolo que con mi fuerza y la de ustedes dejará de existir", escribió Soledad a sus compañeros.

"Escuché todo y fue muy bello, estoy llena de fuerza, pero la sensación más bella es que por prime ra vez en estos meses todas nosotras, las detenidas, hemos estado juntas.

"Estábamos todas en las ventanas, gritando y bailando, haciendo luces con los encendedores. Hoy por primera vez desde la muerte de Edo agarré su foto, él bailó conmigo, definitivamente está entre nosotros.

"Cuando se prendió la bengala tuve una sensación extraña, dos sensaciones: por un lado una bella luz en el cielo, una estrella, una luz de libertad, pero al mismo tiempo vi la maldita acusación que pesa sobre nosotros. En ese momento grité espontáneamente 'cuidado, por una bengala así nos metieron en cana'".

Soledad estaba agotada. Esa noche, por primera vez, durmió horas y horas de un tirón.

Al día siguiente los ataques contra los periodistas en Brosso Canavese se convirtieron en titulares de primera página. La prensa reaccionaba y cerraba filas en su propia defensa. "Pensé: ahora me matan", titulaba *La Stampa* bajo una foto de Daniele Genco.

—Yo soy no violento y por lo tanto condeno esta agresión... pero hago notar que no todos los periodistas fueron agredidos.

Dijo al día siguiente, casi pícaro, el obispo Bettazzi.

—Y se podía respetar la voluntad de los familiares, que habían pedido una ceremonia privada. En los funerales de Giovannino Agnelli la privacidad fue perfectamente respetada. ¿Por qué en los de Massari no?

Es cierto que los poderosos no necesitan pegarle a un periodista: para eso tienen policías alrededor. Mucho después Luca me dirá que, por su carácter, quizás él no le habría pegado: es una muestra de cómo se definen las conductas dentro del anarquismo: "Yo los habría obligado a alejarse de otro modo. Yo actúo a mi modo pero no le voy a decir nada al que actúa de otro. Ni condenarlo ni darle lecciones de moral. Si alguno decide quemarle un coche a un periodista o pegarle, a mí puede no gustarme, pero esa es mi valoración personal; si tengo la ocasión se lo digo al que lo hizo, pero no voy a hacer una declaración pública, no voy a decir que estoy en contra de eso".

Las relaciones de los squatters con la prensa siempre fueron conflictivas; en general, los movimientos contestatarios suelen cuidar sus contactos periodísticos: consideran que una buena difusión de sus hechos es necesaria para su proyecto. Los squatters, en cambio, no tienen esa idea y, además, siempre se sintieron maltratados por los "plumíferos del sistema".

—¿Dónde estaban, turros, cuando nosotros queríamos hablar con ustedes? Cuando los llamábamos, cuando queríamos que informaran sobre un desalojo... Ahora, hijos de puta, vienen a lucrar con el muerto. Hacen diagramas sobre qué come un squatter, cómo se viste un squatter, qué música escucha. Todo confuso, achatado, todo igual. Yo soy una marginal pero soy sobre todo una persona. Y siempre estuve acá, pelotudos.

Escribió un periodista que le dijo, en esos días, una anarquista en la puerta del Delta House Ocupada de la via Stradella. "O sea que teníamos una voluntad muy fuerte de no tener ninguna comunicación con ellos, porque los considerábamos responsables de lo que había pasado", dirá Luca. "Uno de ellos, incluso, que había sido un militante importante de la izquierda en los setentas, nos acusaba de talibanes 'porque no queríamos tener relaciones con el mundo exterior': para ellos, el hecho de no querer hablar con los periodistas significaba no querer relacionarse con el mundo exterior, de encerrarnos en nuestro espacio". Para muchos sigue siendo incomprensible: en una sociedad dominada por la difusión periodística los que eligen no participar del mecanismo —que les parece profundamente desconfiable— son criaturas insensatas. Como si fuera impensable elegir otros terrenos de comunicación y de combate —fuera de la prensa. "Encima los tipos habían descubierto el fenómeno squatt: por un lado hacían esta campaña; por otro habrían pagado oro por hablar con nosotros, por poder decir 'hemos entrevistado a los peligrosos squatters, hemos ido a sus casas'. Nosotros los rechazábamos sin vueltas, teníamos muy claro qué posición tenían frente a nuestras actividades: siempre trataron de anular nuestro movimiento, de mistificarlo para alejar cualquier simpatía que la gente pudiera tener por nosotros".

Los ejemplos abundan. Uno de los más elocuentes es, quizás, el artículo publicado en esos días por el semanario *Panorama* y firmado por un señor Vittorio Feltri: "Así que (los squatters) redescubrieron uno de los más antiguos medios de vida: la limosna. Algunos dan vueltas por la ciudad con una jauría, pero no van a la caza del zorro; se trata de actividades venatorias de otro

género, las presas son los billetes que esos delincuentes burgueses, apiadados de esos pobres animales pelones, sacan de sus portafolios. El único problema está en distinguir entre los mendicantes quién ladra y quién lleva, porque la abundancia de pelos y pulgas y mugre constituye un denominador común entre bípedos y cuadrúpedos. Los squatters no son todos así. Hay peores. La mayoría vive en los centros sociales, se nutre de cerveza y huye con puntillosa regularidad ante cualquier ocasión de trabajo. Canta y expresa su creatividad escribiendo las paredes en un lenguaje incomprensible para la gentuza como nosotros que, por diferente, resulta castigada a golpes y patadas. (...) No tienen nada que decir y han elegido invertir su energía no en la conversación, sino en actividades más serias. Como la preparación de cartas-bomba y molotovs para lanzar, en lugar de mensajes verbales, durante sus gozosas manifestaciones. (...) No hacen nada, comen y si no comen beben, bailan, atormentan guitarras, pasean a menudo por los paraísos artificiales, presumiblemente entre hombres y mujeres el cortejo es ligero, no pagan el alquiler, al vestido no dedican atención, jabón y champú no los tientan, para mantenerse en forma no invierten en gimnasios, con todos los adoquines que hay para tirar".

El retrato es perentorio, y su autor quizás coincidiría —desde enfrente— con Luca, el ocupante: "Hay una cosa muy interesante que dijo el fiscal al final del proceso contra Silvano: nosotros nunca pensamos que estos tres pudieran poner en peligro al Estado, porque el Estado tiene miles de personas armadas, dotaciones, aviones, todo, y estos tres no lo podían poner en crisis, decía el fiscal. Pero la vida que llevaban, la forma en que actuaban podía ser un ejemplo de rechazo del sistema que podía

resultar contagioso. Como quien dice 'no nos asustaban, pero eran un ejemplo pésimo para la gente normal'; esa era la 'peligrosidad social' de la que tanto hablaban. El ejemplo de quien consigue vivir sin inclinar la cabeza ante ellos, y que muestra que eso es posible, practicable, que se pueden crear agujeros que incluso pueden agrandarse, si todo va bien, y que todo eso no es absurdo, que no es utópico. Eso era lo que no soportaban".

Una docena de periodistas esperaba. Hacía media hora que esperaban algo y no terminaban de saber qué sería. Eran casi las cuatro de la tarde: ese mediodía los okupas los habían llamado para convocarlos a una conferencia de prensa en el local municipal de Porta Palazzo y allí estaban, frente a una mesa a la que se sentaban tres hombres y cuatro mujeres en silencio, que los miraban y miraban sin palabras. Algunos periodistas empezaban a sudar de los nervios. Detrás, policías de uniforme y de civil, no fuera que. Sólo se oía el ronroneo de las cámaras de televisión.

De pronto Luca se levantó y extendió unos papeles sobre la mesa: papeles amarillos de carnicería. Y los siete sacaron bolsas de plástico de bajo la mesa y los fueron vaciando: dejaban sobre el papel cabezas de conejo, higaditos de pollo, rodillas de cordero, intestinos de vaca. La sangre chorreó sobre la mesa; el silencio se volvió más pesado.

—Esto es lo que ustedes quieren: morfénselos. Hasta luego.

Dijeron los okupas, y se fueron. "A mí me gusta más hacer esas cosas, este estilo de intervención conceptual", dirá Luca varios años después.

—Hola. Tengo una noticia. Acabamos de salir del Continente, el supermercado. Éramos unos cincuenta, y teníamos hambre.

Encontramos muchas cosas buenas. Gelatinas, salmón, champagne. Comimos de todo.

Contaba, tres horas más tarde, un squatter por teléfono en directo por Radio Black Out. La comida, dijo, era una forma de poner en escena su solidaridad con la huelga de hambre de sus compañeros presos. Su relato era goloso: —La gente nos miraba y preguntaba: ¿ustedes quiénes son? Los de los centros sociales. No entendían. Somos los squatters, les explicamos. ¿Entonces ahora van a romper todo? No, teníamos hambre y comimos. Habíamos puesto un cartel: 'Tenemos un hambre de lobos grises'. Nadie nos detuvo. Los estamos filmando a todos, nos dijo uno del hipermercado. Afuera había un guardián, un viejito de sesenta años que tenía una pistola y se paró delante de nosotros. Pero sus propios colegas de la seguridad se lo llevaron. Ahora nos vamos, que están llegando los patrulleros de la policía. Nosotros, las Moscas blancas, hemos actuado otra vez. Ch au, hasta la próxima.

Y la radio puso su jingle de esos días: "No le crean a la prensa, no le crean a la prensa", y siguió con su campaña: —¿Qué hacían ayer un obispo bueno y un cura bueno en el funeral de Baleno? Nos quieren usar, está claro. Con los curas y los obispos, nosotros, ¿qué tenemos que ver? Nada, nada que ver. Mañana seremos tantos, están llegando adhesiones de toda Italia, incluso algunas que no agradecemos. La de Refundación comunista, por ejemplo. ¿Qué vienen a hacer? Y no queremos encontrar periodistas en la marcha: lo repetimos ahora, así por lo menos no pueden decir que no sabían. Nosotros, los squatters —les gusta este nombre, ahora, ¿no?— decimos fuerte y claro que la relación con ustedes no nos interesa, que la primera página nos importa un carajo. Y mañana vamos a ser tantos...

La gran manifestación se preparaba y aterraba a las autoridades y los buenos burgueses de Turín. Pero antes, esa misma mañana, Gabriela Rosas llegó al aeropuerto de Turín. Llevaba una valija chica y una panza imp ortante; lo primero que hizo fue ir al estudio del abogado Zancan: una de sus colaboradoras la acompañó enseguida a la oficina de la jueza Pironti, para pedirle que la autorizara a visitar a su hermana. "La jueza me hizo algunas preguntas: cómo era Soledad, si tenía antecedentes en Buenos Aires", dirá Gabriela Rosas. "Le dije que no, que era una chica normal que había sido educada como cualquier chica de clase media de la Argentina, que nunca había tenido problemas con la policía, que nunca había participado en política. Que estábamos todos muy sorprendidos con lo que está pasando porque Soledad no era para nada como se decía. Era la verdad."

Hacía muchos años que Turín no temía tanto. Y el país se alarmaba también. El presidente del Consejo, Romano Prodi —de visita oficial en Inglaterra — decía que estaba "muy preocupado por los incidentes de Turín, expresión de un malestar que no puede dejar de preocupar al gobierno". Y durante los días anteriores el ministro del Interior, Giorgio Napolitano, había escuchado a los políticos de la derecha y a las asocaciones de comerciantes turineses que le reclamaban que prohibiera la manifestación. Pero el gobierno de centroizquierda no podía permitirse ese recorte de las libertades, y al fin la autorizó. Aquel sábado la ciudad apareció infestada de carteles llamando a la marcha: "Los terroristas son ustedes: administradores y patrones del TAV, jueces, canas de todo tipo, periodistas y opinadores

varios, políticos todos, ciudadanos silenciosos, con sus persecuciones, con sus jaulas dentro y fuera de la cárcel, con su tácito e inocente silencio, ustedes le pusieron la soga al cuello". Los diarios anunciaban el apocalipsis –"Turín blindada por la invasión squatter", "Cuenta atrás en la ciudad blindada", "Vigilia de alta tensión", "Turín cierra contra los squatters", "El día del miedo"— y sus lectores les creían.

—¿Oye, te acuerdas de aquella pintada que hicimos una vez, hace la ostia de tiempo? ¿Aquella que ponía burgués, tu pesadilla es mi sueño?

Le decía un catalán cuarentón a su amiga en el patio del Asilo, esa mañana: recién llegados, desayunaban entre un mundo de gente que se agitaba con panes, carteles, frutas, abrigos, palos. Para los okupas del Asilo y las demás casas había sido una semana agotadora: la más intensa de sus vidas políticas. Había empezado siete días antes con la muerte del amigo y, tras marchas, funerales e intervenciones varias, terminaba con el ajetreo de preparar la gran manifestación y recibir a cantidad de compañeros que llegaban desde todo el país —y Suiza, Francia, España, Alemania, Holanda.

Dos chicas, en medio del caos, repartían un volante con las instrucciones para la marcha de la tarde. Las habían consensuado las casas ocupadas turinesas en una asamblea: "La marcha es una de las mil formas de protesta que usamos: será una marcha decidida, pero no queremos provocar encontronazos con los canas. Acordate que si sos un duro y sabés correr rápido y pelear con éxito, detrás hay alguien que puede no serlo. Acordate que la policía y los diarios están esperando esta ocasión para volver a ponernos el cartelito de vándalos y delincuentes. Si estás caliente

y querés romper todo hacelo, pero no hoy que, por elección, queremos ir tranquilos. Si vos elegís la música y el ritmo, el baile será desenfrenado y mágico; si los canas marcan el paso vas a ser un instrumento en sus manos". Los anarco-punx turineses se preparaban para terminar en paz la manifestación más grande de sus vidas, pero los burgueses de Turín no lo sabían y, si lo hubieran sabido, habrían imaginado alguna trampa. O se habrían sentido ligeramente defraudados.

El Balon hervía de banderas negras, y muchos mástiles eran más que mástiles. Algunos manifestantes usaban pasamontañas; la mayoría iba a cara descubierta, y llegaban por cientos: hacia las tres de la tarde eran ocho o diez mil. La mayoría, anarquistas y squatters de toda Italia, pero también estudiantes, jóvenes diversos, inmigrantes, algunos militantes de la izquierda radical, unos pocos concejales verdes y comunistas. Las columnas estaban a punto de ponerse en marcha y no sabían bien hacia dónde: el intendente les había prohibido pasar por el centro e incluso por Porta Palazzo, el mercado de frutas y verduras, quinientos metros más arriba. Pero cuando la cabeza de la manifestación empezó a marchar, con el gran cartel negro que decía Asesinos, encaró hacia el mercado.

Que ya estaba cerrado. Todo lo estaba, aquella tarde. El cielo se cerraba sobre la ciudad; la ciudad se había cerrado por temores. Ni negocios ni tranvías ni personas sueltas; sólo policías y manifestantes. La ciudad era un tablero para esos movimientos. Los policías eran más de mil, llegados desde todo el norte, fuertes con sus cascos y escudos y pistolas y tanquetas antidisturbios y perrazos. Los anarquistas avanzaban hacia ellos, por el camino

prohibido; a último momento los de la ley se abrieron y los dejaron pasar. Las dos partes se tanteaban, probaban hasta dónde podían enfrentarse sin llegar al enfrentamiento. Era curioso que ninguna de las dos quisiera la batalla anunciada.

—¡Sole y Silvano libres! ¡Libertad para todos!

Los cantos de las manifestaciones europeas no suelen ser rítmicos ni rimados: éstos tampoco. El cortejo marchaba pesado, con gritos desperdigados, caras tensas, helicópteros revoloteando por arriba, los cantos de sirenas. Todos los diarios lo habían anunciado, los políticos lo habían repetido: frente a la marcha anarquista, una "ciudad blindada". Y lo estaba: sus habitantes habituales refugiados, nadie para escuchar los gritos de esos diez mil que la cruzaban. La ciudad blindada contra esas palabras, resistiendo. Una marcha que no comunicaba porque no encontraba a quién decirle nada: porque la mayoría se blindaba en el prejuicio y la marcha era una mancha que sólo reafirmaba —para quienes ya lo sabían— lo sabido. Los periodistas los seguían desde el costado, pastoreados por docenas de policías tipo armario.

—¡Chacales, afuera, asesinos!

Los saludaban desde adentro, y Radio Black Out, que transmitía en directo, reafirmaba: —Son unos provocadores, unos infames. No queremos periodistas en nuestra marcha. Hay que boicotear su trabajo de mierda.

Los organizadores no admitían carteles de partidos políticos: quien quiera participar, habían dicho, que lo haga como individuo. Al fondo, algunos electos comunistas marchaban aislados, mirados con recelo: —¡Ustedes apoyan a este gobierno que reprime y ahora vienen acá, canallas!

Les gritó una chica de pelo rapado a lo Sole. El cortejo llegó a la estación de tren de Porta Susa; de ahí siguió hasta el nuevo Palacio de Justicia —terminado pero sin uso todavía: era allí donde Edoardo y Soledad habían lanzado su bomba de pintura. Miradas controlaban las esquinas, ventanas, recovecos diversos para ver de dónde les llegaría el ataque. El Palacio no tenía custodia: "Mejor vidrios rotos que cabezas rotas", dijo después el jefe de policía Francesco Faranda, para explicar su decisión.

—¡...y ahora las ventanas del Palacio vuelan en pedazos, les llueven piedras y vuelan en pedazos...!

Se entusiasmaba la radio. No eran todos los manifestantes; dos o trescientos apedreaban con dedicación los vidrios del Palacio, que caían como moscas.

—Y esos hijos de puta los cobraron fortunas porque eran blindados.

Dijo un enterado. Pocos días después no estallaría el escándalo: los contratistas habían facturado como vidrios blindados unas ventanas muy comunes. Que seguían cayendo sin que nadie interviniera para evitarlo, mientras las paredes del Palacio se cubrían de pintadas: "Todos somos Lobos Grises".

"Edo estás vivo con nosotros".

"De cárcel se muere, de lucha se vive".

A lo lejos los policías mordían el freno. Al cabo de unos minutos el cortejo volvió a ponerse en marcha. Iba dejando en el camino humos verdes, azules, amarillos, unos gritos, rojos: —¡So-le li-be-ra! ¡So-le li-be-ra!

Escuchaba Soledad por la radio en su celda, golpeteando distraída con los dedos sobre la tapa de un libro: seguía el ritmo pero no prestaba atención a las palabras. De pronto se dio cuenta

de que hablaban de ella y se rió. Pedían su libertad, gritaban por ella. Por mí, pensó, y no pudo evitar un sobresalto de orgullo. Duró poco: enseguida se dijo que no, que no correspondía, que ella no había hecho nada particular y que todo había costado demasiado caro. Que no había hecho nada particular, se dijo. En esos días había pensado muchas veces en los caprichos del azar: por qué ella, para bien y para mal, por qué ella y no cualquier otra. Sabía que hasta entonces todo le había sucedido mucho más por azar que por sus decisiones pero ahora era el momento, pensaba, de empezar a tomar las decisiones que confirmaran ese azar: que la pusieran a la altura de su historia. No sería fácil, pero tenía que hacerlo.

—¡So-le li-be-ra! ¡So-le li-be-ra!

Oyó ahora, mucho más bajo, casi borroso, y se volvió a reír: los estaba oyendo en vivo y en directo, allí, bajo su ventana, y era gracioso que la realidad le llegara más lejana que la radio. Allá abajo, ahora, una banda de saxo, clarinete, trombón, guitarra, bajo y redoblante tocaba una especie de jazz; alrededor, otros tiraban humo de colores y cohetes.

—La rabia se está liberando de una forma tranquilísima y espléndida.

Decía Radio Black Out. La calle, que Soledad veía cada vez más irreal, se volvía un circo muy real. Alguien pintó: "Bello como una cárcel en llamas". Hasta que aparecieron unas camionetas policiales y la realidad se hizo distinta: piedras, corridas, botellas, gritos.

—¡So-le li-be-ra! ¡So-le li-be-ra!

Después la marcha se normalizó de nuevo.

—¡No somos extraños ni malvados!

Gritaba un anarquista con un parlante, el tono burlador:

—¡Somos buenos, hemos demostrado que somos buenos, no somos vándalos!

El cortejo se iba deshilachando. Muchos tomaban el camino de la estación de tren, otros volvían a las casas ocupadas. Unos pocos apedrearon las vidrieras de Marvin, el negocio de electrodomésticos del padre del jefe del Comité Antisquatters. Radio Black Out intentaba un balance: —Esta gente, que dicen que es tan violenta, ha demostrado en la manifestación de hoy que sabe decir cosas importantes sin romper todo.

Unos rezagados pintaban una última pared: "Feliz cumpleaños, Edo". Ese 4 de abril Edoardo Massari —Edo, Baleno— habría cumplido treinta y cinco años.

Horas más tarde el ministro del Interior, Giorgio Napolitano, hizo su propio balance: —No sucedió nada dramático, gracias al empeño de las fu erzas del orden.

Y Radio Black Out:

—Fue una jornada tranquila y pacífica, como queríamos que fuera.

Era la impresión de muchos okupas. De hecho, aquella noche hubo fiesta en varias casas ocupadas. Pero los diarios del día siguiente tenían otra visión: "Tres horas de una marcha lúgubre y rabiosa: ningún incidente grave pero muchos actos de vandalismo"; "Squatters, una marcha del miedo"; "Turín, rehén de los squatters"; "El Olivo regala Turín a los autónomos"; "Turín, una tarde años 70: también las Brigadas Rojas fueron minimizadas". "La ciudad vivió un día de pesadilla y sólo se despertó cuando terminó la manifestación", decía el *Corriere della Sera*, y seguía:

"No hubo incidentes graves pero la tensión era altísima, la violencia de las palabras y de los carteles y pintadas dejaba a todos una promesa: la guerra de los squatters no se terminó sólo porque en su gran concentración nacional de ayer no sucedieron los encontronazos tan temidos".

Los comerciantes pusieron el grito en el cielo —que es el lugar favorito de los comerciantes gritones: —Por cuatro semanas hemos soportado sus marchas, hemos vivido en el terror y la inseguridad. Sufrimos daños en nuestras estructuras y en nuestro trabajo y nos callamos la boca. Pero ya se acabó. De ahora en adelante ya no bajaremos las cortinas; nos pondremos delante de las vidrieras para defender nuestra propiedad, nuestro trabajo y la libertad con palos y bastones. Ya no queremos delegar nuestra seguridad en las fuerzas del orden. Que el gobierno y el intendente se enteren y actúen en consecuencia.

Declaró el presidente de la Asociación de Comerciantes, Giuseppe De Maria. La factura de los daños no terminaba de estar clara: los medios los estimaron en 200 o 300.000 dólares —sobre todo los famosos vidrios blindados del Palacio de Justicia.

—Fueron filmados y fotografiados. Procederemos contra ellos.

Tranquilizó Faranda, jefe de policía. En un acto por mártires de la resistencia antifascista, el intendente Valentino Castellani se puso a tono: —Hoy recordamos a esos mártires que regalaron la libertad incluso a los que hoy la usan malamente, y que no tienen nada que ver con la democracia.

Su asesor de Presupuesto, el comunista Stefano Alberione, había estado en la marcha: al día siguiente la presión de los medios estuvo a punto de provocar la caída de la Junta Municipal. El intendente, primero, lo echó; después, cuando pidió públicas

disculpas, lo reintegró a su puesto. Pero algunos sectores de la izquierda, en esos días, llamaron al diálogo con los anarquistas. Incluso la ministra de la Solidaridad Social del gobierno del Olivo, Livia Turco, mandó una carta a *Il Manifesto*, "Démosles la posibilidad de dialogar: Hace unos meses que hemos abierto en Turín una consulta con los jóvenes para poner a punto, juntos, un diseño de ley que ofrezca nuevos instrumentos de comunicación y de poder. Sé que todo esto les parecerá poco interesante a los que, llenos de desconfianza y rencor, piensan en el gobierno y las instituciones como enemigos permanentes, pero igualmente les pido —a ellos y a la gran mayoría de jóvenes que no protestan pero que no por eso son necesariamente más felices— que se concedan a sí mismos y a nosotros la posibilidad de una escucha recíproca y de un encuentro. Sería, creo, una forma de darle significado a la muerte de Edoardo Massari y de conseguir que no sea olvidada en pocos días y pocos títulos de diario".

La ministra comunista hablaba de escucha. Pero definía a los jóvenes que se oponían al diálogo como "llenos de desconfianza y de rencor", mientras ellos se definían c omo portadores de ideas que no se basan en la desconfianza y en el rencor sino en la convicción de que las leyes y las instituciones son instrumentos de opresión. Y que por eso no les interesaba charlar con quienes las representaban e instrumentaban.

Los mismos anarquistas que habían intentado dar una imagen pacífica en su gran manifestación rechazaban ese diálogo: no querían discutir con sectores comprometidos con el gobierno y las instituciones — no creían que tuvieran nada que debatir con ellos. El pacifismo de su manifestación no terminaba de quedar claro.

Era una especie de gran malentendido y sectores anarquistas

supusieron que se habían equivocado: unos decían que habían lanzado un mensaje que nadie estaba dispuesto a escuchar, otros que ese mensaje era un error. Poco después, una revista anarca —*Pagine in Rivolta*— publicó una "Carta de Turín": "Esta rabia no consiguió explotar, nos autocastramos reprimiendo impulsos de destrucción, las ocasiones que nosotros mismos habíamos creado fueron desperdiciadas y no nos sacamos las ganas. Si lo hicimos por temor a la represión nos equivocamos, ya que por lo que pasó en el funeral y en la manifestación del 4 de abril la represión nos golpeó duro y sigue denunciando y arrestando. ¿Entonces, por qué no desahogamos nuestros impulsos? ¿Por qué no haber devastado e incendiado el Palacio de Justicia? ¿Por qué no cargamos nosotros contra la policía cuando miles de personas presentes estaban dispuestas a hacerlo?". No todos lo pensaban, pero muchos sí. Lo cierto es que la manifestación del 4 de abril fue, por el momento, una especie de canto del cisne, el último gran momento del movimiento okupa de Turín. Después, nunca nada volvió a ser como antes.

3. LA CONTRAPARTIDA

"Hola a todos. No tengo nada pensado para escribirles. Voy a dejar mis sentimientos instintivos. No sé siquiera si les daré la carta, escribo con la intención de agarrarme de algo, que acá adentro no encuentro", escribió aquel domingo 5 de abril Soledad a sus compañeros del Asilo.

"Estoy cansada, cansadísima de escuchar que todos hablan de nosotros, tan mal. Acá adentro no hay forma de contestar a todo lo que dicen, qué impotencia tan terrible. A veces pienso que menos mal que Edo no está más, esto es mucho más grande que nosotros, yo casi no consigo seguir adelante. No tengo ni cabeza ni cuerpo para resistir, pero seguiré. Siento que por alguna razón debo hacerlo. Mi razón son mis ideas, pero acá adentro están todas prohibidas. ¿Cómo hacer? Este es un mundo de reglas, están todas las reglas de afuera pero concentradas al cien por ciento, todo contra mi naturaleza. Seguir adelante en este momento es como desear que una palmera crezca en el Polo Norte.

"Mañana tendré que hablar con el fiscal. Tengo que encontrarme personalmente con el asesino número uno. Para mí es el primer culpable de la muerte de Edo. ¿Con qué cara debo

mirarlo, qué debo decirle? Debería escupirle la cara como mínimo. Pero, como siempre pasa acá, deberé buscar fuerzas en alguna parte, poner cara de tranquila, respirar hondo y decir con 'moderación', porque si no, no me dejan hablar, que para mí las reglas no existen. Tendré que explicarle a Tatangelo qué significa ser libertario porque él no tiene ni idea. Esa vez en el tribunal él decía que él era libertario y que nosotros éramos ignorantes deficientes. Mierda, me quiero morir, este domingo infernal".

"Esta mañana me llamó Luca, que estaba trabajando en la radio de los centros sociales —Black Out—, la misma que escucha Sole todo el tiempo en la prisión", escribió Gabriela Rosas ese domingo a su familia en Buenos Aires. "Luca le dijo a Sole-al aire— que tenía una llamada de Buenos Aires. Así, sin decirle quién era yo, le mandé en jeringozo toda nuestra fuerza y nuestro amor para enfrentarse al interrogatorio de mañana.

"Por la tarde Luca me llevó a conocer la casa donde vive Sole. Eso me impresionó mucho pero me ayudó a comprender un poco más sus pensamientos y la forma de vida que eligió. Todo lo que hay adentro está construido por los chicos. Camas que cuelgan del techo, lámparas de hierro soldadas, baños y cocina decorados con pequeños azulejitos y pintado de infinidad de colores diferentes. Desordenada, eso sí, pero en todos los rincones se puede ver el amor y el esfuerzo con que Sole, Edoardo y Silvano arreglaron la casa. Como la preocupación de Sole era que no se le secaran las plantas, aproveché y las regué todas. Ahora, para cuidar la casa mientras los chicos no están, se quedan a vivir otros chicos que mantienen y cuidan todo.

"En el sótano está ese lugar donde la policía dice que había

encontrado explosivos. Es en realidad un taller donde Edoardo y Silvano soldaban y arreglaban cosas viejas que encontraban por ahí. Lo único que la policía encontró en realidad fue un cartucho de luz de bengala y un paquete con silicona. El resto eran todas herramientas de trabajo y de la bicicletería de Edoardo.

"Aparentemente no hay pruebas concretas contra ellos, menos contra Sole. Sólo grabaciones telefónicas que sacadas de contexto pueden ser complicadas. No tienen pruebas sobre hechos, sólo palabras, intercambios de opinión y discusiones. ¿Es esto un delito? En la casa no había nada que justifique una acusación por terrorismo.

"La explicación de por qué esto tuvo tanta difusión en Italia es relativamente simple. El gobierno actual es de centro izquierda, la oposición de derecha y los medios pertenecen a grandes corporaciones, dueños de fábricas y empresas obviamente muy ligadas a la derecha política. La derecha acusa a la izquierda de ser permisiva y fomentar el desorden social, los medios se suman. Resultado: el cuarto poder en su máxima expresión".

Las dos hermanas se abrazaban, se reían, se miraban, se tocaban, se reían otra vez. Hacía casi un año que se habían despedido y nunca imaginaron que el reencuentro sería así, con una reja de por medio.

—Gaby, no sabés todo lo que tuve que pasar...

Ese lunes Gabriela Rosas se había levantado temprano. Luca, su cuñado por ley, la pasó a buscar para llevarla a la prisión de Le Valette. Allí tuvo que soportar esperas y revisaciones hasta que la llevaron a través de un patio gris y largos corredores a un cuarto partido en dos por una mesa de material; en el medio de la mesa

había una reja de un metro de altura.

—¡Hermanita, hermanita! ¡Vino mi hermana, vino mi hermana!

Gritó Soledad cuando vio a Gabriela del otro lado de la mesa, de las rejas. Por un momento se miraron, sin saber qué hacer, hasta que Soledad se subió a la mesa. Gabriela se subió también; así paradas, las dos hermanas pudieron abrazarse por encima de la reja.

—A ver, mostrame la panza, Gaby, dale .

Gabriela se levantó la camisa, Soledad le acariciaba el embarazo; más atrás, las guardias se reían.

—Valentina, Valentina... Cómo la pifié, que te dije que seguro iba a ser un varón.

Gabriela la miró sin decir nada: la reconocía y no, era y no era la Soledad de siempre.

—¡Bueno, bueno, ya está!

Dijo una guardia y las hermanas volvieron a sentarse: ahora lloraban, mezcla de alivio, tristeza, cierta felicidad.

—Perdoname, hermanita, perdoname por lo que te dije de traer hijos a este mundo... Cuando llegué acá empecé a tomar conciencia de un montón de cosas que pasaban en el mundo y que estando allá ni siquiera se me ocurría pensar. A veces me daba bronca y no podía ver el futuro ni algo bueno en el futuro y por eso reaccioné tan mal cuando me dijiste que estabas embarazada.

—No te preocupes, Sole, ya pasó.

Las hermanas hablaron de sus padres, de los amigos argentinos, de un par de tonterías. Después Soledad le dijo que estaba jodida: de verdad jodida. "Me dijo que ella sentía que con su detención le habían cagado la vida", dirá Gabriela Rosas. "Que

por primera vez en su vida se había sentido bien, que se había sentido querida y respetada por sus compañeros, que estaba muy enamorada de Eduardo, que compartieron muchas cosas y que ahora estaba muy mal y muy enojada con él porque la había dejado sola. Pero al mismo tiempo lo defendía, en ningún momento me dijo ni que él la había metido en el quilombo ni nada por el estilo. Sólo estaba enojada porque habían entrado juntos y él la había dejado sola".

La charla era intensa, emotiva. Gabriela le contaba sobre su casa nueva; parecía un relato casual pero no era inocente: "Le decía cómo era el patio, el limonero, que la casa tenía tres habitaciones: una para mí, una para Valentina y la otra para ella", dirá Gabriela. "Y que necesitaba que me ayudara, yo quería que viniera para que me ayudara a cuidar a Valentina, así yo podía terminar la facultad. Y me inventaba cosas para que quisiera estar conmigo, para que quisiera venirse a Buenos Aires".

Pero no se lo decía directamente, hasta que se dio cuenta de que tenían los minutos contados y fue al grano. Gabriela Rosas quería, en lo inmediato, convencer a su hermana de que dejara su huelga de hambre y que pidiese el arresto domiciliario. Y, a mediano plazo, insistiría con la posibilidad de una extradición que le permitiría esperar el juicio en Buenos Aires.

—Tenés que laburar con Zancan, darle bola. Yo entiendo que vos no te quieras separar de Silvano, pero tu situación no es igual a la de él, él tiene antecedentes, ya lo detuvieron varias veces.

—Sí, pero en esto estamos juntos y yo no lo voy a abandonar. ¿Vos podés entender eso?

Hubo un silencio. Gabriela casi estaba de acuerdo, pensaba que su hermana tenía razón, pero esa razón no la llevaría a nada

bueno.

—Pero pensá que va a ser mucho más importante tu lucha desde afuera que desde adentro. Salí y seguí con tus ideas, seguí luchando y quedate en Italia pero salí, acá adentro no podés hacer nada, acá sos un muñeco de torta.

Era, también, una manera de decirle que se abriera, que aceptara la opción de ir a un juicio sola.

—No, Gaby, no entendés. Para mí esta forma de lucha también es válida, desde acá adentro puedo seguir escribiendo, peleando por los presos, mandando cartas para que las lean en la radio...

—Por lo menos pará con la huelga de hambre, en serio. Aunque sea hacelo por nosotros, Sole. A mí me hace muy mal toda esta angustia de que vos estés mal, ya bastante con que estés acá como para que además me sumes la huelga de hambre.

—Gaby, yo estoy haciendo lo que ustedes me dicen, lo acepté a Zancan, todo bien. Pero lo de la huelga no sé, yo misma la largué, ahora no puedo echarme atrás y dejarlo solo a Silvano...

—Sole, por favor. Pensá en vos, pensá en nosotros. Hacelo por tu sobrina, hermanita.

Las dos hermanas se quedaron un minuto en silencio. Después Soledad intentó una sonrisa que le salió triste: —No sé, Gaby, no te aseguro nada. Pero te prometo que lo voy a pensar muy en serio.

"Sole puede pedir la deportación hasta el momento del juicio pero ella espera que ése sea el último recurso al que deba acudir", informó a su familia Gabriela Rosas. "Es inocente y bastante le han cagado la vida como para renunciar a volver a ver a sus amigos de por vida. Nos ama, quiere volver a la Argentina pero espera que no sea de esta manera. Sole está muy bien, es fuerte, está muy

íntegra y es absolutamente inocente. Si siempre vimos en Sole a una chica débil y sin personalidad, deberían verla ahora. Es tan fuerte, tan íntegra y tan segura de sí misma que por momentos logra confundirme y hacerme sentir a mí a un 'parásito' de esta sociedad egoísta e intolerante... No se preocupen, todavía pienso volver —llego el 13 a las 8,30 de la mañana.

"Podemos no compartir su ideología ni la forma en que eligió vivir, pero no somos iguales a los que la encerraron emitiendo juicios de valor injustos cuando nadie puede en realidad tirar la primera piedra. ¿Te acordás viejo una discusión que tuvimos en Villa Rosa donde vos acusabas a la juventud de hoy de ser apolítica y no militante? Bueno, Sole encontró en Italia algo en qué creer y sólo por formar parte de una idea no pueden condenar a nadie".

—Sólo contestaré las preguntas en relación con el cargo de asociación subversiva para decir...

Esa mañana Soledad Rosas fue interrogada por los fiscales Tatangelo y Laudi. Iba vestida de riguroso negro y el abogado Zancan le había preparado una respuesta escueta: —...que no sé absolutamente nada sobre los Lobos Grises. Y quiero subrayar que a la fecha de mi llegada a Italia, en septiembre de 1997, los atentados del caso ya habían sido cometidos.

Y eso fue todo. Silvano Pelissero también fue interrogado, esa mañana, pero se amparó en su derecho a no contestar. Cuando entraba se cruzó con Soledad, que salía. El encuentro fue brevísimo: —Hola, Sole, fuerza, la lucha sigue. No abandones, Sole.

Le alcanzó a decir antes de que los guardias lo obligaran a seguir de un empujón. Y otros guardias se llevaron a Soledad hacia

el furgón y su celda en Le Valette.

Soledad no sabía qué hacer. La súplica de su hermana la había conmovido pero no sentía que pudiera abandonar su postura por una cuestión tan personal. Aunque, al mismo tiempo, tampoco tenía derecho a joderle la vida a su familia. No sabía: lo seguiría pensando, pero tenía que decidir algo pronto. Entendía, confusamente, que ella ya no era sólo ella: que cualquier decisión que tomara implicaba a una cantidad de gente y tenía un significado que la excedía ampliamente.

"La situación estaba cargada de simbolismos, Soledad se había convertido en una banderita del movimiento", dirá Gabriela Rosas. "Por un lado está bien, porque ellos defendían la inocencia de los chicos y la defendían bien. Pero por otro lado, para mí, para una persona que no estaba comprometida ideológicamente, te shockeaba ver cómo la usaban como una causa común, algo que le daba unión y fuerza al movimiento".

Soledad ya era una figura pública. Al día siguiente, martes 7 de abril, el diario *La Repubblica* completaba su fama improvisando sobre su familia –"una de las más notorias de Buenos Aires"— y su pasado reciente: "Según los investigadores llegó a Bolzano tras haber dejado España donde se habría arrimado a Pablo Rodríguez, un anarquista argentino que, en la mañana del 18 de diciembre, con el español Manuel García y dos italianos, el anarquista insurreccionalista de Pinerolo, Michele Pontolillo, y Maria Lavazza, ex terrrorista de Primera Línea de Milán, había asaltado un banco del centro de Córdoba. Un golpe ritmado por una creciente y absurda violencia. Los cuatro, en efecto, tomaron como rehenes al guardia Manuel Castagno (sic) y no dudaron en dispararle tres balazos en el estómago al primer signo de reacción. Enseguida,

antes de ser capturados, mataron a dos guardias, María Angeles García y María Soledad Muñoz Navarro", decía el diario romano. La presunción era vaga y falsa —que Soledad conocía a los asaltantes— pero, gracias a ella, ya estaba implicada en un asalto con varios muertos: contaminada por los muertos.

La historia era descabellada pero, entonces, nadie podía saberlo. Cuando empecé a investigar su vida y me encontré con la referencia a su paso por España —aun sin ninguna participación en ningún asalto— lo creí. Los diarios italianos —y algún diario argentino— contaban que Soledad había llegado a Italia tras pasar por España: yo no tenía ninguna razón para dudarlo.

Pero después el asunto se me complicó: los tiempos no daban y, además, el nombre de Pablo Rodríguez parecía una confusión con el de su ex novio porteño. Después Silvia Gramático me dijo que las dos habían viajado directamente a Italia; al final vi el pasaporte de Soledad, donde estaba claro que había llegado a Milán al día siguiente de salir de Buenos Aires, sin paradas intermedias. Pero seguía sin saber de qué se trataba, hasta que descubrí el origen del invento: la tontería policial da para todo.

Los servicios italianos se llevaron de la Casa de Collegno la agenda que Soledad había usado desde antes de dejar la Argentina. De allí sacaron material para su informe: "En las indicaciones escritas en español en la fecha 4 de junio de esa agenda se lee: 'Salimos a las 10.00 ha Rio Terrero — Cordoba nos recibió un primo de Enrique y su esposa. Son dos personas de 65 y 69...'. Verosímilmente la muchacha antes de llegar a Italia pasó por España". El 4 de junio de 1997 Soledad todavía estaba en la Argentina y fue a visitar con sus padres a unos parientes cordobeses: eso cuenta su anotación. Pero a los policías y fiscales

italianos nunca se les ocurrió averiguar si existe una Córdoba en la Argentina; nunca, si allí hay un pueblo que se llame "Rio Terrero" —Río Tercero—; nunca, revisar el pasaporte de la acusada; nunca, pedir a sus colegas argentinos la fecha de su embarque en Ezeiza: podrían haberse enterado de que salió el 22 de junio, un día antes de su llegada a Milán. Si un médico hace algo así lo juzgan por mala praxis; si un obrero, lo dejan sin trabajo. La policía, en cambio, y el poder judicial sacan de semejantes pavadas conclusiones que pueden costarle a cualquiera años de cárcel. Y los diarios las repiten sin piedad.

"Querida hermanita, si estás leyendo esta carta es porque logré superar las reglas de mi cárcel. Imaginate cómo son las normas que pasar una carta a escondidas es como pasar un muro altísimo sin hacerse daño. Esto no es lo que te quiero decir, más que nada me importa que sepas que yo no soy una idealista solamente", había escrito Soledad en esa carta que le pasó a su hermana arrugada, escondida en un puño, cuando se vieron por segunda vez, el miércoles 8. Gabriela tuvo que disimular, aguantarse la impaciencia de leerla hasta estar afuera.

Antes, en su charla, Soledad había estado ambigua:

—Decidí que voy a hablar con la jueza por lo del arresto domiciliario. Por ahora no te prometo nada, pero voy a hablar y ver cómo viene.

Le dijo a su hermana y le pidió que le comprara ropa para esa audiencia:

—Algo azul o lila, son colores que inspiran inocencia, viste. Con eso me va a tratar mejor.

Gabriela se alegró: era un síntoma de que quería salir. Esa

misma tarde le compraría un pantalón y una camisa lilas en Benetton. Pero antes terminaría de leer la carta clandestina: "Antes que eso y siempre, seré Soledad, una persona que siente, que llora, que sueña y que, sobre todo, ama. Sobre todo ama a su familia pero que le da vergüenza decirlo y demostrarlo y que le duele mucho no poder hacerlo. Será por eso que cuando estoy lejos de ustedes me permito sentir libremente lo que siento por ustedes.

"Hermana, vos sos mi amiga del alma, mi mejor amiga, y nunca voy a olvidar lo que vos y Valentina están sufriendo por mí y tampoco me lo voy a perdonar. Todo lo que me portó a estar acá adentro no me avergüenza ni tampoco me arrepiento. Supe siempre lo que hice y tenía mis buenas razones. No quería ni quiero vivir por un mísero sueldo que te porta a crepar como una víctima sumisa en una sociedad represora. Yo todo este tiempo trabajé por mí y construí para embellecerme como persona. Cuando te veo con esa panza tengo ganas de irme con ustedes dos a Buenos Aires y darte una mano en todo lo que necesites.

"Cuando me decías cómo es tu casa me imaginaba una mañana sola en el patio tomando el desayuno con vos y Valentina tomando la teta y que después nos íbamos a dar una vuelta con el perro y quería imaginar que repartíamos nuestro tiempo para cuidarla y las dos poder también hacer nuestras cosas.

"Quedate tranquila que si no es ahora será más adelante. Lamento no darte una mano en este momento, pero en cuanto pueda me voy con vos a hacerte compañía. Sabés que no soy una chica muy estable, sobre todo de residencia, pero no dudo de querer estar con vos. Estoy en un período de muchísima confusión, estoy viviendo cosas completamente desconocidas.

Estando encerrada se prueban sensaciones que no conocía, todo muy extraño, muy incierto y en la cabeza tengo una gran complicación. Es como que acá adentro me encuentro con una persona diferente a lo que siempre fui, como cuando encierran a un perro cuarenta días para ver si tiene rabia, son constantes provocaciones y encuentros con la parte más límite de tu existencia. Seguir adelante todos los días es un desafío muy grande, pero quiero hacerlo porque sé que antes o después seré nuevamente libre. Lo que no quiero es dejarme lavar el cerebro, así es como que buscan amansarte y borrar tu personalidad, acá no se trata de personas, sólo somos detenidos, que esto pueda borrar todo tu pasado, toda tu persona. Por eso es un gran desafío.

"Yo soy mucho más fuerte de lo que creía y busco convertir lo negativo en positivo. Hermanita, lo que quería decirte es que yo te amo y a papá y mamá también, que por la única razón que levanto la huelga de hambre es por vos, pero sobre todo por Valentina, que es la que más siente todo. Si fuera por mí y por mis ideas, continuaría sin comer hasta el final. Sólo lo hago por ustedes. Los quiero mucho, Sole".

Gabriela tuvo que contener un grito de triunfo y de alegría. Años más tarde, cuando me la mostró, me pidió que la leyera yo, porque ella se emocionaba demasiado.

"Recibí el telegrama de Teresa que me anuncia el fin de la huelga de hambre de Sole bajo presión de sus padres y de su hermana embarazada", escribió Silvano Pelissero desde su celda de Cuneo. Él seguía con su huelga y, para entonces, ya pesaba 55 kilos. "La entiendo. Las presiones lacrimosas de la familia tienen

éxito allí donde a menudo el terror autoritario falla. Yo sigo adelante solo".

Silvano la entendía pero se sentía levemente traicionado. Aunque, en verdad, nunca había esperado mucho de Soledad: en sus cuatro meses de relativa convivencia en Collegno muy pocas veces habían charlado cara a cara, y todavía la veía como una chica que se había enredado en todo esto por el azar de su amor por Edoardo. Le habían contado sobre su entereza, su dignidad de esos últimos días, pero todavía no terminaba de tomarla en serio. Y, además, su situación no mejoraba: "Lo más fastidioso son las requisas permanentes. Típicas de las cárceles chicas de máxima represión. Cada vez que salís de la celda te requisan", escribió en esos días a un amigo. "A menudo, una vez por semana, te desnudan. Te revisan la boca con una paleta de madera. Te revisan los pelos con un peine. Hasta te miran los pendejos. Meten las manos en tus zapatos y en el agujero del inodoro de la celda y se pasan veinte minutos palpándote toda la ropa. ¡Qué trabajo de mierda hacen estos subhumanos!", decía Silvano Pelissero, y seguía con su huelga de hambre.

Los squatters turineses estaban levemente confusos: tras la gran marcha del sábado era como si se hubieran vaciado, como si hubiesen puesto todas sus energías en la calle y los resultados no estuvieran claros. Y la represión, mientras tanto, seguía: en esos días la Orden de Periodistas del Piamonte amenazó al responsable de Radio Black Out con el retiro de su permiso profesional, la prensa batía el parche del peligro squatter y la policía detuvo —en casa de sus padres— a Luca Bertola, acusado de los golpes al periodista Genco.

Gabriela seguía sus trámites frenéticos: debía conseguir, antes

de la audiencia fijada para el jueves 16, un lugar para proponer como residencia de Soledad y la garantía de una institución respetable. Mientras, aprovechaba al máximo sus visitas. El lunes 13, en la penúltima, Soledad le había dicho de nuevo que quería recusar a Zancan, que se sentía culpable de abandonar a Silvano. Antes de volver el miércoles, Gabriela le pidió a Luca que la ayudara a convencerla de que no lo hiciera.

—Yo no la voy a convencer de nada, ella es totalmente libre de hacer lo que quiera.

Le dijo Luca. Cuñado y cuñada por la ley se entendían bien: no coincidían en casi nada pero la amabilidad del italiano, su disposición a ayudar en todo lo que pudie ra le caían muy bien a la argentina. El diálogo entre ellos era fluido pero incomprensible: cada cual hablaba en su idioma.

—Luca, la concha de tu madre, por una vez dejá la política de lado.

—Nosotros somos anarquistas, cada uno es dueño de tomar sus propias decisiones, para eso hacemos todo lo que hacemos. Yo no voy a influir en lo más mínimo en la decisión de otro.

—No te estoy pidiendo que influyas sino que le hables de las ventajas.

—Y de las desventajas.

Le contestó Luca, y se reía. "Zancan le proponía que hiciera ese papel de muchachita engañada por unos tipos malos, la tontita inocente que no tenía nada que ver ni entendía nada", dirá Luca después. "Y ella lo rechazó. Si jugaba este papel habría difamado a sus compañeros: los habría hecho quedar como unos tipos que se aprovechaban de la chiquita tonta para llevarla de las narices —y quedaban como unos hijos de puta. Pero también se difamaba a

ella misma. Ella no tenía ninguna gana de pasar por tonta, por su propio orgullo. Era orgullosa. En lo que hacía se veía claramente que lo había elegido, que no era que le sucediera por casualidad".

—No, pero aclarale que en ningún momento vamos a perjudicar a Silvano.

Insistía Gabriela.

—¿Te parece? Con ese hijo de puta de Zancan nunca se sabe...

Gabriela no consiguió ese apoyo, pero sí que Soledad no rechazara a Zancan —al menos por unos días. Y también los requisitos para pedir el arresto domiciliario. La cuestión tenía un problema suplementario: Soledad no tenía domicilio ni parientes en Italia y, por lo tanto, no estaba claro dónde podría cumplir el arresto. Pero consiguieron un garante, el cura Luigi Ciotti, y un lugar, una comunidad para enfermos de sida en la provincia de Cuneo, a hora y media de viaje de Turín. La casa se llamaba Sottoiponti —Bajo los puentes—; el lugar, Bene Vaggena. El viernes 17 la jueza de penas Fabrizia Pironti —que unos días antes le había negado el arresto domiciliario— decidió que ahora sí María Soledad Rosas podría tenerlo: —El lugar es tranquilizador desde el punto de vista de su ubicación geográfica y su tipo de ambiente. Y la peligrosidad social de la acusada puede considerarse residual.

Declaró para justificar su decisión.

"Recibí el telegrama y escuché la noticia de la 'liberación' de Sole. Pobre Sole. De una cárcel a otra", escribió ese día Silvano desde su celda. "De Le Valette al Grupo Abel. Me informé sobre cómo se vive ahí adentro. Los que estuvieron no resistieron más de 20 días, si tenían en su espíritu una chispita de rebeldía. Y si te resignás, entonces te insertás bien y feliz de vivir como las masas:

sirviendo a los patrones de siempre. No sé cómo le irá a Sole. Pero pienso que tendrá que ser mucho más fuerte que lo que fue hasta ahora. Baleno hizo lo mejor. Él también había pasado por el largo calvario de las comunidades terapéuticas. Seguro que también pensó en eso antes de terminarla con esta bufonada de la libertad y la justicia. Veo días duros para Sole. Hasta puede ser que cambie. Que se arrepienta. Que 'entienda sus errores' y tras un largo recorrido de sufrimientos y justas expiaciones se reinserte de forma productiva en el sistema: ¡y entonces dirá que vuelve a vivir!"

Era un riesgo posible: los fiscales antianarquistas habían tenido un gran éxito con las declaraciones de la arrepentida Namsetchi Mojdeh: en ellas habían basado todo el caso Ros-Marini, y es probable que pensaran que podían repetir el mecanismo con Soledad Rosas: como Mojdeh, Soledad era joven, extranjera, enamorada, nueva en el movimiento.

"Sole es joven y quizás sea inmadura todavía", seguía la carta de Silvano. "Tal vez el suyo fue sólo un accidente en el camino. Quién sabe. Sólo el tiempo podrá contestarnos. Cuando caíste en las garras del sistema todo se vuelve más difícil y a veces las certezas vacilan. Yo también tengo fuerte dudas sobre mi futuro. Lo veo seguramente triste y negro".

—Rosas, prepará todas tus cosas. Te vas, ¿te lo dijeron?

Los diputados verdes tenían razón: la muerte de Edoardo había servido para sacarla de la cárcel. Soledad trataba de no pensar que ése era el precio: si no, no podría dejar nunca esas rejas. Por momentos le daba una gran alegría pensar que en pocas horas estaría en la relativa libertad del encierro en una casa de campo. En otros, la invadía la vergüenza, la sensación de haber

traicionado. Luca le había dicho que no fuera boluda, que desde la comunidad podría hacer más cosas, que nadie tiene que estar en la cárcel si encuentra la manera de esquivarla. Que había que aprovechar cualquier resquicio del sistema, que los okupas no queremos ser mártires, que esas son cosas de comunistas. Soledad lo entendía pero igual se sentía un poco sucia, aquella tarde, mientras juntaba su ropa, sus cuadernos, su radio, las pocas cartas que le quedaban de su hombre.

"Cuando entrás a Le Valette te palpan el escroto y te controlan el ano", escribió en esos días Silvano Pelissero. Fue una burla menor: aquel sábado 18 de abril, mientras Soledad se preparaba a partir al arresto domiciliario, Silvano era trasladado a la cárcel de Turín.

"Después vas a los Recién Llegados. Colchones húmedos de meo, sábanas húmedas. Basura por todas partes. Vómito seco sobre las paredes y sangre salpicada por todas partes. El color no es el gris sino el sucio, el asqueroso. Todo hierro está oxidado. Los calabozos pueden contener hasta 8 o 10 personas. Drogones en crisis. Locos. Marroquíes y albaneses recién golpeados por los canas, con la nariz y los labios chorreando saliva y sangre. No pegás un ojo porque está lleno de gente que se lamenta, llora, grita y tira los jarros a diestra y siniestra. El inodoro está tapado de basura 12 horas por día.

"Si tenés suerte, después de un día o dos te mandan a los bloques. En el B está lleno de buchones, delatores, renegados de todo tipo, violadores y cafiolos. En en el C hay muchos extracomunitarios, la mayoría drogones, y drogones italianos (...) En la sección 7 el tufo que domina el aire es el del meo y la comida

podrida. La sección está pintada de un blanco amarillento. Acá también la mugre y la basura inundan todo. Mi celda sólo tenía una cama. Oxidada, por supuesto. El colchón estaba roto y le faltaban pedazos. Estaba húmedo de meo. Las sábanas también estaban húmedas y la frazada sucia de tierra y polvo. No había ni mesa ni silla ni televisión ni ningún mueblecito para poner mis cosas. Ni espejo y la pared del baño la habían tirado abajo a patadas y nunca la habían vuelto a levantar. Los vidrios de plexiglás estaban rotos y faltaban algunos. En su lugar había bolsas de plástico pegadas con cinta scotch. En las paredes las habituales salpicaduras de sangre, vómito, sopa, café con leche. Al lado del inodoro, meo, y manchas de mierda hasta la altura de la cara. Vigilado noche y día. La noche me controlaban cada tanto con una linterna. (...) ¡Si Edo estaba en este lugar de mierda es fácil entender cómo se suicidó!".

"Fue un sábado. Cuando le dieron el OK fue todo muy rápido porque no tenía que enterarse la prensa ni nada por el estilo para que no supiera el lugar donde iba a estar. Yo agarré mi bolsito y mi valijita y me fui a esta casa a esperarla", dirá Gabriela Rosas. "Estaba todo hecho una mugre. Limpié un poco, le hice la cama, arreglé la habitación donde iba a dormir con ella, porque yo me iba a quedar ahí un par de días. Y a la tardecita escuchamos las sirenas. La casa estaba como en una loma, tenía una o dos hectáreas en total. Tenía un laguito con un monte atrás y hacia abajo, lejos, se veía el pueblo. El camino serpenteaba para subir a la lomita. Veíamos la caravana. Era todo un despliegue: cuatro o cinco motos, dos o tres autos de los carabineros y el carro azul grandote donde iba ella. Veías que aparecían y desaparecían hasta

que llegó. Los policías entraron a recorrer la casa antes de que ella bajara y preguntaron quién era yo. Estaba el dueño de la casa, que se llamaba Enrico, Luca y yo. No tenía que haber mucha gente. Nos pidieron documentos y ahí la dejaron bajar. Ella me dio un abrazo tan tan largo: estaba recontenta".

LOS ÚLTIMOS DÍAS

1. LAS PRIMERAS DESPEDIDAS

La casa de la comunidad Sottoiponti en Bene Vaggena es como un fin del mundo: se llega por un sendero imposible, por donde un coche pasa a duras penas, entre maizales y malezas. Son un par de kilómetros de huella que, con cada lluvia, convierten a la casa en una celda de aislamiento.

A lo lejos se levanta el Monviso, majestuoso; la llanura alrededor es casi pampa, si no fuera porque otros montes la encierran por todos los costados. Y no hay gente ni construcciones a la vista: es muy raro en Italia. Hasta que surge, al fondo, la casita de cemento sin revoque: el huerto al frente a veinte metros de la entrada, una hondonada detrás llena de árboles y matorrales desmañados, el calor. En verano el paisaje se hace seco, pajizo: pálido de amarrete. La casita tiene una galería: desde allí se ve muy escaso paisaje, salvo, por delante, el campo triste de maíz.

La comunidad Sottoiponti era la creación de Enrico De Simone, un turinés amigo de los anarquistas, ex heroinómano, seropositivo, que se había pasado los últimos años dando charlas para enfermos de sida: trataba de explicarles los beneficios de la medicina natural y de una actitud positiva, en érgica, para resistir

su enfermedad. Unos mes es antes, cuando un herborista amigo aceptó prestarle esa casa que no usaba, Enrico organizó el refugio. Para vivir fabricaba juguetes de madera —caballos, marionetas, avioncitos— que solía vender en el Balon.

La comunidad funcionaba más o menos. Era autogestionaria y no tenía subsidios ni padrinos: no solía tener fondos. En esos días de abril sus únicos habitantes eran Enrico y una chica Alessandra, drogadicta en rehabilitación, que se fue poco después.

"El día que la llevaron nos avisaron y salimos enseguida a verla", dirá Ita, ocupante del asilo. "Fuimos como diez, en dos o tres coches. Soledad recién había llegado, estaba todo lleno de policías, el camión celular, los patrulleros. Después fue muy fuerte tocarla, abrazarla sin canas adelante: fue muy emocionante. Y todos queríamos festejarla, hacerla sentir bien. Estuvimos hasta tarde, algunos se quedaron a dormir para acompañarla. Pero ella estaba triste, tristísima. Y débil, porq ue recién terminaba su huelga de hambre. Decía que no entendía lo que había hecho Edo. Se escribían cartas de amor, si vos resistís yo resisto, resistamos juntos, y de pronto el otro te deja así, te sentís mal, ya no sabés qué hacer. La tristeza se le veía en los ojos. No era que hablase mucho, pero alcanzaba con mirarla en los ojos y te dabas cuenta de que había cambiado, que estaba marcada por lo que había pasado".

La casa de Bene Vaggena no tenía ningún lujo. Abajo, la cocina, con espacio para una mesa no muy grande, el saloncito de cuatro por cinco, la escalera de hierro que subía al primer piso. Donde estaban los dos dormitorios: el de Enrico y el que sería de Soledad. Su dormitorio tenía un piso de plástico, una cómoda vieja, una

cama grande contra la pared del fondo, una ventana. Era muy luminoso: por la ventana orientada al este le entraría el sol de las mañanas. Al lado estaba el baño, muy chiquito. Y más arriba, bajo el tejado, un altillo con cinco o seis camas de metal para que se quedaran los amigos. Comparada con los espacios barrocos del asilo, la casita de Bene Vaggena era una especie de celda austera, muy vacía. Pero, pensaba Soledad, cualquier cosa era mucho mejor que la prisión. Eso pensaba, los primeros días.

Esa mañana el sol le entibió la cara muy temprano: hacía mucho que no sentía ese calor. Soledad suspiró, primero, de placer; después, enseguida, recordó dónde estaba, por qué, y pensó que iba a ser duro despertarse las mañanas.

En la cama, a su lado, Gabriela dormía todavía. Soledad se levantó, se fue a lavar los dientes, hizo su primer pis en el frasco donde lo colectaba: era un pis incoloro, inodoro, el pis de una persona que sólo comía ciertas verduras y granos. Dentro de un rato se lo tomaría para purificarse el organismo o se lavaría con él el pelo o la cara. La urinoterapia era una de las costumbres que le quedaban de Edoardo y quería conservarla; además la hacía sentir muy bien. Era domingo y 19 de abril, segundo día en la casa: dentro de un rato em pezarían a llegar sus compañeros de Turín. Tenía ganas de verlos y tantas ganas de quedarse sola. En realidad, se dijo, no sabía muy bien qué era lo que quería.

—Tendrías que haberlo visto, Sole, fue increíble. Justo cuando estaban todos esos chupacirios ahí adelante, los dos se subieron a la muralla de porta palatina y se pusieron en bolas ahí nomás, y entonces desplegaron ese cartel. Fue increíble.

El cartel decía "Asesinos. Silvano Sole y Luca libres" y los

chupacirios estaban justo ahí, en la catedral de Turín, porque el sábado había empezado el gran evento católico: la exhibición del Santo Sudario, que llaman la Ostensión. Estaban todas las autoridades de la Iglesia y el Estado; los fieles eran menos que los previstos y la catedral no estaba llena. Pero al fin al de la misa los feligreses aplaudieron a Marina Doria, viuda del ex rey Vittorio Emanuele. Entre los carteles de la catedral había uno que resumía la idea de la creencia y su relación con el saber: "Para el que cree, no es necesaria ninguna explicación. Para el que no cree, toda explicación sobra".

—Los de la catedral no sabían qué hacer, los turistas los filmaban, nos cagamos de risa. Desde arriba de la muralla los pibes les decían 'qué tanto miran un pedazo de tela si nosotros somos el cuerpo de Cristo...' era genial.

Los dos cuerpos crísticos —con sus pasamontañas — fueron detenidos y acusados de atentado al pudor.

—Los squatters nunca hacen lo previsible.

Intentó justificarse el jefe de policía tiempo después, porque no había sabido prever el incidente: —Y casi siempre ponen en escena acciones realmente sorprendentes. Que aparecieran sin calzones en la porta palatina era francamente la última cosa que nos esperábamos el día del inicio de la Ostensión.

Ese domingo 19 también fueron a verla los padres de Edoardo, que le llevaron fotos de él, algunas cartas que guardaban, su cariño y su angustia.

—Sole, qué alegría verte acá. Vos sabés que para nosotros ahora vos sos como nuestra hija.

Y después llegó su abogado Ugo Pruzzo. Charlaron un rato; cuando se fue, Paola Massari se lo reprochó: —Me parece que a

Edo no le habría gustado que tomes un abogado vos sola, sin Silvano, sin los compañeros.

Soledad se sentía completamente tironeada. Por un lado estaba su lealtad a su hombre muerto, a sus compañeros; por el otro, aparentemente, su amor a su familia. No era una decisión que quisiera tomar. Quizás por eso, esa noche, cuando Gabriela volvió a hablarle de los abogados, Soledad no le hizo caso. Gabriela se cabreó: —Al pedo estoy acá, no sé para qué mierda vine si al final no me escuchás.

"Parecía una película, la situación era ridícula", dirá Gabriela Rosas. "Era como que todos estábamos tironeándola a Soledad. Los chicos por un lado, la familia de Edoardo por el otro, yo por otro, los abogados más allá. Todos estaban diciéndole qué hacer, cómo, cuándo y dónde. Yo me doy cuenta ahora que lo veo a la distancia, pobre mina, debe haberse sentido tan presionada en ese momento, tan mal".

Charlaban en el salón; ya sólo quedaban en la casa tres o cuatro personas y los sobresaltó una luz intensa.

—¡Cuidado! ¡Cúbranse!

El coche de los carabineros había llegado hasta la entrada de la casa y apuntado sus faros hacia ellos: un susto casi tonto, un par de canas que querían mostrarles su poder. Soledad tenía que estar a su disposición: cada vez que venían —y venían varias veces cada día— debía salir a mostrarles que todavía estaba allí. Al cabo de unos días esas irrupciones se hicieron insoportables y un par de okupas de Turín vinieron a armar una barrera en el camino, a veinte o treinta metros de la casa, para que el patrullero no pudiera entrar. Entonces, cada vez que oía la bocina, Soledad debía salir hasta el camino y reportarse.

El martes 21, en Ivrea, un juez condenó a varios meses de cárcel a nueve anarquistas arrestados en diciembre de 1993 —casi cinco años antes— por participar en una manifestación por la libertad de Edoardo Massari. El jueves 23 en Rovereto un grupo de anarquistas vació una bolsa de mierda en la sede de dos diarios locales: "Periodistas, venimos a devolverles un poco de su mierda". El sábado 25 los okupas turineses manifestaron su apoyo a Soledad y Silvano frente a la cárcel de Le Valette. El 27, a un mes de la muerte de Edoardo, alguien decoró rojo el frente de la Orden de Periodistas de Turín.

—Bueno, tenemos que arreglar, limpiar, poner en orden todo esto.

—Seguro, hermanita. Yo te ayudo.

"No hablaba mucho Sole. En realidad estaba recallada", dirá Gabriela Rosas. "Me enseñó a hacer yoga, me hacía hacer ejercicios, me contaba de la urinoterapia, me leía cosas en italiano que yo no entendía. Me enseñaba a cocinar sin cebolla. Hacíamos pelotudeces para pasar el tiempo, el día se hacía largo. Creo que después llevaron una televisión, pero en ese momento no había. Había radio, música. A Sole la vi bien pero muy distinta. Yo ya había percibido, con las visitas en la cárcel y las llamadas telefónicas, cuánto había cambiado. Era lógico, con todo lo que había pasado, el tiempo que estuvo encerrada, la muerte de Eduardo. Supongo que la afectó muchísimo, porque estaba muy distinta a lo que era antes de irse. En Buenos Aires, cuando dormíamos juntas en la misma habitación, éramos de quedarnos hablando hasta cualquier hora, de contarnos todo. Era una relación muy profunda, no había nada que no nos dijéramos. Y

ahora, esos días que yo estuve ahí, ella se quedaba despierta abajo y yo, que no daba más, me iba a dormir y nunca pudimos tener una conversación a solas entre las dos. Nunca pudimos tener un momento de encuentro verdadero, en esos días".

A veces podían charlar unos minutos, entre dos silencios. Soledad insistía en que todo lo había hecho por su voluntad: —A mí nadie me puso un revólver para hacer lo que hice, siempre fue porque quise.

—'Tá bien, pero vos sabés que lo que yo no puedo justificar es la violencia y eso...

—Violencia es la del Estado, hermanita, no seas ingenua.

—Sí, pero ustedes...

—Es distinto. Yo puedo tirar una molotov y quemar un depósito de no sé qué, de últimas podría, pero nunca le haría nada a las personas. En cambio, el Estado ejerce violencia todo el tiempo, te obliga a todo tipo de cosas, te corre con su poder para que hagas lo que quieren que hagas...

"Soledad estaba endurecida, más adulta. Yo la había criado, la llevaba a todos lados, salía con mis amigos, no se vestía sin preguntarme qué se ponía", dirá su hermana. "Y de repente, cuando estuve allá, no me consultaba nada, no me decía nada, no me daba ninguna explicación de lo que hizo, de los porqué. Maravilloso, pero para mí fue tan raro... porque no viví el proceso. Estuve un año sin verla y cuando volví a verla era otra persona. No palpé el crecimiento. Fue llegar y ver que estás delante de una mina totalmente distinta.

"No sé si tomaba distancia de mí para no lastimarme. Quizás lo hacía por eso. O porque realmente estaba muy mal y no estaba en condiciones de acercarse a nadie. Pero estaba súper dura. Muy

aislada, muy distinta. Súper disciplinada, parecía un soldado. Se levantaba a tal hora, se iba afuera, hacía sus ejercicios de yoga, entraba, se tomaba su pis, todas esas cosas de la urinoterapia. Tenía una disciplina. Acá era un desbole Soledad: se levantaba a cualquier hora, comía cualquier cosa, era una mina muy desordenada, con ella y con su cuerpo. Allá estaba resaludable y tenía el cuerpo de un atleta. Fibrosa, con músculos. Estaba resana, muy bien físicamente: eso lo noté enseguida. En Buenos Aires no: se enfermaba o estaba ojerosa. Allá tenía otra mirada, otra expresión: estaba luminosa. Con una mirada súper triste pero con la piel suave, distinta. Y distante. Cada detalle hacía que no fuera la misma persona. No sé si había crecido, pero había cambiado muchísimo".

"Hola, Silvano, no hago otra cosa que pensarte. Desde que salí de la cárcel me siento muy mal: ¿por qué yo afuera y vos y todos los demás adentro?", le escribió Soledad en esos días. "Estoy mal porque me siento muy impotente, no sé qué puedo hacer. Quiero ver a Novaro pero no vino todavía, necesito hablar con él para saber cómo seguirá todo. Estoy pensando seriamente qué hacer con Zancan, me da la sensación de que es una persona muy sucia, lo veo como un corrupto. Si vos estás de acuerdo le diría a Zancan que nos defienda a los dos, o si no, no lo quiero más como mi abogado.

"Estoy muy dolida. Recién ahora que estoy afuera de la cárcel me siento peor que nunca. No está Edo, no estás vos. Busco a Edo en cada momento y no acepto que él no vuelva con nosotros, me falta tanto. Tengo una rabia tan grande y fuerte que me estoy destruyendo porque este odio que tengo adentro me quema.

Desde que salí de la cárcel no duermo casi nada, estoy nerviosa, me hablan y yo no puedo seguir el hilo del diálogo. No tengo el coraje de abrir los diarios y ver cómo nos ensucian la tevé, los periodistas, la gente común, toda esta mierda de mundo que nos rodea pero que nosotros queremos destruir.

"Al menos ahora tú estás en Le Valette donde pienso que es un poco menos duro que Cuneo, aunque los detenidos me decían que Alessandria era mucho más liviano.

"Se preocupan porque si nos sucede algo es una gran responsabilidad para ellos. A nosotros nos quieren muertos porque somos sus enemigos y no les servimos para nada porque no somos sus esclavos. Precisamente como ahora quieren matarnos a nosotros también, debemos estar más vivos que nunca. Yo personalmente quiero morir porque estoy destruida, pero continúo avanti porque debo seguir peleando y luchando. Esta es mi única razón de existir, una verdadera revolución social. Yo para mí misma no quiero más nada, no está Edo, no tengo nada. Pero todavía estás vos y tal vez tú tienes ganas de continuar adelante por la memoria de Edo y por nuestra causa.

"Amigo mío, confío en que cuando salgas los dos podamos hacer tantas cosas. ¿Cuál es la razón de tu huelga de hambre? ¿Solamente estás buscando morir? Decime la verdad, yo siento eso y me hace estar muy mal".

—Yo te quiero tanto, hermanita. No te preocupes.

Esa tarde habían tenido una discusión violenta por la cuestión de los abogados; a la noche, antes de dormirse, cuando ya se habían quedado solas, Soledad quiso reconciliarse con su hermana.

—En serio, Gaby, no te preocupes, que todo va a salir bien.

A Gabriela le llamó la atención que no le preguntara qué le pasaba. Antes, cuando discutían, Soledad siempre le preguntaba qué había hecho, qué había dicho para que se enojara. Pero ahora no; era sólo no te preocupes, todo se va a arreglar. Igual, pensó Gabriela, ya era algo. Y la charla siguió. Después Soledad se atrevió a la pregunta que le bailaba en la cabeza: —¿Qué pasaría si yo no volviera más? ¿Qué pasaría con ustedes si no me vieran más?

El silencio fue denso.

—¿Pero de qué me estás hablando?

Gabriela pensó que la frase se podía entender de dos maneras: que estaba hablando de no volver o de matarse. Pero no atinó a preguntarle; se puso a llorar y le salió entrecortada la respuesta: —Soledad, por qué no te vas a la concha de tu madre. Nos destrozaría, vos sabés, nos haría mierda.

Le dijo, y se fue de ese cuarto. "Era lo peor que nos podía pasar después de todo esto", dirá Gabriela Rosas. "Estábamos luchando tanto por ayudarla, por apoyarla, que la peor manera de terminar con todo esto era... la manera en que terminó. No te digo que ella lo haya planeado, pero sí que todos los días pensaba en la idea de matarse. Porque esa distancia que tomaba en ese momento yo la veía como que estaba mal y necesitaba estar sola o que estaba muy triste por todo lo que había pasado, pero hoy la veo como su manera de despedirse, de irse alejando poco a poco".

Cuatro días después Gabriela Rosas se fue, antes de lo previsto, a Buenos Aires. Estaba agotada. "Me sentía resola", dirá Gabriela. "Los chicos eran muy amables pero no hacían ningún esfuerzo para que yo entendiera de lo que hablaban. Soledad no

me daba pelota. Me daba pero no me daba: cocinábamos juntas, hacíamos algún comentario, una pelotudez, pero la mayor parte del tiempo ella estaba callada. En silencio o leyendo. Estaba presa, no estábamos pasando un fin de semana en el campo. Era una mierda. Me di cuenta, o Soledad me hizo entender, que no tenía sentido que me quedara más tiempo. Que ya había conseguido mi objetivo, que me fuera tranquila. Ella ya estaba en una casa, estaba cuidada, que no me preocupara por ella, que iba a estar todo bien. Que me podía volver a casa, que me quedara tranquila. Estábamos en situaciones casi opuestas. Yo estaba embarazada, feliz con eso, llena de vida, de futuro. Ella tenía toda la carga de la muerte".

La última tarde fueron a dar una vuelta por el terreno detrás de la casa. Pasando un alambrado había una loma sembrada de avena que bajaba hasta un pequeño bosque con un laguito ínfimo. Soledad había tomado la costumbre de ir, cada atardecer, a ese lugar a ver ponerse el sol y hacer sus ejercicios.

"Esa tarde yo la acompañé", dirá su hermana. "No me acuerdo bien de qué hablamos pero recuerdo que hablamos. Seguramente era algo sin importancia o estaríamos acordándonos de cuando éramos chicas y estábamos en el campo. Fue un ratito de unión. Estábamos las dos solas, sentadas en el pasto mirando el sol. Fue el momento en que la sentí cerca de mí. Ni cuando dormíamos ni nada. De los cinco días que estuve ahí ése fue el único ratito que sentí que estábamos juntas. Y al día siguiente, cuando me fui, me acompañó hasta la tranquera y me despidió como si me fuera a ver mañana. No fue una despedida. Nos abrazamos, nos dimos un beso".

—Cuidate.

—Sí, cuidate vos. Hablamo s.

Fue una despedida de quien no quiere despedirse.

Pero Soledad imaginaba despedidas todo el tiempo. Poco después de la partida de su hermana le escribió a Silvano, que ya había sido transferido a la cárcel de Novara, una carta casi desesperada. Silvano la recibiría muchos días más tarde: "Recién este lunes a la noche", escribiría tres semanas después, "recibí una carta de Sole con fecha del 28 de abril. Era muy fea. Me decía que 'quería seguir a Edo...' Me cayó muy muy mal. Enseguida mandé una carta urgente de sostén y apoyo pero para ser todavía más rápido mandé un telegrama, en el que la invitaba a no decepcionarme haciendo alguna tontería del tipo suicidio. Empezaba diciéndole que pensaba mucho en ella y que no quiero dejarla sola ni ahora ni después. Pero debe estar viva y con el cerebro en orden".

Más tarde, el 16 de mayo, Silvano recibió en su celda de la cárcel de Novara un telegrama de Soledad: "Yo pienso siempre en vos. ¿Por qué decepcionarte? Soledad".

2. LA DECISIÓN

Al principio su emoción principal era la bronca; después se fue imponiendo el tedio. Cuando no se desesperaba, Soledad se aburría. Los días se sucedían siempre iguales: largos, calientes, aburridos. Algunos, la alegraban las visitas de Turín; muchos estaba sola, desganada, sin saber qué pensar, pensando demasiado. Ya no había acción: los días eran todo lo contrario. Después de la vorágine de los dos meses anteriores, su vida se transformó en una lentitud devoradora.

Soledad trataba de distraerse: leía varias horas cada día —ella, que nunca había leído mucho, se tragaba libros sobre el anarquismo, la guerra civil española, alguna novela— y trabajaba en el huerto que había organizado. Tenía frutillas, lechugas, chauchas, papas, berenjenas, remolachas, tomates, albahaca, melones, zapallos, cada cual con su cartelito de cartón.

—Se nota que vos no sos campesina.

Le dijo un día un compañero Turinés burlándose de los letreros y Soledad estuvo a punto de ofenderse. Alguien le había regalado una pareja de ocas; las llamó Ócrata y Ácrata y a veces la divertían con gritos y morisquetas y batallas contra sus dos perros. En

cambio, su relación con Enrico era muy complicada. Se peleaban por los trabajos que él le encargaba —y en los que colaboraba muy poco: cortar leña para cocinar y calentarse, arreglar algún caño, pintar una pared. Y, sobre todo, tenían problemas con el manejo del dinero: "en los días que estuve ahí, Enrico vivía pidiéndome plata para esto y para lo otro", dirá Gabriela Rosas. "y sole me decía que no le diera plata, que fuera a hacer las compras yo, por si acaso. Ella escondía su plata en una botella enterrada en el corral de los gansos. Tenía miedo de que Enrico se la robara".

Los días se hacían largos. Salvo cuando llegaban las visitas: compañeros Turineses , sobre todo, pero también anarquistas de otras ciudades italianas, franceses, algún español. "Desde su arresto, con todo lo que había pasado, Soledad empezó a salir mucho en los diarios", dirá Stefano, ex ocupante del asilo. "Y entonces se le acercó una cantidad de gente que antes ni la conocía. O sea que, en esos primeros días, si querías ver a Sole tenías que hacer la cola. Yo la fui a ver un par de veces y si pudimos hablar cinco minutos fue mucho. La verdad que era un embole hacer quién sabe cuántos kilómetros para ver a una cantidad de gente que yo no conocía o conocía muy poco. Quizás ésta sea una excusa, porque en realidad yo estaba tan deprimido por todo lo que había pasado. Pero lo cierto es que empecé a ir cada vez menos, y supongo que a varios nos pasó lo mismo".

Soledad se había convertido en una figura pública, en el centro de un proceso que no había generado. Pero decidió hacerse cargo. Otra de sus actividades de esos días consistía en contestar interminablemente cartas y mensajes que le llegaban desde toda Europa. Le parecía que era su obligación, que se lo debía a Edoardo y a sus compañeros. Y la cumplía con su mejor denuedo.

"Yo de una cosa estoy segura", dirá Marta Mosas, su madre. "Yo acá en Buenos Aires despedí a un ángel y cuando volví a verla en Italia era otra persona, nada que ver con lo que yo había despedido".

Es difícil, para madres y padres, resignarse a los cambios de sus hijos, los pasos que los van alejando de sus órbitas. Pero si esos pasos los llevan hacia territorios tan dramáticos, la aceptación se hace casi imposible. Marta Rosas decidió su viaje a fines de Abril, poco después de la vuelta de Gabriela: iría a Italia para terminar de sacar a su hija del atolladero: quería convencerla de que ya estaba bien, que se volviera: "Yo me acuerdo que hablé con su madre antes de que se fuera y me dijo 'Yo le voy a decir que se deje de hacer boludeces, a ver si esta boluda se cree que es la pasionaria'", dirá Josefina Magnasco, su compañera de colegio. "Y el padre decía 'bueno, si tiene tanta vocación de servicio que se venga y que ayude acá a la gente, a los indios, a quien sea'".

Marta Rosas llegó al aeropuerto de Turín una mañana de primavera esplendorosa. Luca la esperaba: se había tomado en serio sus responsabilidades de pariente político. Sin pasar por la ciudad la llevó a Bene Vaggena: Marta sólo pensaba en ver a su hija cuanto antes. Pero el encuentro no fue lo que había imaginado: la granja estaba repleta de gente, Soledad no la recibió con la emoción que descontaba: "La encontré fría, poniéndome límites", dirá su madre. "Después nos abrazamos, nos besamos, lloró, lloré. Yo llegué antes del mediodía, estaban preparando el almuerzo, ella me mostró la habitación y me dijo 'si se quedan a dormir los padres de Edo acá, vos, Mamá, dormís allá con la señora y yo duermo arriba'. Yo le dije si estaba loca. 'Soledad, yo acá no vengo para dormir con los papás de Edoardo ni con nadie,

vengo para estar con vos, ¿cómo voy a dormir con alguien que no conozco?'".

Marta le había llevado ropa interior, jeans, remeras, pero se encontró con que su hija andaba todo el tiempo vestida con la ropa de Edoardo: camisetas enormes, el pantalón con botamangas dobladas y un cinturón enrollado a la cintura para que no se le cayera.

—Solita, no hace falta que estés tan mal vestida, con eso todo roto. Dame que te lo coso o te lo achico.

—No, Mamá, dejálo, ¿No te das cuenta de que lo uso así porque era de Edoardo?

"Ella estaba acosada con tanta gente, tenía que atender a tanta gente, tenía que responder tanta correspondencia, tenía tanta demanda de las exigencias de Enrico, tenía tanto que hacer, pobrecita, tanto trabajo ahí", dirá su madre. "Al principio dormíamos las dos en dos camas con un solo colchón de dos plazas. Gabriela me había dicho que había una sola cama y todo lo que tenía que llevar: sábanas de dos plazas, de una plaza, porque no había nada. Cuando yo llegué había de todo: sábanas, toallas, ropa, de todo, mucho más de lo que cualquier persona puede tener. Se lo habían llevado sus compañeros, le llevaban cosas todo el tiempo; me imagino que las robaban para ella".

Marta Rosas no la pasaba bien. Le resultaba difícil adaptarse a esa vida: las visitas de a muchos, las charlas que no entendía, las reuniones que duraban hasta el alba, los conflictos con Enrico, los trabajos para mantener la casa en orden. Y la actitud de Soledad no mejoraba las cosas. "Sí, la presencia de su madre la afligía...", dirá Ita, ocupante del asilo. "una mujer que siempre estaba

llorando, que estaba tan triste: 'pero qué te han hecho, volvé a casa, cómo vas a seguir así'. Cómo si no respetara a su hija, las elecciones de su hija. A mí me parece que Sole se vino hasta acá también para salir de la órbita de sus padres, con tanta mala suerte que su madre se le apareció cuando encima estaba presa y no tenía forma de escaparle".

Marta Rosas estaba dispuesta a soportarlo todo porque tenía la meta muy precisa de llevarse a su hija de vuelta a casa, pero lo que más le dolía era el trato displicente o crispado, la distancia que Soledad ponía entre ellas.

"Soledad había cambiado tanto...", dirá su madre. "Ella era una persona que tenía que demostrarte su cariño tocándote. Vivía peinándote, sacándote los granitos, depilándote, arreglándote las manos. Vivía encima de uno, de cualquiera. Pero ahí estaba fría, distante. Para darle un beso, por ejemplo, tenía que esperar a que se durmiera. Yo me iba a la habitación antes que nadie: como siempre había tanta gente y fumaban tanto y tomaban tanto y hablaban todos a la vez... Arriba había una buhardilla llena de camas, así que por ahí se quedaban cinco o seis o diez. Nunca sabías a cuántos ibas a saludar a la mañana siguiente. Y después de trabajar quince horas, el cuerpo no me daba, y además yo estaba haciendo una novena para que todo se arreglara y tenía que ir a rezarla a las siete de la tarde, y el frío no me permitía seguir haciendo nada, así que me iba a acostar. Pero también me levantaba cuando se acostaba el último para limpiar la casa y preparar todo.

"Yo me iba a la habitación y cuando ella volvía la acariciaba o la tocaba, y ella enseguidita se sentaba, se asustaba o, si no, tenía que esperar que se durmiera para besarla. Eso fue espantoso, fue

terrible. Me acuerdo un día que estábamos en la casa con el hijito de Enrico, un chico de cuatro años que se llamaba Iuri y a Sole la amaba. Estábamos jugando y yo le contaba a Iuri, 'Cuando Sole era bambina, mamma le daba un baccio en el ojo, en la nariz', hacíamos como un circo, yo le daba el beso a Iuri, Iuri a Sole y Sole me lo tenía que dar a mí. Él le pedía 'baccio a mamma' y ese día me ligué como diez besos de Sole y de Iuri. Mirá lo que tenía que hacer. Un día le dije llorando 'fijate lo terrible que es para mí tener que esperar que te duermas para poder darte un beso'".

—Lo que pasa es que el que está en la cárcel, así sea un día, aprende a dormir con un ojo solo, Mamá. No sabe en qué momento lo van a matar, lo van a violar, le van a robar las cosas que tiene.

—Sí pero ahora estamos acá, no estamos en la cárcel.

Soledad la miró cansada, como quien se pregunta por qué tiene que explicar cosas tan obvias: —Acá hay muy poca diferencia con la cárcel.

"Al principio, cuando yo llegué, Soledad escuchaba ladrar los perros a la madrugada y se levantaba en seguida", dirá su madre. "No descansaba nunca. No entiendo cómo hacía, porque no se drogaba para estar despierta. Ladraban los perros y ella se levantaba: muchas veces ladraban por una rata o una serpiente, pero otras veces era porque venían los carabinieri. Entonces, si no te levantabas enseguida o no prendías la luz del cuarto, empezaban a tocar la sirena. Así que ella dormía sobresaltada. Entonces yo le decía 'descansá, que yo ya llevo durmiendo dos horas antes que vos y cuando oiga algún ruido, la sirena o cuando vea el reflector, te despierto'. Así y todo se levantaba. Ya al final estaba un poco más relajada, ya la despertaba yo: 'Sole, vinieron'".

Entonces Soledad tenía que vestirse y salir hasta la tranquera a dar el presente. Su madre, en esos días, solía acompañarla; ella le decía que se quedara, que no valía la pena, pero Marta Rosas insistía. La casa estaba vigilada por micrófonos satelitales y la policía sabía perfectamente quién entraba o salía: sus visitas sólo eran una forma de afirmar su poder. Pero a veces se pasaban un par de días sin aparecer. "Era para tentarla para que se escapara", dirá su madre.

—¿Y para qué les servía que se escapara?

—Para perseguirla, no sé, para matarla.

"No puedo creer que la rubia que se peleaba conmigo en la plaza, o aquella con la que di algunas vueltas en ciclomotor sea una señora de su casa", le escribió en esos días Soledad a su amiga Lorena Dussort, su ex socia paseaperros. "Yo elegí un camino distinto al tuyo pero también fui muy feliz. Y elegí una realidad distinta a la tuya pero que es igualmente válida. Cuando llegué a Italia y mano a mano que fui descubriendo otra realidad me sentí 'coinvolta' espontáneamente. Encontré una realidad concreta de oposición a la otra realidad que nunca me gustó, esa realidad de represión, manipulación, policía, gobierno y explotación animal y humana. No encontré otra manera de hacer algo contra esto que para mí lleva al hombre a la destrucción.

"Efectivamente este sistema te destruye lentamente, como pasó con Edoardo, que murió asesinado en una cárcel por policías, jueces, opinión pública, etcétera, etcétera. Murió peleando por la libertad del hombre y del mundo. Pero yo todavía estoy acá y pienso seguir peleando más que antes, porque la conciencia se despierta cada vez más dentro mío, y no me permite la

indiferencia ante esta realidad.

"Ahora estoy en el campo, que es como una prisión sin rejas, no puedo moverme libremente en ninguna parte, ni siquiera puedo hacerme los mandados, y esto no existe. Me resisto y me opongo, jamás quisiera adaptarme. Te explico: como no tengo antecedentes ni tampoco tienen pruebas mías me dieron el arresto domiciliario hasta el juicio. Yo estoy bien y aguanto, resisto. Mamá está acá conmigo. Sé que no soy muy simpática con ella, ni con nadie en este momento, pero la quiero mucho. También vienen amigos y compas a verme. Me la paso gran parte del día leyendo y escribiendo o haciendo la huerta. Hay dos perros, Fiore y Kira. La última por tener cachorros. Si supiera dónde voy a ir a parar me agarraría uno, pero hasta octubre no sé nada.

"Lorenita yo te pienso mucho, y también te quiero. Te lo digo de corazón, si no no te diría nada. Espero volver a verte en algún momento. Yo quisiera volver alguna vez a la argentina pero cuando lo decida yo, no un juez. Ahora te mando un gran abrazo, a vos, y a todos los tuyos.

"Con amor sincero. Sole".

"El día más triste de mi vida estando en Italia fue el día que Pelissero tenía una audiencia en el Tribunal y Soledad se había enterado por los amigos y me decía 'mamá, rezá para que a mí también me citen, así puedo ver a mi amigo'", dirá Marta Rosas, su madre. "Y entonces novaro le avisó por teléfono que la iban a venir a buscar para que asistiera a esa audiencia. Si vieras lo feliz que se puso cuando vino el furgón a buscarla. Yo creía que me moría, pero le pregunté qué se iba a poner. Se puso un vaquero,

un buzo de Edoardo y unas botas".

—¿Sole, por qué no vas mejor vestida, para que vean que estás bien, que te pueden confiar, que te pueden dar un trabajo?

—No, no, me voy con esto que es de Edoardo, esto nos va a traer suerte.

"Se fue cantando, contenta, saltando, feliz. No podés imaginarte lo que se siente cuando... Cuando llegamos al coche los dos policías se bajaron y dijeron Rosas, o una cosa así, y la hicieron pasar atrás, entre rejas, y la cerraron con un candado.

Fue triste. Fue el peor momento porque me di cuenta de que ya estaba todo perdido".

Era el miércoles 6 de mayo: el interrogatorio no tuvo gran importancia pero Soledad pudo hablar unos minutos con Silvano. "La vi en el tribunal, estaba muy cabreada, fumaba y fumaba, gritaba bastardos, no les tengo miedo, hijos de puta", dirá Silvano Pelissero. "Hablamos unos minutos con Novaro. Yo no sabía qué decirle: 'Tratá de mantenerte fuerte, ya vas a ver cuando salgamos lo que vamos a hacer', y ella fumaba y fumaba y yo le decía que tratara de fumar menos, que lo dejara. Y después se la llevaron y yo me quedé preocupado. Escribí al asilo que estaba preocupado porque la vi muy mal".

"Sole me pareció muy turbada, deprimida y confusa", escribiría Silvano. "Veía un futuro negro. Incluso me dijo que pensaba que no podría salir adelante. Ahí yo no entendía e intenté tranquilizarla pero sin entender bien la situación. Está cargada de odio y de rabia. Me parece que comunica poco con Enrico...". Silvano, esa mañana, no supo reaccionar: recién terminó de entender lo que estaba pasando días más tarde, cuando recibió las cartas que Soledad le había mandado antes.

"Esta es la historia", escribiría Silvano Pelissero. "Soledad me manda una carta. Sale el 26 de abril. Llega acá a novara el 11 de mayo. Pero no a mí. La carta está en un sobre con la dirección de un detenido común en otra sección. ¿Cómo fue? Sole en su carta, que después leí, está muy turbada, deprimida y confusa. Me confiesa propósitos autodestructivos y me pide una ayuda moral inmediata. El 28 Sole me manda a través de Luchino otra carta con contenido similar. (...) Me llegó en un sobre dirigido a Constantino Caminisch, el 7 de mayo. Yo vi a Sole el 6 a la mañana en el Tribunal. Estaba tristísima y deprimidísima. Yo no sabía qué pensar. La vi muy mal pero no sabía cómo comportarme y estuve un poco demasiado frío. Ahora entendí todo y además de pensar continuamente en ella le escribo todas las cartas exprés y telegramas que puedo. Estoy muy preocupado por ella y también entendí que me necesita mucho, ahora y después", les decía Silvano a sus compañeros del Asilo.

Silvano Pelissero, en esos días, también afrontaba problemas complicados. Dos semanas antes, convencido por la insistencia de sus compañeros de prisión, había levantado su huelga de hambre: en treinta días había perdido doce kilos. Estaba débil pero, sobre todo, había recibido los ataques más inesperados.

La campaña surgió en la prensa piamontesa: empezaron contando que la policía encontró en su biblioteca, entre muchos otros libros, un ejemplar del *Mein Kampf* de Hitler anotado. De allí deducían una antigua simpatía fascista y, a partir de eso, más infundios: que había militado en la derechista Liga del Norte, que tenía relaciones con los servicios de informaciones del Estado. "Mire si la campaña habrá sido fuerte que un día Soledad me

preguntó si Silvano realmente había andado con los fascistas", dirá el abogado Claudio Novaro. "O sea que Soledad sabía muy poco sobre ellos, no estaba muy segura de nada".

Silvano Pelissero siempre negó estas acusaciones, pero parte de la prensa de izquierda e incluso algunos sectores anarquistas las retomaron: les resultaba más fácil, más cómodo creerlas y justificar su abandono de un caso en el que nunca se habían sentido cómodos.

El 5, desde la cárcel de Novara, Silvano mandó una declaración dirigida "a la sociedad civil, a los compañeros anarquistas, a los verdes, rojos, negros, a quien entendió todo o nada, a quien no le interesa nada de lo que pasa alrededor, a todos los que intentan cambiar el curso de la historia".

"Confirmo y subrayo que soy anarquista insurreccionalista e individualista. Hablo en mi nombre y no en el de Soledad y Edoardo. Manifiesto ser incompatible con el modo de vida de ustedes. Con el sistema de trabajo asalariado y respeto de la propiedad y la riqueza adquiridas por cualquier medio. Manifiesto ser hostil al proyecto TAV en Italia tanto como en Francia o Alemania o donde sea. Soy hostil al turismo tanto en las nieves del Valle de Aosta como en las playas de Cancún en México. Me declaro hostil a cualquier uso de la energía nuclear tanto como al uso exagerado y fuera de lugar del automóvil. Soy hostil al turismo e incompatible con toda forma de autoridad desde el dragoneante en el cuartel hasta el juez que condena o absuelve a su capricho, el cana que cumple su deber o el capataz. Fundamentalmente no consigo ver un espacio practicable, por mis imperativas exigencias libertarias, en esta sociedad llamada civil y de la paz a cualquier costo. No consigo ver ningún espacio de diálogo con vuestra

mayoría que durante un siglo ha dado la espalda mezquinamente a la tierra en nombre de esa infamia que justifica todo exterminio: el Progreso.

"Niego, sin embargo, con firmeza cualquier participación incluso marginal en cualquier atentado en el Valle de Susa o donde sea. Niego y rechazo obstinadamente cualquier participación o favorecimiento de un grupo llamado Lobos Grises o de cualquier otro grupo de otra especie.

"La idea de grupo chirría, es incompatible con mi carácter individualista y reservado, diría casi hermético. Concluyo esta breve declaración de aclaración, más dirigida a los compañeros que me manifestaron su solidaridad que hacia la sociedad civil que me acusa de ecoterrorismo, subrayando que no reconozco a nadie el poder y la autoridad para juzgar mis acciones. Tomaré nota de la condena que se pronuncie contra mí, que será cumplida sólo y exclusivamente en virtud de una mayor fuerza numérica y técnica.

"Y que cada cual piense lo que quiera y haga lo que le parezca. El que quiera me apoyará y el que no, me rehuirá como si fuese un demonio salido de quien sabe qué fosas del infierno social".

Las primeras diferencias dentro del frente que la represión había contribuido a formar aparecieron a propósito de Silvano Pelissero; después las clásicas diferencias ideológicas y políticas hicieron el resto. A mediados de mayo la unión que había posibilitado manifestaciones como la del 4 de abril estaba rota, y los okupas no sabían cómo seguir adelante.

La primera gestión de Marta Rosas en Turín fue ir a ver al doctor Gian Paolo Zancan. Y lo que le dijo el abogado la llenó de esperanzas: —Primero una pregunta, señora: ¿usted de cuánto

tiempo dispone para quedarse acá en Italia?

—No, todo el tiempo que la ley me lo permita.

—Entonces creo que le puedo dar una noticia muy favorable: yo creo que si hacemos las cosas bien usted va a poder volverse a la Argentina con su hija.

Era lo mejor que podía haber oído: Marta Rosas lanzó un suspiro ilusionado y le preguntó cómo sería eso. El abogado le explicó que si se hacían las peticiones correspondientes, y dada la situación del caso y la falta de antecedentes de Soledad, era muy probable que el fiscal y la jueza la autorizaran a esperar el juicio en la Argentina. Y que ese trámite, en principio, no tenía por qué tardar más de quince días. El abogado era pomposo: —Por eso le digo, señora: a principios de la semana próxima vamos a Tribunales, ustedes hacen el pedido, firman un compromiso de que Soledad va a volver para el momento del juicio y ponemos en marcha la cuestión. Y para mediados de mayo, como mucho el veinte o veinticinco, usted y su hija vuelan de vuelta a Buenos Aires.

—Ay, doctor, sería lo mejor que me podría pasar.

Marta Rosas quedó en volver el lunes para ir al Tribunal. En cuanto salió del estudio se metió en el primer locutorio que encontró y llamó a su marido: —Luis, tengo una gran noticia, estoy tan contenta. ¡Soledad se vuelve en un par de semanas!

Esa noche, en Buenos Aires, Luis Rosas y su hija Gabriela festejaron. Todavía no sabían que, a su regreso a Bene Vaggena, Marta se había encontrado con dificultades.

—No, mamá, yo no me voy a ir y abandonar a mi compañero en la cárcel.

—Pero Solita, vos sabés que acá metida no le sos útil a nadie.

Te están usando y acá presa, ¿para qué servís?, si ni siquiera le podés llevar cigarrillos a Pelissero. Yo me he comprometido que para el juicio vamos a estar acá de vuelta.

—No, ya te dije. Yo de acá sola no me voy, no me voy a ir dejando preso a mi compañero. Además, yo quiero volver a la Argentina, pero no así: voy a volver con todos los derechos, cuando lo decida yo, no un juez de mierda.

"Cuando me dijo que no se iba, a mí se me vino el mundo abajo", dirá Marta Rosas. "Yo todavía no entiendo por qué no se quiso venir conmigo. No sé si fue porque no la dejaron o porque no quiso. Cuando me dijo eso estábamos en la casa y había muchos de sus compañeros y todos se pusieron a hablar, a gritar y a decir cosas, supongo que estaban discutiendo este asunto. Yo en ese momento no entendí lo que hablaban, los tanos, como cualquier persona del mundo, cuando quiere que la entiendas se hace entender de alguna manera, pero ahí había como diez personas y todos hablaban a la vez y tenían la radio puesta a todo lo que daba para que no los grabaran los micrófonos de la policía, decían. Así que yo no entendía nada y me fui a la habitación. No sabés la tristeza que tenía".

A la mañana siguiente Ugo Pruzzo, el otro abogado de la familia Rosas, llamó desde Milán para pedirle a Marta Rosas que cambiaran la fecha de la presentación judicial: el martes le resultaría mucho más fácil que el lunes.

—Sí, lo entiendo, pero me parece que ha habido algunos cambios. ¿Puede hablar un momento con Soledad?

—Sí, claro.

Soledad fue tajante:

—Mire, doctor, yo le agradezco mucho todo lo que Zancan y usted han es tado haciendo, pero quería avisarle que a partir de ahora mi único representante va a ser el doctor Novaro.

"Ese día yo hablé con Luis y lo primero que me dijo fue 'hacete la valija y andate a España a visitar a tus parientes; aprovechá el viaje, recorré lo que quieras de Europa'", dirá Marta Rosas. "Gabriela se enojó también, se enojó tanto. Me decían 'te tenés que ir de ahí; están todos locos'. Yo no compartía la decisión de Sole, pero no por eso me iba a ir de Italia. Mi viaje había sido pura y exclusivamente para estar con ella, no me importaban las condiciones. Si ella no aceptó lo que yo le proponía, la posibilidad de estar bien de alguna manera, si prefirió eso, se lo tengo que respetar. Ya no estamos hablando de una criatura de diez años, dependiente, sino de una mujer de veinticuatro".

—¿Por qué creés que decidió eso en ese momento?

—No sé si no le permitieron venir, no sé si porque de alguna manera a ella le gustaba ser centro y estar ahí, con tanto reconocimiento. La verdad, no sé. Yo me enojé mucho, muchísimo. Pero al día siguiente hablamos un poquito, y estaba bien: yo respetaba su decisión, más allá de lo que ella hubiera decidido, era lo que yo más amaba en el mundo y me iba a quedar con ella todo el tiempo que pudiera, que Gabriela no me necesitara. Pero no sabés lo que me duele no haberla podido traer, no haberme dado cuenta de que corría tanto peligro su vida. Uno no tiene la bola de cristal para saber qué va a pasar, pero si yo hubiese sospechado que este iba a ser el fin...

María Soledad Rosas había decidido no volverse a su país con el rabo entre las piernas: se quedaría con sus compañeros, sería, definitivamente, una de ellos. Hasta entonces casi todo le había

sucedido por azar o por designios ajenos; en ese momento acababa de tomar la decisión que cambiaría su vida: que la transformaría en su muerte.

3. ILUSIONES

El sábado 23 de mayo Soledad Rosas cumplió veinticuatro años. Sus compañeros le habían prometido un festejo pero llegaron al final de la tarde: se habían pasado el día en la ciudad, anticipando la visita del Papa Juan Pablo II, que llegaría el domingo para ver el Santo Sudario.

Turín estaba acorazada: las autoridades temían que los anarquistas les arruinaran el festejo y les prohibieron cualquier salida. Pero ese sábado más de quinientos squatters desfilaron por el centro de la ciudad. El cortejo estaba encabezado por el Papa Gallo –"el único papa que nunca mató a nadie, que nunca pidió ni una lira y que quiere que todos sean libres"—, que repartía a los fieles salchichas asadas, fumaba porros y abrazaba pulposas cortesanas vestidas con muy poco. Lo escoltaban los Guardias Suizos llegados desde las casas ocupadas de Ginebra, monjes mendicantes, penitentes con látigos y una escuadra de buenos ladrones. Sonaban cumbias, salsa y rock&roll: el clima era una mezcla extraña de tensión extrema y fiesta desatada —y la manifestación terminó sin grandes incidentes. "Nos vigilaba el comisario que, con su celular, estaba en estrecho contacto con

Dios, para preguntarle si se puede cargar contra un Papa, los hermanos y las hermanas", describiría más tarde *Tuttosquat*. "Quizás Dios, que mira desde allá arriba, prefiere no tomar decisiones apresuradas. Y hace saber que no le gusta lo que ve, que está muy contrariado, pero que para esta gente tiene el Infierno. Sólo que en Turín el infierno ya lleva dos meses funcionando". En la marcha esa versión del infierno aparecía citada: carteles y consignas contra la muerte de Edoardo y la prisión de Silvano y Soledad. Cuando la fiesta terminó varios de los procesionantes tomaron el camino de Bene Vaggena.

—...que los cumplas feliz, que los cumplas feliz...

Allí, esa noche, comieron y bebieron a la salud de la cumpleañera y de su madre. "Ahí los chicos armaron una terrible pipa de hachís y le ofrecieron a mamá q ue la encendiera, porque era la homenajeada", dirá Gabriela Rosas. "Y mi vieja les contestó algo así como 'si estuve tantos años viviendo sin esto, no voy a empezar ahora... Déjenme vivir unos años más sin...'. Y no sé si la prendió mi hermana o quién. Era una situación muy fuerte para ella, imaginate".

Esa tarde, antes de la fiesta, los padres de Edoardo habían ido a saludar a Soledad. Le llevaron un gran ramo de flores, plantas para su huerto, unas cartas que ella le había mandado a Edoardo y ciertas convicciones: —Paola, ¿vos qué creés que pasa con los hombres cuando se mueren?

Le preguntó Soledad a la madre de su hombre, católica ferviente, como quien busca una certeza.

—Sole, yo estoy convencida de que, más allá de que uno crea o no crea, quien hace el bien va hacia algo bello y quien hace el mal va hacia algo horrible.

"Sole me pedía como una confirmación, ya que yo creía me preguntaba cómo pensaba que podía ser el más allá", dirá Paola Massari, la madre de Edoardo. "Yo creo que las religiones dicen paraíso, infierno y demás, y por algo lo dicen; quizás no sea exactamente como creemos nosotros, pero seguramente los que quisieron el mal, los que pensaron solamente en sí mismos terminarán mal. No sé cómo, eso concierne a un dios, un buda, a quien sea que esté por encima de nosotros, pero los que quisieron el bien para los demás, incluso si lo hicieron malamente, irán hacia algo bello".

Soledad la miraba y asentía. Se acordaba de otra charla semejante, un par de años atrás, en Buenos Aires, con su amiga Sole Vieja, y se dejó llenar por un alivio que se parecía bastante a la esperanza.

"Estoy muy preocupado por Soledad y también entendí que me necesita mucho, ahora y después", les había escrito, el 11 de mayo, Silvano Pelissero a sus compañeros del Asilo. "Nunca había pensado en esta eventualidad. Pero hace algunos días entendí que es así. Había hecho para mí otros proyectos que ahora estoy cambiando, teniendo en cuenta a Sole. Quizás me esté equivocando e interpreto mal las palabras y las situaciones. Si es así, díganmelo"

Hay, en esta historia llena de desvíos, un afluente extraño, un riacho casi inexplorable: en algún momento, Silvano y Soledad empezaron a tener una comunicación más que fluida: las cartas los acercaron mucho más que lo que habían podido suponer. Pero no he podido ver esas cartas, si es que existen todavía: sólo quedan, de ese riacho, referencias más o menos mediadas.

El 19 de mayo Silvano les escribió a Ita y Giorgia, compañeras del Asilo, sobre su vida en la cárcel; se quejaba de la falta de interlocutores: "Aquí se habla mucho, incluso demasiado de política. Entre nosotros prisioneros políticos se habla casi siempre de cuestiones técnicas, afinidad, conceptos, teorías, ideologías, compromisos, disociaciones, recorridos, cárceles especiales, Europa unida, grabaciones, antagonismo, insurrección, revolución, reacción, rebelión, desorden, caos, confusión, orden mundial, etc., *etc.* Con los comunes se habla poco o nada: abogados, buchones, tribunales, jueces, años hechos y por hacer —pasado olvidado y futuro que no está. Tres o cuatro horas cada día se discute de esto.

"Sobre el resto hablo solo. O hablo con ustedes por carta. Siempre que lleguen enteras y en tiempo útil. Sólo con Ita, Giorgia y Sole hablo de cosas mías, íntimas y reservadas. En el fondo no conozco bien a ninguna de las tres. Tampoco sé por qué empecé a dialogar con ustedes. Quizás porque la cana te obliga a pensar. La distancia y la situación dramática a veces derriban ciertas inhibiciones que estaban ahí hace sólo tres o cuatro meses. Pasaron tantas cosas y todas tan rápido. Con Edo tenía buena confianza. Hablábamos a menudo de ustedes, compañeras. De Ita se hablaba menos porque estabas y estás ya comprometida. Y la vida de pareja es un compromiso. Hablábamos de eso en el coche, cuando íbamos y veníamos, para pasar el tiempo. Pero en la realidad de todos los días yo no pensaba mucho en eso. No veía ninguna compañera 'practicable'. Era y soy muy exigente, quizás demasiado. Con Dennis hablaba de vos, Giorgia, y te consideraba 'capaz como compañera'. Los veía bien, como ya te lo dije. Pero en nuestras charlas no íbamos mucho más allá. Había cosas para

hacer y además no conocía bien a Dennis. Quién sabe cómo habría seguido la historia de ustedes. Cuando yo estaba en México tardé ocho meses en entender por qué no me llegaban cartas de mi novia. ¡No llegaban porque ella no las mandaba! ¡Linda historia! ¡Cuando me fui me dijo que me amaba tanto! ¡Qué chistes le hace la naturaleza al hombre! Pero quién sabe cómo serán realmente las cosas...

"Después de todo lo que pasó me siento muy cerca de Sole. Sole ha soportado dolores y sufrimientos que van mucho más allá de su capacidad de soportar. En las pocas cartas que me llegan cada tanto me habla de las torturas incluso físicas que sufría en Le Valette. Como las continuas perquisiciones corporales internas que le hacían (hasta dos veces por día: cuando iba y cuando volvía de ver al abogado). Como las entradas en su celda con el fin de encontrar gillettes o vidrios para autolesionarse. Como las veces que la despertaban de noche para ver si todavía estaba viva... ¡Cuánto ha sufrido esta muchacha! Su única culpa es haber amado a Baleno y vivir en una casa donde yo también vivía. Le mando por lo menos 3 o 4 cartas por semana. Algunas noches hasta sueño con ella. Pensando en ella, y por lo tanto en Edo, me lleno de tristeza. Si pienso que para Sole las cosas todavía no se terminaron me apeno más. Pueden pasar tres años antes de que termine el proceso. No sé cómo será Sole dentro de tres años. Creo que en el pasado amé mucho a mis novias. No lo merecían. Sole merecería ser amada tanto de ahora en más y tener largos momentos de felicidad. Yo creo que no soy capaz. Me parece que el amor del que disponía se terminó. Que lo agoté".

Y una semana después, en una carta a Ita, Silvano volvía sobre la cuestión: "Me escribo mucho con Sole, que me parece una

persona interesante y piola. Mucho más que lo que pensaba. Es cierto que no la conocía nada bien. Nunca entenderé cómo Edo tuvo la fuerza y el coraje de abandonarla. Terminada esta historia seguramente habrían tenido una bella historia juntos. Porque estaban hechos realmente el uno para el otro. Ya antes del arresto yo había entendido que estaban bien juntos. Pero tenían que irse de Turín o por lo menos de la Casa de Collegno. Quién sabe cómo viven los ocupantes nuevos. Me gustaría que me escribieran. Si sueñan cosas particulares por las noches. Si están de acuerdo entre ellos. Si pasan cosas raras. (...) "Para mí el amor es una cosa seria. Como la revolución. En la revolución si te equivocás te dan perpetua o te morís. El amor para mí es una cosa serísima. No es fantasía. Quizás sea locura. Seguramente es una tentativa de superar los límites. Debería ser eterno. No debería ser efímero. Para ser eterno debería seguir una lógica precisa. No te la explico porque es un poco largo y difícil y no es importante. Absolutamente no quiero que sea un juego, nunca. Es como asaltar un banco. No tenés que hacerlo nunca por juego o por broma. Nunca me acerqué a una muchacha o mujer que no conozco bien y nunca pienso en relaciones temporales".

Por eso, en este caso, se lo había tomado muy en serio: "hace algunos días entendí que es así. Había hecho para mí otros proyectos que ahora estoy cambiando, teniendo en cuenta a Sole. Quizás me esté equivocando e interpreto mal las palabras y las situaciones. Si es así, díganmelo". Nadie podría. Soledad, aparentemente, estaba empezando a considerar la posibilidad de una nueva relación —aunque nunca sabremos cómo había imaginado esa alianza: sus cartas a Silvano se perdieron y no habló de la cuestión con casi nadie.

Sólo, quizás, con Josefina Magnasco, su amiga del colegio, hacia fines de junio: "La llamé por teléfono y esa vez le dije 'ya me imagino que estarás rompiendo corazones por allá'. Era un tema delicado preguntarle eso, con todo lo que le había pasado. Pero teníamos mucha confianza y por la relación que teníamos siempre lo que era difícil de hablar se hablaba primero. Con ella no existía ofenderse. Era a los bifes. Y ella me dijo 'es increíble, es como si estuvieras acá, cómo podés saberlo'. Me dijo 'cómo podés saberlo' y yo le dije 'no, te pregunto'. Yo para hincharla, sé que es una situación jodida. Entonces me dijo 'está saliendo un nuevo sol para mí', una cosa así. Como que estaba empezando a salir con un chico que le gustaba, y que estaba todo bien". Salir no era la palabra más precisa en este caso.

4. LA CASI MUERTE

—Vos, si seguís así, vas a terminar como el inútil de tu novio.

Soledad no pudo creer que había oído lo que había oído y se quedó fría, sin palabras.

—Sí, a vos te digo. Vas a terminar como ese maricón, colgada de una soga.

El carabinero la miraba con odio, como diciendo dale, reaccioná, hacé cualquier cosa así te rompo la cara de un tortazo. O digo que te escapaste y te cago de un tiro. El carabinero tenía una pequeña cicatriz entre los ojos y los ojos cargados de un odio que no debía saber dónde poner. Eran las seis de una mañana destemplada, Soledad tiritaba en camiseta y estuvo a punto de contestar pero se dijo que no, que esa no era la forma. Muchas veces los policías encargados de cuidarla eran amables, llegaban hasta la barrera como quien se disculpa, le ponían caras de perdoná pero nos mandan; otros, en cambio, le mostraban que era un placer joderla.

—O no, porque no tenés huevos, pelotuda.

Soledad se preguntó qué le habría hecho para que la insultara así; enseguida se dijo que qué bueno, que si ese policía la odiaba

tanto era porque ella y los suyos eran un peligro para el orden que él representaba y sonrió: lo estaban consiguiendo. Cuando entró en la casa decidió que ya era muy tarde para volver a la cama y puso agua para hacerse un té. Sobre la mesa de la cocina tenía el libro que Silvano le había mandado la semana anterior: "Cuando llega la orden de partir, el guerrero mira a todos los amigos que se ha hecho en el camino. A algunos les ha enseñado a escuchar las campanas de un templo sumergido, a otros ha contado historias alrededor del fuego. Su corazón se entristece pero sabe que su espada está consagrada y debe obedecer las órdenes de Aquel a quien ofreció su lucha. Entonces el guerrero de la luz agradece a sus compañeros de jornada, respira hondo y sigue adelante, cargado con los recuerdos de una jornada inolvidable", leyó Soledad en voz alta y cerró el *Manual del Guerrero de la Luz* de Paulo Coelho.

Hay libros en los que cada quien puede leer lo que quiera. Soledad pensó que el Guerrero tenía razón: quizás lo mejor fuera irse. Aprovechar cualquier distracción de los policías —había veces que la abandonaban, que no aparecían por un par de días — y escaparse. Quizás podría conseguir alguien que la escondiera o que la ayudara a pasar a Francia a través de las montañas; quizás no llegara a ninguna parte y tampoco le importaba: pensó que la fuga en sí misma, el hecho de romper las reglas que ellos le imponían ya alcanzaba. Tenía que pensarlo mejor, pero podía ser una buena manera de salir de este estancamiento que la tenía cada vez más agobiada.

La partida de su madre la alivió; también le trajo un leve desamparo. Se acordó de esa mañana, la semana anterior, que

amaneció con fiebre, engripada, mocosa, y ella le trajo un té de yuyos con miel y Soledad aceptó esos mimos, que la cuidara como cuando era su nena. Pero al rato ya se sintió de nuevo atosigada y se volvió a poner en guardia: su madre no se daba cuenta de que ella ya no era aquella nena.

Soledad sabía que Marta Rosas sólo trataba de ayudar y también sabía que de algún modo había sido injusta con ella, pero el alivio de su partida era real. Marta se había ido tres días antes; se había despedido con llantos y recomendaciones y Soledad, a último momento, fue a cortarle un jazmín de esa planta que cuidaba más que ninguna porque se la había regalado Edoardo.

—Solita, no lo cortes, acordate de lo que vos siempre decís: si querés ser feliz un instante cortá una flor, si querés ser feliz toda tu vida cuidá un jardín.

—No me digas qué hacer. Yo te lo quiero dar, mamá. Yo sé que es tu planta favorita.

Y se lo dio y su madre lo guardó para siempre y se besaron con más llantos y Marta se subió al coche de Luca y recién esa noche, cuando se fue a acostar, Soledad tuvo la sensación de que algo le faltaba y le sobraba algo.

El 10 de junio era miércoles y sin embargo la casa estaba llena de visitas. Ya no era tan común. "Al principio íbamos mucho a verla, después las visitas se hicieron más espaciadas", dirá Luca Bruno, su marido por ley. "Muchas veces nos quedábamos a dormir, para no hacer el viaje de vuelta de noche, y nos volvíamos a la mañana. Algunas veces la pasábamos muy bien".

Pero ese mediodía varios okupas habían llegado desde Turín para hacerle compañía; tres o cuatro se instalaron frente al

televisor porque esa tarde, en París, las selecciones de Brasil y Escocia inauguraban el mundial de fútbol. Otros se sentaron con ella en la galería y le contaron que habían estado en Milán, en el juicio de Patrizia Cadeddu, "la cartera" acusada de haber llevado a Radio Popolare la nota de reivindicación de esa bomba de estruendo colocada en la Municipalidad milanesa.

—Y también hubo consignas por vos y por Silvano.

Soledad pensó que era tan raro haberse convertido en una especie de símbolo de las luchas okupas y al mismo tiempo no dejara de ser ella, Sole, una chica que acababa de cumplir veinticuatro años y seguía encerrada en una casa perdida en el medio del campo sin amigos cercanos, sin amor, sin una idea clara de qué sería de su vida. Y yo que tantas veces pensé que esos nombres que veía pintados en las paredes debían ser de personas con tantas seguridades, se dijo. Quizás algunos eran; quizás la mayoría son como yo, pensó.

—Hicimos un quilombo... Cuando nos enteramos de la sentencia fuimos a la galería Vittorio Emanuele y tiramos no sé cuántos volantes y prendimos unas bengalas de colores... No sabés el quilombo que se armó.

—¿Y la sentencia cómo fue?

—Un desastre. Le dieron cinco años los muy hijos de puta. ¡Cinco años!

Soledad lo recibió como un mazazo: si a Patrizia por ese hecho menor le había caído esa condena, ella no podía esperar menos. Brasil metió su segundo gol. Soledad subió a su cuarto y agarró su cuaderno: "Asesinos asquerosos, muertos vivos. Les gusta cómo vivimos nosotros pero no tienen capacidad para hacerlo. Están llenos de prejuicios, están llenos de represiones, son hijos de

esclavos y no saben hacer más que eso. Sienten envidia, pero tanta que deciden encerrarnos en una cárcel asquerosa, una cárcel que representa sus emociones, su escuálida vida. Pero no les alcanza. Su resentimiento es tan fuerte que nos matan, como hicieron con Baleno porque seguramente querían ser como él pero nunca lo conseguirán. Incluso a mí me han matado, yo estoy casi muerta o querría estarlo, querría irme con Baleno", escribió Soledad sin saber para qué: para nada especial, para nadie, porque necesitaba poner sus confusiones por escrito, darles la apariencia de algún orden.

"Me pregunto tanto en estos días cómo debo luchar, cuál debe ser mi estrategia, porque con la nuestra no alcanza. ¿Cómo debo hacer? Silvano en la cárcel, Edo muerto, yo también. En estos días sólo pienso en la destrucción, creo que es la única salida. Una destrucción definitiva porque mi terrible dolor no me deja ver más allá. Antes del 5 de marzo todavía tenía una esperanza de cambio. Estaba convencida de que de una manera u otra nuestras acciones —bellísimas— llevaban a algo mejor. Pero un grupito de bastardos aquella noche entraron a casa: siamo compagni di Bologna.

"Abrimos la puerta y treinta canas con perros irrumpieron en nuestra vida. Ojos llenos de sangre, manos primitivas que en diez segundos rompían todo el trabajo que habíamos hecho, materiales escritos, diarios, discos, herramientas, cartas, plantas, todo por el suelo. Edo y yo nos mirábamos a los ojos sin hablarnos, los dos con los ojos llenos de lágrimas. Sabíamos que esa sería nuestra última noche juntos. Estos bastardos quisieron incluso destruir el amor. Estoy segura que no saben qué quiere decir amor, pero seguramente saben que es algo bello porque todo lo que ellos no tienen es bello.

"Esa noche dieron una orden y las tropas en uniforme invadieron nuestra casa a la búsqueda de pruebas para encarcelarnos. ¿Qué buscan? Nos han dicho que buscan elementos que demuestren la existencia de una banda armada. Banda no es nada, es demasiado poco y no podría contener nuestras desmesuradas intenciones, sólo podría comp rimir nuestras incontenibles explosiones. Banda armada es la policía; nosotros somos guerreros. El que se levanta abiertamente contra la opresión propia y ajena es el único realmente libre. Cualquiera que no tema lo desconocido es libre de elegir los instrumentos que prefiera según las circunstancias y las actitudes individuales, sin límites.

"Era una investigación que venía de lejos. Largo trabajo el suyo, el de espiarnos días y días. Gran tecnología tras de nosotros: microfonos espías, microtelecámaras, relevamientos satelitales, seguimientos, monitoreos sin pausa, que les habían permitido ya hace dos meses 'hipotetizar nuestra relación con por lo menos tres atentados'. Están orgullosos de sus sofisticados medios de investigación. No pensaban todavía agarrarnos esa noche del 5 de marzo. Querían esperar un poco, así agarraban a toda la banda. ¿Se acabó el terror en Valle de Susa o todavía quedan otros bombarderos? Es demasiado rápido para cantar victoria. Su imaginación es demasiado sucia, vieron demasiados policiales americanos. ¿Banda armada, asociación de ecoterroristas? Bo, demasiada poca cosa para nosotros, nosotros somos mucho más que eso. Estas palabras limitan nuestras verdaderas intenciones de destrucción 'sin límites, sin miedo'. Banda armada son los policías, asociación es todo el aparato jurídico, ecoterroristas son los del TAV que devastan el valle para aumentar su control.

Nosotros somos guerreros. ¿Silvano, jefe de una banda? No me hagan reír, no es tiempo de reír. Nosotros no necesitamos jefes, nosotros nos levantamos contra todo tipo de órdenes, contra todo tipo de represión, contra todo tipo de autoridad. No tenemos un jefe. Sólo estamos unidos por nuestra complicidad.

"Volvamos al caso. Sólo somos sospechosos, nada de qué agarrarse concretamente, tres volantes, una molotov, una impresora, un tubo de silicona, una bengala, un par de cartas entre mí y otro compañero detenido en España me hacen formar parte de un robo de un banco. Adentro. Esto alcanza para meterlos en la cárcel como medida cautelar pero todavía no tenemos suficientes elementos para juzgarlos.

"Mientras dura la encuesta nuestros compañeros protestan en la calle. Estamos vivos. No somos cuatro gatos muertos de hambre. Algún vidrio roto, pintadas en las paredes, vidrieras destruidas, y dicen que eso es violencia. Violencia es una cárcel, violencia es la destrucción humana y ambiental, violencia es un juez, un policía, violencia es el Estado, violencia es el poder. Y toda esta violencia mata a una persona, una bella persona, llena de fuerza, de rebelión, amante de la libertad. Luchó tanto por ella, de todas las maneras. Una persona que luchó contra la sociedad consumista para no ser consumido. Baleno era un rebelde incontrolable, un 'ilegal' al cien por ciento —le gustaba mucho que lo llamaran así, estaba orgulloso de serlo—, y por eso una persona demasiado peligrosa para dejarla vivir. Atentaba contra la hipócrita paz social, persona peligrosa para este orden democrático dictatorial. Nada mejor que matarlo, así lo sacan del medio y creen que nosotros nos pararemos. Pero eso no sucederá, estamos demasiado decididos, somos demasiado orgullosos.

Ahora Baleno está dentro de cada uno de nosotros, está en nuestras acciones, en nuestras iniciativas. Por eso ahora somos todavía más rebeldes. Nuestras fuerzas se han duplicado: la nuestra más la de Edo, más la de Silvano, que tratan de ensuciarlo y hacerlo morir en aislamiento y silenciar su voz en el vacío de un corredor de cárcel. Su voz está en nuestras voces y nosotros gritamos cada día más fu erte".

Iba hacia Bene Vaggena cuando lo pensé: me pareció, al mismo tiempo, que era una tontería y una clave. Hay frases que circulan: muchos decimos, muchas veces, que son inaceptables la miseria, el hambre, y que si existen es porque unos pocos ricos se quedan con todos los recursos. Saber casi común: una constatación que hacemos a menudo. Y, en general, tras enunciarlo no vamos mucho más allá; decimos uy, qué hijos de puta y, si acaso, intentamos alguna intervención que no excede las normas. Es lo que suele llamarse adaptación al medio —o salud, incluso: hay que aprender a vivir con ciertas cosas. No ignorarlas, no dejar de pensarlas: convivir con ellas.

Quizás, pensé, la clave, la diferencia Soledad sea sólo ésa: que ella, una vez que empezó a pensarlo, no pudo decir uy y volver a revolver sus porotos de soja. Soledad siguió las consecuencias de su descubrimiento y no lo embalsamó con la resignación acostumbrada. Decidió apartarse, ponerse de algún modo enfrente de todos esos que tantos solemos considerar unos canallas.

Soledad decidió no adaptarse. A veces resulta extraño, casi infamante pensar cuánto lo hacemos, cuántos. Resulta extraño desde adentro y, desde afuera, más extraño: a los que no lo

hacen, esa extrañeza puede llevarlos a un desprecio por los que sí muy desalentador, muy inquietante. Ese desprecio suele volverse contraproducente: aísla a los que intentan hacer algo, puede neutralizarlos, los lleva a posiciones aparentemente extremas que confortan a los adaptados. Por eso se difunden sus finales como ejemplos: vieron, así tenían que terminar, estaban locos. Creían en sus palabras.

En síntesis, la diferencia Soledad es casi tonta: poner en acto lo que muchos dicen. Creerse sus palabras.

"Nosotros, que gritamos contra el progreso, 'viaje progresivo a la autodestrucción' no deseado por algunas personas como nosotros", siguió escribiendo Soledad Rosas. "Nosotros mismos decidimos cuándo destruir o cuándo construir, no esperamos que otro lo decida por nosotros. Nosotros, que elegimos nuestra propia violencia —contraviolencia— sin aceptar ninguna imposición y sin aceptar ninguna otra violencia. Nosotros no nos dejamos engañar, porque no estamos muertos. No formamos parte de esta ciudad que parece una cámara mortuoria. Una vidriera rota trata de despertar a estos muertos, pero ellos duermen todavía más. Nada, ni siquiera la muerte los despierta porque tienen miedo de abrir los ojos y verse a sí mismos, porque saben que se darán asco, y saben que ya están muertos. Querrían ser como nosotros pero tienen miedo, tienen envidia de nosotros, porque saben que su camino es el camino de la muerte. Tienen envidia de que no deleguemos nuestra vida en otros, envidia de que no tengamos necesidad de reglas, por eso quieren matarnos, por eso nos meten en la cárcel —lugar que representa sus emociones, sus vidas, ellos ya están en la cárcel desde que nacen.

¿Qué tenemos que hablar con ellos? Nada. Ninguna reconciliación con esta sociedad, ningún diálogo. Sólo la guerra. Esto es lo único que tenemos que hacer con ellos. En estos días sólo pienso de qué manera debo continuar esta batalla. Debo estudiar un método más eficiente, porque mi método por ahora no basta. Mientras haya gente en la cárcel no habré ganado mi pelea. He elegido un enemigo muy grande, pero deberé volverme más grande todavía, deberé encontrar la manera justa de combatir. Parece que nuestros métodos no bastan, deberán ser todavía más duros. No tengo miedo. Es mi única razón de existir".

Soledad cerró el cuaderno y no quiso volver a leer lo que había escrito. Mañana, quizás, podría soportarlo. Cuatro años más tarde, cuando me lo leyó, Paola Massari, la madre de Edoardo, todavía no podía: lloraba y lloraba y se estrujaba los ojos con las manos.

A veces Soledad abandonaba cualquier intento de entender: eran sus momentos más felices. Un paseo con perros por los límites de su cárcel campestre, un puñado de granos revoleado a las ocas, una página que le sonaba luminosa, el sol cayendo, un llamado de Buenos Aires en el celular que le habían conseguido, un tomate cosechado y brillante, alguna charla. Pero eran los menos: largos lapsos Soledad se hundía en pensamientos que no terminaban de resultarle claros.

"Cuando estaba presa a veces me llamaba y me pedía por favor que me acordara de ella, que le prendiera una vela", contará su amiga Soledad Echagüe, Sole Vieja. "Y cuando yo la llamaba me decía 'ma, por favor, prendeme una de tus velas y rezá'. Eso me flasheó". Soledad tenía, en esos días, el cuerpo suspendido: su cuerpo sólo cumplía con las necesidades más primarias pero el

amor, o incluso el sexo, se le habían vuelto ajenos. A veces le faltaban; a veces, esas veces, se decía que, muerto Edoardo, nunca podría volver a coger con nadie y ni siquiera se desesperaba: era como un velo ligero que le envolvía la cabeza. Otras esperaba que el tiempo le devolviera su deseo y esperarlo la llenaba de culpa. Penaba, se decía y contradecía tantas cosas, y le costaba mucho encontrar con quién hablar: todos sus visitantes de esos días coinciden en que no solía hacerles confidencias.

"Siempre trató de darnos ánimos a nosotros aun cuando ella tenía problemas", dirá por ejemplo Paola Massari, la madre de Edoardo. "Nunca nos dijo nada de las dificultades que tenía con Silvano o con su mamá, más bien se confió a otros porque sabía que nosotros ya teníamos nuestra carga...". Ibrahim, un amigo suyo del Asilo, dirá lo mismo pero en tiempo presente: "Sole nunca habla de lo que había pasado entre ellos, eran cosas íntimas, sólo para ella. Podés ser muy amigo de ella, pero no te dice nada sobre Baleno, sobre sus sufrimientos... Estaba tan triste, pero no decía nada". Y lo mismo dirían su abogado Novaro, sus compañeros Ita y Luca y varios más: que seguramente hablaba con los otros.

"¿De mí, qué te puedo contar? De bueno, poco", le escribió en esos días a su amiga Lorena Lacoste. "Todavía no hay perspectivas de libertad y cada día me parece que todo sea más complicado. Pensar en el juico y las preguntas que me harán me hacen sentir mal de panza. De lo que Silvano y yo respondamos depende un porcentaje de nuestra posibilidad de pocos años de cárcel. Pero la mayoría depende de la voluntad del juez y de la influencia y presión que hará la policía especial y el Estado. Es un juicio político, a nosotros nos quieren juzgar y condenar por nuestras

ideas anarquistas y revolucionarias y no por lo que dicen que hicimos. No tienen ninguna prueba concreta para acusarnos pero se las inventan.

"Bueno, te cuento cómo paso mis días, acá hace mucho calor y un gran sol que sale a las 5.30 de la mañana y se esconde a las 9 de la noche. Hasta las 10 de la noche es de día por lo que los días se me hacen bastante largos. A las diez de la mañana ya estoy levantada, y hago una hora de yoga (es muy bueno, hace bien a todo el cuerpo, y a todos los órganos internos, también hace bien a la cabeza y a la inteligencia). Después hago las típicas cosas de la casa. El problema es el dinero porque esta Asociación no toma dinero del Estado ni de ninguna institución. Hacemos juguetes de madera pero no alcanza. Pero como hay muchos árboles de fruta se me ocurrió hacer mermelada y venderla a los amigos. Cuando se termine la fruta espero que se me venga en mente otra idea buena, o estar libre".

Probablemente con nadie hablaba tanto como con Silvano, con quien no podía hablar. Y las cartas eran un azar: "En Bene Vaggena, Soledad tenía problemas para mandar las cartas porque el buzón estaba a un kilómetro y ella no podía llevarlas", dirá Silvano Pelissero. "Enrico iba y venía, a veces ella le daba plata para comprar cosas y él se olvidaba. Entonces ella se ponía nerviosa, estaba enojada, a veces deprimida. Otras veces parecía más combativa, aunque sin optimismos. Ella se daba cuenta de que era difícil, que el proceso era algo muy complicado, que el abogado no hacía nada. Y solía escribirme sobre la Argentina: me decía que era un lugar de mierda, de gente que no hace nada, resignada, triste, y me contaba sobre sus amigos, los novios que había tenido, el hecho de que se había peleado con sus padres

porque ellos querían convertirla en una estudiante modelo, una chica bien como su hermana Gaby".

El 19 de junio Silvano retomó su huelga de hambre: le habían vuelto a negar el arresto domiciliario y decidió reclamarlo del único modo que podía. Un preso está tan privado de poder y de elecciones que sólo puede actuar contra sí mismo.

A fines de junio Soledad entrevió una salida relativa: su abogado Claudio Novaro le dijo que iniciaría los trámites para que la autorizaran a salir a trabajar y que podía llegar a conseguirlo. La legislación carcelaria italiana contempla varias formas de semidetención; además del arresto domiciliario, muchos presos pueden trabajar durante el día con el compromiso de volver cada noche a su casa.

Novaro volvió a hablar con el cura Luigi Ciotti; si él le conseguía un empleo sería más fácil que la jueza Pironti autorizara las salidas. El 30 de junio Novaro la llamó para decirle que el trámite estaba bien encaminado; en la tarde del 1º de julio, cuando sonó su celular, Soledad pensó que si la llamaba su familia les contaría la novedad.

—¿Solita?

—Sí, mamá, soy yo.

—¡Valentina! ¡Nació Valentina!

Pocas veces se había sentido tan sola. Se imaginó a sus padres reunidos alrededor de su hermana y su sobrina recién nacida; no estar con ellos era un golpe demasiado fuerte. "Después Soledad se calentó conmigo porque tardé como dos días en llamarla", dirá Gabriela Rosas. "Cuando la llamé desde el hospital me reputeó. 'Hija de puta, cómo tardaste tanto tiempo'. Pero estaba contenta,

me pareció que estaba contenta".

Era, si acaso, una alegría pasajera, opacada por las tristezas del encierro y la distancia. "Este es un período duro para todos, pero son las duras pruebas de la vida, esta vida que es sólo un lugar de paso en el viaje hacia el lugar realmente libre y bello donde nuestro querídisimo Edo se encuentra ahora, donde nosotros lo volveremos a encontrar el día de nuestro último viaje", les escribió en esos días a los padres de Edoardo. Soledad tenía, a veces, esa capacidad de decirle a cada cual lo que suponía que quería escuchar. Quizás por eso situó a Edoardo en un mundo de maravillas más allá; o, quizás, porque estaba cada vez más convencida de que ese mundo era real.

"Mientras tanto debemos forzosamente estar acá, seguir con la dura batalla. Pero estoy convencida de que la única forma de hacerlo es con amor. Tengo más de un motivo para sentir odio, pero este odio sólo me destruye y destruye todo lo que hay a mi alrededor. Por eso intento y logro convertirlo en amor. Para reforzar mi amor alimento mi espíritu con las cosas mágicas de la naturaleza, con la planta que crece día tras día y finalmente me regala una flor, con el sol que sale todas las mañanas y con la gran nube negra que me refresca cuando hace mucho calor. Necesito estas cosas simples y bellas en este momento en que estoy rodeada de obstáculos tan difíciles. Estoy pensando en la posibilidad de irme de acá. He hablado seriamente con Enrico, ya que no conseguimos ponernos de acuerdo y en los dos o tres últimos días su actitud ha cambiado para bien, con respecto a mí y al lugar. Muchas veces me dijo que no quería estar más acá, y eso lo lleva a tener una relación negativa con el lugar y, por lo tanto, con la gente, yo y Carmen, que vivimos acá. Pero, como les decía,

él ahora me dijo que quiere estar acá y seguir adelante con el proyecto de Sottoiponti. Veremos cómo siguen las cosas en los próximos días. Ahora los saludo con mucho amor y les mando un abrazo cósmico y toda mi fuerza.

"Sinceramente, Soledad.

"Con amor, a la mamá y el papá más valientes del mundo".

"La última vez que hablé con ella la noté un poco mal", dirá Josefina Magnasco, su compañera del colegio, que la llamó el sábado 4 de julio. "Sole por un lado era muy débil, muy influenciable: si vos le decías 'vos hiciste esto', y ella te decía que no, y se lo volvías a decir, ya empezaba a dudar de haberlo hecho. Yo era la mala, y le decía 'no, Sole, no lo hiciste, defendete'".

(Ese sábado en Piazza Castello, en el centro de Turín, las casas ocupadas anarquistas habían organizado una fiesta bella vita sin autorizaciones: salsa, cerveza y descontrol. La policía los miraba. En un volante, poco después, los okupas escribirán que "los ciudadanos correctos estaban un poco extrañados pero la fiesta era invitante, los terribles squatters en vivo no son tan temibles sin la mediación de los medios, empeñados desde hace meses en construir a su alrededor un aura de condena y terror". Los bailarines eran varios cientos; muchos más, sin duda, que los que solían ir a marchas y manifestaciones. Y de vez en cuando alguno gritaba Sole y Silvano libres o Asesinos asesinos.) "Pero Sole era el ave fénix, siempre salía, nunca en mi vida la vi deprimida mucho tiempo", dirá su amiga Josefina. "Ese día me contó lo del trabajo, que estaba por conseguir la autorización para salir. Y entonces me dijo si la podía llamar en cinco minutos porque estaba cambiando las sábanas a una amiga que estaba enferma. Y yo le dije 'no, no

puedo, estoy llamando de Argentina, ponete las pilas, decile que espere cinco minutos'. Ella era así, su amiga estaba enferma y, aunque fuera una alegría hablar conmigo, me decía eso. Pero también ese día fue que me dijo aquello de que estaba saliendo un nuevo sol para ella, eso que te dije, que le gustaba un chico".

La prisión preventiva de Silvano Pelissero y María Soledad Rosas debía terminar, según las leyes italianas, el 5 de septiembre de 1998, a los seis meses de su arresto. Si para esa fecha la fiscalía no tenía un caso suficientemente sólido debía liberarlos. Por eso el lunes 6 de julio los acusaron de lo único que quizás podían sostener: el hurto y el incendio del 15 de enero en la Municipalidad de Caprie. De pronto la terrible acusación de pertenencia a banda armada y la historia de los Lobos Grises empezaban a caerse. No era, por el momento, que las abandonaran del todo: sólo que, faltos de pruebas para sostenerlas, las dejaban como amenaza y "proseguían las investigaciones". Desde su cárcel, en plena huelga de hambre, Silvano escribía a sus compañeros pidiéndoles que publicitaran el asunto: "Les escribo con urgencia para comunicarles el grave hecho de nuestro envío a juicio por los delitos de hurto e incendio. ¡No de banda armada o asociación subversiva sino por hurto! Esta es la prueba del montaje. De la ausencia total de pruebas que lleven a una banda armada. Hay que denunciarlo a los medios de prensa. Pero no para decir que yo, Edo y Sole somos buenos muchachos. Hay que evidenciar la podredumbre de un montaje vergonzoso que ha producido un muerto. Edo se mató sobre todo por el peso de las acusaciones. No lo acusaban de hurto e incendio sino de banda armada. (...) No les pido que defiendan sólo mi libertad y la de Sole. Hoy somos nosotros los que estamos acá,

mañana serán ustedes. ¡No se olviden!".

"...últimamente lo extraño demasiado, tal vez estoy haciendo cualquier cosa y una imagen suya me viene a la mente, me vienen flashes de cosas que hacíamos juntos o de imágenes nuestras, como juntos en su auto, en la cocina de la casa, en Brosso, en España, su sonrisa, sus ojos. cuando pienso en esto me da la sensación que no puedo resistir más, mamma mia, es tan profundo el dolor de la muerte que parece que no se puede superar nunca más, pero tengo que continuar y hacer un gran esfuerzo para aceptarlo y seguir adelante", escribió Soledad en su última carta a Silvano Pelissero: poniendo por delante el recuerdo de Edoardo. Estaba fechada el 3 de julio y fue la última: al día siguiente Enrico se fue a vender sus juguetes a la playa y Soledad, sola en Bene Vaggena, no podía mandar ni recibir correo porque el buzón estaba a doscientos metros de la casa, en territorio prohibido para ella.

"A veces me pregunto si tiene sentido continuar adelante con mis sueños e ideales pues veo que tantas personas desde hace tantos años van adelante con estas ideas y miro alrededor mío y la represión y el control y la angustia son cada vez mayores. A veces creo que sigo viviendo en esta dura situación solamente por el instinto de supervivencia, este presente no me da tantas cosas buenas y las prospectivas de futuro son escasas al pensar en esta maldita galera".

"La última vez que la vi la noté como ausente, que no seguía lo que le decía", dirá Claudio Novaro, su abogado. "Pensé que tenía que volver pronto y tener una buena charla con ella, pero no

pensé que la situación fuera tan dramática".

El encuentro fue a fines de junio. Después Novaro la llamó por teléfono; Silvano le había dicho que estaba preocupado por ella, que la notaba mal.

—Sole, ¿cómo estás...? Dice Silvano que estás muy deprimida.

—No, él siempre agranda las cosas, no te preocupes. Pero necesito que vengas a verme. ¿Por qué no venís más, últimamente?

—No, sí, voy a ir. Lo que pasa es que mi padre está enfermo en Milán, tuve que venir a visitarlo...

"Esto debe haber sido el miércoles 8 de julio. Soledad parecía muy capaz de sobreponerse, pero el dolor estaba adentro, se ve", dirá Novaro. "Yo pensaba que tenía que ir a verla pero estaba muy ocupado y, en ese momento, para mi trabajo de abogado, era mucho más importante hablar con jueces y fiscales que hacer de asistente social".

—Bueno, no te preocupes. Por ahora no hay novedades. El lunes o el martes paso a verte y charlamos más tranquilos.

Ese miércoles Soledad ya llevaba dos días enteros sin ver a nadie: sola en Bene Vaggena.

—¿Y, cómo te sentís?

—Ahora estoy sola acá, me quedé sola. Cada vez tengo más ganas de escaparme. Estos hijos de puta me están provocando para que me escape, me dejan sin custodia, me provocan...

—No, no seas boluda, Solita, no te escapes. ¿Adónde vas a ir si te escapás?

—No sé, a España. Llego hasta España y ahí ya no me pueden joder.

—No, no hagás macanas, nena. Las cosas pasan, vas a ver, esto se soluciona pronto. A vos te van a dar la extradición, te van a dar una patada en el orto y te van a mandar de nuevo para acá. Y si no, yo igual voy a ir a verte pronto.

—Papá.

—¿Qué, Solita?

—Acordate que yo a vos te quiero muchísimo.

"Fue lo último que me dijo y me quedó acá", dirá Luis Rosas, su padre. "Cada vez que me acuerdo me emociono tanto".

"La última conversación, que yo le corté porque lloraba Valentina, Soledad me contó que andaba bien, que estaba todo muy tranquilo, que tenía unas ocas que le habían llevado y que ahora le iban a llevar un par de caballos para cuidar", dirá Gabriela Rosas, su hermana. "Fue el miércoles, y ella me preguntaba a mí. Yo era la que hablaba y le contaba. Al final le dije 'bueno, te llamo mañana porque Valentina está llorando'. 'Bueno, bueno, chau, chau'. Al día siguiente no la llamé. Y después me fui a Pilar. Se me iba pasando. Aparte yo ni pensaba en ella. Era pañal, teta, pañal, teta. Estaba muerta de dolor, se me había infectado la cesárea. La tenía bastante postergada, postergada bien. No la llamé. Pero la última conversación fue 'Chau, hasta luego'. En estos casos nadie avisa, ¿no?".

Si es que sabe, si tiene qué avisar, o si prefiere que alguien se interponga, supongo.

"El miércoles hablamos con ella; en ese momento la llamábamos muy a menudo", dirá Marta Rosas, su madre. "Soledad me preguntó algo que ya recontra sabía, dónde estaban sus cosas, su televisor, su equipo de música —que lo tenía Gaby.

Después los casetes, los CD y su ropa y esas cosas que están acá. Me preguntó si papá iba a ir a verla. Le dije que iba a viajar en septiembre, pero que en cuanto Gabriela se recuperara yo iba para allá. A ver si podíamos alquilar o comprar un auto. Me dijo 'de ninguna manera permitas que mis amigos o mis compañeros te paguen el pasaje o te den plata'. Le dije que no había ninguna necesidad porque nuestro departamento ya estaba vendido. Que se quedara tranquila, que yo contaba con esa plata para llegar a Italia, alquilarme una vivienda y comprar el auto y todo lo que necesitara".

—¿Y nada de lo que te dijo ese día te hizo pensar que fuera a...

—No, nada. Nada nada.

La semana anterior Enrico De Simone había decidido que tenía que reconciliarse con Soledad. Sus relaciones no eran buenas; él sabía que le había fallado en más de un punto e intentó recomponer con un regalo: la Agenda Negra 1998 es una especie de librito con espacios en blanco para cada día y una cantidad de textos y dibujos con efemérides y consignas anarquistas. La Agenda Negra es roja: a veces pasa. En la página del 1º de enero Enrico escribió su dedicatoria: "Sole, un regalo para que nuestra amistad no muera nunca". Y en la página de la primera semana de julio, Soledad hizo su primera anotación: "La abrí en este día 7 especialmente y el dibujo es muy bello". El dibujo era una caricatura muy sucinta de un chico y una chica agarrados de la mano bajo el sol; con la otra mano él sostiene una botella, ella un porro.

Soledad hizo otras dos anotaciones: en la semana siguiente, del 8 al 14 de julio, "También el de esta semana será positivo". Y,

el viernes 17, "Proceso G. Luca Alineri". Eran, sin duda, formas de organizar futuros. Nadie lo hace si cree que no tiene ya ninguno.

La ilustración del sábado 11 era casi un programa: una brujita volaba en bicicleta sobre un prado hacia una nube que se enroscaba en la A de anarquía.

5. EL FINAL

El viernes 10 de julio el mundo se aburría: el verano del norte aminoraba el ritmo de las informaciones. En Italia el gobierno decidía prolongar la escolaridad obligatoria hasta los quince años, los sindicatos de trenes y aviones anunciaban una huelga para el lunes siguiente y el parlamento debatía el destino de la investigación sobre la corrupción política llamada Tangentópolis; la Asociación de Magistrados proclamaba que la tentativa de los "políticos que intentan sustraerse a las leyes pone en peligro la democracia".

En la primera página de *La Stampa*, el diario de los Agnelli, un comentario editorial empezaba diciendo que "el administrador delegado de Ferrocarriles está revelándose virtualmente más peligroso que los Lobos Grises". El hombre había declarado que la prioridad de sus inversiones no estaba en la línea TAV entre Turín y Lyon sino en la remodelación del túnel de San Gotardo, entre Milán y Zurich.

En Londres recrudecía el miedo a las bombas del IRA, en Moscú la quiebra de la economía rusa amenazaba con arrastrar a Yeltsin en su caída y se hablaba de golpe de Estado y en Buenos

Aires Eduardo Duhalde llamaba a un plebiscito contra los proyectos de reelección de Carlos Menem; los maestros paraban y el ministro Roque Fernández los acusaba de "trabajar poco"; la AFIP revelaba que las empresas argentinas evadían cada año 6.000 millones de dólares de aportes laborales. En Beirut la revista *Middle East Report* anunciaba la constitución de un nuevo grupo islámico fundamentalista formado por egipcios, kuwaitíes, sudaneses, iraníes y sauditas para golpear "sobre todo objetivos americanos y occidentales" y dirigido por un millonario árabe con base en el este de Afganistán, un tal Osama Bin Laden; la noticia no interesaba mucho. Europa, mientras tanto, seguía preocupada por la represión de los kosovares yugoslavos. En París los tres tenores daban un concierto bajo la torre Eiffel y la mirada de 3.500 policías y el presidente Jacques Chirac; era la última fiesta del Mundial antes de la final del domingo entre Francia y Brasil —Zidane contra Ronaldo.

En Hollywood Steven Spielberg arrasaba con *Saving Private Ryan*, un bello canto al patrioterismo norteamericano. En Jerusalén *La vita é bella* de Roberto Benigni era aclamada por el público y su autor condecorado por el intendente derechista. En Turín Herbie Hancock y Michel Petrucciani inauguraban el Festival de Jazz JVC y Bob Dylan se presentaba sin gran repercusión. El consejo municipal discutía la propuesta del intendente de equiparar las uniones de hecho con los matrimonios legales y mostraba preocupación por el aumento de la cantidad de perros abandonados. En un edificio de la ciudad un raid policial detenía a treinta inmigrantes ilegales —tunecinos, argelinos y nigerianos— y les aplicaba un mandato de expulsión del país; según nuevos estudios, los inmigrantes en Italia mandaban cada año a sus países

unos 500 millones de dólares. En Catania un padre desconsolado contaba cómo se había olvidado a su hijo de año y medio en su coche durante varias horas –"creí que lo había llevado a la guardería", dijo, pero el chico se murió en el auto. En cambio, en Bruselas, un maestro italiano era condenado por actos libidinosos con sus alumnos de tres años. Hacía calor dentro de un orden: 29 de máxima. El sol brillaba sin tapujos.

Ese viernes una docena de militantes anti-TAV del Valle de Susa llegaron hasta la casa de Bene Vaggena. Se reunían para organizar alguna manifestación contra la Alta Velocidad: por deferencia hacia Soledad, que quería participar de sus intentos, decidieron hacerlo en su casa. Por varias horas discutieron propuestas de actos públicos, marchas, volantes, manifiestos y pintadas y terminaron decidiendo la realización de un campamento. Al principio Soledad estaba entusiasmada; horas de discusión terminaron por aburrirla levemente. Hacia las siete la mayoría de los militantes se había ido.

Sus amigos llegaron a las ocho de la noche. Eran cuatro ocupantes y ex ocupantes del Asilo: Michele, Peppino, Giorgia —la novia de Dennis — e Ibrahim, y primero hicieron la comida: arroz integral, verduras a la parrilla, zapallitos. Fue una cena para ocho: los cuatro visitantes, Soledad y tres militantes valsusinos que se irían a la mañana siguiente bien temprano.

En cuanto terminó la cena los valsusinos subieron a acostarse: estaban agotados. Los cinco amigos pusieron música en el salón y se acomodaron para una velada larga y agradable.

"Cuando íbamos, siempre nos quedamos un rato largo charlando, haciendo chistes" dirá Ibrahim, nacido en Marruecos.

"No charlábamos de nada importante. Más bien tratábamos de olvidar un poco la situación, hablábamos de cosas banales, no de sus problemas, nada. Nos hacíamos bromas, a mí me tomaban el pelo porque a veces me equivoco con algunas palabras italianas; a ella porque no conseguía pronunciar la ge: le decíamos que dijera Gingo, que era el nombre del perro de Giorgia, y ella lo llamaba shingo y nos reíamos".

—¿Había mucho fumo?

—No, yo no fumo. Y además estaban los carabineros dando vueltas.

Los amigos tomaron cervezas y escucharon varios casetes, pero el hit de la noche fueron los Gipsy Kings: Soledad e Ibrahim le traducían la letra a los demás y lo pusieron varias veces. Hubo incluso un amago de baile. Soledad tenía un pantalón de Edoardo y una camiseta grande, suelta, el pelo muy rapado: —Bamboleo, bambolea, *porque mi vida yo la prefiero vivir así.* Bamboleo, bambolea, / porque mi vida yo la prefiero vivir así...

Sonaba el grabador, se divertían. En algún momento Soledad pensó que hacía mucho que no pasaba una noche tan agradable. A las dos y media de la mañana los carabineros tocaron la bocina y los deslumbraron con las luces de su patrullero. Soledad soltó una puteada y salió a la puerta: —Acá estamos, carajo, qué mierda quieren.

"Ellos seguían apuntando con sus faros y ella se emboló. Pero hicimos un par de chistes y la cosa pasó", dirá Ibrahim. "Soledad se quedó con nosotros hasta bastante tarde, como las cuatro. La última media hora estaba muy pensativa. Los demás charlábamos, hacíamos chistes y ella estaba como si no estuviera: sólo su cuerpo estaba ahí. Y después de media hora de estar así, callada, nos dijo

'eh, yo me voy a dormir'".

—Chicos, yo me voy a dormir. Gracias por la visita, de verdad. Me gustó mucho que vinieran.

—¿No te quedás un rato más?

—No, en serio, estoy muy cansada. Muy muy cansada, de verdad.

Quién sabe cuándo decidió que era el momento. En esa media hora, esa tarde cuando los vio llegar o una semana antes, unos días: esa madrugada de sábado era igual a aquella madrugada de sábado en que Edoardo se había colgado de su cama. Quién sabe: quién sabe si en algún momento decidió que era el momento.

"Nosotros nos quedamos abajo, charlando, escuchando música. Después en un momento tuve que ir al baño", dirá Ibrahim. "La puerta del baño tenía un vidrio traslúcido y no estaba del todo cerrada; se veía la sombra de una persona adentro. Yo creí que quizás era ella o alguno de los otros y me quedé esperando un rato; no quería golpear ni decir nada para no apurar al que estuviera. Pasaron unos cinco minutos y la sombra seguía ahí, no se movía, se la veía inclinada sobre el inodoro. Pensé que quizás alguien estaba mal, que necesitaba ayuda y abrí la puerta. Entonces la vi".

Lo que más me impresionó cuando lo vi fue lo chiquito que es el baño de la casa de Bene Vaggena. El baño tiene 80 centímetros de ancho por 1,80 de largo; los artefactos están todos en fila, primero el bidet, después el inodoro, des pués el lavatorio y al fondo la ducha con su bañera pequeñísima. Tiene mosaicos grises hasta media altura, una ventana por donde se ven árboles y quizás

la luna. Un baño tan chiquito, con tan poco lugar para moverse.

"Ella tenía los pies hacia atrás, las rodillas en el suelo y el cuello atado a esa sábana. La sábana estaba atada al caño de la ducha y ella había puesto los pies para atrás para que el cuerpo tuviera lugar para caer, para que el peso del cuerpo estirara la sábana y la ahogara. Lo primero que h ice fue desatarla, enseguida, empecé a gritar, llamaba a los demás, rápido, muchachos, vengan vengan", dirá Ibrahim, años más tarde, llorando todavía.

"Yo la saqué de ahí y estaba tan pesada, intenté hacerle respiración boca a boca, estaba violeta, parecía que ya hacía un rato que estaba ahí. Pero me pareció que todavía estaba viva. Y después llegaron los demás y llamamos a la ambulancia, tuvimos que ir con el coche al principio del camino para guiarlos hasta la casa; cuando llegaron también ellos trataron de hacerle la respiración boca a boca pero no hubo caso, estaba muerta. No hubo caso. Porque ella, yo creo, se quería morir".

Estaba, también, aquella nota. La nota es el colofón de cualquier suicidio: matarse es el gesto más elocuente que se pueda emprender; por eso se le pueden dar tantos sentidos, y la nota es la última cortesía del muerto hacia aquellos a quienes ha decidido abandonar: la única, quizás.

Soledad dejó, dicen, una nota. "Estaba esa carta, donde ella decía que esperaba este momento de estar bien con sus amigos para irse, que no quería irse mal...", dirá Ibrahim. "Yo creo que hacía mucho que quería suicidarse, pero no quería irse triste, sino después de una noche agradable con sus amigos. Y en la carta decía que había estado muy bien con sus amigos y que entonces, con sus amigos cerca, había encontrado el valor necesario para

hacer esto y que lo hacía por propia voluntad, con conciencia de lo que hacía, que no se arrepentiría de lo que estaba haciendo, que quería morirse".

—¿Y decía por qué se había matado?

—Porque quería reunirse con Baleno, porque no soportaba vivir sin él.

—¿Era larga la carta?

—No, y no queríamos que los canas la vieran, les dijimos que no dejó nada.

Por eso el misterio de la nota. Nadie ha visto esa nota; nadie, salvo Ibrahim y dos o tres amigos, y sus versiones no coinciden.

—¿Ella pedía que quemaran la carta?

Le preguntaré a Ibrahim, y él me dirá que no:

—No, no decía nada. Pero era algo muy suyo, íntimo, no queríamos dárselo a los canas, porque sabíamos que entonces la iban a ver los periodistas...

Luca, su marido por ley, también la vio, más tarde:

—Había un mensaje pero decía que había que quemarlo, así que lo quemamos. Era una hoja arrancada de un cuaderno, escrita con birome.

—¿Y qué decía?

—No me acuerdo, eran dos o tres frases. No me acuerdo.

"Luca Bruno me llamó por teléfono y me dijo que Soledad decía 'No soporto más el encierro y no conozco otra manera de ser libre'; eso es todo lo que sé porque después la quemó", dirá Marta Rosas.

"A mí me dijo Luca que en esta nota ella decía 'sí, estoy cansada, no puedo más'", dirá Silvano Pelissero. "Que era algo general, pero nada realmente definido hablando de suicidio".

Ita, en cambio, la mujer de Luca, dice que sí:

—Sí, yo me acuerdo. El mensaje decía "Me voy de este mundo de mierda de la misma manera que se fue Baleno. Quémenlo".

O cualquier otra cosa.

Había, también, junto a la cama, un libro abierto.

"El libro se lo aconsejé yo, para que se fortificara. Me parecía que era un libro que podía ayudarla en un momento de dificultad. Yo lo leí tantas veces...", dirá Silvano. "Es un libro que se puede interpretar de demasiadas maneras, lo podés interpretar como quieras. Si sos fascista está bien, si sos comunista está bien, si sos católico, si sos musulmán o militarista o gandhiano, todo está bien, porque habla de pacifismo, de no violencia, de armas, de espadas, de guerra, de matar, habla de todo. Y son todas frases cortas interpretables como quieras. Es un poco como la Biblia, que podés interpretar como querés. Son libros que no sabés adónde te pueden llevar".

El libro estaba abierto en la última página: "Cuando llega la orden de partir, el guerrero mira a todos los amigos que se ha hecho en el camino. A algunos les ha enseñado a escuchar las campanas de un templo sumergido, a otros ha contado historias alrededor del fuego. Su corazón se entristece pero sabe que su espada está consagrada y debe obedecer las órdenes de Aquel a quien ofreció su lucha. Entonces el guerrero de la luz agradece a sus compañeros de jornada, respira hondo y sigue adelante, cargado con los recuerdos de una jornada inolvidable", decía el *Manual del Guerrero de la Luz* de Paulo Coelho.

Reunirse con Baleno, decía, quizás, Soledad en su nota. En ese

mundo raro que debía encontrarse más allá, en alguno de esos lugares que nunca nadie vio. "Sí, ella creía mucho en el espíritu, en un alma que seguía viviendo", dirá Ibrahim. "A veces cuando estábamos con Gingo, el perro de Dennis, ella decía 'ves que Gingo está tranquilo, se da cuenta de que Dennis está acá con nosotros'. Ella siempre trataba de tranquilizar a los demás con esas cosas, con esa creencia, estaba convencida de que el alma seguía viva, que una persona no se puede morir así, no es sólo materia, no puede desaparecer así en un momento". Lo mismo que había charlado con su amiga Sole Vieja, con Paola Massari, con algunos más.

—Ma, contame otra vez cómo era eso de la reencarnación, dale.

Supongamos que hacia las cinco de la mañana del sábado 11 de julio de 1998 María Soledad Rosas entró en su habitación con la certeza de que vivía sus últimos minutos. Supongamos que lo había decidido: que entró pensando que había terminado de entender que ése era su destino, que por fin había encontrado el coraje necesario para hacerlo.

Supongamos que todavía le sonaban en los oídos las risas de sus amigos, esa música tonta pero festiva, algún chiste más o menos malo; supongamos que miró a su alrededor y vio aquel libro sobre la mesa de luz, cerrado; que lo abrió y leyó por última vez aquella página, buscando letra, justificaciones. Que dejó el libro abierto, como quien sigue hablando. Que agarró su cuaderno y que escribió, con su birome azul, unas palabras con la letra muy grande, desmañada: que se sorprendió de lo difícil que le resultaba dibujar cada trazo. Que volvió a pensar en Edoardo: que

pensó que pronto lo vería, que lo puteó otra vez por haberla dejado, que le agradeció de nuevo tanto amor y lo odió por haberle marcado el camino que estaba por tomar. Que trató de ver su cara y algo se la nubló; que después la pudo precisar. Supongamos que se dijo que no debía demorarse: que tuvo miedo de que cualquier demora le quitara el coraje necesario. Que pensó una vez más que iba a necesitar mucho coraje. Que nunca se había creído valiente pero que ahora sí iba a serlo. Que no iba a echarse atrás.

Supongamos que entonces fue hasta el armario y agarró una sábana limpia del ropero y que se sonrió: que pensó que era tonto haber pensado en eso, en la sábana limpia, y que uno a veces piensa cosas extrañas. Supongamos que pensó en su madre, que la sábana limpia la hizo pensar en su madre y entonces en su padre y en su hermana y en la pena que les daría su decisión; supongamos que no lo pensó. Supongamos que alisó la frazada que había sobre su cama, que dejó la nota sobre la almohada, que miró su habitación con distancia infinita: que vio su habitación con la mirada con que se miran las últimas cosas, con la mirada de quien ya no pretende hacer recuerdos —si acaso, deshacerlos. Y que salió de su habitación y entró en el baño, ahí al lado, a dos pasos: que la impresionó que estuviera tan cerca. Que la impresionó que todo estuviera tan cerca.

Supongamos que, ya en el baño, se miró en el espejo, se reconoció en el espejo, se sonrió en el espejo y pensó que la sonrisa, por lo que fuera, no le salía tan triste. Que la sorprendió que su cara en el espejo de esa noche fuera tan parecida a su cara en el espejo cualquier noche: que el aspecto de todo fuese tan parecido a cualquier otra noche. Supongamos que recordó, una

vez más, que intentó recordar la sonrisa de Edoardo. Que entonces se apenó con la idea de que nunca tendría un hijo pero se dijo que cómo podría tener un hijo que no fuera de él: que ésa sería la traición intolerable. Supongamos que pensó de nuevo, que volvió a pensar que lo que estaba por hacer la acercaría tanto a él, que era una forma extrema, definitiva de la fidelidad. Que él sabría, también, que desde que murió, ella nunca había estado con otro y que ahora eso sería para siempre. Supongamos que recordó un momento aquella última vez y que después se lo sacó de la cabeza: que pensó que si seguía con esa imagen nunca sería capaz de hacerlo. Y que, para escaparse, pensó que ojalá sus compañeros supieran disculparla por dejar la pelea; que quizás, si acaso, la entendieran. Que quizás, incluso, su muerte les sirviera en la lucha.

Supongamos que ya no tenía ganas de pensar nada más: que pensó que ya había pensado demasiado. Que miró una vez más la sábana limpia blanca muy planchada, que le temblaron las manos cuando empezó a anudarla al caño de la ducha, que le temblaron más cuando se la ató al cuello. Supongamos que miró y vio que casi no había espacio para arrodillarse y que entonces se puso levemente de costado y se echó de rodillas y sintió el tirón de la sábana alrededor del cuello, el sofoco de la sábana alrededor del cuello, la garganta cerrando el paso al aire, el aire que faltaba, las manos apretadas, los ojos apretados. Supongamos que pensó que no conseguiría llegar hasta el final, que no tendría las fuerzas, y que pensó que igual tenía que hacerlo. Supongamos que apretó las mandíbulas, las manos y se dijo que ya casi estaba. Supongamos que, entonces, pasaron varios minutos, diez, quince minutos, tan largos que es imposible suponerlos.

Aunque todo puede haber sucedido de tantos otros modos.

6. POST MORTEM

La ambulancia tardó casi una hora; sólo pudo constatar que Soledad había muerto por asfixia. Ibrahim, Giorgia y los demás estaban desbordados. Llamaron al asilo, le pidieron a Luca que viniera. Las salidas de Turín estaban colapsadas por las familias que iban a la costa. Ya eran más de las once cuando Luca, Ita y Pipero llegaron a Bene Vaggena.

"Cuando llegamos ya estaban los carabineros, todo eso", dirá Luca Bruno. "Los carabineros querían llevarse todo, las cosas de Sole, papeles, todo lo que había. Pero nosotros nos pusimos duros y hubo algunos discusiones, cosas de ésas. Entonces llegó el fiscal de Mondovi: un verdadero perro, la trataba como si fuera una vaca muerta. Lo empezamos a insultar, casi llegamos a las manos".

Riccardo Bausone, el fiscal de Mondovi, estuvo poco rato: lo suficiente para firmar una orden de registro y programar la autopsia para el Lunes. Y para tratar de echar a los amigos de Soledad, que le comunicaron, vehementes, que se iban a quedar.

"Después llegaron unos periodistas y nosotros le tiramos piedras a su coche", dirá Luca. "A uno de la televisión se le rompió un parabrisas. A mí me van a procesar por este asunto".

Una periodista de la Retesette tuvo un corte en la cabeza; los carabineros instalaron un retén fuera de la casa para impedir la llegada de más informadores. En Turín ya era mediodía cuando el locutor de Radio Black Out impostó voz de circunstancias para decir que "La compañera Soledad se ha quitado la vida". Hasta entonces sólo habían pasado música: como si no hubieran sabido qué decir. Y después más música y el mismo locutor que repetía su letanía: —Queremos contarles que, esta madrugada, la compañera Soledad se ha quitado la vida.

Otros Okupas empezaron el viaje hacia Bene Vaggena. Poco después del mediodía llegó el cajón y los enfermeros de la policía se dispusieron a retirar el cuerpo. "recién entonces pude entrar a verla", dirá Luca.

—¿Y cómo la viste?

—Tranquila.

Todavía los sorprende: esa foto es distinta de todas las demás. Los Rosas nunca sacan fotos en blanco y negro pero ese día, el del primer baño de Valentina, que cumplía diez, la foto no tenía colores. En la foto Gabriela Rosas bañaba a su bebé, su madre la ayudaba. "Qué raro, ¿no?", dirá Gabriela. "Eso pasó justo antes de que todo se fuera a la mierda".

—Hola, ¿Marta?

—Sí, Viviana, ¿Cómo te va?

—Bien, bien. ¿Qué estás haciendo?

—Nada, le estoy preparando el desayuno a Gaby.

Era sábado, ocho de la mañana, quinta de Villa Rosa. Marta se sorprendió de que Viviana, una de sus amigas más antiguas, la que le había presentado a su marido más de treinta años antes, la

llamara a esa hora.

—¿No escuchaste la radio, no tenés la radio prendida?

—No, ¿Por qué?

—¿Y Luis dónde está?

—¿Qué pasa, Viviana, para que vos me llames a las ocho de la mañana y me hagas estas preguntas?

—No, no, decime dónde está Luis, que quiero hablar con él.

Marta, de pronto, entendió todo. Nunca sabrá ni cómo ni por qué, pero entendió de pronto y quiso no entender: —¿Qué, se murió Soledad?

—Sí, apareció muerta esta mañana. Acabo de escuchar la radio que dice que...

—No, no puede ser, no puede ser...

"Lo primero que pensé es que no podía ser", dirá Marta Rosas, su madre. "Es más, en el fondo lo sigo pensando, uno alimenta la esperanza de que Soledad... Como yo no la vi muerta, es muy difícil aceptar que esté muerta. Yo no la vi en un cajón ni la fui a reconocer en una morgue ni me preparó una enfermedad para saber que se iba a morir. En el fondo es como que todavía por ahí guardo la esperanza de que esté escondida en algún lugar. Por eso —esto lo charlo con mi psicóloga— yo no me desprendo de las cosas de Soledad. De nada, hasta las estupideces más grandes que te puedas imaginar tengo guardadas. Los aritos, las pulseritas, los cassettes. Porque en el fondo supongo que algún día me los va a reclamar. Lo que sí estuve esperando muchísimo tiempo, pero muchísimo tiempo, es una carta de despedida".

Marta Rosas llamó a su marido, que estaba trabajando, y le pidió que viniera enseguida. Y se lo fue a decir a Gabriela, que estaba amamantando a su bebé: "Entonces le di la noticia a Gaby,

que es lo peor que pude haber hecho en ese momento", dirá Marta Rosas. "Decirle que su hermana había aparecido muerta mientras le estaba dando la teta a su nena me parece una falta de consideración. No entiendo qué me pasó por la mente para hacer una cosa así".

Marta y Gabriela empezaron a llamar a todos los teléfonos que tenían en Turín: esperaban que alguien les dijera que no, que era un error, que cómo podían imaginarse semejante cosa. Nadie les contestaba: ni el asilo, ni el celular de Soledad, ni el abogado. Hasta que una voz de mujer atendió el celular: —Sí, es verdad. Acá estamos, en la casa, está la policía, la ambulancia. Sí, es verdad.

La radio seguía dando la noticia y la quinta de Villa Rosa empezó a llenarse de gente: venían amigos, parientes, vecinos a darles el pésame, a preguntar qué había pasado. "Pero al principio no podés ni pensar, no podés explicar, no podés hablar", dirá Gabriela Rosas. "Vienen a preguntarte a vos qué pasó y vos no podés decir nada. No sabés qué pasó, no la viste, no estabas. Estábamos tan lejos...".

La noticia de la muerte de soledad cayó en Turín como un baño de miedo. De inmediato la policía tomó posiciones en la ciudad. Y con ella el silencio: —No quiero decir nada. En momentos como éstos las palabras pueden volverse piedras. Pero yo sé que ella había llegado a Turín después de los atentados.

Dijo Maurizio Laudi, el fiscal que la acusó. Poco antes había llamado al abogado Claudio Novaro: —Lo he buscado a través de conocidos porque tengo que darle una mala noticia. Es Soledad. Esta mañana la encontaron muerta en un baño de la comunidad. Se mató. Igual que Massari. Parece que no dejó ninguna nota...

Novaro no supo qué decir: le agradeció el llamado.

—Controlamos la ciudad. Tenemos hombres apostados frente a los posibles objetivos de los squatters y controlamos los centros sociales. Y escuchamos Radio Black Out y seguimos los comunicados que lanzan en internet.

Dijo, para calmar a sus ciudadanos, Giuseppe Faranda, jefe de policía. Pero por el momento la radio contestataria no convocaba a ningún encuentro. Sólo decía que se anulaban todas las fiestas, cenas y conciertos previstos en los centros ocupados para esa noche de sábado. Mientras tanto, en el Balon, los anarcos juntaban rabia y trataban de imaginar una respuesta. El mercado estaba rodeado por la policía.

Hacia las cinco de la tarde, dos o tres docenas se fueron al asilo, a discutir qué hacían. A las diez de la noche, de improviso, un centenar de anarquistas cortó la Piazza Castello con una barricada. Los policías cargaron enseguida y volaron las piedras, adoquines. Algunos pintaron: "Laudi verdugo, justicia homicida". "Sole vive, Sole en el corazón".

—Esta es nuestra primera acción por la muerte de Soledad.

Decían en Radio Black Out mientras relataban en directo las refriegas. Hubo corridas, peleas con la policía, vidrieras rotas, un par de heridos: nada más que unas horas de tensión sin consecuencias. Era la misma plaza donde, el sábado anterior, los anarquistas habían bailado salsa; un volante, después, lo subrayó: "Salsa y palos, palos y salsa. Se bailan todos los ritmos, se está listo para cualquier ocasión. Sin jactancias, sin esos que pretenden explicarnos el camino y la fórmula victoriosa, sin duros que se pavonean ni polemistas de mirada suficiente". Esa noche en Roma y en Milán, otros anarquistas hicieron sus manifestaciones:

breves, apenas violentas.

A la mañana siguiente todos los diarios italianos reseñaban en su primera página la muerte de María Soledad Rosas. Los diarios hablaban de la "pequeña pasionaria argentina" y de su familia "rica, elegante y burguesa, conocidísima entre el tout Buenos Aires". El diputado verde Paolo Cento pedía una interpelación parlamentaria al ministro de Justicia Giovanni Maria Flick: "Basta de esta justicia que despedaza a las personas y las mata bajo la forma del suicidio". El académico local Gianni Vattimo, en un artículo publicado en el diario de los Agnelli, no estaba de acuerdo, despolitizaba: "Si queremos tratar el suicidio de María Soledad Rosas con el respeto que se debe a las tragedias humanas como ésta, haremos bien en considerarlo como un hecho estrictamente privado". Aunque el jefe de policía de Turín decía que el orden público estaba en peligro: —Ojalá se lleven el féretro a la Argentina. Eso eliminaría los riesgos de un funeral aquí en Turín.

Esa tarde, en el festival del diario comunista *L'Unità*, el intendente comunista Castellani fue víctima de un ataque feroz de los squatters: le acertaron en el hombro una bombita de agua coloreada. Al día siguiente los diarios dedicaron páginas enteras al asalto. Mojado, levemente teñido, el intendente había hablado con un par de periodistas: —Lo que más me impresionó fue que me llamaran asesino. Esta gente no sabe lo que dice. Nuestro problema es encontrar un canal de comunicación con ellos donde las palabras tengan el mismo sentido para nosotros y para ellos.

Y el diario liberal *La Repubblica* se hacía eco del malestar de buena parte de su público: "Ayer Turín parecía una ciudad abandonada por sus turineses. Entregada a ellos. Ellos son todos

esos que pertenecen a un mundo confuso, sin raza ni religión. Son los extracomunitarios residentes, las prostitutas, los clandestinos, los traficantes, los vendedores ambulantes negros, los atorrantes, los mendigos. Y los squatters, la última pesadilla que no viene de tierras lejanas sino directamente del vientre metropolitano. Tienen el mismo color de piel, hablan el mismo dialecto que nosotros. Así son aún más imprevisibles, inaprehensibles e indescifrables que la pesadilla clandestina. A la cual fueron a adicionarse malignamente, como la complicación imprevista de una enfermedad ya grave".

Silvano Pelissero se enteró de la muerte de su compañera en la cárcel de Novaro. El guardia que se lo dijo trató de poner la cara conveniente: —Escuchá, lo lamentamos pero parece que esta Soledad tuvo un accidente, no sabemos si murió...

Silvano no necesitó más palabras. Ya llevaba veintiocho días en huelga de hambre y su debilidad, de pronto, le resultó intolerable. Un rato más tarde interrumpió la huelga y pidió que le permitieran, al menos, ver el cadáver de su amiga. El lunes a la mañana un furgón lleno de policías lo llevó hasta la morgue de Mondovi. El médico forense acababa de terminar su autopsia; dictaminó que se trataba de un suicidio. O que "no había razones para suponer que no lo era".

"Después me llevaron a ver el cuerpo y no tenía ninguna huella en el cuello, ni la más mínima", dirá Silvano. "Tenía la cara pintada, los labios, los párpados, pero en el cuello no tenía nada, yo la miré muy bien. El cuerpo estaba en un cuartel de carabineros, creo que en Mondovi, me llevaron hasta allí y me dejaron unos minutos y después me sacaron. Estaba bronceada, el pelo un poco más largo,

estaba muy bella..."

Esa tarde, en su celda, Silvano escribió una carta a sus compañeros del Asilo: "Desde los primeros días de mayo empecé a escribirle con gran frecuencia. Cada mes salían hasta 18 cartas — en mayo y junio. Cartas llenas de apoyo y de amor. Empecé a amar a Sole y a olvidar cárcel y juicio. A veces hasta era feliz. Ella me contestaba con orden y pasión. Y sin embargo, siempre dejaba trasuntar fuertes malestares, crisis depresivas, soledad, por el aislamiento en el que estaba. Hacia fines de junio entendí que la situación se estaba agravando. Hice todo lo que pude para salvar a mi pequeña Sole. Pero ése era su destino. Quizás fue mejor así. Ahora encontrará allá arriba la felicidad, la paz, la libertad y el amor que una persona tan linda y simple se merecía. Y que no encontró en esta tierra, poblada de carroñeros asquerosos. Entiéndanlo: Sole era realmente la mujer más linda-rica-simple -buena-dulce-amable y benévola que nunca conseguí imaginarme. La muerte de Soledad me vació de toda energía, de toda capacidad de amar. De toda fe en el prójimo. ¡Ha muerto un ángel! ¡Ustedes mataron a un ángel!"

En Buenos Aires la prensa se enorgullecía púdicamente del destino de María Soledad Rosas. Resultaba, finalmente, una de las figuras favoritas de los argentinos: la compatriota que triunfó en el exterior. Aunque el triunfo, en este caso, sólo pudiera medirse en centimetraje de papel de diario y se pareciera tanto a una derrota. Pero el hecho de que fuera una argentina siguió actuando y, de pronto, los squatters italianos pasaron a ser un tema importante para los medios de la patria. La leyenda menor de la "Pequeña Pasionaria" se abrió pasó a cientos de miles de ejemplares. Con un

componente unánime: Soledad se había hecho anarquista por amor.

Era más fácil: para la prensa de un país que renegaba de la política, el corazón parecía una razón más tolerable, más comprensible que la razón. No importó que Soledad hubiera empezado a vivir y militar con los anarquistas meses antes de conocer a Edoardo; era sólo un detalle de la realidad que no tenía por qué empañar una buena historia.

"El acoso de la prensa en esos días fue terrible", dirá Marta Rosas. "Me aterraba leer las barbaridades que escribían en los diarios. ¿Cómo se puede tener tan mala información? La llamaban la Pasionaria argentina: me pareció una cosa tan ridícula. Después hablaban de 'una familia pudiente'. Luis había estado un año y medio sin trabajar, no teníamos un peso partido por la mitad. Decían 'De un colegio de monjas a las calles de Torino'. ¿Cuándo mis hijas fueron a un colegio de monjas? En la vida, jamás. Tantas barbaridades, tantas burradas. Y teníamos que salir de casa a escondidas, por el acoso de los periodistas, no sabíamos cómo hacer. Imaginate, en un momento como ése".

—Mi hija fue a terminar al lugar equivocado entre gente malvada y egoísta que funciona como una secta.

Dijo a esa prensa Luis Rosas el martes 14. Sus declaraciones se publicaron en Italia; los compañeros de Soledad las leyeron con tristeza y bronca. Al día siguiente, Luis Rosas repensó sus palabras:
—¿Usted sigue creyendo que la asesinaron?

Le preguntó Rodolfo González Arzac, periodista del efímero *Perfil*.

—No, ya no. Para empezar, nunca creí que lo hubiera hecho la policía o los servicios italianos. Pero pensé que lo podían haber

hecho sus propios compañeros para generar un escándalo similar al que produjeron cuando se ahorcó Edoardo Massari. Esto ya lo descarté. Los squatters son como los desaparecidos: tipos que luchan por la democracia mientras tipos como yo miran para otro lado y comen todos los días.

—A mí no me importa cómo ni por qué se mató.

Dijo, ese mismo día, Marta Rosas.

—Sí quiero que me expliquen por qué la privaron de la libertad durante cuatro meses en los que sufrió tanto. Pero lo único que sé es que la que se fue a Italia era mi hija y lo que vuelve es una caja de cenizas que ni siquiera puedo saber si son de ella.

"Yo decidí que la cremaran", dirá, años después, Marta Rosas, su madre. "Yo sólo habría dejado el cuerpo de Sole si hubiese habido lugar en el cementerio donde estaba enterrado Edoardo. Le pregunté a Luca si había alguna posibilidad de enterrarla a Sole en ese lugar. Averiguó y me dijo que no, porque los padres se lo habían llevado al pueblito de donde eran ellos y no se podía llevarla allá. No quería que Sole fuera una tumba donde a lo mejor van los turistas sin saber quién carajo era mi hija, nada más que a verla como 'oh, mirá, ésta era la Sole que se suicidó, que se murió por amor o que se mató no sé por qué'. Si yo traía el cuerpo de Sole era una cosa tremenda y también iba a ser una manera de darle de comer a gente que lo único que le importaba era sacar una nota; imaginate, algo tan íntimo y tan tremendo para nosotros y tener que compartirlo con gente que no nos importaba".

"Yo decidí que la cremaran", dirá, años después, Gabriela Rosas, su hermana. "Para traer el cuerpo tenía que viajar alguien.

Pruzzo, el abogado, se había ofrecido a viajar. Pero había que hacer una serie de papeles, estaba todo el periodismo encima nuestro. Era todo horrible. Si la cremábamos, venía como una encomienda. Fácil, como el correo. Podíamos mandar a una persona cualquiera a buscar las cenizas al aeropuerto. Yo no estaba en condiciones de hacer nada, acababa de tener a Valentina, que tenía diez días cuando Sole murió. Yo estaba medio loca. Me estaban pasando cosas tan fuertes y tan contradictorias. No sabía si estar contenta o estar triste, no sabía cómo estar. No es que no sabía, no podía estar. Era como si no pudiera sentir ni felicidad ni tristeza. Por eso no quise complicar más las cosas y le dije a Luca que la cremara y que la mandara en avión. Aparte estaba enojada, estaba súper enojada".

—¿Fue como una manera de decir "que no me rompan más las bolas"?

—Sí, así nomás. Estaba reenojada. Primero fue el shock. Pero después fue un enojo. Mirá que Soledad hizo cagadas, pero en vida nunca me había hecho enojar tanto. Estaba tan caliente, tan mal —mi vieja y mi viejo bloqueados— que cuando tuve que tomar la decisión dije 'Crémenla y sáquenla en encomienda. Y a la mierda y basta'. Eso fue lo primero: todo el sacrificio que hice, todo el viaje, el dolor que me comí para que al final terminara de esta manera. ¡Era una bronca! Después hice dos años de terapia, obviamente. Ya la perdoné y me cago de risa y tengo los mejores recuerdos. Pero ese primer año fue terrible".

"El padre me contó que la van a cremar. Porque no quieren que la usen más", dijo en esos días Josefina Magnasco, su amiga del colegio.

Ese mediodía un centenar de anarquistas saludaba un cajón de madera muy clara. Los periodistas esperaban a la entrada del Cementerio Monumental de Turín, escoltados por la policía. Había cantidad de policías. Adentro, los compañeros de Soledad llevaron a hombros el cajón hasta el horno funerario; lo cubrían una bandera negra y flores rojas. Frente al fuego, cada uno fue despidiéndose con una caricia en la madera. Después vino el silencio. Fueron cuarenta minutos de un silencio atronador; alguien diría que era un rito oriental. Que terminó en un aplauso y el cajón cayendo entre las llamas: crecida de las llamas. Más tarde, Luca Bruno recibiría una caja de acero inoxidable con cenizas.

A la salida hubo puteadas sin mayor consecuencia: a los periodistas, a la policía. La noche anterior las casas ocupadas anarquistas habían difundido un comunicado: "Turín verdugo. La pesadilla continúa. La investigación sobre los presuntos ecoterroristas ha provocado otra muerte. La responsabilidad de la muerte de Sole debe ser atribuida a los jueces Laudi y Tatangelo, que la encarcelaron el 5 de marzo junto con Edo y Silvano, metiéndola en una historia muy sucia; a los periodistas que montaron una campaña de prensa difamatoria que todos conocen; a los políticos, en primer lugar los progresistas, que siguen hablando de la diferencia entre los squatters que hacen cultura y los squatters terroristas que rompen vidrieras; a los filósofos y sociólogos que todavía, sin vergüenza, parlotean sobre malestar juvenil y búsqueda del diálogo (...) Nosotros no nos vamos de vacaciones, e invitamos a todos los amigos amantes de la acción directa a venir a Turín este verano donde hay un Sol(e) que quema. ¡Ningún diálogo con los asesinos!".

Turín sudaba miedo. Aquella mañana, poco antes de las siete y

media, una llamada anónima había avisado a la policía que encontrarían una bomba en el corso Principe Oddone, bajo las vías del tren Turín-Milán. Los servicios ferroviarios estuvieron dos horas suspendidos, miles de personas llegaron tarde a sus trabajos, el tránsito fue un caos. Cuando los artificieros se decidieron a agarrarla, la bomba resultó una lata de café con un reloj despertador. A su lado había un volante escrito con letras recortadas de los diarios: 'Esto es un pequeñísimo ensayo de lo que podría suceder. Lobos Grises'. La organización que nadie nunca conoció estaba dando sus últimas bocanadas.

Al día siguiente, en el colegio Río de la Plata, Buenos Aires, el padre Almada, que había bautizado a Soledad, ofició misa por el eterno descanso de su alma frente a su familia y a sus ex compañeras.

"Ahora estoy un poco más tranquilo", escribió en esos días Silvano Pelissero. "Pero las noches son terribles. El recuerdo de Sole me corroe. Era la mujer más linda, rica, simple y generosa que nunca he conocido y que nunca conoceré. Una verdadera guerrillera-campesina. Arraigada en la tierra y en la naturaleza. Será difícil aceptar su muerte. Ella, como Edo, están muertos, no volverán más. Están lejos y por eso son felices y despreocupados y es probable que nos olviden. En el fondo los entiendo".

—Su hija ya está en Edcadassa. Usted vaya a ver al señor Peter, de Alitalia, que la va a estar esperando Edcadassa —Empresa de Cargas Aéreas del Atlántico Sud Sociedad Anónima— es la empresa que recibe las encomiendas internacionales en el aeropuerto de Ezeiza y, en esos días, estaba en situación confusa:

su dueño, Alfredo Yabrán, se había suicidado dos meses antes —o, al menos, eso parecía. Esa mañana Marta Rosas se apuró a llamar a su marido; horas y trámites después les entregaron la caja de acero inoxidable: "Nos dieron una caja de mierda con una placa de bronce con la fecha de nacimiento y con la fecha de la muerte; eso es lo que nos dieron", dirá Marta Rosas.

Esa tarde, en su quinta de Villa Rosa, la madre de Soledad enterró unas cenizas en el cantero donde crecían las flores favoritas de su hija. "Y me guardé otro poco en un frasquito de mermelada inglesa, que lo tengo en el cajón mío de mi cómoda, donde está mi ropa interior. Al día siguiente nos fuimos todos juntos para Mar del Plata".

—La idea de arrojarlas al mar es de Gabriela y estamos todos de acuerdo, porque es lo que María Soledad hubiese querido.

Le dijo entonces Luis Rosas a González Arzac, y le explicó por qué: —Ella era una enamorada de la naturaleza y ésta es la manera de que vuelva a ella. Amaba tanto a los animales que si íbamos en auto y veía a un chico cazando pájaros con una onda me hacía parar para decirle que no lo hiciera. Yo no quiero visitarla en la Chacarita. Quiero recordarla como la última vez que la vi: subiendo al avión para irse.

"Mi prima vive en Mar del Plata y mi vieja la adora", dirá Gabriela Rosas. "Cuando pensamos dónde íbamos a tirar las cenizas yo por un lado sentía que ella no quería volver. O sea: para qué mierda la trajimos si Soledad nunca quiso volver. Entonces dije 'la tiramos en el mar así va adonde quiera'. Simbólicamente iba a estar en el mismo mar en el que hubiera estado, el agua se junta en algún punto. Y queríamos salir de Buenos Aires porque nos estaban volviendo locos. Agarramos dos bolsitos, Valentina, el

auto y nos fuimos. Llegamos a la casa de mi prima, tomamos un café con ellos. Mi papá se quedó, no fue a la playa. Era invierno, así que no había un alma. Fuimos a un muelle medio abandonado, muy largo, que está justo en la playita de los surfistas. Son las playas del norte, para el lado de Camet".

—¿Hicieron alguna ceremonia?

—No, estábamos todos muy mal y no había una persona cuerda entre nosotros que pudiera decir algo. Nadie dijo nada. Mamá estaba muy mal. Lo único que dijo cuando tiraba las cenizas fue 'no puedo creer que mi hija se haya convertido en esto, que sea esto ahora'. Tiraba las cenizas y decía eso. Era una montañita, muy poquito, nada, es un soplido y ella decía eso: 'no puedo creer que mi hija se haya convertido en esto, que sea esto ahora'. Eso fue todo.

UN EPÍLOGO

El año pasado Marta Rosas me recibió varias veces en el pequeño departamento de Caballíto donde vivió su hija Gabriela, donde ella, Gabriela y Silvia Gramático convencieron a Soledad de irse a Europa, donde sus hijas tuvieron sus primeros o segundos amores, donde pasaron tantas cosas que nunca sabré. Tomábamos mate con facturas y hablábamos —ella hablaba— de historias dolorosas. Una de esas tardes —tarde a la tarde, casi noche— Marta Rosas me dijo que seguía sin creer en la tesis del suicidio, que ella pensaba que alguien había matado a su hija Soledad.

—¿Quién, por qué?

—O porque era un estorbo para alguien, podría ser la justicia, la policía o no sé qué... O por la relación con Enrico, andá a saber. A mí me cuesta mucho. De toda la gente que hablo, nadie cree que Sole se haya suicidado: amigos, conocidos y hasta profesionales. Están convencidos de que la han matado. Y para mí aceptar que sole se suicidó es aceptar que no la conocía.

"Para mí aceptar que Sole se suicidó es aceptar que no la conocía", me dijo su madre.

Aquella frase también era un mandato. Yo, que no la conocía, imaginé más de una vez en estos meses que sus padres y hermana, cuando aceptaron mi propuesta de escribir una historia de Soledad, me designaron su enviado: me mandaron para que les contara quién había sido su hija. Y yo, que no la conocía, pensé que me correspondía intentarlo. Muchas veces, a lo largo de estos meses, me pregunté por qué. Nunca di con una respuesta definitiva. Pensé a menudo en el anacronismo.

La muerte convirtió estos hechos casi nimios en una historia trágica. Y lo anacrónico es una muerte —elegida o no— que tuvo como causa causas viejas: el amor, la militancia. Ya nadie muere de amor o de política o, mejor: ya nadie decide morir de amor o de política. Supongo —todavía supongo— que fue esa diferencia la que me llevó a revolver tanto recuerdo polvoriento, tanto archivo, tanta herida cerrando. Y a apropiarme de ellos: a hacerlos mis recuerdos, mis heridas.

Seguramente nunca sabremos si María Soledad Rosas se mató. Habrá, después, muchas discusiones, pero casi todos creerán que sí lo hizo. Y los que no lo crean no podrán aportar datos precisos, pruebas convincentes, más allá de la sospecha o de la incomprensión.

Yo suelo creer en su suicidio: sin certeza, con la duda planeando, me parece la historia más probable. Silente, silenciado, el suicidio es una de las principales causas de muerte del mundo contemporáneo, y va creciendo: en los últimos cincuenta años las tasas de suicidio aumentaron un sesenta por ciento —aunque habría que considerar que ahora se registran muchos suicidios que antes se disimulaban por tabúes religiosos y sociales. La

Organización Mundial de la Salud calcula que cada año se mata un millón de personas: 2700 por día, dos cada minuto. Si usted, lector, abandona estas líneas y mira el segundero de su reloj durante sesenta segundos y se sustrae al tedio, habrá escuchado el ruido sordo de dos suicidios en vaya a saber qué territorio. El suicidio, pese al estupor que provoca cada vez, es un enigma muy frecuente.

El suicidio es conservador: el suicida supone que el presente dura y permanece, que su desesperación presente va a seguir siendo así por tanto tiempo que ya no le queda nada que esperar. Y es, al mismo tiempo, un canto a la vida: el suicida es un optimista, alguien que admira demasiado la vida como para aceptar que pueda ser sólo eso que le está tocando. No hay nadie, suelo suponer, más optimista —en cuanto a las posibilidades de la vida— que un anarquista, alguien que cree que el hombre puede ser lo suficientemente inteligente y bueno como para no necesitar que lo gobiernen.

Albert Camus dijo que "no hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio". Y así fue desde casi siempre, pero ninguna escuela le dio tanta importancia como los estoicos. Para Séneca y los suyos, el hombre no podría resistir el vacío de la vida si no tuviera la libertad de suicidarse. Esa posibilidad de liberación de esta vida lo ayuda a llegar al día siguiente: si no se mata es porque lo sostiene la convicción de que puede hacerlo cuando quiera. "El pensamiento del suicidio es un consuelo poderoso. Ayuda a pasar bien más de una mala noche", escribió Friederich Nietzsche. Muchos siglos antes le habían preguntado a Agis, rey de Esparta, cómo podía un hombre vivir libre: "Despreciando la muerte", contestó. Hay, en la partida de Edoardo

Massari, ecos de esa vieja sentencia —si la mejor forma de despreciar la muerte es internarse en ella, no temerla.

En esa lectura el suicidio sería el último refugio de la libertad: la posibilidad de elegir cuando ya no se puede elegir casi nada. Ese suicidio fue el de muchos que lo eligieron como acto político: Jesús necesitó su propia muerte para coronar su prédica, Sócrates y Séneca para no desmentirla. Y tantos otros hicieron de su suicidio un gesto activo contra sus enemigos: aquella tarde yo estaba en Turín, llegando a la oficina del abogado Novaro, cuando me enteré de que unos musulmanes se habían matado derrumbando las torres de Manhattan, por ejemplo. Un suicidio distinto, ofensivo: uno que arrastra muertes de quienes no eligieron. Uno que cierra las puertas que otros, supuestamente, abren.

Pero no sólo en esos casos el suicidio es político: no hay mayor rechazo a este mundo, a una forma de vida, que matarse. Es una negación completa, no una forma de entablar una negociación, de iniciar un diálogo; es, más bien, la forma de cerrar todo diálogo: de negarse a contestar cualquier pregunta. Sobre todo cuando el suicida no deja escritos que lo justifiquen.

Sólo un tercio de los suicidas del mundo deja notas: la conducta más común es no dejarlas. Pero Soledad sabía —era evidente— que su muerte sería un hecho público: si es legítimo interpretar su decisión en un estado extremo, se podría pensar que no escribir aquella nota —o escribir una para que la quemaran — fue cagarse en el mundo de lo público, en las lecturas políticas de su acción.

Al no escribirla, Soledad desactivó su muerte como gesto político: podría haberla convertido en una declaración y no lo hizo.

Si así fue, el amor —el dolor del amor ya perdido— se impone como la causa más probable: "Amor se fue. Cuando llegó *de todo hizo placer.* cuando se fue, / nada dejó que no doliera", escribió Macedonio.

El suicidio es esto mismo y lo de más allá, el azul y el marrón, un perro y su contrario. El suicidio crea, sobre todo, un espacio para suposiciones: es la pregunta final, la que va a quedar para siempre sin respuesta, con exceso de respuestas posibles. Esa pregunta nos dejó Soledad. Todo esto, por supuesto, si es cierto que eligió su muerte.

Gabriel se derrumbó cuando se enteró de la noticia:

—Mamá, Soledad se mató. Yo la estaba esperando

Dijo Gabriel Zoppi y empezó a llorar: lloraba sin consuelo. Era el lunes 13 de julio, departamento de sus padres, Barrio Norte.

—Ya lo sé, hijo, ya sabía, pero no me animaba a decírtelo.

Le dijo su madre y él lloraba: veintinueve años, una hija de ocho, una vida confusa. "Yo sé que el desencadenante fue eso: no lo soportó", dirá Marta Zoppi, la madre de Gabriel. "Después hablando con su amigo Martín, que venía a casa a consolarme, me reconoció que antes de que Soledad se fuera a Italia estuvieron un mes juntos. No sé si viviendo juntos en el departamento porque yo no iba y además él no era tan comunicativo para decirme, pero sí que se veían. Se habían prometido que ella iba a volver y que iban a empezar de nuevo y que ella lo iba a ayudar pero que él también tenía que poner su parte".

Gabriel Zoppi se desmoronó. Quizás haya sido el dolor, quizás los celos, seguramente una mezcla de ambos: él la amaba todavía, creía que la amaba, la esperaba, ella le había prometido que

volvería y ahora se mataba —decían los diarios— por el amor de otro. Soledad se había matado como su hombre Italiano: por el amor de él, decían los diarios; para darle sentido, no decían. Al matarse como él —si se mató—, justificaba la muerte de su hombre. Al matarse como él, de la misma manera, hacía de es a muerte un camino, la volvía una vía. La sancionaba como un rito repetible, como una iniciación. La transformaba en algo que los unía, algo que él había hecho y que ella hacía a su vez. La calle sin salida se volvía una puerta. Frente al peligro de la fidelidad amenazada, era acabar con toda tentación: el acto de lealtad definitivo. No habría nunca otro igual, no habría ninguno: un amor para siempre —que no es poco.

Gabriel Zoppi quedaba afuera: irreparablemente afuera. Martín, su mejor amigo, se preocupó y le propuso un viaje: para olvidarla, para olvidarse, se fue unos días a Brasil. Pero a su vuelta todo seguía igual.

El 4 de agosto su padre pasó por el departamento de su hijo: un ambiente en Gutiérrez entre Austria y Láprida, detrás del Hospital Rivadavia. Raúl Zoppi se preocupó; Gabriel había tomado mucha cerveza y le mostró el altarcito que adoraba: fotos de soledad, dos o tres velas, un par de objetos que no identificó. Para cambiar el clima intentó chistes: —Che, Gaby, que no era ninguna santa...

No funcionó. "El día antes vino con su amigo; yo pienso que a veces las madres tenemos como un sexto sentido porque yo lo acompañé hasta abajo, cosa que jamás hacía", dirá Marta Zoppi, su madre. "Abrimos la puerta, caminamos hasta mitad de cuadra y después me los quedé mirando a los dos hasta que cruzaron Bustamante. Me los quedé mirando, no sé. Eso fue el 5 de agosto,

ya estaba oscureciendo".

Al día siguiente, poco antes de las cinco de la tarde, Gabriel Zoppi se sentó en su colchón, puso la foto de Soledad del diario *Perfil* sobre sus rodillas, se tomó un trago de cerveza, agarró su pistola 22 y se voló los sesos. No dejó ninguna carta, pero sus padres están seguros de que murió de amor.

"Sí, sabemos que se mató por eso, no tenemos dudas", dirá su padre, Raúl Zoppi. "Los policías de Reconstrucción del Hecho dijeron que tenía diecisiete balas sin gatillar. Algunas estaban picadas. Yo no quise preguntar nada. Él tenía dos colchones y los sacaron ellos. Lo que me llamó la atención es que no había sangre. Después me explicaron que era porque la bala de 22 penetra y enseguida cierra. Tenía solamente una manchita así, chiquita, una mancha chiquita".

La agitación por la muerte de Soledad duró unas semanas más. En Buenos Aires y en Barcelona grupos de anarquistas hicieron manifestaciones y pintadas frente a las representaciones italianas. En Londres piquetearon la Oficina de Turismo; en Atenas quemaron dos coches diplomáticos italianos y otros diez en dos concesionarias Fiat.

En Novara, frente a la cárcel, unos quinientos manifestaron por la libertad de Silvano Pelissero y contra las muertes de Edoardo y Soledad; ese mismo día hubo incidentes en Milán. En Viterbo alguien pintó los pórticos de dos iglesias románicas con consignas anarquistas y comunistas: los squatters negaron cualquier participación. También hubo marchas y pintadas en Bologna, Turín y Bussoleno, en el valle de Susa.

El 3 de agosto el fiscal Maurizio Laudi y el periodista Daniele

Genco recibieron por correo dos cartas-bomba que no explotaron. Al día siguiente el consejero verde Pasquale Cavaliere recibió otra; en los días siguientes otros dos políticos de izquierda tuvieron la suya. Las cartas habían sido enviadas desde el aeropuerto de Roma, y la prensa les dedicó páginas y páginas. La elección de los blancos —el hecho de igualar con el mismo ataque a personas tan distintas como el fiscal y el periodista denunciadores, por un lado, y el político amigable, por otro — produjo confusión dentro y fuera del movimiento anarquista.

Las cartas venían firmadas "Lobos Grises"; los medios las atribuyeron a los squatters y los partidos de derecha las usaron para pedir el desalojo de todas las casas ocupadas. Para muchos anarcos eran una provocación y una manera de acreditar las acusaciones de Laudi. Salvo la casa más antigua, El Paso, todas las demás ocupaciones turinesas publicaron un comunicado distanciándose de las bombas: "Ni chiflidos ni aplausos: fuera del espectáculo", decían, y denunciaban el nuevo acto de demonización de los squatters: "Un espectáculo construido a medida de nuestra piel, un espectáculo crudo que requiere sacrificios humanos: desalojos, perquisiciones, arrestos. Dos muertos suicidados en una investigación que hace agua cancelados por el espectáculo de las bombas. Un juez desacreditado que recupera su virginidad en pocas horas. Políticos que gozan de una inesperada publicidad. Carabineros y servicios secretos encantados: por fin se trabaja. Pero sobre todo nosotros que pasamos mediáticamente de vándalos rompevidrieras a terroristas bombarderos... Estamos dispuestos a defender los lugares donde vivimos, a sustraerlos a la degradación de Estado, un Estado que quiere suprimirlos porque practicamos la

autogestión, germen de la cancelación de toda forma de autoritarismo y organización jerárquica. A los que nos muestran como terroristas y clandestinos les decimos que responderemos abiertamente a toda forma de violencia con la acción directa, pública y colectiva, como siempre lo hicimos".

Pero el episodio de las cartas-bomba dejó, en el movimiento squatter, diferencias y cicatrices que no han cerrado todavía.

"Cuando viniste a casa, Luis te dijo que a nuestra hija la habían matado", dirá Marta Rosas. "Gabriela te dijo que se había suicidado. Yo todavía estoy pensando".

Marta Rosas es católica practicante; el punto débil de toda religión es la explicación del mal, del sufrimiento. Yo le pregunté, una de esas tardes, si no se preguntaba cómo podía ser que Dios hiciera cosas como ésas.

—Dios no tiene nada que ver la muerte de Sole. Esas cosas las hacen los hombres.

Me dijo Marta, casi ofendida.

"Yo no creo que Dios tenga la culpa. Si Dios fue quien lo dispuso, estoy convencida de que fue porque iba a poder protegerla allá arriba mejor que donde estaba", seguirá. "Lo que yo le cuestiono a Dios fue por qué pasó por tanto dolor antes de morir. Eso sí se lo pregunto. Hay muchas preguntas que no tengo respuesta. Para ésta tampoco. No tengo respuesta para, qué se yo, para... Una mamá no necesita verle la cara a su hijo para saber si está bien o mal, con escucharle la voz por teléfono le alcanza. Cuando yo hablé con ella la última vez estaba bien, nada me hizo sospechar que iba a haber un desenlace de este tipo. Por eso yo no creo que se haya suicidado. Ahora que estoy haciendo terapia,

yo estuve muy mal el año pasado, pero realmente... pensando en matarme, estaba muy mal, muy muy mal. Y bueno, ahora con la terapia es como que no tengo que preguntarme tanto cosas que sé que nadie me las va a poder responder".

Me dijo Marta. Gabriela Rosas, otro día, me dijo que su madre nunca aceptó que Soledad hubiera muerto: "Mi mamá no lo aceptó nunca, ni lo va a aceptar", dijo Gabriela. "Mi mamá tiene la fantasía de que Soledad está viva, que está escondida, que se escapó. La fantasía de que un día va a aparecer. Yo hoy me arrepiento tanto, tanto de haberla cremado. Sé que si hubiera viajado y hubiera traído el cadáver y lo hubiéramos visto, si hubiéramos hecho el luto que se supone que teníamos que hacer, todo habría sido mucho más sencillo. Pero todo estaba tan lleno de dudas, de incertidumbres".

—Quizás ustedes eligieron la incertidumbre frente a lo horrible de la certeza.

—Depende, mi madre no sé. Pero yo necesitaba la certeza, necesitaba verla muerta.

Argentino es el hurto de los cuerpos.

Gabriela Rosas está convencida de que su hermana se mató. Siempre pensó, además, que Soledad esperó que naciera Valentina y que, una vez que estuvo segura de que hermana y sobrina estaban bien, actuó. "Creo que cuando nos escuchó a todos bien y felices y supo que Valentina era un sol, que estaba sana y que estaba todo bien y que yo estaba bien, creo que ahí decidió morirse en paz", dijo Gabriela. "Siempre tuve esa fantasía, que ella venía pensándolo desde hacía rato y que esperó que todo estuviera bien de este lado para hacer lo que tuviera que hacer".

Cuando su hermana murió Gabriela estaba sumergida en la maternidad. Durante varios meses no quiso volver a pensar en esa muerte: "La cremé, la llevé a Mar del Plata, desparramé las cenizas y no quise saber más nada. Tenía mucha bronca. Ahora entiendo la sensación de Sole por la muerte de Edo, porque fue lo primero que yo sentí cuando Soledad murió. Estaba muy enojada con ella por no haber conocido a mi hija. Sobre todo cuando es una muerte voluntaria te enojás mal; el dolor viene después. Primero es una bronca de cómo te dejan así, que les importás un carajo".

Sería más fácil, es obvio, pensar que la mataron. Frente a la sospecha del sucidio, el asesinato es un alivio muy deseado. Pero Gabriela no lo cree: "¿Quién puede haberla matado? Los chicos que yo conocí que iban a la casa y que la visitaban, no. Esa gente no. Y no creo que la Policía, no creo que el Estado, no creo que nadie de ellos la haya mandado matar. No les convenía: la habrían victimizado más todavía. Si lo que quería el Estado era sacársela de encima y alejarla lo más posible de Turín, para qué mierda la iban a matar. ¿Para hacer más quilombo?".

Gabriela está convencida de que su hermana se mató. A veces piensa que quizás fue el efecto de un momento de depresión terrible o, más a menudo, que fue el producto de una decisión muy madurada: "Realmente, no sé qué mierda pensó. Jamás podría decirte 'creo que pensó tal cosa, que se le cruzó tal otra'. No lo sé, no lo entiendo ni lo voy a entender nunca. No entiendo las razones. En dos meses salía, tenía la posibilidad de volver acá con nosotros... Pero no sé qué pasaba dentro de su cabeza", dijo Gabriela. "Lo que sí sé es que ahora vas a tener tres mil campanas distintas porque yo sí creo que se suicidó y a mi mamá y mi papá nunca los vas a escuchar decir eso. Sin embargo, nunca fueron a

ver qué pasó. Por un lado hay mucho deseo de que no haya sido así, pero, por otro lado, por algo ellos nunca fueron y nunca investigaron. Yo si estoy convencida de que a mi hija la mató alguien voy, busco, no paro hasta saber qué pasó. Y ellos no fueron a ninguna parte".

"A veces pienso que mi viejo esperó que yo me casara para matarse", dirá Luis Rosas, su padre, un año más tarde, "y Soledad esperó que naciera su sobrina para matarse... Por ahí hay algo de todo eso".

—Pero entonces vos ahí estás aceptando que Soledad se suicidó, que es lo que yo no acepto.

Le interpuso su mujer, Marta Rey de Rosas.

—Yo no sé qué pasó, si se suicidó o la indujeron al suicidio o se mató cansada de todo, yo no lo tengo en claro. Yo tengo claro que a ella la abandonaron en ese lugar, sola, con ese tipo enfermo que después también se suicidó... Es toda una cosa muy rara, si todos se mataron, si los mataron, yo no sé. Yo si supiera todo esto sería el barbudo que está en el cielo mirando. Yo durante mucho tiempo insistí en que la habían matado, por todo el contexto en que se dio. Pero no sé, ahora no sé. La que me ha hecho dudar es Gabriela, que dice que se mató. Yo seré el papá, pero la persona que más conocía a Soledad es su hermana. Me han quedado dudas. Yo al principio estaba convencido de que la habían matado. Entre otras cosas porque yo creo que todos los chicos de esa edad que mueren hoy en una cárcel en Buenos Aires es porque los hacen boleta, no porque se matan: porque se les fue la mano con la golpiza y bueno, qué hacemos con este cadáver; y bueno, colgalo, macho. No sé, honestamente yo no sé. Lo que yo puedo

estar tranquilo, que me costó bastante tiempo razonarlo, es que yo no tengo culpas. Por ahí su madre tiene culpa, su hermana tiene culpa, pero yo no. Creo que hice lo mejor posible... Lo que yo hice por ella quizás ella no me lo reconoció en vida, o un poco en alguna cartita, pero yo sé que hice todo lo posible. Yo digo lo que tengo que decir, y decirlo ya para mí es una tranquilidad, porque no quiero que me quede la duda, por qué no se lo habré dicho. Entonces yo lo digo y si te duele jodete, pero yo te lo dije. Yo siempre digo lo que pienso. Pero ella nunca aceptaba un consejo, tenía que vivir sus propias experiencias. Es eso que decía Bonavena, que la experiencia es un peine que te dan cuando estás pelado: Soledad era así. Todo lo que vos podías volcarle por experiencia personal no le servía: ella se tenía que quemar sola.

Me costó mucho dar con Ibrahim. De hecho, ya estaba por irme de Turín sin poder verlo. Le había hecho llegar varios mensajes, él me mandaba decir que ya vería, que sí, que seguramente, pero no aparecía. Hasta que conseguí la dirección de su casa y fui a tocarle el timbre. Ibrahim dejó el Asilo hace más de tres años y ahora vive con su mujer italiana —que también era okupa— y su hijita en un departamento cerca del Balon. Cuando me vio hizo un gesto como de defenderse o pedirme que no; yo le insistí. Al final me dijo que bueno, que me lo contaría, pero que yo no sabía lo que le costaba volver a hablar de todo eso. A muchos de ellos les cuesta horrores —horrores— volver a hablar de todo eso.

—A mí me daba tanta culpa. Tantas veces pensé que si nosotros no hubiéramos ido aquella noche ella no se habría matado, no habría estado contenta de pasar una linda noche con

amigos y no lo habría hecho...

—¿O sea que vos no tenés dudas de que se suicidó?

—No, y lo hizo de la misma forma que Baleno: ella quería hacerlo así, igual, la misma manera, el mismo período lunar. Ella lo eligió, no es algo que le sobrevino así, de golpe. Fue algo muy estudiado por ella. Si hubiera querido vivir habría vivido bien, realmente bien. Alguien que tiene la fuerza de suicidarse tiene mucha fuerza para vivir, el suicidio es algo que requiere tanta fuerza. Matarse así significa que uno realmente lo quiere, que tiene mucha fuerza, mucha voluntad. No todos pueden hacer algo así. La forma en que se mató requiere tanta fuerza de voluntad. No es el suicidio clásico, rápido. Tanto tiempo: parece que se necesita por lo menos un cuarto de hora para morir...

Ibrahim lloraba, la voz entrecortada. Yo no sabía qué decir: la culpa, ahora, era toda mía. Lo estaba bombardeando con fantasmas: —¿Y por qué creés que no quería vivir?

—Porque ya no estaba su guía espiritual, Baleno. Baleno era todo para ella. Andá a entender, quizás ella también sentía culpa por lo que había pasado, por la muerte de él. Pero Sole nunca hablaba de lo que había pasado entre ellos, eran cosas íntimas, sólo para ella.

Luca Bruno, su marido por ley, también cree que Soledad pensó su suicidio durante muchos días, que lo fue madurando poco a poco. "Puede ser que haya esperado", dijo Luca. "Que haya sido lo suficientemente lúcida como para esperar. Lucidez no le faltaba, para un proyecto como ése. Por lo que yo la conocía puedo decir que sí, que puede perfectamente haberlo hecho". Aunque a veces piensa lo contrario: Soledad había pedido que la autorizaran a salir a trabajar, recuerda, y si uno está planeando su

muerte no pierde el tiempo en esas cosas.

"La muerte de Soledad está tan fuertemente ligada a la de Edo, porque ella se había ligado a él de una forma tan íntima, tan espiritual, tan profunda, que cuando él murió de la manera en que murió, ella probablemente eligió este destino", dijo Stefano, su amigo del Asilo, que también paga culpas. "Yo con Sole tengo cierta sensación de culpa: cuando me enteré de que se había suicidado, me dije 'carajo, yo que era tan amigo suyo fui dos o tres veces en cuatro meses'. Quizás si hubiera estado en un lugar menos alejado, menos sola, no tomaba una determinación tan extrema. Aunque vaya a saber, en esos casos...".

Silvia Gramático, su compañera de viaje, tampoco estaba segura, pero al final sí: "Yo quería saber si se había suicidado o la habían matado. Pero quería estar segura: les pregunté a los amigos, sé que murió con ellos y yo les creo. Para mí se suicidó. Yo creo que se mató porque no pudo más. No sabía cómo construir lo que estaba transitando, no daba más. Era un lugar muy fuerte, tenía que bancarse consecuencias que no eran fáciles".

—Las últimas veces que la vi me parecía muy entusiasta, muy decidida.

Me dijo, en el Asilo, Mario Skizzo, decano de los okupas de Turín.

—¿Entonces te sorprendió su muerte?

—No, justamente. Son las personas decididas las que pueden decidir que se van así. Para Baleno no se puede estar seguro de qué pasó, porque murió colgado en una celda de la cárcel; para Sole e s difícil pensar que llegó el agente secreto y la mató.

—¿Y por qué creés que se puede haber matado?

—No lo sé. Porque era una mujer valiente, digna, muy dueña

de sí misma, y frente a una situación que la disgustaba, con la energía de los jóvenes, decidió terminarla. Puede ser que estuviera deprimida, mal, pero lo controlaba muy bien, se la veía entera, y sus comportamientos eran lúcidos: por ejemplo, frente a la propuesta de descargar la culpa en los otros e irse tranquilamente a la Argentina se negó por completo. Yo respeto mucho esa conducta.

—Y de repente te das cuenta de que Soledad se inmortalizó como una adolescente

Dirá su prima Cecilia Pazo: "Yo no puedo tener otra imagen de Sole más que la última y se inmortalizó así, la piba rebelde. No sé si eso fue lo que buscó, pero consiguió que todo el mundo la nombrara, la Sole, la Sole y la Sole. Un lugar de importancia y de privilegio que nunca tuvo en la vida. Logró llamar la atención, que era lo que siempre trataba de hacer".

El abogado Claudio Novaro, en cambio, supone que la obligación de mantener una conducta le puede haber pesado demasiado: "Temo que ella haya sido fuertemente condicionada por la importancia que tuvo su historia en los diarios, en la opinión pública, el hecho de que fueron presentados como enemigos públicos por toda la prensa. Les construyeron una imagen, una identidad que no era la suya, tanto sus enemigos como sus compañeros, y eso los condicionó. Soledad, por ejemplo, empezó a tener unos discursos muy duros, muy combativos contra la sociedad. Estoy convencido de que no es lo mismo que habría dicho un poco antes: porque la cárcel es dura, pero también porque para el Estado ellos eran los enemigos y para sus compañeros, un símbolo que levantar".

Y los símbolos, no me dijo, suelen ser tan pesados.

Nadie quería volver a la casa de Bene Vaggena. Hacía tiempo que el movimiento okupa de Turín había perdido todo contacto con ese lugar. Probablemente desde el 23 de octubre de aquel año. Esa tarde Enrico De Simone estacionó su auto al costado de un camino abandonado y escribió sobre un papel pocas palabras: "Adiós a todos. Perdónenme, pero ya no puedo seguir así". Así era, quizás enfermo —aunque su sida no avanzaba—, o tan injuriado: tras la muerte de Soledad los diarios y muchos militantes la habían emprendido contra Enrico y su casa.

Enrico De Simone tenía treinta y nueve años, un hijo de cuatro, una novia que todos dicen bella; esa tarde conectó un tubo de plástico desde la salida del caño de escape hasta el interior del coche, se tomó unas pastillas y se durmió con el motor prendido. Lo encontraron varias horas después, cuando ya no servía.

Por eso, entre otras cosas, nadie quería acompañarme a la casa de Bene Vaggena. Pipero, un viejo ocupante del Asilo, finalmente aceptó. Pipero tiene cara de meridional y un buen humor que puede parecer sueño o recelo; aire de buena gente. En el viaje de ida, Pipero me contó que tenía un juicio pendiente por una historia en un hipermercado, que estaba en libertad condicional.

Llegamos a través del caminito serpentino, confuso, casi inexistente: la casa parecía habitada pero no había nadie. Las puertas estaban cerradas. Estábamos a punto de irnos cuando Pipero me dijo que esperara un momento; sin decirme qué haría se subió al tejado, metió la mano por el vidrio roto de una ventana en el primer piso, la abrió, me abrió la puerta. Su libertad condicional amenazada; entramos.

La ventana resultó ser la del cuarto de Sole. Allí quedaban

todavía, varios años después de su final, sus rastros. En un rincón de la pieza, blanca, clara bajo la luz del mediodía, su ropa sigue amontonada: hay camisetas, un par de vestiditos, dos o tres shorts, el jean gastado con la A de anarquía pintada en el bolsillo que he visto citado en cartas y artículos de prensa. Esa caja es una forma del recuerdo, una manera del olvido.

Así que ahora es cuando me llega por fin, después de tantos años de intentos fracasados, la ocasión de citar mi poema favorito: "Ognuno sta solo sul cuor della terra
trafitto da un raggio di sole:
ed è subito sera."
Que escribió Quasimodo y se podría traducir, licencioso:
"Cada quien está solo sobre la piel del mundo
traspasado por un rayo del sol:
y de pronto es de noche."

Ita arregla la pieza que comparte con Luca en el Asilo: la están pintando linda, decorando con gusto. El Asilo ya no está tan lleno: cada uno puede disponer de más lugar. Hacía mucho que Ita no arreglaba la pieza; por eso, una de esas tardes, me vino a ver con una caja de zapatos: —Tomá, la acabo de encontrar. ¿Vos podés llevarsela a Gabriela? Es lo que nos quedó de Sole.

En la caja había un pasaporte, un registro de conducir, tarjetas de crédito, cartas, estampitas, la agenda negra roja y hasta unos cheques del viajero sin cobrar. La caja se había pasado años en un rincón perdido.

—Fue muy duro para todos nosotros, sabés, muy terrible.

Me dijo Ita, el pelo negro y verde, la mirada pesada:

—Después de aquella historia algunos compañeros empezaron a sentirse mal, se fueron, dejaron de creer en lo que creían, se metieron muy fuerte con la droga, los agarró la desesperación por todo lo que había pasado. Fue una época de mucho dolor.

Y de miedos extraños: aquel septiembre, Luca e Ita se fueron de vacaciones a Creta: estaban agotados. A veces veían hombres que les sonaban conocidos, como si ya los hubieran visto antes, pero no querían ceder a la paranoia. Una tarde, en Paleocora, en el confín de la isla, fueron a alquilar bicicletas y el tipo les dijo 'eh, hace un rato vinieron unos tipos y pidieron informaciones sobre ustedes... Parecían policías'.

—Tras la historia de Sole, Silvano y Baleno, las ocupaciones fueron demonizadas. El Estado necesita enemigos para justificarse; en ese momento decidió elegir a los squatters como sus enemigos, sus monstruos particulares. Era algo que tendía a expandirse y fue bloqueado con la violencia y con la mentira sistemática de los medios de información. Si no, empezaba a volverse problemático. En el momento de más difusión ya había unas quince ocupaciones; si hubieran seguido creciendo, cincuenta, ochenta, como en Barcelona, habría sido otra cosa. Ante cualquier problema podrían salir a la calle miles de personas. Pero ahora cualquier intento de nuevas ocupaciones es impedido por la violencia. El último ejemplo es un colectivo que intentó diez ocupaciones, diez, un récord, y los desalojaron todas las veces. Casi todos se fueron a vivir al exterior, a Francia, a Alemania, a Barcelona. Tras aquella historia se hizo imposible ocupar nuevos lugares, y ha habido un ataque frontal del poder que intenta desalojar incluso las casas ya ocupadas, empezando por las más débiles.

Me dijo Mario Skizzo.

—Pero fue un golpe a dos bandas; también les sirvió para mostrarle a la población del Valle de Susa que era imposible rebelarse contra el proyecto del poder y los grandes capitales para su región. Así los aterrorizaron por anticipado, les dieron el ejemplo de lo que les hacen a los que se oponen a los proyectos del poder y del gran capital: terminan en la cárcel o, incluso, mueren. Demostraron que los que se permiten oponerse a los proyectos del capital son monstruos, son locos, son terroristas. Eso fue lo que consiguieron.

Poco después de la muerte de Soledad, Mario publicó un artículo en *Tuttosquat* que titulaba "Libertad y Placer". El texto era más teórico que los habituales de la revista e insistía en que "para que la práctica de la libertad no desemboque en miserable y odioso fanatismo, con todas sus implicaciones autoritarias, es indispensable que desarrolle la práctica del placer y abandone decididamente la idea decimonónica y catastrófica del sacrificio y su mitificación bajo cualquiera de sus formas".

El artículo no los nombraba, pero parece evidente que se refería a los dos muertos recientes del movimiento y sus posibles consecuencias. El sacrificio, decía, es un resto autoritario, un punto de contacto con "el cristianismo y el marxismo: dos carroñas en avanzado estado de putrefacción". Y que si el anarquismo no se alejaba de esa tentación no iba a poder cumplir con su posibilidad de "renacer como única vía para una transformación radical de la sociedad". Era una propuesta sobre la forma de recordar a Soledad y a Edoardo: un intento de evitar su posible incorporación al panteón de los mártires de un movimiento que rechaza la idea del martirio.

—¿Qué significa Soledad ahora?

Le pregunté a Silvano Pelissero.

—Una compañera, una compañera que no está más, que no hay que olvidar, es lo menos que podemos hacer. Una compañera que el movimiento tiene el deber de no olvidar, de hacer que los asesinos también la recuerden, y también las masas. Es un deber, debería ser un esfuerzo de todo el movimiento. Lo hacen, pero poco... Porque los anarquistas no quieren ídolos, no quieren imágenes, entonces dicen 'bueno, la recordamos en nuestros corazones'. Sí, en los corazones se puede hacer todo lo que quieras, pero la revolución no se hace en el corazón, se hace afuera. Los anarquistas se lavan las manos así, los comunistas dicen no era nuestra, entonces hay pocos que la recuerdan. A veces aparecen pintadas que los recuerdan, hace un par de meses algunos quemaron maderas y gomas sobre la vía del tren, la cortaron, y dejaron unas pintadas "a la memoria de Sole y Edo, jueces asesinos, Estado asesino". Pero hay tendencia a olvidarlos, porque la gente tiene miedo de la muerte de Sole y de Edoardo, tiene miedo de las muertes.

—¿Qué significa Soledad ahora?

Le pregunté a Mario Skizzo.

—El ejemplo de cómo el azar puede condicionar completamente la vida. Ella llegó acá por casualidad y en pocos meses pasó todo esto, que nos dio vuelta a todos. Nuestras vidas cambiaron desde entonces. Todo cambió, hay una capa de represión pesadísima. Y sobre todo cuando hay muertos sentís algo distinto: ya nada es como antes, aparecen los momentos de dificultad, de melancolía, de vacío. Después de sus muertes nunca nada volvió a ser igual.

—Sí, podemos hablar del azar, de su llegada azarosa a un sitio que transformó su vida. Pero también podemos leer toda la historia en el sentido inverso.

Me dirá después Cristian Ferrer.

—Digo: ¿y si fuera ella la que, con su llegada, transformó las vidas de todos los que estaban allí? No hay razones: es sólo una intuición, una opción más. Pero lo cierto es que con ella empezó a desencadenarse la tragedia, con ella empezaron las muertes, una detrás de otra. O los muertos: es notable que, entre todos los que perdieron su vida en esta historia, no hay ninguna mujer fuera de Soledad.

En julio de 2001 muchos miles se reunieron en Génova para oponerse al encuentro de los jefes de los Estados más potentes del mundo: el Grupo de los Ocho. Los "globalifóbicos" —con perdón de ese nombre tan triste— ocuparon la ciudad y las primeras planas de los diarios; el movimiento —que ya se había fogueado en Seattle el año anterior— ganó adeptos e imitadores en todas partes. Los okupas de Turín fueron a Génova, manifestaron, se pelearon con la policía. Uno de ellos, después, me contaría que un carabinero, mientras les pegaba, invocaba a Soledad a gritos: —¿Por qué no le piden ayuda ahora, boludos, a su amiga Sole?

Sus enemigos también la recordaban. Los músicos de Hierbamala, un grupo que canta ritmos de reggae y de salsa por los festivales del norte de Italia le hicieron una canción: —Nosotros cantamos la muerte de María Soledad Rosas porque es una de nosotros, y el amor por ella es el amor por todos los que han pasado por ciertas historias y son, de hecho, malas hierbas,

parias, o simplemente buena gente invisible. Nosotros creemos que Soledad volverá bajo otras formas, pero cantando siempre la misma canción.

Que también cantaron, en la Argentina, muy brevemente los Redonditos de Ricota. Y un grupo punk que se llama She Devils: la hicieron con el texto de la carta que Soledad escribió cuando se enteró de la muerte de su hombre: "La rabia me domina y en este momento, es cruel.

Siempre luché contra las imposiciones y acabamos en prisión.

Aquí nada puedo decidir, todos los días me matan.

Despacio siento el dolor.

¡Asesina el Estado!

¡Protesta con rabia y con dolor!"

cantan. "Esta canción la tocamos siempre, siempre, en los conciertos", dirá Patricia Pietrafesa, letrista y cantante de She-Devils. "Es una canción muy importante para mí. Sólo la presento diciendo 'Esta es la canción de Soledad' y punto: que cada uno entienda lo que quiera, igual me parece clara y contundente". Es otra Argentina, tan diferente —tan semejante— a la que Soledad dejó en junio de 1997. En junio de 2002, dos días después de la muerte de Kosteki y Santillán en el puente Avellaneda, varios grupos organizaron un concierto *in memoriam*: She Devils cantó, en ese marco, la canción de Soledad, y Patricia dice que fue muy impresionante para todos.

Son modos de la persistencia, historias que se resignifican con el tiempo.

La última muerte de esta historia fue la más sorprendente, la más inesperada —y quizás no tenga una relación explicable con el

resto. El consejero y jefe regional del partido Verde Pasquale Cavaliere era un militante conocido en la izquierda piamontesa. Su conducta durante el caso TAV fue tan correcta que ni siquiera los anarquistas, acostumbrados a la descalificación semiautomática de todo "político burgués", lo cuestionaron. Pasquale Cavaliere había conocido, a principios de los años noventa, a una argentina, Andrea Suárez, de paso por la universidad de Turín. Cavaliere llevaba quince años casado con Teresa pero tuvo una historia de amor con Andrea; en 1992, cuando ella se quedó embarazada, él —sin separarse de su mujer— reconoció a su hijo.

Matías y su madre vivían en Córdoba. Cavaliere los visitó un par de veces; otras, su hijo lo fue a ver a Turín. En julio de 1999 Cavaliere viajó a la Argentina para traer de vuelta al chico; también buscaba cierta información sobre italianos desaparecidos para contribuir al juicio contra varios represores argentinos que se preparaba en Roma.

La mañana del viernes 6 de agosto de 1999 Cavaliere estaba solo en la casa de la madre de su hijo, en el barrio Parque Atlántico de Córdoba. Andrea se había ido a trabajar, Matías a la escuela. A mediodía, cuando volvió, el chico encontró la puerta cerrada y nadie que contestara sus timbrazos. Unos vecinos llamaron a la dueña de casa. Ella abrió la puerta y entró: en la habitación del chico, el cuerpo de Pasquale Cavaliere colgaba de una sábana atada a una cama de dos pisos. El mecanismo era espantosamente familiar.

Pasquale sí dejó una carta: "Querídisimos, los pesos a veces se vuelven insostenibles y yo, casi sin darme cuenta, he acumulado mucho sobre los hombros. Nuestra generación ha esperado demasiado, y demasiado pesado ha sido hacerse cargo de esto.

Hemos mezclado los afectos y la política y, a menudo, muchos de nosotros no conseguimos ya desenredar esta galleta de sentimientos y amores irresueltos".

La explicación no explicaba gran cosa. Pasquale Cavaliere tenía cuarenta y un años y nadie sabe bien por qué murió. Sus amigos y compañeros siguen exigiendo alguna claridad. "Pasquale era 'la' voz libre del Piamonte. Sus denuncias, documentadas y precisas, acabaron con asesores corruptos y apuntaron a los misterios de nuestra región: lobbies de constructores, mafias, servicios secretos, TAV. Y también los desaparecidos: gracias a su acopio de datos en la Argentina varios militares argentinos fueron condenados en diciembre de 2000 a penas que van hasta los 24 años de cárcel, una actividad que podría haber 'incomodado' a mucha gente... Pasquale conservaba secretos embarazosos que con su muerte se perdieron para siempre. Por eso creemos que lo asesinaron: tal vez los carniceros argentinos de la dictadura que exterminó a 30.000 personas; tal vez Los Cuatro, notorios y riquísimos ladrones piamonteses que estaban bajo su mira; tal vez algún patrón del Valle de Susa para liberarse de un enemigo incómodo y peligroso".

"Al final todo aquello fue un episodio muy menor", me dijo, todavía en la comunidad del Piamonte donde cumplía su cuarto año de arresto, Silvano Pelissero. En el patio yacían sus esculturas, hechas de trozos de metal recuperado, llenas de aristas y de puntas, turbadoras. "Si dos personas no hubieran muerto habrían sido sólo tres arrestos por pequeños atentados. En Italia hay cantidad de personas asesinadas y nunca se sabe quién las mató. Y seguramente las ha matado una alianza entre mafia, servicios

secretos, fascistas, políticos. Hay tantos episodios así y nadie los sigue, nadie los aclara".

El 21 de julio de 1998, diez días después de la muerte de Soledad, la nueva jueza, Francesca Cristillin, concedió a Silvano Pelissero el arresto domiciliario en una comunidad del grupo Abele en San Ponso Canavese, a 35 kilómetros de Turín. Varios políticos, entre ellos el consejero verde Pasquale Cavaliere, habían pedido por él. La tarifa estaba clara: por cada muerte, un permiso de arresto domicilario.

Su juicio se abrió en abril de 1999, tras un episodio menor: en Turín y en Navidad, anarquistas secuestraron en una iglesia una estatua del Niño Jesús y pidieron, a modo de rescate, la liberación de Pelissero.

Hubo unas quince sesiones y las pruebas eran muy escasas: una impresora y un taladro encontrados en la casa de los padres de Edoardo —que podían ser, sin certeza absoluta, los mismos robados en la Municipalidad de Caprie—, un par de bengalas de origen dudoso y legalidad discutida, unos videos nocturnos donde no se puede reconocer a nadie y las declaraciones de algunos policías y agentes secretos sobre la posibilidad de que Silvano hubiera tirado de su coche en movimiento un paquete de volantes firmados Lobos Grises —pero sólo la posibilidad: nadie declaró que lo hubiera visto hacerlo.

El 13 de diciembre el fiscal Tatangelo leyó su acusación. Primero se ocupó del único delito aparentemente demostrado: el incendio de Caprie y sus "pruebas graníticas" sólo probarían, en el mejor de los casos, que el acusado y sus dos compañeros muertos habrían tenido en sus manos objetos robados en la Municipalidad —pero no su participación en el hurto e incendio.

Después Tatangelo explicó que Soledad Rosas y Edoardo Massari no eran Lobos Grises ni tenían nada que ver en los atentados del Valle de Susa. Tras la cárcel, la campaña de prensa, las muertes, ahora la fiscalía se desdecía de sus acusaciones. El único Lobo Gris —dijo el fiscal— era Pelissero: las pruebas eran aquellos volantes que supuestamente tiró a la carretera y una linterna parecida a la que usaron los que pusieron un explosivo en la cabina de control de la autopista en Giaglione. Además Silvano —dijo el fiscal— estaba tratando de formar un grupo de apoyo con los otros dos y, por lo tanto, tenía derecho al cargo de "asociación subversiva". Tras años de investigaciones, la fiscalía no consiguió que la organización de los Lobos Grises tuviera más que un supuesto integrante: otro fracaso de la revolución.

Para completar sus cargos, el fiscal acusó a Pelissero de un par de robos en depósitos municipales y de la falsificación del impuesto de su auto: con esos pequeños delitos le podía aumentar la pena. Pero le faltaba un detalle: para que hubiera asociación subversiva tenía que demostrar que la acción del acusado ponía en peligro la seguridad del Estado. El fiscal reconoció que esos actos no tenían la fuerza suficiente para amenazar el enorme poder de control de las instituciones. Pero que, precisamente por la pequeñez de sus acciones y a causa del descontento general, podían generar cierto consenso: ése era el peligro verdadero.

El doctor Marcello Tatangelo pidió siete años de reclusión para el reo Silvano Pelissero. El 31 de enero de 2000 el tribunal lo condenó a seis años y diez meses de prisión. El 21 de noviembre de 2001 la Corte de Casación de Roma determinó que el cargo de asociación subversiva no tenía fundamento y que, por lo tanto, la

sentencia de Pelissero debía ser revisada. Justo un año más tarde, el 21 de noviembre de 2002, la Corte de Apelación de Turín pronunció la sentencia definitiva: como no había asociación subversiva, su pena se reducía a tres años y diez meses de cárcel —que ya había cumplido con creces. Silvano Pelissero quedó por fin en libertad. Sus compañeros publicaron un comunicado: "El montaje político y la campaña mediática destinados a criminalizar el movimiento han caído en pedazos. Los famosos y peligrosísimos Lobos Grises se han revelado como lo que son: sueños del aparato represivo". La policía, la justicia y los medios de comunicación todavía no pidieron perdón por su invención y sus efectos.

"No sé quiénes serán los artífices de este montaje", escribió Silvano Pelissero. "Es realmente difícil suponer que todo el trabajo haya sido hecho por la Ros y la Digos. Son muchas las influyentes realidades económicas interesadas en el TAV. Muchos los millones a disposición. En cuanto a quién cometió realmente los atentados prefiero no decir nada. Ya se han dicho demasiadas palabras. Se puede pensar que haya sido un hecho insurreccional o producto de los servicios desviados o una guerra mafiosa por los contratos. La única realidad son los tres muertos: no me olvido de Enrico De Simone. La única realidad es mi reclusión. La única realidad es el TAV, que sigue atravesando Europa con la más preciosa de todas las mercaderías: el tiempo. Tiempo y años robados a nosotros para regalárselos a otros".

Y los muertos le siguen pesando. Ahora, años después, Silvano sigue sin creer que Soledad se haya matado.

—Yo no esperaba que se matara, pero además su historia me parece inquietante, porque ese lugar era muy fácilmente

accesible, aislado, silencioso.

Me dijo, todavía en su arresto domiciliario de San Ponso: la radio estaba a todo volumen por si había micrófonos ocultos —Silvano estaba seguro de que había— y, cada tanto, los carabineros venían a recordarnos quién daba las órdenes; desde un rincón de la cocina un barbudo ex drogón nos miraba y eructaba y repetía sin parar 'qué bonita es la muerte, qué bonita es la muerte'.

—Era el mes de julio, así que hacía mucho calor y todas las ventanas estaban abiertas. Y todos habían tomado bastante, o sea que podrían no haber oído nada, y estaban abajo, con la música fuerte. Y la casa tan aislada, sin luz, en medio del campo de maíz. Si la querían matar podían entrar por la ventana y operar tranquilos por un rato.

—Pero estaba la nota, el libro abierto...

—Eso del libro abierto no significa gran cosa, podía estar ahí cuando entraron los asesinos, abierto o no, y lo pusieron ahí sobre la mesa de luz, o ya estaba ahí, o vaya a saber. A mí me dijo Luchino que en esta nota ella decía sí, estoy cansada, no puedo más, algo general, pero nada realmente definido hablando de suicidio. Y además sabés que falsificar la caligrafía de una persona es facilísimo. Agarrás una carta de esa persona, sacás las palabras que te sirven, las calcás y las ponés en el orden que se te da la gana.

—Pero cualquier perito puede reconocer diferencias, formas de trazar y de apoyar las líneas.

—Sí, pero ¿qué decía la nota al final?

—Quémenla, se supone.

—Quémenla, así que ningún perito llegaría a verla nunca.

—Supongamos, pero ¿qué interés podían tener en hacerlo? A los fiscales les servía más llevar a tres acusados ante los tribunales que uno solo.

—Sí, Laudi y Tatangelo sí, pero las órdenes no vinieron de ellos. Vos sabés que en Italia, como en Argentina o en tantos otros lugares, pasan cosas que escapan al control de los aparatos del Estado, incluso si los llevan a cabo miembros de esos aparatos.

—¿Y te parece que Soledad, tal como estaba, podía ser vista como peligrosa para ellos?

—Seguramente estaba triste. Pero también sabía que aun así no estaba sola, porque estaban los compañeros de afuera y porque yo le escribía, le había hecho mil promesas, yo no tenía una novia, podría perfectamente haberme ocupado de ella... la relación entre nosotros estaba creciendo incluso desde el punto de vista sentimental, hacíamos incluso muchas muchas afirmaciones íntimas, teníamos una comunicación muy personal, que iba más allá de una amistad. Y también sabía que ella tenía un rol, y era eso lo que asustaba a los canas, a toda esa gente: que esta persona no estaba deprimida, hundida en el llanto, pobre de mí, qué hago, mi vida se acabó. No, ella seguía diciendo en sus cartas que quería combatir a la autoridad y que estudiaba los medios para poder hacerlo de la forma más eficaz. Les daba miedo. No decía que estaba sola, que su vida estaba terminada, no; decía yo tengo que encontrar otro hombre con quien llevar adelante la batalla que he empezado. Con esta gente sólo se puede hacer la guerra.

—¿Y qué rol podía haber tenido?

—Eso te lo dejo imaginar a vos. Ella siempre hablaba de montoneros, eta, sandinistas, farc. No hablaba de misericordia,

flores, pajaritos, qué lindo vivir libres en medio de la naturaleza. No, me preguntaba cómo se podía hacer para ir a Colombia a aprender. Y seguía diciendo cosas del estilo 'vos no tenés que abandonarme porque yo te tengo confianza, sé que vos me entendés...'. Por eso no la dejaban salir de la cárcel: porque tal como era su vida habría encontrado alguna manera de seguir combatiendo. Por eso no querían excarcelarla. Y entendías que era una persona combativa, que la muerte de Edo la había golpeado pero también la había exaltado, la había vuelto más peligrosa. Por eso les resultaba muy conveniente sacarla del medio... muy conveniente. Ella no hablaba de niños y animales, no hablaba de mantras y reencarnaciones, decía que tenía que ponerse en forma, tenía que aprender a tirarse desde cualquier techo, aprender cantidad de cosas porque... porque hay una guerra, porque ya no podrá haber paz, ninguna paz. Una así les daba miedo, no podían pensar en dejarla libre. Por eso tenían interés en matarla y, al mismo tiempo, ver qué pasaba con su muerte, si había una escalada o todo quedaba tal como fue. Eso es lo que yo creo.

Me dijo Silvano Pelissero y no quise preguntarle más: me dio pudor. Si Soledad se suicidó también le estaba hablando a él: diciéndole que no, que seguía prefiriendo a su amor mu erto.

Yo sigo sin saber. Suelo pensar que sí, que se mató: muchos indicios apuntan en esa dirección. A menudo, durante mi búsqueda, recordé a Serguei Esenin, el gran poeta lírico de la Rusia revolucionaria. El 3 de octubre de 1925, a sus treinta, desorientado, desesperado, se encerró en un cuarto de hotel y se cortó las venas. Con su sangre escribió sus versos del final: "Morir

no es nuevo en esta vida / pero ahora vivir tampoco es nuevo".

Matarse, para Soledad, si se mató, fue nuevo: a veces pienso que fue su último intento de crear. Estaba en manos de sus enemigos, había perdido su mejor amor y tenía que hacer algo con su vida. Quizás pensó que podía hacer con ella —al deshacerse de ella— el final correcto de su historia. Tenía la responsabilidad de concluir, de darle sentido a toda esa historia: la muerte, más que nada, da sentido. O, dicho de la peor manera: para mostrar que los habían matado tenía que morirse.

Matarse, si se mató, era una forma de terminar de escribir su vida. Soledad podría haber vuelto a la Argentina, de nuevo pasear perros, intentar otras cosas: podía haber vuelto a ser una chica de tantas. O podía convertirse en un pequeño héroe que ya no tendría que encarar más elecciones. Y eligió —si la eligió— esa vía, la más difícil, la más fácil. Eligió esa vida de muerta en vez de otras. Eligió entre vivir una vida común y pasear perros y niños y disgustos y arrugas o convertirse en un personaje de tragedia. A veces tienta. A muchos tienta. Transformarse en lo siempre posible, en lo que pudo ser. Escuchar como Alberti.

Es una posibilidad. Hay otras. De todas formas, por más intentos, por más ideas y conjeturas y supuestos, el suicidio es la forma más brutal de la pregunta: quién era yo, por qué me hiciste aquello, por qué no fuiste lo que yo quería, por qué dejaste que esto fuera así, quién era yo, por qué. Una pregunta que queda para siempre sin respuesta, porque el suicidio es la pregunta pura, que cierra en ella misma la expectativa de cualquier respuesta. El suicidio nos deja sin palabras: nos habla demasiado. Y quizás la mataron.

—¿Cómo te gustaría que recordaran a tu hija?

Le pregunté, alguna de esas tardes, a Marta Rey de Rosas. Ahora Soledad Rosas tiene una sobrinita que nunca conoció y que se le parece tanto: su abuela, la madre de Soledad, se suele equivocar: la llama Sole.

—Como era ella, la castañuela, el cascabel. Era realmente una maravilla de persona. No sabía lo que era la envidia; jamás mentía, por eso nosotros en ningún momento dudamos de las cosas que nos contaba. Era tan humilde. Tengo que reconocer que era una dualidad su carácter, su estado de ánimo: una geminiana. Que de una tremenda euforia pasaba a una depresión y a un llanto y a una incomprensión, que nadie la quería, que nadie la comprendía. Pero también era una locura de cantar, de bailar, de gritar. Irse a la Doce cada vez que jugaba Boca. Cada vez que gana Boca me pongo tan contenta, y mirá que yo no soy de Boca. Digo 'Sole debe estar haciendo un quilombo ahí arriba con cada gol'.

Son recuerdos privados. Lo que no quería Marta Rosas era que su hija se transformara en una figura pública: "No me interesaba que Sole fuera una tumba donde a lo mejor van los turistas sin saber quién carajo era mi hija, nada más que a verla como 'oh, mirá, ésta era la Sole que se suicidó, que se murió por amor o que se mató no sé por qué'", me había dicho. En la Argentina actual las relaciones prepolíticas —las relaciones de sangre— ocupan gran espacio en el escenario de la política; hay Madres, hay Abuelas, hay Hijos y parecen tener, por sus vínculos de sangre, el derecho sobre la historia de sus muertos. Sobre muertos que, en general, los abandonaron para buscar una vida distinta. Por ese derecho, entre otras cosas, Soledad Rosas no tiene tumba. O casi.

—Nosotros pusimos su foto ahí, en la tumba de Edoardo. Para

nosotros es como si ella también estuviera ahí, con él.

Me dijo en su cabaña colgada de los montes Paola Massari, la madre de Baleno. Fue la noche en que después me dijo que no tenía ninguna seguridad de que su hijo se hubiera suicidado pero que no habían querido investigar su muerte y que cómo podía ser que algo así sucediera en Italia, que esas cosas sólo pasaban en Chile o Argentina, no en Italia.

Pero es en Italia, en el pequeño cementerio de Brosso Canavese, donde está la única tumba. La hizo Renato Massari con un tronco que su hijo Edoardo había traído del bosque. Renato tiene tiempo: el año de las muertes y de sus infartos le dieron el retiro anticipado. Renato es hábil con las herramientas: lo lijó, lo pulió, lo barnizó y le talló unas letras que llenó con dorado. "Edoardo Massari", dice, "1963-1998"; "In ricordo di Soledad Rosas", dice, "1974-1998". Y están sus fotos y una cruz sin el Cristo, la cruz de la resurrección, y delante está el prado, los valles, las montañas: un mundo que disimula su final. Y las palabras, talladas en el tronco, de un poeta italiano: "Libertá c'era si cara... / e amor". Primero habían pensado en otra: "Anche se tutti, io no" —aun si todos, yo no— pero les pareció demasiada provocación. Así que fue la libertad —nos era tan querida... y amor. Y el prado, los valles, las montañas, el cielo tan parecido a una certeza.

"Yo dudo, yo sigo dudando", me dijo, aquella vez, Marta Rosas, su madre. "Pero tengo paciencia. Algún día Solita y yo nos vamos a encontrar, allá arriba, y ahí me voy a enterar de la verdad. Lo que no sé es cómo voy a hacer para decírtelo a vos después..."

Me dijo y, en medio de las sombras, se rió:

—Va a ser jodido, ¿no? Vas a tener que esperar a encontrarte con nosotras también...

La espera, espero, será larga. Esa será mi última crónica, y todavía no me imagino en qué idioma intentaré escribirla. Pero está claro, hipócrita lector, que ese último capítulo vas a leerlo en otra parte.

Buenos Aires-Turín, 2001-2003

QUIERO AGRADECER SU AYUDA

PARA ESTE LIBRO: Sobre todo a la familia Rosas:
Marta, Gabriela, Luis, que me abrieron sus
puertas y las de Soledad.

A Rodolfo González Arzac, periodista, que me ayudó con muchas de las entrevistas porteñas.

A Tobia Imperato, historiador anarquista turinés, que hizo honor a su idea y me facilitó todo su material.

A Luca Bruno, Ita Primavera, Mario Skizzo, Pipero y los demás okupas de Turín, tan hospitalarios.

A Silvano Pelissero, que me recibió en su prisión campesina.

A Guillermo Piro, que me ayudó con los vericuetos del italiano.

A Christian Ferrer, mi maestro anarquista.

A todos los que le hablaron a este libro.